

*Colección Clásicos*



**CEIP “León Trotsky”**



**León Trotsky**

**1917**

Escritos en la revolución

(Compilación)



CENTRO DE ESTUDIOS, INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

“LEÓN TROTSKY”

---

Trotsky, León

1917 : escritos en la revolución / León Trotsky ; compilado por  
Gabriela Liszt. - 1a ed. - Buenos Aires : CEIP León Trotsky, 2007.  
272 p. ; 22x15 cm. - (Clásicos)

ISBN 978-987-97413-7-5

1. Marxismo. I. Liszt, Gabriela, comp. II. Larson, Susana, trad. III.  
Liszt, Gabriela, trad. IV. Título  
CDD 320.531

---

Ediciones IPS-CEIP

DISEÑO DE TAPA: Hidra Vinci

DISEÑO DE INTERIOR: Hernán Cardinale

**© 2007, Ediciones del IPS. CEIP “León Trotsky”**

Riobamba 144

Ciudad Autónoma de Buenos Aires | CD1025ABD

Buenos Aires | Argentina

TEL.: (54-11) 4951-5445

E-mail: ceiplt@fibertel.com.ar

**[www.ceip.org.ar](http://www.ceip.org.ar)**

**[www.ips.org.ar](http://www.ips.org.ar)**

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

# ÍNDICE

*Presentación*, Cecilia Feijoo 7

## PARTE I

### ESCRITOS EN EEUU

Lecciones del gran año	25
En el umbral de la revolución	30
La revolución en Rusia	33
Dos caras	36
El conflicto creciente	41
¿La guerra o la paz?	43
Contra quién y cómo defender la revolución 1905-1917	47 51

## PARTE II

### LA LUCHA POR EL PODER DEL ESTADO

<i>Introducción</i> , Louis Fraina	59
Paz y reacción	78
¡Adelante!	85
La farsa del doble poder	88
Democracia, pacifismo e imperialismo	98
El levantamiento de julio	106

### PARTE III

#### ¿QUÉ SIGUE?

<i>Introducción</i> , L. Fraina	113
<i>A modo de prefacio</i> , L. Trotsky	118
I. ¿Qué ha sucedido?	120
II. Elementos de bonapartismo	126
III. El ejército en la revolución	136
IV. ¿Qué sigue?	145
V. El carácter de la Revolución Rusa	150
VI. Tácticas internacionales	158

### PARTE IV

#### OTROS ESCRITOS Y DISCURSOS

“A sangre y fuego”	167
Discurso en la Conferencia Democrática	172
El rol de los mencheviques y los socialrevolucionarios en la Conferencia Democrática	179
El programa de paz de la revolución	183

### ANEXO

Lecciones de Octubre	191
Periódicos	253
Notas biográficas	255
Cronología	265

# PRESENTACIÓN

CECILIA FEIJOO

*1917. Escritos en la revolución*, es una compilación de artículos y discursos de la autoría de León Trotsky elaborados en el transcurso del convulsivo año 1917. Este material fue numerosas veces publicado en ruso a través de distintos periódicos y folletos entre los años 1917 y 1924. El Estado soviético durante sus primeros años se propuso dar difusión a los escritos de los revolucionarios, de allí que se programó la publicación de las *Obras Completas* de León Trotsky. Según la información brindada por Isaac Deutscher se organizó la publicación de XXI tomos<sup>1</sup>. De estas obras completas nosotros hemos tomado parte de los artículos recopilados en el tomo titulado *Guerra y revolución. El naufragio de la II Internacional, los inicios de la III Internacional* (volumen 1 y 2), según la versión francesa<sup>2</sup>. También hemos traducido escritos y discursos que debieron formar parte del tomo III, integrado por dos volúmenes, *De Febrero a Octubre* y *De Octubre a Brest Litovsk*. Parte de estos escritos fueron utilizados *a posteriori* como fuente de uno de los análisis marxistas más profundos sobre una revolución contemporánea, su *Historia de la Revolución Rusa*, escrita en el exilio de 1930 en la isla de Prinkipo. Sin embargo, sólo una pequeña parte de la voluminosa obra del autor durante el año 1917 ha sido traducida los idiomas inglés y francés y, hasta el momento, ni siquiera estos textos habían sido traducidos

1. Según los editores de uno de estos tomos en francés, las Ediciones del Estado llegaron a publicar 18 tomos, antes de su interrupción en el año 1927 debido al proceso de burocratización.

2. Este se correspondería con el Tomo II citado por Deutscher, titulado *Nasha Pervaya Revolutsia*.

y publicados en español. Este libro constituye, entonces, un valioso aporte en el noventa aniversario de la Revolución.

Los textos que aquí presentamos tienen un valor documental e histórico imprescindible a la hora de abordar la revolución socialista. El sepulcro silencioso en el que se halla la Revolución Rusa fue construido por el bárbaro ocultamiento y la manipulación ideológica del stalinismo y la burguesía. Esta deformación aún mantiene su impronta en la esfera de las ideas a pesar del derrumbe del stalinismo. Los escritos de este volumen pretenden, por el contrario, ser un arma de esclarecimiento de las ideas, los objetivos y los procesos mediante los cuales una generación de marxistas, en alianza con las masas de obreros y campesinos, conquistó el poder político desterrando la dominación capitalista en una nación como parte de la lucha por derribarla a escala mundial. Así, los escritos que presentamos son una lucha contra el escepticismo y el fatalismo, dando sentido y valor a la experiencia histórica y a la lucha de ideas, necesaria a la hora de plantearse la derrota de la dominación capitalista en nuestra época.

## LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO VISTA DESDE EEUU

La primera selección de artículos fue redactada por Trotsky en Estados Unidos, país en el que se encontraba exiliado en el momento en que estalla la insurrección de los obreros y soldados del 7 de marzo de 1917 (25 de febrero según el viejo calendario ruso). Accediendo a información fragmentada y periodística, Trotsky, al igual que Lenin en sus *Cartas desde lejos*, extrae las primeras y valiosas conclusiones del acontecimiento revolucionario. En estos escritos, el revolucionario ruso refuta la presentación que realiza la prensa norteamericana sobre lo que sucedía en Rusia. No era azarosa la visión de los medios de comunicación, ya que Estados Unidos, cuyo gobierno se mantuvo “neutral” en los primeros años de la guerra mundial, se incorporará en el mes de abril de 1917 al combate del lado del campo “aliado” con el lema de garantizar las “condiciones de la paz” entre las naciones. Iniciaba así, bajo la presidencia de Wilson, la larga tradición norteamericana de presentar la guerra de rapiña como medio de apoyar la “paz” y la “democracia”.



La prensa, indica Trotsky, presenta los acontecimientos rusos como si se tratara de una “revuelta del hambre”. Lo que sucedía en Petrogrado no era una revuelta por la carestía o por el abastecimiento, padecimientos ambos producidos por la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial. Trotsky señala que el hambre no es causa suficiente de una revolución. Si lo fuera, ésta estallaría con mayor frecuencia y de manera generalizada, ya que las dolencias que pasan las masas bajo el capitalismo son permanentes, particularmente si sus naciones se encuentran en guerra y amenazadas de ser ocupadas.

Por el contrario, la Revolución Rusa era la continuidad de un profundo proceso por el cual la clase obrera y las masas campesinas rusas ya habían atravesado, dado que contaban en su haber con el adiestramiento de la revolución de 1905. En particular, la clase obrera de las ciudades había dado origen durante aquella revolución a instituciones de nuevo tipo, los soviets (consejos) y protagonizado un ascenso huelguístico en los años 1912-1914. El combate callejero de la clase obrera contra la autocracia no era una novedad de 1917: lo nuevo era la solidaridad en las barricadas con los soldados, y el derribamiento de la autocracia zarista. La guerra era la causa común que embanderaba la unidad de las masas de la ciudad y el campo. De esta manera se presentaba al mundo otra forma de terminar con los padecimientos de la guerra: la revolución.

Se trataba de una revolución, y en ella la burguesía liberal rusa junto a la nobleza modernizante, sin haber participado de la lucha callejera, se habían hecho del poder. Sin embargo, indica Trotsky, la burguesía liberal no acogerá una posición “independiente” y “autónoma” de las clases del “antiguo régimen”, dado que estaba unida a ellas por los intereses comunes en la participación en la guerra imperialista, enlazada al botón de sus tratados anexionistas y a los grandes negocios de la industria militar. Además la unía a las antiguas clases dominantes su intento de preservar el orden, por el temor mutuo a la revolución. Conocía el rostro de la revolución moderna, lo había visto en la insurrección de 1905 y en las huelgas fabriles de 1912-1914. No le quedaba ninguna duda sobre qué actitud debía tomarse al respecto.

En este punto las cartas escritas por Trotsky desde EEUU y aquéllas de Lenin desde Suiza comparten una visión común, ya que señalan que luego de la insurrección de marzo (febrero), el ascenso de la burguesía

liberal al poder constituye una expropiación de la revolución y no su resultado necesario. Deducen de allí su política: oposición total al nuevo gobierno burgués, obligado a vestir el ropaje republicano sólo por la amenazante presencia de los protagonistas obreros y soldados. Lenin escribía el 22 (9) de marzo de 1917: “sólo una república proletaria, respaldada por los obreros agrícolas y el sector más pobre de los campesinos y los habitantes de la ciudad, puede asegurar la paz, brindar pan, orden y libertad”<sup>3</sup>. El dirigente bolchevique veía en los soviets la institución que, como la Comuna de París de 1871, podía ser el órgano del nuevo gobierno proletario. Del mismo modo, Trotsky decía el 2 de abril (20 de marzo): “consecuentemente, el proletariado debe, desde ahora, oponer sus organismos de combate a los del gobierno provisional. En esta lucha, el proletariado, agrupando alrededor de sí a las masas laboriosas, debe tener como objetivo fundamental la toma del poder”<sup>4</sup>.

El optimismo que traslucen los escritos de Trotsky se basa en la dinámica veloz en la cual se desarrollan los acontecimientos, y hunde sus raíces en las lecciones a las que había arribado en su ensayo de 1906, *Resultados y Perspectivas*. Los socialistas mencheviques, junto a grandes figuras de la izquierda marxista rusa como Plejanov, basaban su actitud ante la revolución y su apoyo al gobierno liberal que surge como su resultado, en fundamentos teóricos mecanicistas y en una lectura escolástica de los escritos de Marx. Según éstos, la Revolución Rusa era una revolución democráticoburguesa que debía desarrollar las relaciones capitalistas en Rusia. Esta postura los llevará a ocupar políticamente el papel que supuestamente, según sus esquemas abstractos, debía cumplir la burguesía en la “revolución democrática”.

Para los mencheviques el marxismo servirá no para derrotar la dominación capitalista sino para sustituir y acompañar a la burguesía en la “etapa” democráticoburguesa de la revolución y para colaborar con la política imperialista de guerra fratricida. La consecuencia política era la imposibilidad para la clase obrera de jugar un rol independiente en la revolución dando lugar a distintas formas de conciliación de clases. Lo que Trotsky denomina en sus escritos como “kerenskismo” es un

3. Lenin, V., *Cartas desde lejos*, Segunda carta, “El nuevo orden y el proletariado”.

4. Ver en esta publicación: “El conflicto creciente”, 19 de marzo de 1917.

gobierno de coalición liberal-socialista, de colaboración de clases, que atravesará distintos momentos en su equilibrio entre la contrarrevolución y las masas. Veremos a lo largo del siglo XX muchos ejemplos de utilización del marxismo para fundamentar la colaboración con capitalistas “progresistas” y “democráticos”.

En oposición a estos formalismos, Trotsky encaraba los problemas teórico-prácticos de la revolución anticipando el antagonismo de clase que emergería entre la burguesía, unida a las antiguas clases dominantes, y el proletariado junto a las masas campesinas que buscarían subvertir de manera radical las relaciones sociales, las tradiciones e instituciones en las que estaban apesados. Claramente estas relaciones no se ceñían a la herencia feudal persistente bajo la autocracia sino que se entrelazaban con los intereses de la burguesía nativa y el imperialismo.

El antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado haría saltar por los aires el intento de restringir la revolución a la transformación capitalista de las relaciones sociales heredadas. La lucha contra la herencia feudal estaba unida a la transformación socialista de las relaciones capitalistas, así como la gran propiedad terrateniente estaba unida al capital financiero y a la propiedad industrial, ya desarrollados en la formación económica social rusa, base material del joven y combativo proletariado ruso.

Entraba Trotsky así a la revolución con el arma filosa de su primera formulación de la teoría de la revolución permanente. Su posterior incorporación al partido bolchevique en el mes de agosto de 1917 se comprende como continuación y profundización de esta concepción original de la dinámica de la Revolución Rusa confluyendo con el giro propuesto por Lenin en las *Tesis de Abril* y del rol que al partido revolucionario le cabe en el desenlace de la revolución obrera y socialista.

## PREPARANDO LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

Un segundo agrupamiento de escritos está compuesto por sus análisis sobre el terreno revolucionario ruso desde el mes de mayo hasta septiembre de 1917. El 18 (5) de mayo Trotsky llega a Rusia. La burguesía liberal en el poder, con su entramado de apetitos y ocultamientos

a las masas en interés de la persistencia de la política guerrerista, desencadenará la primera crisis gubernamental de magnitud. No pudiendo comportarse como en los “tiempos normales”, la clase capitalista enfrenta el reclamo de paz de las barricadas de marzo (febrero). La lucha contra la guerra imperialista como nudo gordiano de la Revolución Rusa y su propagación más allá de las fronteras nacionales atravesará el conjunto de los análisis aquí presentados. La Revolución Rusa pondrá en entredicho los tiempos en los cuales las burguesías metropolitanas intentarán resolver la crisis en la que había entrado la guerra.

La Primera Guerra, indicaba Walter Benjamin, había combinado originalmente el avance tumultuoso de la técnica con el fausto empobrecimiento de la experiencia humana: “La cosa está clara: la cotización de la experiencia ha bajado y precisamente en una generación que de 1914 a 1918 ha tenido una de las experiencias más atroces de la historia universal. (...) Una pobreza del todo nueva ha caído sobre el hombre al tiempo que ese enorme desarrollo de la técnica”<sup>5</sup>. Enfrascados y enlazados con los intereses de sus propias burguesías nacionales, los partidos de la socialdemocracia europea habían capitulado al imperialismo y, mediante el argumento de “autodefensa” frente al agresor, entregarán al proletariado a la experiencia de la guerra fratricida, llevando a la II Internacional a la bancarrota. Al inicio, sólo un pequeño número de militantes, como Karl Liebknecht y Lenin plantearon transformar los padecimientos de la guerra imperialista en lucha revolucionaria contra la explotación capitalista. De esta lucha surgirá una nueva internacional obrera, la III Internacional.

La postura patriótica y nacionalista de los socialistas mencheviques y de los socialrevolucionarios (SR) será la expresión rusa de la postura adoptada por los partidos más importantes de la II Internacional. Surgido de la expropiación de la insurrección de marzo (febrero), el gobierno burgués continuará la guerra, y para ello solicitará la ayuda de los socialistas moderados, necesarios a la hora de convencer a la masa de soldados de que ahora ya no combatían por el zar sino por la “democracia” y la “paz”.

Trotsky, en sus escritos, analiza el lugar de la Primera Guerra Mundial en la historia de la civilización, y plantea cómo las distintas salidas

5. Benjamin, W., *Experiencia y pobreza. Discursos Ininterrumpidos I, filosofía del arte y de la historia*, Madrid, Ed. Taurus, 1987.

propuestas por la socialdemocracia, en el momento de mayor desgaste y crisis de la política guerrerista, sólo significan tiempo y beneficios para las burguesías metropolitanas. Por un lado, se alejará de una mirada progresiva del desarrollo histórico, combatiendo las posturas apologéticas del capitalismo a las cuales recurrieron los teóricos más reconocidos de la socialdemocracia. Por otro lado, denuncia el carácter del pacifismo socialdemócrata. Enfrascados en esquemas oportunistas, los mencheviques, junto a un sector de los partidos de la desmembrada II Internacional, plantearán la posibilidad de detener la guerra mediante un acuerdo “razonable” de la “democracia rusa” con el militarismo alemán, el francés, el inglés y el norteamericano.

El pacifismo de los líderes moderados del soviét no es el pacifismo de la masa de soldados en la trinchera y en las barricadas. Contra los primeros, Trotsky denunciará que “con la idea de una paz eterna, fundada en acuerdos ‘razonables’, el capitalismo actuó más cruelmente aún que cuando estaba guiado por las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Racionalizando la técnica pero sin modificar la organización social de la propiedad, el capitalismo creó armas de destrucción que incluso no hubiera osado soñar la ‘bárbara’ Edad Media”<sup>6</sup>. Con el velo de la proclama pacifista y de su imposibilidad, los socialistas moderados del soviét optarán por continuar su apoyo a los “esfuerzos de guerra” del valeroso ejército de la democracia rusa.

La dinámica de la relación entre las clases sociales en la revolución y sus representaciones políticas hunde sus raíces en la más pormenorizada observación marxista. Por momentos rememora aquélla de Marx sobre los asuntos franceses de 1848. Trotsky trata de desentrañar las condiciones excepcionales en las cuales las clases sociales subalternas imponen sus aspiraciones al cambio revolucionario. El ejército y la guerra imperialista ofician de organizadores de una clase social, el campesinado, que por sí misma, si bien esboza lazos locales en las aldeas y las comunas, se encuentra carente de organización colectiva a escala nacional. Incorporados impetuosamente a la revolución, millones de campesinos practican la política y la deliberación callejera. De esta combinación entre la más experimentada clase trabajadora de los principales centros urbanos

6. Ver en esta publicación: “Democracia, pacifismo e imperialismo”, junio de 1917.

y la incorporación de las masas campesinas con chaqueta militar surgen los soviets de obreros y soldados.

Las masas campesinas, embriagadas por los primeros triunfos de la revolución, son la base social sobre la cual se alzan los socialistas moderados, en particular los eseristas, quienes adquieren un lugar preponderante en los soviets y en la situación política general. De este fortalecimiento excepcional surge el “régimen del doble poder, el régimen de la doble impotencia”. Erigida sobre clases sociales antagónicas, la política social-liberal de los sectores reformistas intenta restringir al soviet de obreros y soldados a los marcos de la república parlamentaria. El soviet, sin embargo, no es un parlamento ordinario. Aunque los diputados moderados actuaran como aquéllos de la asamblea de Frankfurt en la revolución alemana de 1848 a quienes Engels criticó por no tomar una sola medida de autodefensa, el soviet hundía su legitimidad en las masas de obreros y soldados armados.

Los consejos, basados en la acción de la clase obrera, sólo podían tener una política de colaboración de clases, de ceñimiento de la democracia proletaria a la democracia capitalista, por un período transitorio. La crisis reinante surgía de este equívoco, ya que las propuestas del soviet eran vetadas y saboteadas por el gobierno de coalición y las propuestas del gobierno de coalición eran resistidas por la acción callejera de los obreros y soldados que veían en el soviet el centro de su organización. La espera ansiosa de los campesinos de la asamblea constituyente y el hambre de tierra harían también su trabajo.

Este equívoco, este defasaje entre intereses de clases y representación política de esos intereses, acontece allí donde las masas revolucionarias, poniendo en pie sus propias instituciones, son compelidas a subordinarse a los objetivos de una república capitalista. Las instituciones de doble poder de las clases subalternas tienen dos destinos: a) ser absorbidas en la institucionalidad burguesa una vez derrotada su ala izquierda, como sucedió con los consejos obreros alemanes una vez decapitado el joven Partido Comunista por la socialdemocracia en 1918 o con la COB en la revolución boliviana de 1952 integrada al cogobierno o; b) ser derrotadas directamente por la contrarrevolución, como sucedió con los soviets de Cantón y Shanghai en la revolución china de 1927, los consejos de huelga de la revolución húngara de

1956, las juntas de inquilinos en la revolución portuguesa o con los cordones industriales en Chile del año 1973. Las revoluciones del siglo XX nos dan un caudal de experiencias de instituciones de democracia obrera que, expresando estas aspiraciones de emancipación del capitalismo, son saturadas de ánimos conciliadores por las direcciones reformistas, anticipo de su derrota en manos de la reacción burguesa.

Por el contrario, Trotsky, que había sido presidente del Soviet de Petrogrado en 1905, conocía las raíces de clase del soviets y depositaba sus esperanzas en el ala izquierda del mismo, la cual planteaba que “la época de la doble impotencia, con un gobierno que no puede y un soviets que no se atreve, debe inevitablemente culminar en una crisis de una gravedad sin precedentes. Es nuestro deber tensar todas nuestras energías previendo esta crisis, de modo que la cuestión del poder pueda ser abordada en todas sus dimensiones”<sup>7</sup>.

## DESPUÉS DE LOS DÍAS DE JULIO

Un folleto especial fue realizado por Trotsky en agosto-septiembre y publicado bajo el título *¿Qué sigue? Después de los días de julio*. La crisis del gobierno de coalición se expresó en una serie de conflictos con las masas. Primero se sucedió la movilización masiva de obreros y soldados en los días de junio, cuando concluía el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, exigiendo que el poder pase a manos de éstos. Luego emergió la impaciente irrupción espontánea de obreros y soldados en los días de julio, ya no para exigir pacíficamente sino para empujar a los líderes a dar el paso necesario, es decir, romper el bloque con la burguesía en el gobierno.

Las Jornadas de Julio surgidas de la confusión del “doble poder” serán la excusa utilizada por los partidos mayoritarios del soviets para apoyar y solicitar la represión gubernamental contra la vanguardia de Petrogrado. Por azar el calendario revolucionario unía la manifestación de julio surgida del amotinamiento de la guarnición contra la guerra con el inicio de la ofensiva militar del gobierno en el frente.

7. Ver en esta publicación: “La farsa del doble poder”, junio de 1917.

El descalabro no podía ser mayor y, luego de un pequeño avance, el ejército ruso no quiso seguir los planes de la ofensiva y se batió en retirada. Mientras tanto, la burguesía liberal abandonaba el gobierno bajo excusas menores para dejar en manos de los socialistas moderados la responsabilidad de la catástrofe de la ofensiva y forzarlos de esta manera a emprender con mayor ahínco la represión contra la manifestación petersburguesa de obreros y soldados y en particular contra su “ala izquierda”, los bolcheviques.

La mayor parte del folleto de Trotsky fue escrito días antes de ingresar a la cárcel, ahora bajo la autoridad de la “república de marzo”. Sus escritos denostan, con genio e ironía, la actitud adoptada por los mencheviques y eseristas. Critica la utilización por parte de éstos de axiomas marxistas, de la apelación al jacobinismo y a la “revolución burguesa”, sin valor teórico intrínseco salvo para acompañar el curso político emprendido por la colaboración con la burguesía. Además, estos textos desnudan la “filosofía histórica de los reformistas”, quienes ven en las masas, en sus aspiraciones y movilizaciones a los responsables de que la “etapa idílica” de la “democracia revolucionaria del doble poder” haya sido “desbaratada”.

Con estas baratijas se componían los análisis políticos de los reformistas. Su interpretación de la dinámica de la revolución depositaba en las demandas “excesivas” e “irracionales” de las masas las causas primeras del flagelo de la paralización política reinante bajo el régimen de colaboración de clases. La “anarquía” producida por el antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado, así como por la mutua paralización entre el gobierno y los soviets, indicaba Trotsky, no viene desde abajo, sino desde arriba. Avanzar en imponer un verdadero orden revolucionario significaba atacar la propiedad privada agraria e industrial, y el régimen de la colaboración entre la burguesía y los soviets se había erigido para proteger la propiedad privada frente a este impulso transformador de las relaciones sociales por parte de las masas.

Los socialistas revolucionarios y mencheviques habían ingresado al gobierno provisional en calidad de representantes de las masas, de los soviets. Luego de los inestimables servicios prestados a la persistencia de la dominación burguesa-imperialista se encontraron representando en



los soviets los intereses del gobierno burgués, y así minaban cada día a esas mismas instituciones en las cuales en un inicio se apoyaron.

De pronto se sintieron seguros al estar rodeados no por las masas que decían representar, sino por las tropas reaccionarias de la burguesía, y emprendieron así la colaboración con la represión gubernamental. “La traición de la democracia pequeño burguesa, su capitulación vergonzosa a la burguesía contrarrevolucionaria, *esto* es lo que impidió un cambio de poder, y no fue la primera vez en la historia de la revolución”<sup>8</sup>.

Las transacciones políticas entre las representaciones de las clases durante una revolución son así, súbitas y fluidas. De estas transacciones entre los reformistas en el poder, en nombre de los soviets, y la burguesía también en el poder, en nombre del orden social “natural”, es que se sucede un primer desplazamiento. Luego de la represión a la manifestación de julio surge el bonapartismo, encarnado en la figura de Kerensky. El equívoco del doble poder debía dar lugar transitoriamente a la “dictadura de un solo hombre”.

La situación se originaba en el hecho de que la burguesía liberal no podía ejercer en soledad el poder debido al ánimo antagonista de las masas, pero tampoco los reformistas a la cabeza de los soviets querían desafiar a las clases dominantes y tomar el poder en sus manos. El bonapartismo de Kerensky hundía sus raíces en esta mutua paralización de las clases antagónicas y en los desplazamientos de fuerzas desde las nuevas e independientes estructuras de poder, los soviets, hacia el viejo aparato del Estado zarista. De esta manera, “si Kerensky era la última palabra de la impotente hegemonía del soviets, para él era necesario ahora erguirse como la primera palabra de la liberación de esa hegemonía”<sup>9</sup>.

La convocatoria a la Conferencia de Moscú era el terreno planteado para coronar esta transferencia de fuerzas, para liquidar la órbita que el soviets, aún bajo dirección de los conciliadores, mantenía en el imaginario de la “república de marzo”. La continuidad de la guerra imperialista

8. Ver en esta publicación: *¿Qué sigue? Después de las Jornadas de Julio*. II. “Elementos de bonapartismo”, 15 de agosto de 1917.

9. Ídem.

y el restablecimiento del poder de mando de los generales reaccionarios cumplieran un papel de primer orden en este plan.

Pero el bonapartismo de Kerensky era sinónimo de gobierno débil, pues se sostenía por el equilibrio momentáneo de fuerzas enfrentadas. Si bien la represión de julio infligió un duro golpe a la vanguardia en Petrogrado y al bolchevismo, no había sido lo suficientemente fuerte para aplastar al proletariado. Por otro lado, la burguesía estaba aún tejiendo los movimientos necesarios para atacar al régimen de marzo de manera directa, y necesitaba todavía el telón de la “democracia revolucionaria” para preparar el golpe contra la revolución. Dice Trotsky que “es así como cada patriota defiende la patria a su manera”<sup>10</sup>.

Kerensky, como árbitro de la situación, era la representación de un régimen endeble. La negativa a otorgar la tierra a los campesinos o de terminar con la guerra imperialista daba al bonapartismo de Kerensky bases débiles, era el intento imposible de una “dictadura ‘por encima de las clases’”.

Este momento de modificación interna en la relación de fuerzas expresado mediante una transacción entre los representantes de las clases subalternas y aquélla de la clase dominante, que da origen al bonapartismo, es un elemento común en otras revoluciones a lo largo del siglo XX. Es, por ejemplo, el caso de los desplazamientos en el frente popular chino. El Kuomintang, primero con apoyo de los comunistas, contuvo y enfrentó las aspiraciones de obreros y campesinos. Luego, fortalecido el “bonapartismo” de Chiang Kai Shek, dio un golpe mortal a la revolución, incluyendo a sus antiguos socios del Partido Comunista Chino.

Este bonapartismo, de bases endebles, o bien hace de telón de fondo para la preparación de un “dictador” contrarrevolucionario, o bien, mediante concesiones parciales, como por ejemplo una reforma agraria limitada, rompe el lazo común que une a obreros y campesinos contra el gobierno de conciliación de clases. Si estas maniobras de la

10. Ídem. Aquí Trotsky realiza una de sus tantas ironías. En la revolución francesa de 1789 los jacobinos y los sans cullotes se autodenominaban “patriotas” por contraposición a las clases del “antiguo régimen” y los sectores de la burguesía que colaboraban con la reacción feudal extranjera en la guerra contra la Francia revolucionaria.

burguesía tendientes a romper la unidad entre la ciudad y el campo no son enfrentadas con una política independiente de los trabajadores y su partido, la burguesía encontrará una base más firme para consolidar una salida bonapartista, hasta que la reacción realice su cierre definitivo. En Latinoamérica tenemos un ejemplo del primer caso en Chile en 1973 y, del segundo, en Bolivia de 1952 y 1972.

Contrariando “la filosofía histórica de los reformistas”, los bolcheviques habían conquistado, apoyándose en las tendencias revolucionarias de la clase obrera, un grado de independencia política y estratégica que les permitió no confundir “las buenas intenciones” de los demócratas con los antagonismos de clase reales. Por otro lado, el hecho de que el gobierno de Kerensky continuara la guerra imperialista reafirmó los lazos de solidaridad entre el frente, el campo y la ciudad.

Trotsky interviene así en ese campo de batalla que es la revolución, en el cual los representantes del reformismo, apelando a su imaginario, ocultan las alternativas existentes. De allí que en sus textos trate todo el tiempo de clarificar: ¿de qué hablamos cuando hablamos de revolución?, ¿quiénes son realmente los representantes de la democracia revolucionaria? Lamenta que frente al “limpio rectángulo de la guillotina” del jacobinismo francés, los mencheviques y socialistas revolucionarios no tengan más que ofrecer que cobardía frente a la burguesía y grandilocuencia frente a los explotados.

El papel independiente que los bolcheviques habían conquistado en la revolución enfrentando a la guerra imperialista sin comprometerse en la defensa del gobierno de coalición y llamando a que los moderados rompan el bloque con la burguesía, ubicó a los mismos en la avanzada de la revolución. La toma del poder por el soviets, a instancias del partido bolchevique, se comprende como consecuencia de esta actitud en la revolución.

Así, constata Trotsky, sólo un poder basado en los soviets de obreros y campesinos pudo enfrentar la guerra, proponer la paz sin anexiones ni ocupaciones, publicar los tratados diplomáticos secretos y permitir que las naciones dominadas elijan por sí mismas y se autodeterminen, como claramente votaron los bolcheviques con el decreto de la paz del soviets en el mes de noviembre (octubre) de 1917. No era la paz de los cementerios, era la lucha por transformar la guerra

imperialista en revolución. Así decía Trotsky: “Nuestra experiencia sobre cómo han tratado los gobernantes a sus pueblos en los cuarenta meses de la guerra, no ha sido en vano. ‘¡En vuestro nombre –diremos a nuestros hermanos–, entiendan que cuando llegue el momento de dar vuelta vuestra fuerza revolucionaria contra vuestra burguesía, ningún soldado ruso disparará!’ Esta promesa la haremos en vuestro nombre y la mantendremos”<sup>11</sup>.

## LAS LECCIONES DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

Como material anexo presentamos dos discursos realizados por Trotsky en la Conferencia Democrática panrusa de la cuál surgirá el Preparlamento. La conferencia tuvo lugar en la ciudad de Petrogrado del 27 de septiembre al 5 de octubre de 1917 (del calendario occidental).

Por último, decidimos agregar el ensayo *Lecciones de Octubre*. Este ensayo fue elaborado por Trotsky en el difícil año 1924, como prólogo a la edición del tercer tomo de sus *Obras Completas*, libro conocido en su momento como *1917*.

*Lecciones de Octubre* tiene el valor de intentar extraer las enseñanzas más importantes del “ensayo de guerra civil” que fue la insurrección de octubre para contrarrestar las tendencias conservadoras y escépticas sobre las perspectivas de la revolución internacional que se habían desatado en el régimen soviético, especialmente en las altas cumbres del aparato estatal. Trotsky proponía aprender de Octubre ante las vacilaciones y desaciertos en los que se debatían los partidos comunistas en Occidente. No porque estos debieran “calcar” el modelo de la Revolución Rusa. Al contrario, Trotsky alerta contra la idea de repetir la insurrección de octubre, por parte de los partidos comunistas de la III Internacional, sin atender previamente a la maduración de las precondiciones políticas definidas por él y Lenin en el III Congreso de la Internacional Comunista (IC) (la aplicación del frente único para la conquista de las masas previa a la lucha por el poder estatal).

11. Ver en esta publicación: “El programa de paz de la revolución”, noviembre de 1917.

Para Trotsky las derrotas sucedidas en Hungría en 1919, Alemania y Austria en 1918 y Alemania en 1921-1923 se debían a la inmadurez de los partidos comunistas y al hecho de que en Occidente la toma del poder por parte del proletariado tendrá que enfrentarse a un “Estado burgués enteramente formado” y no como en Rusia con uno que “no tuvo tiempo suficiente para formarse”.

Pero a la vez las *Lecciones de Octubre* venían a significar un nuevo capítulo de la lucha de Trotsky contra los inicios de la burocratización del Estado Soviético señalando la “estrechez nacionalista” imperante entre la troika constituida por Stalin, Zinoviev y Kamenev que era la principal responsable de las derrotas y desaciertos de la III Internacional. En el terreno de las ideas, la troika buscaba vanagloriarse como el baluarte del bolchevismo luego de la muerte de Lenin (enero de 1924) y realizaba múltiples campañas para desprestigiar a Trotsky y enfrentarlo con el legado de Lenin. Por ello la publicación de estos escritos era vital para establecer el rol de Trotsky ante la prueba decisiva de 1917. Trotsky además alerta contra la idea de la infalibilidad del partido bolchevique, anticipo y continuación necesaria de la “leyenda” que comenzaba a tejerse en torno a Lenin para convertirlo en “autoridad” supraterrrenal y tergiversar la riqueza de su pensamiento en dogmas que justificaran el accionar de la burocracia. Esta actitud impedía el debate amplio y honesto sobre los problemas reales de la revolución internacional e incrementaba el poder que la burocracia estatal estaba adquiriendo dentro del Estado obrero. La burocracia por supuesto tomó el escrito de Trotsky como un insulto a sus aspiraciones porque su designio era en realidad enterrar la experiencia de la Revolución de Octubre y dirigió contra éste todo un arsenal de ataques recubiertos de “lucha contra el trotskismo” y la teoría de la revolución permanente.

Aspiramos con este volumen a llenar un vacío en la literatura sobre la Revolución Rusa a través de documentos escritos al calor de sus acontecimientos y aportar para que nuevas generaciones de jóvenes y obreros estudien las principales lecciones de la acción insurreccional de octubre. Conocer la gran revolución socialista del siglo XX hoy tiene un inestimable valor para pensar nuestro tiempos y dotarnos de las políticas necesarias para que nuevas instituciones basadas en la

acción de las masas y su autoorganización, sea la forma que adopten, confluyendo con la acción decidida de un partido revolucionario, se hagan del poder derribando la dominación capitalista.

\* \* \*

La compilación y edición fue realizada por Gabriela Liszt, las traducciones del inglés estuvieron a cargo de Susana Larson y, del francés, de G. Liszt. Agradecemos la colaboración para esta edición de Juan Chingo (Francia), Alejandra Ríos (GB), Gastón Gutiérrez, Bárbara Funes, Victoria Tristán, Rossana Cortez, Gloria Pagés, Ariane Díaz y Juan M. Gallardo.

*Octubre de 2007*

**PARTE I**



**ESCRITOS EN NUEVA YORK**





# LECCIONES DEL GRAN AÑO<sup>1</sup>

(9 DE ENERO DE 1905-9 DE ENERO DE 1917)

NOVY MIR\*, 20 DE ENERO DE 1917

Los aniversarios revolucionarios no son sólo días para conmemorar, son días para sacar lecciones de las experiencias revolucionarias. Especialmente para nosotros, los rusos. Nuestra historia es pobre. Nuestra llamada “originalidad nacional” está compuesta en gran parte de pobreza, grosería, incapacidad y atraso. Fue la Revolución de 1905 la que abrió primero ante nosotros la gran autopista del progreso político. El 9 de enero, el obrero de Petersburgo golpeó el portón del Palacio de Invierno<sup>2</sup>. El 9 de enero todo el pueblo ruso golpeó el portón de la historia.

El conserje real no respondió al golpe. Nueve meses después, sin embargo, el 17 de octubre<sup>3</sup>, se vio obligado a abrir el pesado portón del absolutismo. No importaron todos los esfuerzos de la burocracia, una pequeña rendija quedó abierta para siempre.

La revolución fue derrotada. Ahora la dirigen las mismas viejas fuerzas y casi las mismas figuras que gobernaban Rusia doce años atrás.

\* Todos los periódicos con asterico se encuentran al final del libro. Los nombres con asterico se encuentran en la sección Notas biográficas.

1. Los artículos comprendidos en esta parte son traducciones inéditas al español de *La guerre et la révolution. Le naufrage de la II Internationale, les débuts de la III Internationale* (2), París, Editions Tête de Feuilles, 1974, pp. 280-299. Algunas de ellas fueron cotejadas con la versión publicada en el MIA ([www.marxists.org](http://www.marxists.org)) inglés.

2. El 9 de enero de 1905 los obreros de Petrogrado protagonizaron una manifestación que peticionaba al zar, entre otras demandas, la jornada de 8 horas y el derecho de huelga. La manifestación estaba dirigida por el cura Gapón. En ella participaron activamente los socialdemócratas. Los manifestantes fueron reprimidos por las fuerzas zaristas en lo que se conoce como el “domingo sangriento”.

3. Luego de la huelga general de Petersburgo (Petrogrado), el zar Nicolás se vio obligado a proclamar, el 17 de octubre, un Manifiesto Constitucional, en el que otorgaba mínimas concesiones a las masas.

Pero, sin lugar a dudas, la revolución ha cambiado a Rusia. El reino del estancamiento, la servidumbre, el vodka y la humildad se ha convertido en el reino de la fermentación, el criticismo, la lucha. Donde una vez había una masa amorfa –el pueblo impersonal amorfo, la “Santa Rusia”– ahora, las clases sociales se oponen conscientemente unas a otras, surgieron partidos políticos, cada uno con su programa y métodos de lucha. El 9 de enero abre *una nueva historia rusa*.

Es una línea marcada por la sangre del pueblo. No hay vuelta atrás en esta línea a la Rusia asiática, a las malditas prácticas de las generaciones anteriores. No hay vuelta atrás. No la habrá nunca.

No fue la burguesía liberal, ni los grupos democráticos de la baja burguesía, ni los intelectuales radicales, ni los millones de campesinos rusos, sino el *proletariado ruso* el que ha comenzado con su lucha la nueva era en la historia rusa. Esto es elemental. Sobre esta base, nosotros los socialdemócratas hemos construido nuestras concepciones y nuestras tácticas.

El 9 de enero, fue el cura Gapón (figura fantástica, combinación de aventurero, entusiasta histérico e impostor) quien estuvo a la cabeza de los obreros de Petersburgo. Su sotana de cura fue la última ligazón que conectó entonces a los obreros con el pasado, con la “Santa Rusia”. Nueve meses después, en el curso de la huelga de octubre –la mayor huelga política que haya visto la historia–, estaba a la cabeza de los obreros de Petersburgo la organización de autogobierno que ellos mismos habían elegido : el soviet de diputados obreros. Contenía a muchos de los obreros que habían estado entre la gente de Gapón. Nueve meses de revolución habían hecho crecer a esos hombres como hicieron crecer a toda la clase obrera que el soviet representaba.

En el primer período de la revolución, las actividades del proletariado eran vistas con simpatía inclusive eran apoyadas por la sociedad liberal. Los Miliukov\* esperaban que el proletariado golpearía al absolutismo y lo harían inclinarse a un compromiso con la burguesía. Sin embargo, el absolutismo, que durante siglos fue el único amo del pueblo, no tenía deseos de compartir su poder con los partidos liberales. En octubre de 1905, la burguesía aprendió que no podía obtener el poder antes de que se rompiera la columna vertebral del zarismo. Esta

bendita cuestión podría ser lograda, evidentemente, sólo por una revolución victoriosa. Pero la revolución puso a la clase obrera en el primer plano, la unió y solidificó no sólo en su lucha contra el zarismo, sino en su lucha contra el capital. El resultado fue que cada nuevo paso revolucionario del proletariado en octubre, noviembre y diciembre (el tiempo del soviét), movió a los liberales cada vez más en la dirección de la monarquía. Las esperanzas de cooperación revolucionaria entre la burguesía y el proletariado se convirtieron en una utopía sin esperanza. Aquellos que no lo vieron entonces y no lo comprendieron después, aquellos que todavía sueñan con un levantamiento “nacional” contra el zarismo, no entienden la revolución. Para ellos la lucha de clases es un libro cerrado.

A fines de 1905, la cuestión se hizo aguda. La monarquía había aprendido a través de la experiencia que la burguesía no apoyaría al proletariado en la batalla decisiva. La monarquía decidió entonces moverse contra el proletariado con todas sus fuerzas. Los días sangrientos de diciembre se sucedieron. El consejo de diputados obreros fue arrestado por el Regimiento Ismailovski que permanecía leal al zarismo. La respuesta del proletariado fue inmediata: la huelga en Petersburgo, la insurrección en Moscú, los tormentosos movimientos revolucionarios en todos los centros industriales, la insurrección del Cáucaso y las provincias letonas.

El movimiento revolucionario fue aplastado. Muchos pobres “socialistas”, rápidamente, sacaron la conclusión de nuestras derrotas de diciembre que una revolución en Rusia era imposible sin el apoyo de la burguesía. Si esto fuese verdad, sólo significaría que una revolución en Rusia es imposible.

Nuestra *alta burguesía industrial*, la única clase que posee poder real, está separada del proletariado por una barrera insuperable de odio de clase, y necesita de la monarquía como pilar del orden. Los Guchkov\*, Krestovnikov y Ryabuchinski\* no pueden dejar de ver en el proletariado su enemigo mortal.

Nuestra *burguesía industrial y comercial* media y baja ocupa un lugar insignificante en la vida económica del país, y está enredada en la red del capital. Los Miliukov, dirigentes de las clases medias bajas, tienen éxito en la medida que representan los intereses de la alta

burguesía. Esta es la razón por la que el líder cadete<sup>4</sup> llamó al estandarte revolucionario un “trapo rojo”; es por ello que declaró, después del comienzo de la guerra, que si era necesaria una revolución para asegurar la victoria sobre Alemania, preferiría que no hubiera victoria alguna.

Nuestro *campesinado* ocupa un inmenso lugar en la vida rusa. En 1905, fue conmovido hasta sus raíces más profundas. Los campesinos echaban a sus señores, prendían fuego a las haciendas, tomaban la tierra de los terratenientes. Sí, la maldición del campesinado es que está desperdigado, desunido, retrasado. Es más, los intereses de los distintos grupos campesinos no coinciden. Los campesinos se levantaron y lucharon con fiereza contra sus esclavistas locales, sin embargo se detuvieron con reverencia ante el esclavista de toda Rusia. Los hijos de los campesinos en el ejército no entendieron que los obreros estaban derramando su sangre no sólo por ellos, sino también por los campesinos. El ejército fue una obediente herramienta en manos del zarismo. Aplastó la revolución obrera en diciembre de 1905.

Quien reflexione sobre las experiencias de 1905, quien dibuje una línea desde aquel año hasta el presente, comprende hasta qué punto los deseos de nuestros socialpatriotas, de cooperación revolucionaria entre el proletariado y la burguesía liberal, son totalmente quiméricos y lamentables.

Durante los últimos doce años el gran capital realizó grandes conquistas en Rusia. La mediana y baja burguesía se ha hecho aún más dependiente de los bancos y trusts. La clase obrera —que creció en número desde 1905—, ahora está separada de la burguesía por un abismo más profundo. Si la revolución “nacional” fue un fracaso doce años atrás, hay aún menos esperanzas que ella estalle en el presente.

Es verdad que en los últimos años el nivel cultural y político del campesinado ha aumentado. Sin embargo, son menos fundadas las esperanzas en el rol revolucionario del campesinado que hace doce años.

4. *Cadete* o *kadete*: miembro del Partido Constitucional Demócrata (KDT, en ruso), partido burgués fundado en 1905, dirigido por Miliukov. Apoyó a la monarquía constitucional, luego se inclinó por una república. Participó en el gobierno provisional de 1917, trabajó por la derrota del gobierno soviético después de la Revolución de Octubre. Después de la guerra civil sólo existió en la emigración.

*El único aliado real del proletariado urbano es el estrato del proletariado y semiproletariado de la aldea.*

Pero un escéptico puede preguntar, “¿hay alguna esperanza en una revolución victoriosa en Rusia en estas circunstancias?”

Es una pregunta particular. Desde las columnas de *Novy Mir* nos esforzamos por demostrar que las esperanzas existen y tienen bases sólidas. Pero algo está claro: si llega una revolución, no será el resultado de la cooperación entre el capital y el trabajo. La experiencia de 1905 muestra que ésta es una miserable utopía. Familiarizarse con esas experiencias, estudiarlas, es el deber de cada obrero pensante que esté ansioso por evitar los trágicos errores. Es en este sentido que hemos dicho que los aniversarios revolucionarios no sólo son días para conmemorar, sino días para sacar lecciones de las experiencias revolucionarias.

# EN EL UMBRAL DE LA REVOLUCIÓN

*NOVY MIR*, 13 DE MARZO DE 1917

Las calles de Petrogrado hablan, nuevamente, el lenguaje de 1905. Como en los tiempos de la guerra ruso-japonesa, los trabajadores reclaman pan, paz y libertad. Como en 1905, los tranvías no marchan y los periódicos no salen. El gobierno envía a sus cosacos. Y nuevamente no se ven en las calles más que dos fuerzas: los obreros revolucionarios y las tropas zaristas.

El movimiento fue provocado por la falta de pan. Este no es, evidentemente, un motivo fortuito. En todos los países beligerantes, las restricciones en productos alimenticios son la causa del descontento de las masas. Toda la demencia de la guerra se esclarece con este brutal hecho: sólo se produce lo que es indispensable para la vida, porque se necesita fabricar máquinas para la muerte.

Las explicaciones brindadas por las agencias telegráficas anglo-rusas intentan minimizar el asunto al nivel de una simple falta de pan momentánea y de las nevadas, subrayando la estupidez de esta política del avestruz que esconde la cabeza bajo la tierra cuando el peligro se aproxima. No es por simples nevadas que, a veces, causan dificultades de abastecimiento, que los trabajadores salen a la calle para enfrentar a los cosacos.

Muchas personas tienen una corta memoria y muchos de ellos –incluso dentro de nuestro círculo– han olvidado que Rusia fue sorprendida por la guerra en pleno fermento revolucionario. Después de la pesada represión de 1908-1911, los proletarios curaron sus heridas, y el fusilamiento de huelguistas en el Lena despertó la energía revolucionaria de las masas. El retorno violento de las huelgas ha comenzado. Y, durante el año que precedió a la guerra, la oleada huelguista

alcanzó una amplitud sólo conocida en 1905. En el verano de 1914, cuando Poincaré<sup>5</sup> visitó al zar (seguramente para ponerse de acuerdo sobre el medio de salvar a las pequeñas naciones), el presidente francés pudo ver con sus propios ojos, en las calles de la capital de su amigo, las primeras barricadas de la segunda revolución rusa.

La guerra quebró este ascenso revolucionario. Se repitió lo que había pasado con la guerra ruso-japonesa. Después de las tumultuosas huelgas de 1903, observamos durante el primer año de la guerra, un apaciguamiento casi total: los trabajadores peterburgueses necesitaron doce meses para reponerse y volver a las calles. Esto ocurrió el 9 de enero de 1905, cuando comenzó, por así decir, nuestra primera revolución.

La actual guerra es mucho más grandiosa que el conflicto ruso-japonés. Movilizando a millones de trabajadores, el zarismo, no sólo quebró las filas de las masas proletarias, sino que también planteó a las capas más avanzadas cuestiones de la mayor importancia. ¿Cuál es la causa de la guerra? ¿El proletariado debe asumir la “defensa de la patria”? ¿Cuál debe ser la táctica de la clase obrera durante la guerra? El zarismo y sus aliados, los círculos de nobles y capitalistas han develado durante la guerra su verdadera naturaleza: una naturaleza de criminales rapaces enceguecidos por una avidez sin límites y paralizados por una incompetencia constitutiva. Los apetitos de las clases dirigentes crecieron a medida que se descubría su incapacidad para resolver los problemas de producción creados por la guerra. La miseria de las masas se acrecentó —la miseria inevitable de la guerra—, multiplicada por la criminal incapacidad del zarismo “rasputiniano”<sup>6</sup>.

En las capas más atrasadas que quizás nunca habían escuchado hablar de agitación revolucionaria, los acontecimientos han hecho penetrar un profundo sentimiento de odio contra las clases dirigentes. Al mismo tiempo, la capa avanzada de los trabajadores comenzó por

5. *Poincaré, Raymond* (1860-1934): presidente de Francia en 1913-1920. Dirigió la entrada de su país en la Primera Guerra Mundial. El estallido de la guerra acortó su viaje a Rusia. En 1917, dio poder a Clemenceau e impulsó las pesadas reparaciones de guerra a Alemania en el Tratado de Versalles.

6. *Rasputín, Grigori* (1869-1916): místico ruso que tuvo gran influencia en los últimos días de la dinastía de los Romanov. También conocido como el Monje Loco.

elaborar un proceso crítico de los acontecimientos. El proletariado socialista fue golpeado violentamente por la bancarrota de la [II] Internacional y comprendió que la nueva era exigía el endurecimiento de la lucha. Lo que se desarrolla en Petrogrado y en Moscú es el resultado de este trabajo interno de preparación.

El poder está desorganizado, en riesgo y destrozado. El ejército está dislocado. Las clases dirigentes están descontentas, no tienen fe y tienen miedo. El proletariado se forja al fuego de los acontecimientos. Todo esto nos da el derecho a decir que somos los testigos del inicio de la Segunda Revolución Rusa. Esperamos que muchos de nosotros tomemos parte de ella.



# LA REVOLUCIÓN EN RUSIA

NOVY MIR, 16 DE MARZO DE 1917

Lo que está pasando actualmente en Rusia entrará en su historia como uno de sus más grandes acontecimientos. Nuestros hijos, nietos y bisnietos hablarán de ello como el inicio de una nueva era en la historia de la humanidad. El proletariado ruso se sublevó contra el más criminal de los regímenes, la negación misma del gobierno. El pueblo de Petrogrado se sublevó contra la más vergonzosa y sangrienta de las guerras. La guarnición de la capital enarboló la bandera roja de la revuelta y la libertad. Los ministros del zar son detenidos. Los ministros de Romanov<sup>7</sup>, los dueños de la antigua Rusia, los organizadores de la opresión panrusa, son encerrados en las prisiones cuyas puertas sólo se abrían, anteriormente, para los combatientes proletarios. La potente avalancha de la revolución está en pleno impulso. Ninguna fuerza humana podrá detenerla.

Siguiendo un comunicado telegráfico, un gobierno provisional está en el poder, constituido por representantes de la mayoría de la Duma<sup>8</sup> bajo la presidencia de Rodzianko\*. Este gobierno provisional –comité ejecutivo de la burguesía liberal–, no participa en la revolución, no la ha convocado ni la dirige. Rodzianko y Miliukov fueron llevados al poder

7. *Romanov*: familia real que rigió los destinos de Rusia entre 1613 y 1917. Se distinguió por su crueldad y su odio a las innovaciones liberales. El último monarca de la dinastía fue Nicolás II, obligado a abdicar luego de la Revolución de Febrero de 1917.

8. *Duma*: el “parlamento” de la Rusia zarista, elegido por una franquicia limitada y complicada. Aún esta limitada concesión fue una de las victorias de la derrotada Revolución de 1905. Rusia tuvo soviets antes de tener parlamento. Hubo cuatro Dumas: la primera Duma duró desde el 10 de mayo al 21 de julio de 1906. La segunda, del 5 de marzo al 16 de junio de 1907. La tercera, del 14 de noviembre de 1907 a junio de 1912,

por la primera oleada del ascenso revolucionario. Ellos temen ante todo ser deglutidos por ella. Ocupando los lugares de los ministros detenidos, los líderes de la burguesía liberal están dispuestos a dar por terminada a la revolución. Pero ésta sólo ha comenzado. Sus fuerzas no son las escogidas por Rodzianko y Miliukov. Y la revolución no encontrará sus jefes en el comité de la Duma del 3 de junio.

Las madres hambrientas de hijos hambrientos extendieron sus debilitadas manos hacia las ventanas de los palacios, y las maldiciones de estas mujeres se han hecho escuchar como la señal de la revolución. Este es el comienzo de los acontecimientos. Los obreros de Petrogrado dieron la señal de alarma. Centenas de millares de trabajadores que saben construir barricadas, se expandieron por las calles. Ésta es la fuerza de la revolución. La huelga general sacudió el potente organismo de la capital, paralizó al poder y atrapó al zar en uno de sus refugios dorados. Éste es el camino de la revolución. La guarnición respondió al llamado de las masas insurgentes e hizo posible la primera conquista del pueblo. El ejército revolucionario será el que pronunciará las palabras decisivas en los eventos de la revolución.

Nuestras informaciones son incompletas. Hubo lucha. Los ministros del zar no se rindieron sin combate. Telegramas llegados de Suecia nos hablan de puentes volados, de choques en las calles, de levantamientos en las ciudades de provincia. La burguesía tomó el poder para “restablecer el orden”. Son sus propias palabras. El primer manifiesto del gobierno provisional invita a los ciudadanos a la calma y al retorno pacífico a sus ocupaciones. Como si el trabajo depurador del pueblo hubiera terminado, como si la escoba de hierro de la revolución hubiera levantado todas las inmundicias que los siglos acumularon alrededor del trono deshonrado de la dinastía Romanov.

fue la única Duma que duró su mandato completo. La cuarta elegida en 1912, fue disuelta por el zar el 12 de marzo de 1917, el día después de que el Soviet de Petrogrado comenzara a funcionar. La Duma rehusó dispersarse y eligió un comité provisional esa misma noche, encabezado por Rodzianko. El comité provisional por su parte forzó la abdicación del zar. La Duma continuó existiendo hasta que el gobierno provisional la disolvió después del levantamiento de Kornilov (hubo cinco miembros bolcheviques en la cuarta Duma, pero se habían exiliado en 1915 por su oposición a la guerra).

No, Rodzianko y Miliukov hablaron demasiado rápido de paz y no será mañana que la calma reinará sobre la Rusia temblorosa. Poco a poco, la nación se dirigirá –todos los oprimidos, los expoliados, los humillados– sobre la extensión ilimitada de la cárcel de los pueblos. ¡Los acontecimientos de Petrogrado sólo son el principio!

A la cabeza de las masas populares, el proletariado cumple su deber histórico: él sacará a la monarquía y a la reacción de sus escondites y tenderá la mano a los trabajadores de Alemania y Europa. Pues se necesita liquidar no sólo al zarismo, sino también a la guerra. La segunda oleada revolucionaria ya se desarrolla por encima de las cabezas de Rodzianko y Miliukov, quienes están ocupados en el mantenimiento del orden y de acuerdo con la monarquía. La revolución extraerá de su seno el poder, el órgano revolucionario del pueblo marchando hacia la victoria. Las grandes batallas, los grandes sacrificios están aún por delante. Sólo después tendremos la victoria total, la victoria triunfal.

Los últimos telegramas, provenientes de Londres, anuncian que el zar Nicolás quiere abdicar en favor de su hijo. La reacción y el liberalismo quieren así salvar a la monarquía y la dinastía. Muy tarde, ¡es muy tarde! Los crímenes fueron demasiado grandes, los sufrimientos fueron demasiado monstruosos y la explosión de la furia popular es demasiado grande.

# DOS CARAS

(LAS FUERZAS INTERNAS DE LA REVOLUCIÓN)

NOVY MIR, 17 DE MARZO DE 1917

Examinemos más de cerca lo que está pasando. Nicolás fue depuesto e incluso, según algunas informaciones, se encuentra bajo arresto. Los más conspicuos líderes de las Centurias Negras<sup>9</sup> han sido arrestados. Algunos de los más odiados han sido asesinados. El nuevo ministerio se compone de liberales, octubristas<sup>10</sup> y del radical Kerensky\*. Una amnistía general fue declarada.

Todos estos son hechos, grandes hechos. Los hechos que más golpean en el mundo exterior. Sobre esta base, las burguesías europeas y norteamericana dan por terminada y victoriosa a la revolución. El zar y sus Centurias Negras sólo combatieron para conservar el poder. La guerra, los planes imperialistas de la burguesía, los intereses de los Aliados, todo esto pasaba a un segundo plano. Ellos estaban dispuestos a concluir la paz con el enemigo para liberar así a las tropas fieles y lanzarlas contra su propio pueblo.

El bloque progresista de la Duma no se fiaba del zar, tampoco de sus ministros. Este bloque se componía de diversas fracciones de la burguesía. El bloque tenía dos objetivos: primero, llevar la guerra hasta el final, hasta la victoria; luego, promulgar reformas interiores: más orden, control, responsabilidad. La victoria era indispensable para la

9. *Centurias Negras*: Eran bandas monárquicas semioficiales que asolaban el país desde la Revolución de 1905, ayudando a la represión oficial por métodos terroristas. Organizaban los denominados pogromos y fueron responsables de cerca de 50.000 víctimas judías. Tomaron sus nombres de varias corporaciones medievales (“La Unión de los Pueblos de Rusia”, etc.).

10. *Octubrista*: partido monárquico y proimperialista que apoyaba el “Manifiesto del zar” de octubre de 1905; era dirigido por Guchkov.

burguesía para la conquista de mercados, la valorización de las tierras, para su enriquecimiento. La reforma era indispensable para obtener la victoria. Pero el bloque liberal-progresista quería una reforma pacífica. Los liberales se esforzaban por controlar la presión de la Duma sobre la monarquía y por dominar a ésta con la colaboración de los gobiernos francés e inglés. No querían la revolución. Sabían que ésta, llevando a las fuerzas obreras a la primera fila, constituía una amenaza para sus planes imperialistas. Las masas laboriosas —en las ciudades, el campo y en el seno del ejército— quieren la paz. Los liberales lo saben. Es por ello, que todo el tiempo fueron los enemigos de la revolución. Hace algunos meses, Miliukov declaraba: “Si una revolución era indispensable para la victoria, yo rechazaría a la revolución”. Pero, gracias a la revolución, los liberales fueron llevados al poder. Los periodistas burgueses no ven nada por fuera de este hecho. Como ministro de Asuntos Exteriores, Miliukov declaró: la revolución se hace en nombre de la victoria sobre el enemigo exterior y el nuevo gobierno tiene la intención de conducir la guerra hasta el final. La Bolsa neoyorquina juzgó así a la revolución rusa: los liberales están en el poder, entonces serían necesarios más proyectiles.

Entre los especuladores de la Bolsa y los periodistas burgueses hay muchas personas inteligentes. Pero se vuelven más obtusos cuando se trata de juzgar a los movimientos obreros. Les parece que Miliukov conduce la revolución, como ellos conducen sus propios asuntos. Sólo ven la expresión liberal-gubernamental del desarrollo de los acontecimientos, una franja de espuma en la superficie de la corriente histórica.

El descontento contenido por tanto tiempo por las masas estalló muy tarde, a treinta y dos meses de la guerra, no porque era reprimida por la violencia policial, sino porque los liberales convencieron a las masas de la necesidad “patriótica” de la disciplina y del orden. Hasta último momento, en que las mujeres hambrientas salieron a las calles, en que los obreros las apoyaron por la huelga, los liberales intentaron detener el curso de los acontecimientos, como la heroína de Dickens que quería retener la marea con un cepillo para lavar.

Pero el movimiento vino de abajo, de los barrios obreros. Después de horas y días de indecisión y fusilamientos, los mejores elementos del ejército confraternizaron con los insurgentes. El poder se mostró

impotente, paralizado, abatido. Los burócratas de las Centurias Negras se escondieron como soplones.

Sólo entonces llegó el turno de la Duma. El zar intentó disolverla a último momento. Lo habría hecho “siguiendo el ejemplo de los últimos años”, si hubiera tenido la posibilidad de hacerlo. Pero el pueblo ya triunfaba en las calles, ese mismo pueblo que había salido para la lucha, contra la voluntad de los liberales. El ejército marchaba con el pueblo. Si la burguesía no hubiera organizado su poder, el gobierno habría sido constituido por los insurgentes. La Duma jamás se habría resuelto a arrancar el poder de manos del zar. Pero no podía dejar de aprovechar el interregno: la monarquía desaparecía de la faz de la tierra, el poder revolucionario aún no se había constituido.

Es indudable que los Rodzianko habrían querido dar marcha atrás. Pero por encima de ellos planeaba el control de los gobiernos francés e inglés. La participación de los Aliados en la formación del gobierno provisional es indiscutible. Entre las perspectivas de una paz separada de parte de Nicolás y la toma del poder por las masas, los Aliados preferían ver el gobierno en manos de los imperial-progresistas. La burguesía rusa tiene poca plata y los “consejos” del embajador inglés resuenan en sus oídos como tantas otras órdenes. Contrariamente a toda su historia pasada, a su política, a su voluntad liberal, la burguesía se encuentra en el poder.

Miliukov habla de la guerra hasta “el final”. Estas palabras no le salieron fácilmente de la garganta: sabe que suscitarán la indignación de las masas y las dirigirán contra el poder. Pero Miliukov debe expresarse así para las Bolsas de París, de Londres y... Nueva York. Es verdad que Miliukov había telegrafiado su declaración al exterior, guardándose bien de hacerla conocer en Rusia. Pues Miliukov sabe muy bien que no puede, en las condiciones actuales, vencer a los alemanes y apoderarse de Constantinopla y Polonia. Las masas se sublevaron por el pan y la paz. La llegada al poder de algunos liberales no alimentó a los hambrientos ni curó sus heridas. Para satisfacer las necesidades imperativas del pueblo, es necesario hacer la paz. Pero el bloque liberal-imperialista, no se puede permitir hacer alusión a la paz. En primer lugar, por los Aliados. En segundo lugar, porque la burguesía liberal tiene, frente al pueblo, una gran responsabilidad por la guerra. Los Miliukov y los Guchkov

precipitaron a la nación, en acuerdo con la camarilla “romanoviana”, hacia este espantoso conflicto. La perspectiva de terminar con esta nefasta guerra, de volver al hogar destruido, está al alcance del pueblo. Miliukov y Guchkov temen el fin de la guerra tanto como la revolución.

Esa es su posición gubernamental: están obligados a hacer la guerra, pero sin confiar en una victoria; temen al pueblo y éste no confía en ellos.

“Desde el principio, ya estaba dispuesta a traicionar al pueblo y a traicionar con los representantes de la antigua sociedad, pues ella misma pertenece a esta sociedad (...), manteniéndose en la dirección de la revolución, no porque el pueblo creyera en ella, sino porque el pueblo se la había puesto delante de ella (...). Sin confianza en sí misma, sin confianza en el pueblo, teniendo piedad por las clases dirigentes, temerosa frente a las clases inferiores, egoísta en los dos frentes y conociendo su egoísmo, revolucionaria contra los conservadores, conservadora contra los revolucionarios, sin creer en sus propias consignas, con frases en lugar de ideas, espantada por la agitación mundial y, a su vez, explotando esta agitación; banal, pues estaba desprovista de originalidad, original pero sólo en la banalidad; traidora a sus propios deseos, sin fe en sí misma, sin fe en el pueblo, sin misión histórica; vieja maldita que debe dirigir y explotar los primeros movimientos juveniles de un gran pueblo; ciega, sorda, desdentada, así aparecía después de la revolución de marzo la burguesía prusiana que detentaba el poder” (Karl Marx).

En estas palabras de un gran maestro, se puede ver el retrato acabado de la burguesía liberal rusa después de nuestra Revolución de Febrero. “Sin fe en sí misma, sin fe en el pueblo, desdentada, ciega”, tal era su rostro político.

Felizmente para Rusia y Europa, la Revolución Rusa tiene dos caras. Diversos telegramas nos han hecho saber que un comité de trabajadores se opone al gobierno provisional y que éste ya protestó contra la tentativa liberal de confiscar la revolución a su propio beneficio y de volver a darle el poder a la monarquía.

Si la revolución se detenía ahora, como lo quería el liberalismo, la coalición de los nobles, del zar y la burocracia “eyectaría” a Guchkov y Miliukov, como la contrarrevolución prusiana echó a los representantes del liberalismo prusiano.

Pero la revolución no se detendrá. Y en su desarrollo futuro, barrerá de su camino a los burgueses liberales como barre, en este momento, a la reacción zarista.



# EL CONFLICTO CRECIENTE

## (LAS FUERZAS INTERNAS DE LA REVOLUCIÓN)

*NOVY MIR*, 19 DE MARZO DE 1917

Un conflicto entre las fuerzas de la revolución, a la cabeza de las cuales se encuentra el proletariado urbano y el liberalismo antirrevolucionario, es inevitable. Se puede, evidentemente, producir un gran número de palabras —y a esto el burgués liberal y el socialtraidor se dedican arduamente— sobre la predominancia de la unidad nacional con relación a la separación de clases. Pero nadie ha logrado aún separar a través de conjuros las contradicciones sociales y detener el desarrollo natural de la lucha revolucionaria.

La historia de los acontecimientos que transcurren actualmente sólo nos es conocida por los ecos y comentarios que se filtran a través de los telegramas oficiales. Debemos llamar la atención sobre dos puntos que van a oponer entre sí al proletariado revolucionario y los liberales.

El primer conflicto fue provocado por la cuestión de la forma de gobierno. El liberalismo necesita a la monarquía. Observamos en todos los países que llevan adelante una política imperialista, un crecimiento extraordinario del poder personal. El rey de Inglaterra, el presidente francés y, recientemente, el presidente de los EEUU tomaron en sus manos una gran parte del poder. La política de las conquistas mundiales, de los representantes secretos, de las traiciones abiertas, exige una independencia frente al parlamento. Por otro lado, la monarquía constituye una ayuda preciosa para los liberales en lucha contra la mentalidad revolucionaria del proletariado. En Rusia, estas dos causas actúan con mayor fuerza que en ninguna otra parte. La burguesía rusa considera que es imposible rechazar el sufragio universal, pues este rechazo llevaría a la oposición a las masas contra el gobierno provisional y daría predominancia al ala más decidida del proletariado.

Incluso el monarca “de reserva”, Michel Alexandrovich, comprende la imposibilidad de aproximarse al trono, de otro modo que por la vía del “derecho de voto, igual para todos, directo, general y secreto”. Es mucho más importante para la burguesía constituir un contrapeso contra las profundas exigencias socialrevolucionarias de las masas laboriosas. Cuenta con poder resolver la cuestión en la próxima Asamblea Constituyente. Pero, en realidad, el gobierno y el ministerio octubrista y cadete transforman el trabajo preparatorio para el establecimiento de la Constituyente en una lucha a favor de la monarquía contra la república. La suerte de la Constituyente dependerá enormemente de quién y cómo la convocará. Consecuentemente, el proletariado debe, desde ahora, oponer sus organismos de combate a los del gobierno provisional. En esta lucha, el proletariado, agrupando alrededor de sí a las masas laboriosas, debe tener como objetivo fundamental la toma del poder. Únicamente un gobierno proletario tiene la voluntad y capacidad de, incluso durante los preparativos de la Constituyente, realizar una depuración radical y democrática en el país, reformar al ejército, hacer una milicia revolucionaria y demostrar a los campesinos que su salvación sólo puede venir de un régimen obrero revolucionario. Esta tarea, movilizará a las fuerzas productoras del país y será el arma principal en el posterior desarrollo del conflicto.

La segunda cuestión que debe oponer implacablemente el proletariado revolucionario al liberalismo es la actitud hacia la guerra y la paz.

# ¿LA GUERRA O LA PAZ?

(LAS FUERZAS INTERNAS DE LA REVOLUCIÓN)

*NOVY MIR*, 20 DE MARZO DE 1917

Lo que interesa ante todo a los gobiernos y pueblos del mundo entero es: ¿cómo influirá la Revolución Rusa en el curso de la guerra? ¿Hará que se acerque la paz? ¿O bien, por el contrario, el entusiasmo revolucionario será dirigido hacia una prolongación de las hostilidades? Este es un grave problema. De su resolución en uno u otro sentido depende el destino de la guerra, pero también el de la propia revolución.

En 1905, Miliukov calificaba a la guerra ruso-japonesa de una aventura, y exigía el cese inmediato del conflicto. Toda la prensa liberal y radical escribía en este sentido. Las más potentes organizaciones industriales se declaraban —a pesar de las inauditas derrotas— a favor del fin de la guerra. ¿Cómo se puede explicar esto? Por la esperanza de una reforma interna. El establecimiento de un orden constitucional, el control parlamentario sobre el presupuesto y la economía, la difusión de la enseñanza y la reforma agraria deberían elevar el nivel de vida, hacer crecer a la población, crear un inmenso mercado interno para la industria. Es verdad que la burguesía rusa estaba dispuesta a apoderarse de cualquier territorio extranjero, pero pensaba que el enriquecimiento de los campesinos le ofrecería un mercado más potente que Manchuria o Corea.

Sin embargo, se demostró que democratizar el país y enriquecer a los campesinos no es cosa fácil. Ni el zar ni la nobleza ni la clase de los funcionarios se resignaron a ceder una pulgada de sus privilegios. No se podía por medio de los liberales, recibir de sus manos la máquina gubernamental y las tierras; se necesitaba una potente presión de las masas. Pero la burguesía no quería esto. Las revueltas campesinas, la

lucha más áspera e ininterrumpida del proletariado y el crecimiento de las sublevaciones en el ejército, lanzaron a la burguesía liberal hacia el campo de la burocracia zarista y de la reacción constituida por los nobles. Su unión fue fortalecida por el giro gubernamental del 3 de junio de 1907. De allí nació la Duma del mismo nombre y que se encuentra actualmente en ejercicio.

Los campesinos no recibieron ninguna tierra. Las instituciones gubernamentales cambiaron más de forma que de realidad. No se pudo lograr la creación de un mercado interno en base al modelo de los granjeros norteamericanos. Las clases capitalistas, reconciliándose con el régimen, se esforzaron por conquistar los mercados externos. Se asistió al surgimiento de un nuevo imperialismo ruso, con una economía gubernamental y militar depravada y apetitos insaciables. Guchkov se encontraba en la comisión de Defensa nacional que debía acelerar el desarrollo del ejército y de la flota. Miliukov elaboraba un programa de anexiones y lo difundía a través de Europa.

Gran parte de la responsabilidad de la guerra incumbe al imperialismo ruso y a sus representantes octubristas y cadetes: en este punto, Guchkov y Miliukov no pueden hacer ningún reproche a los Bachibuzuk del imperialismo alemán: es exactamente igual.

Gracias a la revolución, que ellos no deseaban y contra la cual luchan, Guchkov y Miliukov están en el poder. Quieren que se prolongue la guerra. Quieren victorias. ¡Nada más y nada menos! Ellos arrastraron al país a la guerra para servir a los intereses del capitalismo. Toda su oposición al zarismo sólo provenía de la insatisfacción de sus apetitos capitalistas. Mientras que la camarilla de Nicolás se mantenía en el poder, la política exterior estaba dominada por intereses dinásticos y reaccionarios. Por eso, en Berlín y en Viena, siempre se esperaba llegar a una paz por separado. Ahora se inscribieron en la bandera gubernamental los intereses de un imperialismo integral. “No existe el poder zarista –dicen Guchkov y Miliukov al pueblo–, ahora ustedes deben derramar su sangre por el interés nacional de todos”. Por este vocablo, los imperialistas entienden: el retorno de Polonia, la conquista de Galicia, Constantinopla, Armenia y Persia. En otras palabras, Rusia se ubica en la misma línea que otros Estados europeos y, ante todo, que sus Aliados: Francia e Inglaterra.

Inglaterra es una monarquía parlamentaria, Francia es una república. En el poder están los liberales e, incluso, los socialpatriotas. Pero esto no cambia de ninguna manera el carácter imperialista de la guerra; por el contrario, resulta ser un camuflaje. Y los trabajadores revolucionarios llevan adelante, tanto en Inglaterra como en Francia, una lucha implacable contra la guerra.

El cambio de un imperialismo dinástico a un imperialismo puramente burgués no reconcilia al proletariado con la guerra. La lucha internacional contra el imperialismo es más que nunca nuestro objetivo supremo. Los telegramas, que cuentan sobre las manifestaciones contra la guerra en las calles de Petrogrado, confirman que nuestros camaradas cumplen valientemente con su deber.

Las fanfarronadas imperialistas de Miliukov (aplastar a Alemania, Austria y Turquía) sirven, mejor imposible, a los Hohenzollern y a los Habsburgo<sup>11</sup>. Miliukov juega ahora el rol de espantajo. Incluso antes de haber procedido a una reforma del ejército, el gobierno provisional ayuda a los Hohenzollern a apoyar el espíritu patriótico y a mantener “la unidad” del pueblo alemán que crujía por todos lados. Si el proletariado alemán llegaba a creer con ello que el proletariado ruso, la principal fuerza revolucionaria, apoyaba al gobierno burgués, sería un golpe terrible para nuestros hermanos en Alemania. La conversión de los trabajadores rusos en carne de cañón patriota al servicio del liberalismo burgués, lanzaría a las masas alemanas al campo del chauvinismo y frenaría, por mucho tiempo, el desarrollo de la revolución alemana.

La primera tarea del proletariado ruso es demostrar que el gobierno no cuenta con el apoyo de las masas. La Revolución Rusa debe develar al mundo entero su gran personalidad, es decir, su hostilidad irremediable a la reacción y al imperialismo liberal.

El desarrollo futuro de la lucha revolucionaria y la creación de un gobierno obrero revolucionario darían un golpe mortal a los Hohenzollern, pues darían un fuerte impulso al movimiento revolucionario alemán así como a las masas de otras naciones europeas. Si la

11. *Hohenzollern*: La dinastía de los Hohenzollern gobernó Alemania desde 1871 hasta la revolución de 1918, cuando abdicó el káiser Guillermo II. *Habsburgo*: familia real europea, cuyos miembros gobernaron en Austria, Hungría, Bohemia, Alemania y España.

primera Revolución Rusa de 1905 provocó revueltas en Asia, Persia, Turquía y China, la segunda marcará el inicio de una gigantesca lucha social y revolucionaria en Europa. Esto es lo único que llevará a una paz duradera a la Europa cubierta de sangre.

No, el proletariado ruso no se dejará enganchar al carro del imperialismo “miliukoviano”. Sobre los estandartes de la socialdemocracia rusa, más vivos que nunca, brillan las consignas de la Internacional intransigente:

¡Abajo los rapaces imperialistas!

¡Viva el gobierno obrero revolucionario!

¡Viva la paz y la fraternidad entre los pueblos!

# CONTRA QUIÉN Y CÓMO DEFENDER LA REVOLUCIÓN

*NOVY MIR*, 21 DE MARZO DE 1917

El imperialismo, tanto en nuestro país como en todas partes, deriva de las mismas bases de la producción capitalista. Pero el desarrollo de nuestro imperialismo se aceleró bajo la influencia de la contrarrevolución. Ya hemos hablado de ello. Cuando la burguesía, espantada por la revolución, rechazó su propio programa de crecimiento del mercado interno a través de la distribución de tierras de los “landlords” a los campesinos, consagró toda su atención a la política mundial. El carácter antirrevolucionario de nuestro imperialismo aparece claramente con toda su imprudencia. La burguesía imperialista prometía, en el caso de tener éxito, mejores salarios, e intentaba comprar a los mejores obreros a través de lugares privilegiados en la industria de guerra. La burguesía prometía tierras a los mujiks<sup>12</sup>. “¿Tendremos esas nuevas tierras? –así razonaba el campesino medio, que había perdido toda esperanza de recibir tierras de parte de los nobles–, éstos últimos, en todo caso, sólo podrán disminuir, y así nosotros seremos más libres para adquirir las tierras...”.

La guerra fue el medio, en el sentido propio del término, de distraer la atención de las masas populares de los problemas internos, esencialmente, de la cuestión agraria. Este es uno de los motivos del encarnizamiento desplegado por la nobleza liberal y no liberal para apoyar al imperialismo burgués en su conducción de la guerra. Bajo la bandera de la “salvación del país”, los burgueses liberales intentan retener entre sus manos la dirección del movimiento revolucionario y, con este objetivo, estimulan no sólo al “obrero a destajo del patriotismo” Kerensky,

12. *Mujik*: campesino pobre ruso.

sino aparentemente también a Cheidse\*, el representante de los elementos oportunistas de la socialdemocracia.

El curso tomado por la guerra y la lucha por la paz, vuelven a plantear brutalmente todos los problemas internos y, ante todo, la cuestión agraria... Esto abre una cuña profunda en el bloque noble-burgués-militar-patriótico. Kerensky deberá elegir entre los “liberales” del 3 de junio que quieren cambiar el curso de la revolución en beneficio de los capitalistas, y los revolucionarios que quieren abordar el problema agrario en toda su amplitud, es decir, confiscar para el pueblo las tierras de la corona, así como las de los nobles, monasterio y de la iglesia. Cualquiera sea la elección personal de Kerensky, no significará absolutamente nada: este joven abogado de Saratov que “suplica” en los mítines a los soldados que lo fusilen si no le otorgan confianza, al mismo tiempo que amenaza a los trabajadores internacionalistas, no tiene mayor peso en la balanza de la revolución. Otro asunto es ocuparse de las masas campesinas. Atraerlas hacia nuestro lado es el problema actual más agudo, más urgente.

Sería un crimen querer resolver este problema adaptando nuestra política a la del socialpatriotismo en lo que concierne al campesinado; el obrero ruso se suicidaría pagando el precio de su acuerdo con los campesinos con la ruptura de sus lazos con el proletariado europeo. Pero no hay ninguna necesidad política de ello. Tenemos entre las manos un arma mucho más potente: mientras que el gobierno de Lvov\*, Guchkov, Miliukov y Kerensky se vea obligado a girar sobre la cuestión agraria, podemos y debemos plantear esto, en toda su amplitud, frente a las masas campesinas.

¡Como la reforma agraria es imposible, estamos a favor de la guerra imperialista! –gritó la burguesía rusa después de la tentativa de 1905-1907.

¡Denle la espalda a la guerra imperialista oponiéndole la revolución agraria! –les decimos nosotros a las masas campesinas, refiriéndonos a la demostración de 1914-1917.

Esta cuestión agraria jugará un rol enorme en el acercamiento de los cuadros proletarios al ejército y la masa campesina.

¡Vayamos por la tierra del ‘señor’ y no por la de Constantinopla! –dirá el soldado proletario al soldado campesino, explicándole los objetivos de la guerra imperialista.



Del éxito de nuestra propaganda y de nuestra lucha contra la guerra —entre los obreros, en primer lugar, y luego, entre las masas de campesinos y soldados—, dependerá la rapidez con la cual el gobierno liberal-imperialista será reemplazado por un gobierno obrero revolucionario, apoyándose directamente en el proletariado y atrayendo hacia él a las poblaciones del campo.

Únicamente un poder que no se oponga a la presión de las masas, sino por el contrario, que las guíe, es capaz de asegurar la suerte de la revolución y de la clase obrera. Crear tal poder es actualmente el problema de base fundamental de la revolución.

La Asamblea Constituyente sólo tiene, por el momento, un barniz revolucionario. ¿Qué se oculta detrás de ella? ¿Qué aportará esta Asamblea? Dependerá de sus elementos. Y esto depende de quién convocará la Asamblea Constituyente y las condiciones en las que se hará esta convocatoria.

Rodzianko, Miliukov y Guchkov hacen sus esfuerzos para crear una Asamblea Constituyente que les sea favorable. Su mayor ventaja es el eslogan de la “unidad nacional” contra el enemigo exterior. Ahora quieren contarnos que es indispensable salvar “las conquistas de la revolución” de la dominación de los Hohenzollern, y los socialpatriotas los acompañarán a coro.

Habría, sin embargo, algo para salvaguardar, diremos nosotros. En primer lugar, hace falta poner a la revolución al abrigo del enemigo interior. Hace falta, sin esperar a la Asamblea Constituyente, barrer la mugre monárquica de todos los rincones. Hace falta enseñar al pueblo ruso la desconfianza frente a las promesas de Rodzianko y las mentiras de Miliukov. Hace falta lanzar a los millones de campesinos contra los liberales imperialistas, bajo la bandera de la revolución agraria y de la república. Esta tarea sólo podrá ser cumplida por un gobierno obrero revolucionario que sacará a los Guchkov y Miliukov del poder. Este gobierno hará todo por aclarar, poner en pie y unir a las capas más atrasadas, más ignorantes de las ciudades y el campo. Sólo gracias a semejante gobierno y trabajo preparatorio, la Asamblea Constituyente será no una cobertura de los intereses capitalistas, sino un órgano efectivo del pueblo y de la revolución.

Pero, ¿cómo comportarse frente a los Hohenzollern, cuyas armas amenazarán a la revolución triunfante?

Ya hemos escrito con respecto a esto. La Revolución Rusa representa un peligro incomparablemente mayor para los Hohenzollern que los apetitos y las intenciones de la Rusia imperialista.

Cuanto más rápido la revolución lance su máscara “guchkov-miliukoviana”, mayor será su repercusión en Alemania, y los Hohenzollern serán más incapaces de ahogar la Revolución Rusa, pues tendrán mucho para hacer en su propio país.

—¿Y si el proletariado alemán no se levanta? ¿Qué haremos entonces?

—Es decir que Uds. suponen que la Revolución Rusa puede tener lugar sin repercutir en Alemania, incluso en el caso en que el movimiento obrero tomara el poder entre nosotros. Pero es absolutamente imposible.

—Pero, ¿incluso si...?

—Por el momento no nos llenaremos la cabeza con suposiciones tan improbables. La guerra hizo de Europa un verdadero barril de pólvora. El proletariado ruso lanza allí una antorcha encendida. Suponer que esta antorcha no provoca una explosión, es ir contra todas las leyes de la lógica y de la psicología. Pero si se produce lo improbable, si los socialpatriotas impiden a los proletarios alemanes levantarse contra las clases dirigentes, entonces, va de suyo, que el proletariado ruso defendería la revolución con las armas en la mano. El gobierno obrero ruso haría la guerra a los Hohenzollern llamando a los trabajadores alemanes a luchar contra el enemigo común. Del mismo modo que, si el proletariado alemán estuviera en el poder, tendría el deber de luchar contra la camarilla de los Guchkov y Miliukov, con el fin de ayudar al pueblo ruso a arreglar sus cuentas con su enemigo imperialista. En estas condiciones, la guerra llevada adelante por el proletariado no sería más que una revolución armada. Ya no se trataría entonces de la “defensa de la patria”, sino de la defensa de la revolución y de su propagación hacia otros países.

# 1905-1917

## LOS PROBLEMAS PRIORITARIOS DE LA REVOLUCIÓN

*DIE ZUKUNFT*, ABRIL DE 1917

La guerra franco-prusiana de 1870-1871 dio por finalizada la agitada época de la formación de los Estados europeos. Una era de inmovilismo político comenzaba. Como nunca se vio en la historia, las contradicciones se hacían claras en el seno de las sociedades capitalistas. Pero ninguna de ellas encontró una solución a través de las armas. Todo el arte de los dirigentes consistía en dejar para después las cuestiones importantes. El posibilismo, el oportunismo, la facultad de adaptarse se convirtieron en escuela y tradición. En esta atmósfera se formó la psicología de las generaciones socialistas de preguerra. La revolución era mirada como un método retrógrado de “barbarie” política. Los revolucionarios eran considerados como soñadores de quimeras, los que, justamente, no perdían el sentido de la realidad.

La guerra ruso-japonesa y la Revolución Rusa de 1905 dieron un golpe violento a los prejuicios posibilistas. Estos acontecimientos tuvieron eco en el mundo entero. En Austria, la Revolución Rusa acarrió la conquista del sufragio universal. En Alemania, conmovió un poco al conservadurismo del Partido socialista, y este recomendó “en principio” la huelga general al Congreso que se realizó en Jena. En Francia, el sindicalismo levantó cabeza e hizo contrapeso al oportunismo de la fracción parlamentaria. En Inglaterra se creó el Partido Laborista. Sin embargo, ningún conflicto estalló entre los partidos socialistas y los gobiernos. Mientras que las derrotas rusas provocaban levantamientos en Extremo Oriente, en Persia, Turquía y China, todo volvió al orden en Europa, después de la sacudida psicológica. ¡La Revolución Rusa fue aplastada por las fuerzas combinadas del zarismo y de la reacción europea capitalista! Este desastre

volvió a dar vida al espíritu del oportunismo. La época comprendida entre 1907 y 1914 fue la del más lamentable conservadurismo y de la más vulgar avaricia para el movimiento obrero. Pero la historia preparaba para los revolucionarios una revancha maravillosa.

Esta vez, Rusia tomó la iniciativa.

Las personas que piensan superficialmente o que no piensan, suponen que resolvieron el problema diciendo: en Rusia se desarrolla actualmente “una revolución burguesa”. En realidad, la cuestión se plantea así: ¿Qué es esta revolución burguesa? ¿Cuáles son sus fuerzas internas y sus perspectivas futuras?

Durante la gran Revolución Francesa, la principal fuerza motriz era la pequeñoburguesía urbana que conduce a la masa campesina. ¿Dónde se encuentra entre nosotros esta pequeñoburguesía? Su rol económico es insignificante. El capitalismo industrial ruso se desarrolló desde el inicio bajo formas concentradas. El proletariado se oponía hostilmente a la burguesía, clase contra clase, en el umbral de la Revolución Rusa de 1905. Tales son las diferencias sociales entre las dos revoluciones. Pero no se puede ir lejos con semejantes analogías históricas. Es indispensable examinar las fuerzas vivas y fijar sus líneas de movimiento.

Entre la revolución del “Tercer Estado” en Francia y nuestra revolución, estuvo la Revolución Alemana de 1848. Esta última, también era burguesa. Pero la burguesía alemana era incapaz de cumplir su rol revolucionario. Para caracterizar los acontecimientos de 1848, Marx escribía: “La burguesía alemana se comportó de manera tan débil, cobarde y lenta, que cuando se dirigió contra el absolutismo y el feudalismo, encontró frente a sí a la amenaza efervescente del proletariado y las capas de la sociedad burguesa más próximas a los proletarios por sus intereses y sus puntos de vista (...). La burguesía prusiana no se parecía en nada a la burguesía francesa de 1789, es decir, a esta clase que representaba a la nueva sociedad en su lucha contra las fuerzas del poder de la monarquía y de la nobleza. La burguesía alemana llegó a un grado de separación tal que se oponía, al mismo tiempo, a la dinastía y al pueblo. Era hostil a los dos y completamente indecisa, pues ella misma pertenecía a la antigua sociedad (...). Ella no se levantó espontáneamente y si apoyó la revolución, fue porque el pueblo la colocó allí (...). Sin confianza en sí misma ni en el pueblo, se quejaba de las clases dirigentes, temblorosa

frente a las clases inferiores, egoísta en los dos frentes y conociendo su egoísmo, revolucionaria contra los conservadores, conservadora contra los revolucionarios, no creyendo en sus propios eslóganes, con frases en lugar de ideas, espantada por la tempestad mundial y explotándola al mismo tiempo, sin energía y plagiando en todas las direcciones (...), banal, pues estaba desprovista de originalidad, original pero sólo en su banalidad; traidora a sus propios deseos, sin iniciativa, sin fe en sí misma y en el pueblo, sin misión histórica y mundial, aparecía como el viejo maldito que debe canalizar y explotar los primeros movimientos juveniles de un gran pueblo. Ciega, sorda, desdentada, así aparecía la burguesía prusiana después de la revolución de marzo”.

Leyendo este cuadro característico dibujado por la mano de un gran maestro, ¿no reconocemos a nuestra propia burguesía y a sus líderes? La burguesía rusa entró en la arena política después de la burguesía alemana. El proletariado ruso es incomparablemente más fuerte, más independiente y consciente que los trabajadores alemanes de 1848. El desarrollo general europeo puso a la orden del día la revolución social. Todas estas circunstancias, quitaron a la burguesía liberal los últimos restos de confianza en sí misma y en el pueblo.

¡Con qué insolencia, a decir verdad cinismo, el zar ha tratado a la burguesía liberal! Convoca a la Duma cuando necesita un préstamo; cuando lo obtuvo, volvió a mandar a los diputados a sus casas. A sus exigencias “de un ministerio que goce de la confianza general”, responde nombrando a los reaccionarios más rabiosos. La camarilla de cortesanos siempre provocó a Guchkov y Miliukov, jamás le tuvieron miedo. Y desde su punto de vista, tiene razón: sea cual fuera el odio de los liberales hacia los gángsteres de la corte, jamás serían capaces de emprender contra éstos una acción revolucionaria, por temor a las masas laboriosas. “Si el camino de la victoria debía pasar por la revolución, rechazaríamos la victoria”, declaraba recientemente Miliukov. En la medida que se tratara de la burguesía liberal, Nicolás podía dormir tranquilo: sabía que la cobardía de clase de los burgueses prevalecería sobre su odio hacia el zar.

Ocurre lo contrario con el proletariado. En vísperas de la guerra, se encontraba en el punto culminante de la agitación revolucionaria. El número de los trabajadores que participaban en las huelgas de 1914 igualaba al de los huelguistas de 1905. Cuando Poincaré llegó

a Rusia para dar la última mano a los preparativos de la guerra que se anunciaba, pudo ver las primeras barricadas de la Segunda Revolución Rusa. El movimiento entre 1912-1914, se desarrolló a una mayor escala que a principios de siglo. Como hace diez años, la guerra detuvo el desarrollo del movimiento obrero. La caída de la [II] Internacional golpeó a la vanguardia del proletariado. Treinta y un meses transcurrieron, meses de derrotas, carestía de vida, escándalos, hambre, “sujomliniadas”\* y “rasputiniadas”, antes que los proletarios vuelvan a salir a las calles.

Lo hicieron contra la voluntad de los liberales burgueses. El 6 de marzo, en las vísperas de la huelga general, la prensa invitaba a los trabajadores a no interrumpir el curso normal de la producción para no impedir las operaciones militares. Pero esto no retuvo a las mujeres hambrientas. Ellas salieron a las calles al grito de la consigna: “¡Pan y paz!”. Los obreros las apoyaron. La huelga general relegó a un segundo plano al conflicto entre la Duma y el ministerio. Las masas proletarias paralizaron la vida de la ciudad, invadieron las calles y, con todo su comportamiento, mostraron que no se trataba de una simple demostración, sino de una lucha revolucionaria contra las autoridades.

El apoyo del ejército marcó la suerte de la revolución. Los proletarios de Petersburgo aún no eran bastante fuertes, organizados ni habían tenido los contactos suficientes con los proletarios de la Rusia entera, para poder conquistar el poder. Pero estaban bastante fuertes para enviar, de un solo golpe, al zarismo al museo histórico. El poder estaba vacante. En este momento, “el bloque progresista” hizo su aparición en la escena.

Rodzianko, Guchkov, Miliukov –los mismos que, hasta último momento, lucharon contra la revolución– estaban obligados a tomar el poder, ya que la revolución había barrido al gobierno. “Ellos no hicieron la revolución, pero el pueblo los empujaba por detrás”.

A todo esto se añadió la presión ejercida por Londres y París. El peligro de que Rusia, paralizada por “la anarquía”, se retirara de la guerra, contrariaba los planes de la gran ofensiva de primavera (la tercera) y corría el riesgo de influenciar inoportunamente a la burguesía norteamericana en vísperas de la intervención de los EEUU. Era necesario actuar de manera que Rusia tuviera un gobierno

“reconocido y fuerte”, que declarara, en nombre de la revolución, que la nueva Rusia asumiría las responsabilidades financieras y diplomáticas del antiguo régimen y, sobre todo, que continuaría la guerra “hasta la victoria final”. Sólo el “bloque progresista” podía formar el gobierno deseado.

El ministro Lvov acordó la libertad de prensa y de reunión y promulgó la amnistía. Ninguna cuestión fundamental fue resuelta, pero estas medidas servían para canalizar la furia popular. La guerra siempre estaba allí. La carestía de la vida, el frío, la crisis financiera, estaban siempre presentes. Y la cuestión agraria se planteaba con toda su agudeza.

Las masas laboriosas se sublevaron, exigían mejores condiciones de trabajo y protestaban contra la guerra. Las muchedumbres campesinas se sublevaron en el campo y, sin esperar la decisión de la Asamblea Constituyente, comenzaron a expropiar a los propietarios de tierras. Todos los esfuerzos liberales para alejar la lucha de clases, bajo el pretexto de “evitar el peligro de una contraofensiva reaccionaria”, permanecieron como letra muerta. El ciudadano simple se imagina que la revolución es hecha por revolucionarios, quienes pueden detenerla mediante sus órdenes. La lógica de la lucha de clases y de los choques revolucionarios es para él un libro hermético, cerrado bajo siete llaves.

El principal problema de la socialdemocracia es unir al proletariado de todos los países en la unidad de la acción revolucionaria. En oposición al gobierno liberal-imperialista, la clase obrera lucha bajo la bandera de la paz. Cuanto más rápido el proletariado ruso convenza a los trabajadores alemanes de que la revolución se hace por la paz y la libertad de autodeterminación nacional, más rápido el descontento ascendente de estos últimos estallará en una revuelta abierta. La lucha de la socialdemocracia rusa por la paz está dirigida contra la burguesía liberal y su poder. Sólo esta lucha puede fortificar la revolución y repercutir en Europa occidental.

La confiscación de las tierras de los Romanov, de los monasterios y de los “landlords” es la segunda condición para el fortalecimiento de la revolución. Los filisteos políticos norteamericanos (incluso, aquellos que se toman por socialistas) estiman la suerte de la

república en Rusia, calculando el número de campesinos analfabetos. Pero sólo demuestran su propio analfabetismo. Si la revolución da la tierra a los campesinos, éstos defenderán con todas sus fuerzas sus bienes y a la república frente a la contrarrevolución monárquica.



## **PARTE II**



## **LA LUCHA POR EL PODER DEL ESTADO**



# LA LUCHA POR EL PODER DEL ESTADO<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

**LOUIS C. FRAINA<sup>2</sup>**

OCTUBRE DE 1918

El gran y decisivo problema de la Revolución Rusa fue el problema del poder estatal, el problema de qué clase debería controlar el Estado y qué forma asumiría ese Estado. Cada fase y tendencia de la revolución está interrelacionada con este problema del poder del estado, cada crisis de la revolución es una crisis de poder. Dentro de las dos semanas del derrocamiento del zarismo y la organización del gobierno provisional y los soviets de obreros, soldados y campesinos, el problema del poder del estado apareció y rápidamente se convirtió en una cuestión determinante, del cual todas las otras cuestiones eran simplemente una expresión.

1. Los artículos de Trotsky que conforman esta parte fueron publicados en *Vperiod*, el periódico de la Organización Interdepartamental que publicaba Trotsky junto a otros dirigentes, antes de su ingreso al Partido Bolchevique. La primera traducción al inglés la realizó, en 1918, Louis Fraina para su libro *La revolución proletaria en Rusia*, compilación que reunía artículos de Lenin y Trotsky, a la que Lenin llamó “un verdadero manual de historia de la Revolución Rusa”. La introducción de Fraina que tradujimos al español, pertenece a este libro (en el MIA, [www.marxists.org](http://www.marxists.org), inglés). Los artículos de Trotsky fueron reproducidos en el folleto *The Struggle for State Power* de la Young Socialist Publications, Ceilán, 1966 y, por primera vez, fueron traducidos al francés en *L'année 1917*, París, Máspero, 1976, pp. 15-41. De estos dos materiales hemos realizado estas traducciones inéditas al español. Las fechas siguen el nuevo calendario. Hemos conservado, en general, las anotaciones realizadas por Fraina y por las versiones celandesa y francesa.

2. *Louis Fraina*: “Nació en Italia en 1894 y llegó a EEUU a la edad de dos años en una emigración familiar. Desde 1909 se incorporó al movimiento socialista en las filas del Socialist Labor Party (P. Broué apunta que en 1917 fue consignatario con Trotsky de una moción a favor del Congreso del Socialist Party). Secretario del PC de EEUU en 1919, participó en la Conferencia de Ámsterdam en febrero de 1920 y en el II Congreso

La burguesía, quien primero deseaba una monarquía constitucional, se reconcilió bajo la presión de los eventos con una república: su concepción del poder estatal era el de una república parlamentaria que retuviera en su maquinaria todas las características esenciales del gobierno zarista (una autocracia capitalista disfrazada bajo la máscara de formas democráticas). En el comienzo, el gobierno provisional estaba dominado por los ultrarreaccionarios del tipo de Guchkov y Miliukov; pero después de la crisis del 2 y 3 de mayo, el gobierno cayó bajo el control de los liberales burgueses, los cadetes y los socialistas moderados. Los cadetes eran confesos imperialistas, una política dictada por sus relaciones de clase mientras que los socialistas moderados estaban obligados a acordar con la política imperialista debido a su alianza con la burguesía y a su negativa a asumir todo el poder a través de los soviets, lo cual significaba sólo que una política revolucionaria, independiente podía ser formulada y puesta en práctica.

El 5 de junio, el Comité Ejecutivo de los Soviets, lanzó un llamamiento a las organizaciones socialistas y de los trabajadores del mundo para “una lucha enérgica y determinada contra la matanza universal” y “un acuerdo para finalizar la ‘tregua partidaria’ con los gobiernos y clases imperialistas, que hace denegatoria la lucha real por la paz”. Pero este llamamiento se anuló en sí mismo por la alianza de los soviets con un gobierno burgués, una política fundamentalmente idéntica a la política de los socialistas socialpatriotas de Francia, quienes enviaron sus representantes al ministerio burgués de Viviani<sup>3</sup> y Briand\*, del capitalismo y el imperialismo.

de la IC. Era junto a John Reed la gran figura del comunismo norteamericano. Sus apreciaciones sobre el imperialismo norteamericano y la necesidad de combatirlo y la necesidad de combatirlo a escala continental, se adelantaron a los trabajos teóricos de mediados de los años veinte. Cuando en Moscú esperaba que una comisión lo devolviera a EEUU, la dirección de la IC lo sorprendió con la decisión de que tenía que viajar a México”. (Paco Ignacio Taibo II, *Los Bolchevikis*, ed. Joaquín Mortiz, México, 1986) (nota publicada en *Trotsky en México* de Olivia Gall). Posteriormente rompió con la IC convirtiéndose en Lewis Corey, economista famoso en los '30 y crítico liberal en los '40.

3. *Viviani, René* (1863-1925): socialista francés. Ministro de Trabajo en el gabinete Clemenceau. Premier del gobierno de defensa nacional de 1914-1915. Ministro de Justicia de 1915-1917.

La entrada de los representantes socialistas de los soviets en el ministerio fue una flagrante violación a la política socialista revolucionaria y un desprecio a la situación prevaleciente. El único poder real en la nación era el poder de las masas revolucionarias, organizadas en los soviets; la rendición de la autoridad al gobierno burgués no podía alterar las relaciones de poder reales ni eliminar los antagonismos entre las masas revolucionarias y la burguesía. La coalición significaba eludir el problema del poder, no su solución. En otras palabras, los líderes del soviet podían renunciar a todo el poder para el gobierno; de hecho, los soviets estaban obligados por la presión de los hechos y los antagonismos de clase a limitar la autoridad del gobierno provisional, a menudo en realidad a repudiarlo, a asumir una actitud que impedía igualmente tanto el desarrollo de un poder y una política burguesa como de una política y poder proletario. La situación era intolerable: no podía promover la revolución, sólo el caos y la reacción.

El creciente resentimiento contra la coalición que concluyó el 18 de mayo, obligó al Comité Ejecutivo de los Soviets a comienzos de junio a emitir una declaración explicativa:

Los ministros socialistas fueron enviados al gobierno por el consejo de delegados obreros y de soldados con el mandato definido de asegurar una paz general por acuerdo entre las naciones y no para prolongar una guerra imperialista en nombre de la liberación de las naciones.

La participación socialista en el gobierno no significa un cese de la lucha de clases, sino, por el contrario, su prolongación por el poder político. Fue por esta razón que la entrada de los socialistas en el ministerio con representantes de los partidos burgueses fue imposible hasta que algunos de los enemigos del proletariado ruso fueran internados y otros fueran removidos del poder por el movimiento de las masas revolucionarias del 2 y 3 de mayo.

La participación de los socialistas en el gobierno se lleva a cabo cuando el proletariado y el ejército gozan de la más completa libertad, no afectada por ley marcial, censura política u otras restricciones. El control organizado por parte de las clases trabajadoras hacia sus representantes es suficientemente efectivo.

La entrada de estos representantes en el gobierno no significa para el proletariado ruso el debilitamiento de los lazos que unen a los socialistas de todos los países quienes están luchando contra el imperialismo, sino, por el contrario, el fortalecimiento de esos lazos por una lucha común más intensa por una paz general.

Realmente, “la participación socialista en el gobierno no significaba el cese de la lucha de clases” pero significaba un fortalecimiento de la burguesía contra el proletariado, significaba una confusión y debilitamiento temporario de la lucha, la lucha consciente del proletariado; una conclusión ampliamente probada por el hecho de que la lucha contra la coalición se convirtió en el centro de la lucha de clases revolucionaria de las masas proletarias y campesinas. El propósito de la coalición, directa e indirectamente, consciente e inconscientemente, era el de castrar la lucha revolucionaria transformándola de una lucha de la acción de masas revolucionaria en altercados y discusiones en el ministerio entre los representantes socialistas y los cadetes. ¡En lugar de acción, palabras; en lugar de revolución, conciliación!

Pero la conciliación se rompe miserablemente bajo el impacto de los violentos antagonismos de clase, en la tensión de los eventos revolucionarios. La política menchevique y SR podría haber prevalecido en un período prerrevolucionario; pero era totalmente fútil durante una revolución. La política de conciliación, de cooperación de clases, es posible cuando las masas están apáticas, ya que entonces las masas no actúan contra la inevitable conversión de la cooperación de las clases en la supremacía de la clase capitalista. Pero en una revolución, las masas están en movimiento; lo que se desarrolló en años se comprime en meses y días; las relaciones de clase y los antagonismos de clase se revelan aguda, crudamente y sin compromiso. La conciliación requiere compromiso; pero en una revolución con sus crisis y ascensos, el compromiso debe ir hasta la raíz de las cosas, debe ser fundamental: en otras palabras, el compromiso requiere hacer rendir a una clase o a la otra. Ni el proletariado ni la burguesía deseaban comprometerse, lo que hubiera significado una abdicación; y la situación necesariamente se resolvía en una lucha dual contra la coalición:

una lucha desde la derecha, la de la burguesía imperialista, y una lucha desde la izquierda, la del proletariado revolucionario y su aliado, el campesinado empobrecido.

El principio de la coalición que supuestamente animaba el Ministerio de coalición se expresaba en la práctica como una aguda crisis ministerial después de la otra. La coalición se acordó el 18 de mayo; el 31 de mayo A. Konovalov\* (cadete), ministro de Industria y Comercio, renunciaba a su puesto debido a una completa divergencia de puntos de vista con el ministro de Trabajo Skobelev\* (menchevique-socialista) con respecto a las apropiadas medidas económicas y financieras, particularmente las medidas necesarias para tratar con la crisis interna prevaleciente. Y esta divergencia era inevitable. La acción para enfrentar la crisis interna requería medidas limitando igualmente el poder y las ganancias de las clases capitalistas, y los representantes burgueses en el Ministerio nunca consentirían esas medidas, aún cuando asumieran la forma comparativamente moderada de medidas propuestas por un menchevique. En política económica como en la guerra y la paz, la conciliación era un junco roto que no podía sostener nada.

El gobierno provisional estaba en una posición insostenible: le era imposible operar en una época revolucionaria. O trataba honestamente de representar tanto al proletariado como a la burguesía, la revolución y la reacción, en cuyo caso podría hablar pero no actuar, debido a los antagonismos de los intereses de clase; o, bajo las presión de los hechos, podría actuar, pero en el interés de una u otra clase. No fue un accidente de la historia que la principal personalidad de este gobierno fuera Kerensky (y Kerensky fue su espíritu guía aún antes de convertirse en primer ministro): un orador, un maestro de las palabras, un adepto de la psicología de las promesas. Sólo palabras, sólo frases finas y eslóganes brillantes, instrumentos para la decepción de las masas, podría ser la expresión de un gobierno de dos clases en una situación revolucionaria. Donde las revoluciones no actúan, están sumergidas en una pila de palabras. Si una clase revolucionaria se hunde antes de la tarea de asumir el poder y reorganizar la sociedad por sí misma, la clase dirigente inevitablemente actúa en el interés de la reacción. Cada día que pasaba en el hecho y

aceptación de frases como un sustituto para la acción era una derrota para la revolución. La política de las frases prepara la reacción. Las consignas de la revolución pueden ser usadas y asimiladas por los políticos de tiempo completo de la burguesía y los socialistas moderados: su acción, nunca.

Bajo el gobierno de coalición, en la práctica el gobierno de la clase dominante, la industria fue paralizada por la burguesía que utilizó su propiedad de la industria para hambrear al proletariado y paralizar la revolución por el paro forzoso de los obreros y el sabotaje de la producción. La agricultura fue paralizada porque el gobierno no se atrevió a llevar a cabo la tarea revolucionaria de expropiar y distribuir la tierra, ya que esta tarea iba en contra de los intereses de la burguesía representada en el gobierno. Los representantes burgueses, ayudados e incitados por la maquinaria burocrática del gobierno del viejo régimen retenida por el nuevo, sabotaron cualquier medida radical del gobierno, cuando la presión obligó al gobierno a actuar, que fue muy pocas veces. La tarea de la reorganización interna podría ser llevada a cabo ya por un gobierno estrictamente burgués, que hubiera significado una reorganización principalmente en el interés de la burguesía; o por un gobierno socialista estrictamente revolucionario actuando a través de los soviets —una “dictadura del proletariado y de los campesinos”— que hubiera significado la reorganización en los intereses del proletariado y del campesinado empobrecido. El gobierno provisional se excusó en todos los problemas vitales de la revolución, declarando que estos problemas deberían ser definidos por la Asamblea Constituyente, y se dedicó a posponer el encuentro de la Asamblea. Mientras tanto actuaba en el interés de la burguesía, y trataba de minar a los soviets, particularmente los soviets de soldados en el ejército. A través de la aceptación de la coalición y la política del procedimiento parlamentario burgués, los moderados en los soviets promovían, a través de la inacción, la política gubernamental de la reacción.

El problema del poder era inevitable. La impaciencia revolucionaria de las masas aumentaba en la medida que el gobierno de coalición evadía la necesidad de acción y adoptaba una política interna-



cional que aliaba la Rusia revolucionaria con la reacción y el imperialismo de Gran Bretaña, Francia e Italia. El gobierno simplemente no esquivaba la cuestión de la paz: en realidad repudiaba la paz y secretamente conspiraba para continuar una guerra imperialista (una guerra aún imperialista, a pesar del torrente de palabras que eran emitidas por la boca de Kerensky sobre la democracia y la paz permanente). Terechenko\*, ministro de Defensa, argumentaba que la publicación de los tratados secretos y acuerdos realizados entre el zar y Gran Bretaña y Francia significarían una ruptura con los Aliados; y aún el menchevique Tseretelli\* argumentaba en el Congreso de los Soviets de toda Rusia en junio<sup>4</sup>: “Nosotros deseamos apurar la conclusión de un nuevo tratado, en el cual los principios proclamados por la democracia rusa serán reconocidos como las bases de una política internacional de los Aliados”. No sólo no fueron los tratados secretos publicados, sino que el gobierno de coalición mismo utilizó la diplomacia secreta para hacer arreglos por su cuenta para continuar la guerra: la política de la Rusia revolucionaria se hizo dependiente de los deseos de los Aliados<sup>5</sup>.

Las palabras del gobierno de la coalición prometían paz, pero sus actos decían guerra. Si la publicación de los acuerdos de tratados secretos hubiera significado una ruptura con los Aliados, la aceptación de los aliados de palabra de la fórmula de paz de la

4. *I Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia*: se reunió en Petrogrado, del 16 de junio al 17 de julio. Los bolcheviques estaban en minoría y no lograron que el congreso se opusiera al gobierno provisional y que se entregara el poder del Estado a los soviets.

5. En la cuestión de publicar los acuerdos de tratados secretos, el gobierno de Kerensky también tomó sus indicaciones de los Aliados. Terechenko, quien era ministro de Asuntos Exteriores de Kerensky como lo había sido del príncipe Lvov, dijo en un telegrama secreto al encargado de Asuntos Rusos en París, fechado el 24 de septiembre de 1917: “La publicación de un tratado que es generalmente desconocido sería completamente malinterpretado por la opinión pública y sólo daría lugar a demandas por la publicación de acuerdos que se han realizado durante la guerra. La publicación de éstos, y especialmente los tratados rumano e italiano, es considerada por nuestros Aliados como no deseable. En cualquier caso no tenemos intención de poner dificultades en el camino de Francia o de colocar a Ribot\* en una posición aún más dolorosa, ningún obstáculo se pondrá en el camino de todos los acuerdos durante o antes de la guerra, en caso que los otros Aliados que son socios de él lo consientan”. [NdLF].

Rusia revolucionaria no habría significado simplemente nada. La política de tratar de influir a los gobiernos imperialistas de los aliados para revisar y restablecer sus objetivos de guerra de acuerdo con la fórmula de Rusia no era solamente una política de poca monta y pequeñoburguesa, no era verdad ya que el gobierno provisional secretamente tramaba la guerra. Los mencheviques y los SR, los moderados en control de los soviets, aceptaban esta política: contribuían a la vana ilusión de una guerra por la democracia o a una guerra “para defender la revolución” (pero ¿qué revolución?).

Durante el período de la coalición, el consejo de soldados y obreros, en su expresión moderada dominante, era representante de una vaga democracia. “¡La unidad de todos los elementos democráticos!”, esta era la consigna del gobierno de coalición y de los moderados del soviet. Pero la democracia bajo las condiciones del imperialismo es un instrumento de reacción, un factor en la promoción del imperialismo, un medio útil y necesario para engañar a las masas. El gobierno y los moderados del soviet intentaban revivir el espíritu de guerra del pueblo hablando de “una guerra democrática”, una “guerra para defender la revolución”. Pero bajo las condiciones dominantes, cada acción hacia la guerra era contrarrevolucionaria: la “restauración de la disciplina” en el ejército era necesariamente interpretada como el aplastamiento de los soviets de soldados; y lo que es más, la guerra fue lanzada en alianza con el imperialismo anglo-francés, fortaleciendo a la burguesía de Rusia y sus intereses imperialistas. Una guerra para defender la revolución podría ser lanzada sólo después de que los “socialistas” pequeñoburgueses y la burguesía fueran echados del gobierno, sólo después de que el gobierno se hubiera convertido en una “dictadura del proletariado”; sólo una guerra revolucionaria, lanzada por un gobierno proletario revolucionario con objetivos revolucionarios podría constituir una guerra para “defender la revolución”. La mayoría socialista moderada en los soviets, cuyo socialismo fue una perversión de la lucha de clases y esencialmente una expresión de la democracia de la pequeñoburguesía liberal nacionalista, se convirtió bajo la presión de los eventos en una fuerza contrarrevolucionaria y conservadora. La influencia de los líderes del soviet fue utilizada para engañar a las

masas y para apoyar la política burguesa del gobierno de coalición. La única salida era romper la coalición por medio de todo el poder a los soviets<sup>6</sup>.

El problema del poder estaba muy a la orden del día en el Congreso de los Soviets de toda Rusia que se reunió a mediados de junio, siendo Lenin y Trotsky los dirigentes a la cabeza de la oposición revolucionaria a la política de coalición. Esta fue la formulación de Trotsky del problema:

“Les diré que el país se acerca a una completa catástrofe, porque no terminamos de comprender que toda la cuestión reside en la creación de un poder homogéneo. En dos semanas la cuestión se hará más aguda. La cuestión es: ¿poder para quién y sobre quién? ¿Es el poder *sobre* la democracia revolucionaria o el poder *de* la democracia revolucionaria? No olviden que en el momento de la desmovilización necesitaremos aún un gobierno más poderoso y por lo tanto, yo digo que todo el poder debe ser entregado a la democracia.

La política de continua postergación y las detalladas preparaciones para el llamado de la Asamblea Constituyente son una política falsa. Puede inclusive destruir la misma realización de la Asamblea Constituyente. Y estos cuervos negros de la cuarta Duma imperial no son para nada inocentes. Sus designados en el Ministerio están matando a la Revolución Rusa prácticamente en todas las esferas, mientras ellos mismos se sientan en el Palacio Tavrichevsky y esperan el momento en que, como el diputado Kerensky piensa, el país mismo va a desear el retorno del viejo gobierno octubrista. Entonces Rodzianko regresará y nos atará a todos en una maleta, ustedes del ala derecha y nosotros del ala izquierda”.

6. No discutiré aquí el interesante problema de psicología, concerniente a los motivos de los moderados del soviets. Si eran conscientemente contrarrevolucionarios no es importante: podemos inclusive admitir que no lo eran. Pero en las grandes crisis sociales los motivos de los individuos cuentan poco: su tendencia es la consideración determinante. No es necesario acusar a los veteranos del movimiento socialista, tales como Plejanov, Cheidse o Tseretelli, de traición consciente a la revolución: el hecho de que su actitud y tendencia general actuaba contra la revolución está probado. La política pequeñoburguesa de estos hombres es la gran maldición del socialismo internacional, como lo fue de la revolución proletaria en Rusia. [NdLF].

En respuesta a Trotsky, el ministro Tseretelli declaró que: "... la concentración de todas las fuerzas del país es necesaria para liquidar la crisis interna y externa. Este problema se puede tratar adecuadamente sólo por un gobierno que unifique a la tremenda mayoría de la población y que descansa sobre todas las fuerzas vivas del país. El soviet de delegados de obreros y soldados sin duda tiene gran influencia; sin embargo, no podemos decir que unifique a todas las fuerzas del país. Excepto las masas, que están unidas por los consejos, existen todavía una Rusia que paga impuestos y las clases propietarias. Sólo por la experiencia real se hará claro si los representantes de la burguesía son realmente capaces de llevar a cabo un programa radical de reformas o si ellos van a sabotear este programa. Si los representantes de la burguesía se prueban incapaces, serán expulsados, pero hasta que eso suceda nadie puede desacreditarlos por adelantado, porque exactamente tal falta de confianza traería la desorganización que es tan peligrosa en estos momentos. El camino bolchevique sólo puede llevar hacia la guerra civil".

Era exactamente la exclusión de las clases propietarias lo que era necesario para un gobierno permanente, enérgico y revolucionario; era exactamente la necesidad de excluir a la burguesía del gobierno lo que era la característica central de la política de todo el poder a los soviets. Un socialista revolucionario hubiera sabido que la burguesía sería incapaz, una cosa que Tseretelli deseaba aprender sólo por la experiencia: y cuando la experiencia hubo probado la incapacidad y traición de la burguesía sin ninguna duda, Tseretelli y otros mencheviques aún se oponían a todo el poder a los soviets.

Era precisamente la confianza en el gobierno de coalición y su política burguesa lo que desorganizaba el país y debilitaba la moral de la revolución. El problema del poder del estado era un problema real: o todo el poder al gobierno o todo el poder a los soviets solamente podría sobrellevar la situación. La dualidad de poder simplemente intensificaba la crisis e impedía la organización de las fuerzas internas.

Los moderados deseaban que los soviets jugaran el rol de oposición, el rol de partido de oposición en un gobierno parlamentario (una política que no expresaba ni audacia ni una comprensión de los requerimientos revolucionarios de la situación). La política de la

mayoría moderada en los soviets, si triunfaba, hubiera producido un gobierno burgués fuerte permanente; y esto hubiera significado la destrucción última de los soviets y su potencial misión revolucionaria. La política de los bolcheviques, todo el poder a los soviets y la abolición del viejo estado y su maquinaria burocrática de gobierno, era una política realista determinada por los requerimientos prácticos inmediatos de la revolución; y era una política que por el golpe de los hechos y necesidades se convertiría en la política de la revolución proletaria en Rusia.

Pero el Congreso de los Soviets de toda Rusia, todavía dominado por los moderados, persistía en la política suicida de la coalición. Contra los votos de los bolcheviques y de una parte de los internacionalistas mencheviques adoptó una resolución aprobando la coalición: “1. Que bajo las condiciones creadas como resultado de la primera crisis ministerial, el paso de todo el poder a los elementos burgueses sería un golpe a la causa de la revolución; 2. Que la transferencia de todo el poder a los consejos de delegados de obreros y soldados en el momento actual de la Revolución Rusa, debilitaría mucho su poder por alejar prematuramente de ella a los elementos que todavía son capaces de servir a la revolución y amenazaría su ruina”. Después de expresar “total confianza” en los “camaradas ministros”, la resolución dice:

“El congreso llama al gobierno provisional a llevar a cabo con mayor resolución y consistencia la plataforma democrática adoptada por él, y en particular: a. luchar persistentemente por la más rápida conclusión de una paz general sin anexiones o indemnizaciones, sobre las bases de la autodeterminación de las nacionalidades; b. llevar adelante la más amplia democratización del ejército y fortalecer su poder de lucha; c. emprender con la directa participación de las masas trabajadoras, las más enérgicas medidas para combatir la desorganización e interrupción financiera-económica de la provisión de alimentos provocada por la guerra y convertida en aguda por la política de las clases propietarias; d. conducir una lucha sistemática y decidida contra los intentos contrarrevolucionarios; e. provocar la más rápida concreción de las medidas afectando las cuestiones de la tierra y el trabajo, de acuerdo con las demandas de las masas trabajadoras organizadas y

dictadas por los intereses vitales de la economía pública, muy minadas por la guerra; f. para ayudar en la organización de todas las fuerzas de la democracia revolucionaria por medio de reformas rápidas y radicales en los sistemas de gobierno local y autonomía sobre una base democrática, y la más rápida introducción de autonomía de zemstvos [consejos rurales] y municipios, donde no haya ninguna ahora; g. particularmente el Congreso demanda la mas rápida convocatoria a la Asamblea Constituyente de toda Rusia”.

Sólo una demanda de esta resolución podía ser aceptada sinceramente y entusiastamente por el gobierno provisional: la demanda de fortalecer el poder de lucha del ejército. El resto del programa fue persistente y consistentemente sabotado por el gobierno: era un programa que sólo podía ser introducido por un gobierno del soviets. Con los grilletes de la coalición, temeroso del poder y de la audacia revolucionaria, los soviets eran dirigidos por la mayoría moderada hacia la política estéril de las palabras y demandas. Pero la reacción anotaba, y se preparaba para el día en que pudiera sin miramientos hacer caso omiso de los soviets, aún en palabras, y derrocarlos completamente.

La actitud del Congreso de toda Rusia no resolvió ni arregló nada. La respuesta a la política de duda fue dada por la revuelta en Sebastopol, donde los marineros depusieron al almirante Kolchak\*, comandante de la Flota del Mar Negro y por las movilizaciones en Viborg, que clamaban “¡Abajo con los capitalistas! ¡Larga vida a la república socialista!”

Pero la respuesta real a la política de dudas, una respuesta sintomática de la brecha que se iba ampliando entre las masas y la mayoría dubitativa del soviets, fue dada por las masas de Petrogrado. Fue una respuesta que caracterizó igualmente la impaciencia revolucionaria de las masas y el carácter contrarrevolucionario de los moderados del soviets. Las masas de Petrogrado, conscientes de la tendencia contrarrevolucionaria de los sucesos, disgustadas con la política de duda, decidieron el 18 de junio una formidable movilización. El Congreso de toda Rusia se unió con el gobierno provisional contra la movilización propuesta. El gobierno colocó pancartas llamando al pueblo a la calma y declarando que cualquier intento de violencia sería reprimido. El Congreso se declaró contra la movilización, una

demostración para dar voz a la actitud y propósitos de las masas, y envió delegados a todos los distritos de fábricas para contrarrestar la agitación de los bolcheviques y para impedir la movilización. Tseretelli acusó a los bolcheviques de intenciones de derrocar el gobierno por la fuerza armada. Tseretelli se había convertido definitivamente en contrarrevolucionario, se había constituido él mismo en guardián de un gobierno que traicionaba los deseos de las masas, se había convertido en un maestro mecánico que falsificaba grilletes con los cuales constreñir la acción de las masas. ¡Derrocar el gobierno por la fuerza armada! ¿No es este un método de la revolución? ¡Vaya acusación, qué incitación terrible, viniendo de un revolucionario que el mismo aplaudió la fuerza armada que derrocó al zarismo!

El Congreso del Soviet mismo emitió el siguiente llamamiento contra la movilización propuesta:

“¡Camaradas, soldados y obreros! El Partido Bolchevique esta llamándolos para salir a las calles.

Este llamamiento se hace sin el conocimiento del consejo de delegados de los obreros y soldados, el Congreso de toda Rusia o todos los Partidos socialistas. Es emitido justo en el momento de mayor peligro cuando el Congreso de toda Rusia ha llamado a nuestros camaradas, los obreros en el distrito de Viborg, a recordar que las movilizaciones en estos días pueden dañar la causa de la revolución

En este peligroso momento ustedes son llamados a las calles para demandar el derrocamiento del gobierno provisional, al que el Congreso de toda Rusia encontró necesario apoyar.

Y aquéllos quienes les convocan deben saber que el caos y el derramamiento de sangre puede surgir de vuestra demostración pacífica.

Sabiendo vuestra devoción a la causa de la revolución, les decimos: Están siendo convocados a una movilización en favor de la revolución, pero sabemos que los contrarrevolucionarios quieren tomar ventaja de vuestra demostración. Sabemos que los contrarrevolucionarios están ansiosamente esperando el momento en que la disputa se desarrolle entre las filas de la democracia revolucionaria y les permita aplastar la revolución.

Camaradas: En nombre de los consejos de delegados de los obreros y los soldados, en nombre del consejo de delegados campesinos,

en nombre el ejército actuante y de los partidos socialistas, les decimos: ni una sola división, ni un solo regimiento, ningún grupo de obreros debe salir a las calles mañana. Ni una sola movilización debe hacerse hoy”.

Como en los días tormentosos del 2 y 3 de mayo, la mayoría moderada de los consejos contuvo y encorsetó la acción de las masas. Con la oposición del gobierno, con la oposición de los soviets, todavía no conscientes de su poderosa fuerza, las masas de Petrogrado abandonaron la movilización propuesta.

La declaración del congreso contra la movilización dice que fue llamada sin la consulta con los otros partidos y sin la sanción de los soviets. Precisamente —y es precisamente esta circunstancia lo que es importante: la lucha revolucionaria era ahora definitiva y fundamentalmente una lucha entre el ala derecha e el ala izquierda de la revolución, entre los moderados y los radicales en los soviets. El problema de la revolución no era derrocar al gobierno provisional sino derrocar la dominación de los moderados en los soviets asegurando la adhesión de las masas a un programa revolucionario. El gobierno provisional colapsaría inmediatamente en el momento en que los radicales aseguraran el control de los soviets, ya que sólo los moderados del soviet sostenían al gobierno.

Todos estos eventos de junio conspiraron para animar al gobierno provisional, particularmente ya que el Congreso de toda Rusia había decidido en favor de una vigorosa prosecución de la guerra y declarado que “la cuestión de una ofensiva debe ser decidida exclusivamente desde el punto de vista de consideraciones puramente militares y estratégicas”. Kerensky, como Ministerio de Guerra hizo todos los preparativos necesarios y el 1º de julio se lanzó la ofensiva con las líneas austro-alemanas en Gahela. La ofensiva fue temporalmente exitosa, pero entonces llegaron los contraataques del enemigo y la ofensiva se sofocó en su propia insuficiencia. La ofensiva fue una deplorable aventura militar, que bajo las circunstancias dadas, fue un verdadero asesinato de soldados rusos, quienes no estaban preparados. A pesar de la declaración del Congreso de toda Rusia, que una ofensiva era “puramente militar y estratégica”, la ofensiva del 1º de julio estaba determinada por consideraciones políticas. Era una



maniobra para restaurar la “disciplina” en el ejército, para golpear a la oposición revolucionaria y fortalecer las manos del gobierno provisional. Lo que es más, estaba determinada por consideraciones diplomáticas: las relaciones entre Rusia y los Aliados se estaban resintiendo por el aparente rechazo de Rusia a luchar. La presión de los Aliados y la necesidad de asegurar su asistencia financiera determinaron la inauguración de la ofensiva. El órgano bolchevique *Pravda*\*, denunció abiertamente el carácter de esta ofensiva. Y, seguramente, el gobierno provisional estaba en un *impasse*, debido a su política burguesa e imperialista.

Los resultados políticos de la ofensiva fueron importantes. El 18 de julio, el Comité Ejecutivo del Soviet de toda Rusia de delegados de obreros, soldados y campesinos aprobó la ofensiva. La reacción se fortaleció y los moderados y el gobierno se convirtieron en uno solo y aún más reaccionarios. El 15 de julio la crisis ministerial se encendió, resultando en la renuncia de cinco miembros cadetes del Gabinete sobre la cuestión de la autonomía ucraniana. Este era un desafío para los soviets y un repudio de la política liberal de gobierno.

Pero, simultáneamente, las masas se levantaron, determinadas en la acción para defender la revolución. La tendencia de los eventos era muy definidamente contrarrevolucionaria como para ser aceptada en silencio. Y nuevamente las masas de Petrogrado, siempre activamente agresivas, se decidieron a actuar. El 15 de julio el gobierno ordenó al Regimiento de Ametralladoras de Petrogrado<sup>7</sup> ir al frente; éste se rehusó a ir, declarando que no pelearían por el imperialismo anglo-francés y que sólo obedecerían si el gobierno publicaba sus tratados secretos. Otros dos regimientos actuaron en forma similar. Se convino una movilización y se organizó para el 17 de julio. Todos los partidos, incluyendo los bolcheviques, intentaron evitar la movilización, los bolcheviques porque sabían que bandas contrarrevolucionarias estaban siendo preparadas para provocar un choque, bajo condiciones que ellos consideraban prematuras. El Comité Ejecutivo de los Soviets de toda Rusia emitió una

7. *Regimientos de Ametralladoras*: el primero, más activo que el segundo, había apoyado desde sus inicios a la revolución, y tenía sus cuarteles en Viborg, barrio obrero de Petrogrado. El primero dirigió las movilizaciones de julio.

proclama contra la movilización, mencionando que varios destacamentos de soldados habían demandado que “se tome todo el poder”. Pero la determinación de las masas y los obreros y soldados era inflexible, y a pesar de toda la oposición se convino una movilización, y una movilización armada, simbolizando su decisión de usar la fuerza si no se lograba una movilización pacífica. Los bolcheviques, considerando la fortaleza de los sentimientos de las masas, participaron en la movilización como el partido de las masas revolucionarias. Como había sido anticipado, la movilización pacífica se convirtió en un levantamiento armado por la provocación e interferencia armada de fuerzas contrarrevolucionarias y después de dos días de salvaje combate el levantamiento fue aplastado por los cosacos y grandes cantidades de tropas confiables. Un auténtico contrarrevolucionario reino del terror siguió. Los mencheviques y SR cooperaron activamente con el gobierno para poner en prisión a los bolcheviques y desarmar a las masas, estableciendo el “orden revolucionario” por medio del aplastamiento del ala izquierda de la revolución. Este formidable levantamiento, sin embargo, a pesar de su derrota, avanzó preservando la revolución y elevando la moral de las masas: su derrota abrió el camino para el derrocamiento de los moderados en los soviets (lo que ocurrió de forma completa unos pocos meses después).

Los hechos habían demostrado la necesidad de una reconstrucción ministerial, y el 20 de julio el príncipe Lvov renunció como primer ministro, designándose a Kerensky como nuevo premier, pero reteniendo su puesto como ministro de Guerra y Naval. El 20 de julio, Kerensky emitió una proclama al ejército y la marina, acusando a los marineros de Kronstadt<sup>8</sup> y de la Flota del Báltico de ser herramientas de los “agentes y provocadores alemanes” y ordenaba:

“1. (Que) El Comité Central (CC) de la Flota del Báltico sea inmediatamente disuelto, se elija uno nuevo en su lugar.

8. A principios de junio, los marineros del Báltico y las masas de Kronstadt se sublevaron contra el gobierno provisional; el epíteto más moderado utilizado contra ellos en la prensa rusa y extranjera fue el de “anarquistas”. El Soviet de Kronstadt, por 210 votos contra 40, no había aceptado al gobierno provisional y declaró que sólo reconocía la autoridad del Soviet de Petrogrado. Este acto fue deformado como tentativa de secesión. Los marineros del Báltico fueron una fuerza revolucionaria activa durante todas las etapas de la revolución: contra el zarismo, contra el gobierno provisional y en el derrocamiento de Kerensky por los bolcheviques. [NdLF].

2. Conminar a todas las tripulaciones y barcos de la Flota del Báltico a remover de su medio inmediatamente a todas las personas sospechosas que estén incitando a la desobediencia al gobierno provisional y que agitan en contra de una ofensiva, y a enviarlos para su investigación y juicio en Petrogrado.

3. A las tripulaciones de Kronstadt y los barcos de la línea, Petropavlovsk, República y Slava, cuyo honor está manchado por actos y resoluciones contrarrevolucionarias: Ordeno el arresto dentro de las 24 horas de los líderes de la banda y que sean enviados para investigación y juicio a Petrogrado, y se ordene dar seguridad de obediencia completa al gobierno provisional. Declaro a las tripulaciones de Kronstadt y los antes mencionados barcos que en caso de fracasar en cumplir con mi presente orden serán declarados traidores al país y la revolución y que se tomarán las medidas más decididas contra ellos”.

Este fue el primer acto del “revolucionario” premier Kerensky, un acto dirigido contra los corajudos y revolucionarios marineros de Kronstadt y de la Flota del Báltico, quienes habían sido los factores más activos en el primer estadio de la revolución y a través de su curso siguiente, y quienes ahora eran estigmatizados porque adherían al programa revolucionario de “todo el poder a los soviets”. El 25 de julio, el Comité Ejecutivo de los Soviets de toda Rusia adoptó una resolución, 300 a 11, insinuando que Lenin y Zinoviev\* habían recibido dinero de fuentes alemanas y demandando que los bolcheviques repudiaran a sus líderes. Se dictó orden de arresto de Lenin, quien pasó a la clandestinidad; cientos de bolcheviques fueron encarcelados<sup>9</sup>.

9. Trotsky no estaba directamente afiliado a los bolcheviques, y sacaron provecho de este hecho para crear disenso entre la oposición revolucionaria. Después que se dictó el orden de arresto de Lenin y otros, Trotsky, en una carta abierta al Ministerio, declaraba: “mis principios son los mismos de Lenin, Zinoviev y Kamenev\*, y siempre he defendido públicamente estos principios en mi periódico *Vperiod* y en todos mis discursos. El hecho de que no pertenezco al *Pravda* y a la organización de los bolcheviques no surge de diferencia en la política, sino que es causada por circunstancias que dividieron los partidos en el pasado, pero ha perdido todo significado en estos momentos. Lo que he dicho aquí muestra claramente que no hay ninguna razón lógica para omitirme de la orden de arresto de Zinoviev, Lenin y Kamenev, arresto que es el resultado del despotismo contrarrevolucionario”. Esta carta fue publicada en *Pravda* como una expresión de solidaridad. [NdLF].

El 3 de agosto hubo una nueva crisis ministerial, con la renuncia del ministro de Agricultura Chernov\*, y el 7 de agosto el premier Kerensky anunció el nuevo Gabinete, incluyendo a Chernov y a representantes de los cadetes, que aceptaron participar en el nuevo gobierno.

La renuncia de los cadetes al Ministerio el 15 de julio, y del príncipe Lvov el 20 de julio, fue una maniobra ofensiva contra los soviets, un intento de empujar el poder sobre los soviets, que los cadetes sabían muy bien que declinarían. El premier Kerensky hizo su paz con los cadetes por medio de concesiones y la consecuencia de estas concesiones fue un giro definido a la derecha del nuevo gobierno, la adopción de una política general consistente para la reacción. El 22 de julio, el Comité Ejecutivo de los Soviets de toda Rusia proclamó que el gobierno de Kerensky era “el gobierno de la seguridad nacional” y declaró: “Que los poderes ilimitados acordados al gobierno para restablecer la organización y disciplina del ejército [sirva] para un lucha hasta el final contra los enemigos del orden público y para la realización de todo el programa de gobierno”. La dictadura era usada contra “los enemigos del orden público”, en forma entusiasta, rigurosa y sistemática; pero la “realización de todo el programa” todavía permanecía una cosa del futuro. Se reimplantó la pena de muerte en el ejército. La dictadura era, en la acción, una dictadura contrarrevolucionaria. Pero ¿la dictadura de quién? La debilidad fatal de todo el régimen era que estaba basado en el compromiso, que detrás no había clase capaz de sostener dicha dictadura; y que la consecuencia inevitable era la creación de una situación en la cual o un individuo podía convertirse en dictador, o todo el sistema colapsaría. Kerensky trató de convertirse en dictador; ensayó el rol de Bonaparte<sup>10</sup>, pero él no era ni siquiera un mediocre Napoleón el Grande, simplemente una imitación teatral degradada de Napoleón “el pequeño”. Kerensky hablaba y echaba humo y amenazaba mientras la burguesía esperaba pacientemente el momento en que podrían entrar y asumir todo el poder. La crisis interna se hizo aún más

10. *Napoleón Bonaparte I* (1769-1821): A través de una serie de virajes políticos, que consolidaron la reacción posterior a la caída de los revolucionarios jacobinos (1794), ocupó el trono del emperador de Francia. En 1795, la Convención fue reemplazada por el Directorio. El golpe de Estado dirigido por Bonaparte el 18 de brumario de 1799 derrocó al Directorio y estableció el Consulado, ocupando él mismo el puesto de primer cónsul. El Imperio nació cuando Bonaparte se autoproclamó emperador, en 1804.

aguda, la desintegración estaba a la orden del día. Por sobre la masa de miseria, opresión, se volcaba el torrente dorado de la elocuencia de Kerensky; pero el torrente no borraba ni los sufrimientos de las masas ni los complots contrarrevolucionarios de la burguesía

La reacción iba a tener su día. La Conferencia de Moscú, la caída de Riga, la rebelión Kornilov\*-Kerensky, la reaccionaria “Conferencia Democrática”<sup>11</sup>: a través de todos estos medios, la reacción iba a expresarse a sí misma en una lucha espasmódica, desesperada, final; mientras tanto, las masas se estaban preparando para la acción final y la victoria.

11. La *Conferencia de Moscú* fue convocada por Kerensky como parte de su política bonapartista de “ampliar la base” del gobierno provisional apoyándose en la derecha. Se realizó del 26 al 28 de agosto. Los bolcheviques estaban excluidos de la conferencia, pero Riazanov logró obtener un mandato de representante sindical e hizo una declaración en nombre de los bolcheviques. Kerensky se engañaba a sí mismo eligiendo realizar la conferencia en Moscú, esperando evitar la presión de la clase obrera de Petrogrado, vencida y desarmada después de las Jornadas de Julio: la organización bolchevique de Moscú llamó a una huelga de protesta de un día, 400.000 obreros respondieron al llamado y la huelga se convirtió en general. Las cosas se precipitaron cuando el 2 de septiembre los alemanes desencadenaron su ofensiva en el frente de Dvina y capturaron Riga. Se probó que el frente ruso había sido desguarnecido por Kornilov para crear un ambiente de pánico, creando la atmósfera necesaria para el golpe militar. Kerensky y Kornilov explotaron la situación para empeñarse en una conspiración contra las masas de Petrogrado. El plan consistía en que Kornilov marchara sobre Petrogrado y desarmara a las masas soviéticas con los cosacos. Pero el soviét obligó a Kerensky que dictara una orden de arresto de Kornilov. Este último marchó sobre Petrogrado a fin de establecer una dictadura militar. Las masas se movilizaron inmediatamente y Kornilov fue derrotado. El prestigio de los bolcheviques creció y Trotsky fue elegido presidente del Soviet de Petrogrado. La *Conferencia Democrática* convocada por Kerensky después de la rebelión de Kornilov se reunió en Petrogrado del 14 al 23 de septiembre de 1917. Fueron invitados los representantes de cooperativas, comités del frente y del ejército, zemstvos y ciudades, de soviets provinciales y sindicatos. Los delegados de los soviets estaban en minoría. Su convocatoria tenía el objeto de apuntalar la decreciente autoridad de la “democracia”. Sin embargo, era en lo fundamental un medio ideado por Tseretelli para escindir a los bolcheviques en su lucha por el poder soviético, ya que esperaba contrapesar a los soviets. Pero la Conferencia Democrática no gozaba de ninguna autoridad en el país y no hizo más que exacerbar la lucha de clases.

# PAZ Y REACCIÓN

MAYO DE 1917

En la sesión de la Duma Nacional del 3 de marzo de 1916, Miliukov respondió en los siguientes términos a una crítica de la izquierda: “No estoy seguro si el gobierno nos está llevando a la derrota, pero sé que una revolución en Rusia nos conduciría a ella indudablemente, y nuestros enemigos, por lo tanto, tienen todas las razones para desearla. Si alguien me hubiera dicho que organizar a Rusia para la victoria equivale a organizarla para la revolución, le contestaría: es mejor, mientras dure la guerra, dejarla en el estado de desorganización en que se encuentra ahora”. Esta cita es interesante desde dos puntos de vista. No sólo es una prueba que, aun el año pasado, Miliukov consideraba que los intereses pro alemanes estaban trabajando en toda revolución, fuera la que fuera (y no sólo entre los internacionalistas), sino que también es una expresión típica de un calumniador liberal. La predicción de Miliukov es muy interesante: “sé que una revolución en Rusia nos conduciría indudablemente a la derrota”. ¿Por qué esta seguridad? Como historiador, Miliukov debe saber que existieron revoluciones que condujeron a la victoria. Pero como hombre de un Estado imperialista, Miliukov no puede dejar de ver que la idea de la conquista de Constantinopla, Armenia y Galicia es incapaz de suscitar el entusiasmo de las masas revolucionarias. Miliukov sentía, e incluso sabía, que en su guerra, la revolución no podía conducir a la victoria.

Evidentemente, cuando la revolución estalló, Miliukov trató de inmediato de atarla al carro del imperialismo aliado. Por ello fue acogido con éxtasis por los chillidos sonoros y metálicos de todas las cajas fuertes de Londres, París y Nueva York. Pero este intento se chocó con la resistencia casi instintiva de los obreros y soldados.

Miliukov fue echado del gobierno; evidentemente, la revolución no fue para él, sinónimo de victoria<sup>12</sup>.

Miliukov se fue, pero la guerra continuó. Se formó un gobierno de coalición, compuesto por demócratas pequeñoburgueses y representantes de la burguesía que hasta ese momento habían disimulado, por un tiempo, sus garras imperiales. Es en el terreno de la política internacional, es decir, ante todo, en la guerra —quizás como en ningún otro lugar—, que esta coalición reveló mejor su carácter contrarrevolucionario. La gran burguesía envió sus representantes al gabinete para defender allí la idea de “una ofensiva en el frente y fidelidad inalterable hacia nuestros aliados” (resolución de la conferencia del Partido cadete). Los demócratas pequeñoburgueses, que se bautizaban “socialistas”, entraron al gabinete para —“sin aislarse” de la gran burguesía y de sus aliados imperialistas—, concluir la guerra de la manera más rápida y con el menor daño posible para todos los participantes: sin anexiones, sin indemnización y contribuciones, e incluso con la garantía de la autodeterminación nacional.

Los ministros capitalistas renunciaron a las anexiones, hasta un momento más favorable. A cambio de esta concesión puramente verbal, recibieron de sus colegas demócratas pequeñoburgueses la firme promesa de no abandonar el campo de los aliados, de fortalecer al ejército y hacerlo competente para reanudar la ofensiva. Renunciando (momentáneamente) a Constantinopla, los imperialistas hacían un sacrificio insignificante en la medida en que, después de tres años de guerra, el camino hacia Constantinopla no se ha acortado, sino que se ha hecho más largo. Pero los demócratas, para compensar la renuncia puramente platónica a una dudosa Constantinopla para los liberales, asumieron toda la herencia del gobierno zarista, reconociendo todos los tratados que el gobierno había realizado, y poniendo toda la autoridad y el prestigio de la revolución al servicio de la disciplina y de la ofensiva. Esto

12. El 1º de mayo, Miliukov, ministro de Asuntos Exteriores, intentó convencer a los gobiernos aliados de honrar los compromisos del régimen zarista en materia de política extranjera. Esto provocó manifestaciones de protesta y enfrentamientos en las calles. Fue echado del gabinete y reemplazado por Tseretelli, hasta entonces, ministro de Finanzas. El 18 de mayo, fue formado un gobierno de coalición, con la participación de los socialistas. Lvov permaneció como primer ministro, Kerensky se convertiría en ministro de Guerra.

implicaba, en primer lugar, la renuncia de los “líderes” de la revolución, a toda política internacional independiente: esta conclusión le pareció natural al partido pequeñoburgués que, desde que estuvo en mayoría, abandonó voluntariamente todo el poder que tenía. Encargando al príncipe Lvov la creación de una administración revolucionaria, a Shingariiev\* la tarea de rehacer las finanzas de la revolución, a Konovalov, la de organizar la industria; la democracia pequeñoburguesa sólo podía dejar al cuidado de Ribot\*, Lloyd George\* y Wilson\* la defensa de los intereses internacionales de la Rusia revolucionaria.

Aunque la revolución, en su fase actual, no ha cambiado el carácter de la guerra, ha ejercido, sin embargo, una profunda influencia en la vida del agente activo de la guerra, es decir, el ejército. Los soldados comenzaron a preguntarse por qué están derramando su sangre, a la cual ahora dan, a diferencia que durante el zarismo, un alto precio. E inmediatamente surge, de manera imperativa, la pregunta sobre los tratados secretos. Restaurar la “organización” del ejército bajo estas circunstancias, significaba quebrar la resistencia democráticamente revolucionaria de los soldados, adormeciendo nuevamente su conciencia recientemente despertada (hasta que el principio de la “revisión” de los viejos tratados fuera anunciado), colocando al ejército revolucionario al servicio del antiguo régimen. Esta tarea era muy pesada para el borbón-octubrista Guchkov, y por ello lo aplastó. Nadie mejor para realizarla que los “socialistas”. Y para ello se encontró al “más popular” de los ministros: Kerensky.

El ciudadano Kerensky expuso su bagaje teórico ante una de las primeras sesiones del Congreso de toda Rusia. Es difícil imaginar nada más insípido que sus banalidades provincianas y arrogantes sobre la Revolución Francesa y sobre el marxismo. Las fórmulas políticas del ciudadano Kerensky no se caracterizan ni por la originalidad ni por su profundidad. Pero posee, indiscutiblemente, el talento de conceder a la reacción filisteo el indispensable adorno revolucionario. En Kerensky, la burguesía inteligente y semiinteligente se reconocía *a sí misma*, de un modo más “representativo” y en escenografías que no son las usuales, pero que tienen toda la solemnidad del melodrama.

Explotando a fondo su popularidad para acelerar los preparativos de la ofensiva (sobre todo el frente imperialista de los Aliados), Kerensky se



convirtió naturalmente en el favorito de las clases poseedoras. No sólo el ministro de Relaciones Exteriores, Terechenko aprueba la alta estima en la cual tienen nuestros Aliados a los “esfuerzos” de Kerensky; no sólo *Riech\**, que tan severamente critica a los ministros de la izquierda, no deja de felicitar al ministro del Ejército y la Marina, Kerensky; sino incluso Rodzianko, considera su deber destacar “las nobles y patrióticas tareas” en las cuales el ministro del Ejército y Marina, Kerensky, está comprometido: “Este joven hombre (en las palabras de Rodzianko, el presidente octubrista de la Duma) resucita cada día con un vigor redoblado, para el beneficio de su país y del trabajo constructivo”. Esta gloriosa circunstancia, sin embargo, no impide a Rodzianko esperar que cuando el “trabajo constructivo” de Kerensky haya alcanzado el nivel conveniente, puedan sucederlo los esfuerzos de Guchkov.

Mientras tanto, el departamento de Relaciones Exteriores de Terechenko se esfuerza por persuadir a los Aliados de sacrificar sus apetitos imperialistas en el altar de la democracia revolucionaria. ¿Sería difícil imaginar alguna empresa menos fructífera y –a pesar de su carácter trágico y humillante– más ridícula que ésta! Cuando Terechenko al estilo de un editorialista de periódico provinciano del tipo democrático, intenta explicar a los empedernidos jefes del pillaje internacional que la revolución rusa es realmente “un movimiento intelectual poderoso, que expresa la voluntad del pueblo ruso en su lucha por la igualdad”, etc. Cuando, además, “no duda” que “una estrecha unión entre Rusia y sus aliados (*los empedernidos jefes del pillaje internacional*) asegurará de la manera más completa posible un acuerdo en todas las cuestiones que implican los principios proclamados por la revolución rusa”, es difícil librarse de un sentimiento de repugnancia ante esta mezcla de impotencia, hipocresía y estupidez.

La burguesía parece haberse reservado, en este documento, todos los fragmentos decisivos: “lealtad permanente a la causa de los Aliados”, “inviolabilidad de la promesa de no realizar una paz por separado”, y el aplazamiento de la revisión de los objetivos de la guerra hasta una “oportunidad más favorable”, volviendo a pedirles a los soldados rusos que, hasta que surja esa “oportunidad más favorable”, derramen su sangre por los mismos objetivos imperialistas de guerra que parecen, precisamente, tan poco oportunos para ser publicados

y revisados. Todo el horizonte político de Tseretelli se revela en la presunción complaciente con la que recomienda la atención del Congreso de toda Rusia al documento diplomático que contiene según él, “palabras claras y francas, en el lenguaje de un gobierno revolucionario, sobre los objetivos de la revolución rusa”. Una cosa no se puede negar: los llamados cobardes e impotentes dirigidos hacia Lloyd George y Wilson están redactados en los mismos términos que los llamados del Comité Ejecutivo de los Soviets enviados a Albert Thomas<sup>13</sup>, Scheidemann\* y Henderson\*. En ambos textos, a lo largo de toda su extensión, hay una identidad de objetivo, y –¿quién sabe?– quizás incluso una comunidad de autor<sup>14</sup>.

Una apreciación perfecta de estas últimas notas diplomáticas del tándem a los socialistas y al proletariado de los países beligerantes Terechenko-Tseretelli, se encontrará en un lugar, a primera vista inesperado: *L'Entente*\*, un periódico publicado en francés en Petrogrado y el órgano, precisamente, de estos Aliados a quienes Terechenko y Chernov juran “lealtad eterna”. “Admitimos naturalmente –dice el

13. *Thomas, Albert* (1878-1932): socialista francés. Ministro de Armamento durante la guerra. Visitó Rusia durante el gobierno de Kerensky, en la primavera de 1917.

14. En los inicios de la revolución, los moderados de los soviets llamaron a los socialistas y al proletariado de los países beligerantes, a través del comité ejecutivo, a romper con sus gobiernos imperialistas; pero, poco a poco, esta política revolucionaria fue abandonada y el comité ejecutivo participó en la vergonzosa reunión de los socialdemócratas de Estocolmo, a pesar de las protestas de los bolcheviques. Es suficiente, para mostrar el carácter no revolucionario del comité ejecutivo, decir que colaboró con Scheidemann, Albert Thomas (Francia), Henderson (Inglaterra) y otros socialpatriotas. El socialismo moderado actúa como el *commis voyager* [representante comercial, en francés en el original] de la democracia burguesa. Uno de los documentos secretos publicados después de la llegada al poder de los bolcheviques, muestra el verdadero carácter de la conferencia de Estocolmo, con la cual, digamos de paso, los socialistas independientes de Alemania rechazaron tener relación: se trata de un telegrama fechado el 18 de agosto, dirigido por el embajador de Rusia a Estocolmo al gobierno provisional y que informa sobre una conversación con Branting, uno de los organizadores socialpatriotas de la conferencia. Éste declaró que estaba dispuesto a abandonar la conferencia si Kerensky la juzgaba inoportuna y que usaría, para este fin, su influencia sobre el comité escandinavo-holandés. El telegrama concluía demandando el secreto de esta conversación, con el objetivo de no comprometer a Branting, pues si no perdería una fuente importante de información. La conferencia socialista, herramienta complaciente de la diplomacia! No hay que sorprenderse que haya sido un miserable fracaso. [NdLF].

periódico—, que en los círculos diplomáticos la aparición de esta nota era esperada con cierta preocupación...”

No es fácil, como el órgano oficial admite, encontrar una fórmula que concilie los contradictorios objetivos de los Aliados.

“En lo que concierne a Rusia, particularmente, la posición del gobierno provisional era bastante delicada y estaba llena de peligros. Por un lado, estaba obligado a tener en cuenta el punto de vista de los delegados del consejo de los delegados obreros y soldados, y, en la medida de lo posible, representar este punto de vista; por otro lado, era necesario tratar con cuidado las relaciones internacionales y a las potencias amigas, a las que era imposible imponer la decisión del consejo.

Y el gobierno provisional salió de esta encrucijada puro y limpio...”

En el documento que está frente a nosotros, tenemos los principales puntos del catecismo revolucionario establecidos, registrados y sellados con la autoridad del gobierno provisional. No falta nada importante. Todos los bellos sueños, todas las lindas palabras del diccionario están correctamente utilizadas. Allí se encuentra la igualdad, libertad y justicia en las relaciones internacionales —*Donc tout y est* [Todo esta allí, en francés en el original], al menos en las palabras. El más rojo de las camaradas no puede encontrar nada para desaprobare allí; en este aspecto, el gobierno provisional no tiene nada que temer...

“Pero, ¿y los Aliados?”, pregunta *L'Entente*. “Si la estudian atentamente y leen entre líneas (!), dada la buena voluntad y la amistad por la joven democracia rusa, los Aliados podrán encontrar en varios puntos de la nota (...) ciertos fragmentos agradables que tienen el objetivo reafirmar su algo vacilante confianza. Saben bien que la posición del gobierno provisional no es de las más cómodas, y que sus esfuerzos en la forma de expresarse no deben ser tomados tan literalmente (...). La garantía fundamental que el gobierno da a los Aliados consiste en el hecho de que (...) el acuerdo firmado en Londres el 5 de septiembre de 1914 (comprometiéndose a no pactar una paz por separado) no debe ser revisado. Esto, por el momento, nos satisface completamente”.

Y a nosotros también. De hecho, sería difícil pronunciar un juicio más despectivo sobre la “prosa” de Terechenko-Tseretelli que el publicado por el muy oficial *L'Entente*, inspirado por la embajada de Francia. Esta visión, que no es para nada hostil con Terechenko o con quienes

están detrás de él, es un golpe mortal a los “esfuerzos constructivos” de Tseretelli, quien nos ha recomendado tan calurosamente el “lenguaje franco y abierto” de este documento. “Nada se ha olvidado –juraba frente al Congreso–. El documento dará satisfacción a la conciencia de los más rojos de los camaradas”.

Pero estos expertos en la prosa diplomática se engañan: no satisfacen a nadie. ¿No es significativo, acaso, que los hechos de la vida real puedan responder a los llamados de Kerensky y las advertencias y amenazas de Tseretelli con un golpe tan terrible como la revuelta de los marineros del Mar Negro<sup>15</sup>? Dijimos que *allí* estaba, entre los marineros –la fortificación de Kerensky–, el centro del “patriotismo” que reclamaba la ofensiva. Los hechos, una vez más, dieron una bofetada implacable. Adoptando la posición de los antiguos acuerdos imperialistas en política exterior, capitulando en el interior ante las clases propietarias, era imposible unir al ejército combinando entusiasmo revolucionario y disciplina. Y el “gran garrote” de Kerensky se reveló, afortunadamente, mucho más corto.

No, este camino, seguramente, no nos lleva a ningún lado.

15. A partir del 19 de junio de 1917 se produjeron revueltas en la Flota del Mar Negro. El almirante Kolchak fue derrocado y, bajo la influencia de los bolcheviques, los marineros eligieron sus propios jefes.

# ¡ADELANTE!

VPERIOD\*, 2 DE JUNIO DE 1917<sup>16</sup>

Nuestro periódico intenta convertirse en el órgano del socialismo revolucionario. Esta declaración hubiera sido suficiente un tiempo atrás. En la actualidad, estas palabras han perdido su valor. Porque, tanto “socialismo” como “revolución”, son profesadas por tales elementos, tales clases, que, en su naturaleza social, pertenecen al campo del enemigo con el que no podemos conciliar. Los periódicos amarillistas se llaman a sí mismos socialistas, no partisanos. Los periódicos financiados por los bancos recurren a los colores camuflados del “socialismo práctico”, así como los edificios de los bancos cuelgan, para su seguridad, las banderas rojas de la revolución.

Este crecimiento febril del socialismo y este camuflaje sustituto del socialismo son un poco más inesperados, ya que fue hace poco tiempo atrás —en la fase más temprana de la guerra—, que el conjunto del mundo capitalista hablaba de un colapso total del socialismo. Y, así como al pasar, en este tremendo cataclismo que la guerra trajo en su despertar, el socialismo internacional tuvo que pasar un test crucial. Las organizaciones más poderosas de la Internacional capitularon ante el fetiche del Estado capitalista y, bajo el estandarte totalmente deshonesto de “la defensa nacional”, dieron su bendición a la exterminación mutua de los pueblos europeos. La bancarrota del socialismo, la última esperanza de la humanidad, apareció aún más trágica que todo el asesinato y toda la destrucción de la civilización material.

16. Publicado en *Lucha de clases* (EEUU), Vol. II, N° 4, diciembre de 1918. Este artículo formó parte de la primera edición de *Vperiod* (¡Adelante!), periódico dirigido por Trotsky, el 2 de junio de 1917.

Pero el socialismo no murió. Simplemente se enterró en su terrible crisis interna, sus limitaciones nacionalistas, sus ilusiones oportunistas. En el crisol de esta guerra las masas laboriosas han llevado a cabo un proceso de purificación de la esclavitud espiritual de la ideología nacional y de endurecimiento del odio irreconciliable con el Estado capitalista. En el lugar de los líderes de la II Internacional<sup>17</sup> (los Scheidemann, Guesde, Vandervelde, Plejanov, que se fueron a la bancarrota ante tan gigantescos hechos), surgieron nuevos líderes, que florecen bajo los ataques violentos de la nueva época. Karl Liebknecht\*, Fritz Adler, Macklin, Høglund y tantos otros: estos son los pioneros y los constructores de la Nueva, la III Internacional, que se erige en las tormentas de la guerra para encontrarse con las tormentas de la revolución social.

En esta crisis del socialismo, lo peor todavía está por venir, frente a nosotros. La Revolución Rusa es el comienzo de la gran marea europea. La burguesía está intentando con todo su poder domesticar a la Revolución Rusa y que no salga de los marcos nacionales. Es por ello que la burguesía se camufla detrás de la minoritaria defensa del socialismo. Los sirvientes de la burguesía y sus agentes políticos hacen todos sus esfuerzos, en el nombre de “la defensa y la unidad nacional”, para castrar al proletariado, para arrancarlo de la Internacional y para subyugarlo a la disciplina de una guerra imperialista. Consideramos que esta política es un enemigo mortal para los intereses del socialismo. “La defensa revolucionaria” es el sello propio del socialpatriotismo ruso. Bajo la máscara del populismo o del “marxismo”, esta “defensa revolucionaria” en realidad implica un abandono inalterable de la política independiente del proletariado, y trae consigo el veneno del chauvinismo y una completa degradación de la ideología proletaria.

La lucha contra la influencia desintegradora del socialpatriotismo y en defensa de los principios del internacionalismo proletario será una tarea fundamental de este periódico.

17. La *II Internacional*: fundada en 1889 como sucesora de la primera Internacional. En sus inicios fue una asociación libre de partidos nacionales laboristas y socialdemócratas, en la que se nucleaban elementos revolucionarios y reformistas. En 1914, sus secciones principales, violando los más elementales principios socialistas, apoyaron a sus respectivos gobiernos imperialistas en la Primera Guerra Mundial. Quedó aislada durante la guerra pero resurgió en 1923 como organización completamente reformista.

Sacamos el primer número de ADELANTE en momentos en que el internacionalismo aventaja a los “defensores nacionales” entre las bases del proletariado de Petrogrado. Nuestro periódico ayudará, esperamos, a este bienvenido proceso, profundizando la formulación de la cuestión, más de lo que puede hacerse en la prensa diaria, y por medio de una lucha sin cuartel por fusionar todas las corrientes del internacionalismo revolucionario. ¡Amigos! ADELANTE espera vuestra simpatía y vuestro apoyo.

# LA FARSA DEL DOBLE PODER

*IZVESTIA\**, 3 DE JUNIO DE 1917

*VPERIOD*, 8 DE JUNIO DE 1917

Las condiciones de la guerra deforman y oscurecen la acción de las fuerzas internas de la revolución. Sin embargo, el curso de esta última será determinado por esas mismas fuerzas internas, es decir, las clases sociales.

La revolución —en ascenso desde 1912— vio quebrado su ímpetu, en sus inicios, por la guerra. Pero luego, gracias a la intervención heroica de un ejército enfurecido, se aceleró en una combatividad sin precedentes. El poder de resistencia del antiguo régimen fue definitivamente minado por el desarrollo de la guerra. Los partidos políticos que habrían podido jugar el rol de mediadores entre la monarquía y el pueblo se encontraron, repentinamente, suspendidos en el aire, debido a los terribles embates desde abajo, y fueron obligados, a último momento, a realizar el peligroso salto hacia la orilla segura de la revolución. Esto le impartió a la revolución, por un tiempo, la apariencia externa de una completa armonía nacional. Por primera vez en toda su historia, el liberalismo burgués se sintió “ligado” a las masas. Y esto debe haberles dado la idea de utilizar el espíritu revolucionario “universal” al servicio de la guerra.

Las condiciones, los objetivos, los participantes de la guerra, no cambiaron. Guchkov y Miliukov, los más abiertamente imperialistas de la dirección política del antiguo régimen, eran ahora los dueños de los destinos de la Rusia revolucionaria. Naturalmente, la guerra, cuyo carácter era fundamentalmente el mismo que bajo el zarismo —contra el mismo enemigo, con los mismos aliados y con los mismos compromisos internacionales— debía ahora transformarse en “una guerra por la revolución”. Para las clases capitalistas, esto equivalía a movilizar la



revolución –con todas las fuerzas y las pasiones que ella había incitado– al servicio del imperialismo. Los Miliukov accedieron generosamente en llamar al “trapo rojo” emblema sagrado, a cambio de que las masas trabajadoras se mostraran dispuestas a morir alegremente, bajo el “trapo rojo”, por Constantinopla y los estrechos.

Pero las garras imperialistas de Miliukov saltan a la vista muy claramente. Para ganar a las masas y canalizar su energía revolucionaria hacia una ofensiva en el frente externo, se requieren métodos más complicados y, sobre todo, se necesitan nuevos partidos políticos, con programas que aún no se hayan visto comprometidos y cuyas reputaciones aún no hayan sido manchadas.

Se los encontró. En los años de contrarrevolución y, particularmente, desde el último boom industrial, el capital ha sometido y domesticado mentalmente a muchos de los miles de revolucionarios de 1905, sin preocuparse por sus “preceptos” obreros o marxistas. Y entre los intelectuales “socialistas” aparecieron numerosos grupos, impacientes por tomar parte en la represión de las luchas sociales y en la educación de las masas para “fines” patrióticos. De común acuerdo con la *intelligentsia* (la vedette en la época de la contrarrevolución), venían los fabricantes de promesas, quienes se habían aterrizado definitivamente por la derrota de la Revolución de 1905 y que desarrollaron, desde entonces, el único talento de ser conformistas con todos el mundo.

La oposición de la burguesía al zarismo proporcionó –aunque bajo un fundamento imperialista–, desde antes de la Revolución, las bases necesarias para un acercamiento entre los socialistas oportunistas y las clases propietarias. En la Duma, Kerensky y Cheidse, concibieron su política como un anexo del bloque progresista y los “socialistas” Gvozdiev<sup>18</sup> y Bogdanov\* se fusionaron con los Guchkov en los comités de Industria de Guerra. Pero la existencia del zarismo hizo muy compleja la defensa abierta del patriotismo “gubernamental”. La revolución barrió con todos los obstáculos de esta naturaleza. La capitulación ante los partidos capitalistas se llamó desde entonces “unidad democrática”; la disciplina del Estado burgués se

18. *Gvozdiev, K. A.*: obrero menchevique.

transformó súbitamente en “disciplina revolucionaria” y, finalmente, la participación en la guerra capitalista fue considerada como la defensa de la revolución contra una derrota exterior.

Esta *intelligentsia* nacionalista –la que fue profetizada, convocada y formada por el socialpatriota Struve<sup>19</sup> en su periódico *Vyestnik*–, encontró repentinamente un apoyo inesperado y generoso en la debilidad de las masas más atrasadas del pueblo (que habían sido organizadas por la fuerza para formar el ejército).

Sólo debido a que la revolución estalló durante la guerra, los elementos pequeñoburgueses de la ciudad y del campo tomaron involuntariamente la apariencia de una fuerza organizada y comenzaron a influir a los integrantes del consejo de obreros y soldados, sobrepasando de lejos el poder que habrían tenido estas clases atomizadas y atrasadas en cualquier otro momento. La *intelligentsia* menchevique-populista encontró en estas masas de provincianos atrasados (de los cuales la mayoría recién había despertado a la vida política), un apoyo que fue al principio completamente natural. Dirigiendo a las clases pequeñoburguesas hacia la conciliación con el liberalismo burgués –que había vuelto a demostrar magníficamente su incapacidad para guiar a las masas populares de manera independientemente–, la *intelligentsia* menchevique-populista, gracias a la presión de las masas, adquirió cierta influencia, incluso entre sectores del proletariado (que estaban momentáneamente relegados a una posición secundaria debido a la importancia numérica del ejército).

A primera vista, se podría creer que todas las contradicciones de clase habían desaparecido, que toda la sociedad había sido recompuesta con fragmentos de la ideología populista-menchevique, y que, gracias a los “esfuerzos constructivos” de Kerensky, Cheidse y Dan\*, se ha realizado una tregua nacional entre las clases (*Burgfrieden*<sup>20</sup>). Por ello semejante

19. *Struve, Peter* (1870-1944): economista liberal ruso, uno de los fundadores de la socialdemocracia. Después de 1905 se alineó con los cadetes de derecha y luego de 1917, se unió a las guardias blancas.

20. *Burgfrieden*: “tregua del partido”. En el estallido de la Primera Guerra Mundial, la socialdemocracia alemana declaró una *Burgfrieden* con la burguesía y renunció a la oposición al gobierno del káiser. Los socialistas franceses también tenían su *Unión Sacrée* o unión sagrada de la nación.

sorpresa y estupor cuando volvió a avanzar una política proletaria independiente; por ello, este concierto de furiosos y revulsivos lamentos contra los revolucionarios, los destructores de la armonía universal.

Los intelectuales pequeñoburgueses, después de haber sido promovidos por los delegados del soviet de obreros y soldados a una altura para la que no estaban para nada preparados, se asustaron más por la idea de responsabilidad que por ninguna otra cosa, y por ende, cedieron respetuosamente su poder al gobierno capitalista-feudal surgido de la Duma del 3 de junio. El terror sagrado de los pequeñoburgueses frente al poder estatal, muy evidente en el caso de los populistas (laboristas), fue cubierto con un velo; en el caso de los mencheviques-patriotas, fue cubierto por consideraciones doctrinarias sobre la imposibilidad de que haya socialistas que asuman el peso del poder en una revolución burguesa.

Así nació el “doble poder”, que se podría calificar con más justeza de *doble impotencia*. La burguesía retenía la autoridad en nombre de mantener el orden y de llevar la guerra hasta la victoria final; pero, sin los soviets, no podía gobernar. Éstos últimos, mantenían con el gobierno una relación de una semiconfianza respetuosa, mezclada con el temor a que el proletariado revolucionario, con algún gesto fuera de lugar, derribe todo este bello edificio.

La política exterior de Miliukov, cínica y provocativa, condujo a una crisis. Consciente de la extensión del pánico entre las filas de los líderes pequeñoburgueses cuando se confrontan con los problemas del poder, el partido de la burguesía comenzó a utilizar, en este terreno, el chantaje simple y puro: amenazando con una huelga gubernamental, es decir, con dejar de participar en el poder, exigieron que el soviet les suministre algunos figurones socialistas, cuya función en el gabinete de coalición debía ser fortalecer la confianza de las masas en el gobierno, y, de esta manera, eliminar el “doble poder”.

Antes del ultimátum, los patriotas mencheviques se apresuraron a desprenderse de sus últimos vestigios de prejuicios marxistas contra la participación en un gobierno burgués, y condujeron con ellos a los “líderes” laboristas del soviet quienes, por su parte, no estaban avergonzados por ninguna sobrecarga de principios o prejuicios. Esto

fue más manifiesto en la persona de Chernov, quien volvió de las conferencias de Zimmerwald y Kienthal<sup>21</sup> —donde había excomulgado por fuera del socialismo a Vandervelde, Guesde y Sembat<sup>22</sup>— sólo para entrar al ministerio del príncipe Lvov y Shingariév. Ciertamente, los patriotas mencheviques señalaron que el ministerialismo ruso no tenía nada en común con el ministerialismo francés o belga, pues era el fruto de circunstancias verdaderamente excepcionales, previstas en la resolución contra el ministerialismo del Congreso Socialista de Ámsterdam (1904)<sup>23</sup>. Sin embargo, repetían como loros los argumentos del ministerialismo francés o belga, mientras continuaban invocando constantemente “la naturaleza excepcional de las circunstancias”. Kerensky, cuya teatralidad verbal, sin embargo, oculta algunos rasgos de coherencia, clasificó al ministerialismo ruso en la misma categoría que el de Europa occidental, y declaró en su discurso de Helsingfors que gracias a él, los socialistas rusos atravesaron en dos meses una distancia que a los socialistas de Europa occidental les tomó diez años lograr. ¡Marx tenía mucha razón cuando dijo que la revolución es la locomotora de la historia! El gobierno de coalición fue sentenciado por la historia antes de su formación. Si se hubiera constituido inmediatamente después de la caída del zarismo, como la expresión de “la unidad revolucionaria de la nación”, quizás

21. *Zimmerwald y Kienthal*: pueblos suizos donde tuvieron lugar las conferencias internacionales contra la guerra, el 5-8 de septiembre de 1915 y 24-25 de abril de 1916. El objetivo era reagrupar a las corrientes internacionalistas que habían sobrevivido a la catástrofe que provocó en la II Internacional el estallido de la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los que participaron eran pacifistas; una minoría dirigida por Lenin constituyó la “izquierda de Zimmerwald”. Luego de la creación de la III Internacional, la unión de Zimmerwald fue disuelta.

22. *Vandervelde, Emile* (1866-1938): socialdemócrata belga, ocupó distintos puestos en varios gabinetes ministeriales. Fue presidente de la II Internacional de 1929 a 1936. *Guesde, Jules* (1845-1922): fundador del movimiento marxista francés e, inicialmente, adversario del reformismo. Diputado en 1893-1921. Chauvinista durante la guerra. Ministro sin cartera en el gabinete de Viviani. *Sembat, Marcel* (1862-1922): socialista francés. Ministro de Obras Públicas de 1914 a 1916.

23. *Congreso Socialista de Ámsterdam*: este congreso de la II Internacional se realizó en agosto de 1904. Los socialdemócratas alemanes, con Bebel a la cabeza, consiguieron hacer aprobar una resolución que condenaba la aceptación de puestos en el gobierno burgués por parte de los socialistas franceses.

habría podido contener por un tiempo, el enfrentamiento de las fuerzas de la revolución. Pero, el primer gobierno fue el ministerio Guchkov-Miliukov. Su existencia sólo duró el tiempo necesario para develar la inutilidad de la “unidad nacional” y despertar la resistencia revolucionaria del proletariado contra los intentos de la burguesía de degradar la revolución en función de los intereses imperialistas. El gobierno de coalición, que aparecía claramente como un mal menor, no podía bajo estas circunstancias, prevenir la catástrofe; la misma estaba destinada a convertirse en la manzana de la discordia, la principal fuente de conflicto y las divergencias en las filas de la “democracia revolucionaria”. Su existencia política –no hablemos de sus “actividades”– es simplemente una lenta agonía, cubierta decentemente por un torrente de palabras.

Para luchar contra la bancarrota completa en el terreno económico y, particularmente, en el del abastecimiento, el Departamento de Economía del Comité Ejecutivo de los Soviets elaboró un plan que creaba un amplio sistema de administración estatal de las ramas más importantes de la industria. Los miembros del Departamento de Economía se diferencian de los dirigentes políticos no tanto por sus tendencias políticas como por su conocimiento profundo de la situación económica del país. Por esa misma razón llegaron a conclusiones de un carácter profundamente revolucionario. Lo único que le falta a su organización, es la fuerza motriz de una política revolucionaria. El gobierno, capitalista en su mayor parte, no podía dar vida a un sistema diametralmente opuesto a los intereses egoístas de las clases propietarias. Aunque Skobelev, el ministro menchevique de Trabajo, no lo entendía, por el contrario, esto era muy bien comprendido por el serio y eficiente Konovalov, el representante del comercio y de la industria.

La dimisión de Konovalov significó un golpe mortal para el gobierno de coalición. Toda la prensa burguesa lo expresó claramente. Se volvió a jugar con el terror y el pánico de los líderes del soviets: la burguesía lo amenazó con abandonar el poder recién nacido. La respuesta de los “dirigentes” fue hacer creer que nada especial había sucedido. Ya que el serio representante del capital nos ha abandonado, permítannos invitar a Buryshkin. Pero Buryshkin se negó obstinadamente a tener algo que ver con las operaciones quirúrgicas sobre la propiedad privada. Luego

comenzó la búsqueda de un ministro de Comercio e Industria “independiente”, un hombre detrás del cual no hubiera nada ni nadie, y que pudiera servir de intermediario para las contradictorias demandas del trabajo y el capital. Mientras tanto, los gastos económicos continúan su curso inicial y la actividad del gobierno consiste, centralmente, en llevar adelante una política inflacionaria, imprimiendo *assignats*<sup>24</sup>.

Teniendo como compañeros y referentes a Lvov y Shingariev, resultó que Chernov no pudo exponer, en materia de los temas agrarios, más que un radicalismo verbal, tan característico de este típico representante de la pequeñoburguesía. Plenamente consciente del rol que le fue asignado, Chernov es postulado como un representante, no de la revolución agraria, sino de ¡las estadísticas de la agricultura! Según la interpretación liberal burguesa, que también hacen suya los ministros socialistas, las masas deben suspender el proceso revolucionario y esperar pasivamente la convocatoria de una Asamblea Constituyente y, desde que los SR entraron en el gobierno de los terratenientes y empresarios, los ataques de los campesinos contra el sistema agrícola feudal son estigmatizados calificándolos como de “anarquía”.

En el terreno de la política internacional, el colapso de los “programas de paz” proclamados por el gobierno de coalición se hace evidente de manera mucho más rápida y catastrófica de lo que se podría esperar. Ribot, el premier francés, no sólo rechazó categóricamente y descortésmente el plan de paz de Rusia, reiterando solemnemente la necesidad absoluta de continuar la guerra hasta la “victoria total”. También negó a los socialistas franceses sus pasaportes a la Conferencia de Estocolmo<sup>25</sup>, la que había sido organizada con la colaboración de los

24. *Assignats*: papel moneda utilizado durante la Revolución Francesa.

25. *Conferencia de Estocolmo*: en apoyo de un comité conjunto de los partidos socialistas escandinavos, el director del *Social-Demokraten*, Borgbjer, presentó una invitación al comité ejecutivo de los soviets para asistir a una Conferencia internacional de la paz a realizarse en Estocolmo. Los mencheviques y socialistas revolucionarios aceptaron, al igual que los centristas alemanes Hasse, Kautsky y Ledebur. Los socialistas franceses e ingleses rechazaron la invitación por razones patrióticas. La Conferencia de abril de los bolcheviques rechazó el proyecto a propuesta de Lenin porque se trataba de una maniobra política del imperialismo alemán, hecha a través de gobiernos socialistas para obtener condiciones de paz más ventajosas. Únicamente Kamenev apoyó la idea de la participación.

colegas y aliados de Ribot, los ministros socialistas rusos. El gobierno italiano, cuya política de conquista colonial se ha distinguido siempre por un cinismo inaudito, por un “egoísmo sagrado”, respondió a la fórmula de “paz sin anexiones” con la anexión por separado de Albania<sup>26</sup>. Nuestro gobierno, incluyendo a los ministros socialistas, retuvo durante dos semanas la publicación de la respuesta de los Aliados confiando, evidentemente, en la eficacia de recursos tan mezquinos para impedir la bancarrota de su política. Rápidamente, la cuestión sobre la situación internacional de Rusia —el problema de *saber por qué causa los soldados rusos deberían estar dispuestos a pelear y morir*—, sigue siendo tan aguda como el día en que la cartera del ministerio de Asuntos Exteriores le fue arrancada a Miliukov.

En el ministerio del Ejército y la Marina —que aún está devorando la mejor parte de las energías y los recursos nacionales— reina, sin restricciones, la política de la prosa y la retórica. Pero las causas materiales y psicológicas de la condición actual del ejército son muy profundas para ser regidas por la prosa y la poesía ministeriales. La sustitución del general Alexeiev\* por el general Brussilov\* significa, sin ninguna duda, un cambio para estos dos oficiales, pero no para el Ejército. La organización del pueblo y el ejército para una “ofensiva” y, luego, el repentino abandono de este slogan a cambio del menos preciso de “preparación para una ofensiva”, muestran que el ministerio del Ejército y la Marina sigue siendo tan poco capaz de dirigir la nación hacia la victoria como el ministerio de Terechenko lo fue para dirigir la nación hacia la paz.

La imagen de impotencia del gobierno provisional alcanza su apogeo con la actividad del ministerio de Asuntos Exteriores, el que, para usar las palabras de los delegados más leales del soviets de campesinos, llenó “con parcialidad” las oficinas de las administraciones locales con terratenientes feudales. Los esfuerzos de la parte activa de la población —la que obtuvo poderes a nivel comunal, por derecho de conquista y sin esperar a la Asamblea Constituyente—,

26. Albania se convirtió en un Estado independiente luego de la derrota de Turquía en la primera guerra de los Balcanes (tratado de Londres, 30 de mayo de 1913). Italia invadió Albania en 1914.

son inmediatamente calificados en la jerga policial de los Dan de “anarquía”, y encuentran la enérgica oposición del gobierno el que, por su composición, es incapaz de cualquier acción enérgica verdaderamente creativa.

En el curso de los últimos días, esta política de bancarrota generalizada encontró su expresión más repugnante en el incidente de Kronstadt. La campaña infame y deshonesto de la prensa burguesa contra Kronstadt —que es para ellos el símbolo del internacionalismo revolucionario y de la desconfianza en el gobierno de coalición y, por lo tanto, de la política independiente de las amplias masas populares— no sólo fue tomada por el gobierno y los líderes del soviét. También transformó a Tseretelli y a Skobelev en los líderes de la vergonzosa persecución contra los marineros, soldados y trabajadores de Kronstadt.

Cuando el internacionalismo suplantaba sistemáticamente al socialpatriotismo en las fábricas, en los talleres y entre los soldados del frente, los socialistas, obedientes a sus patrones, se arriesgaban con el peligroso juego de destruir a la vanguardia proletaria revolucionaria de un solo golpe, y así preparar el “momento psicológico” para la apertura de la sesión del Congreso de los Soviets de toda Rusia. *Reagrupar a la democracia campesina pequeñoburguesa bajo la bandera del liberalismo burgués*, aliado y prisionero del capital anglo-francés y norteamericano, para *aislar políticamente* y “disciplinar al proletariado”: esa es ahora la principal tarea, en cuya realización está gastando todas sus energías el bloque de gobierno de los mencheviques y SR. Las cínicas amenazas de represión sangrienta y las provocaciones a la violencia abierta constituyen una parte esencial de esta política.

La agonía mortal del gobierno de coalición comenzó el mismo día de su nacimiento. El socialismo revolucionario debe hacer todo lo que esté en su poder para impedir que esta agonía mortal termine en las convulsiones de la guerra civil. La única manera de hacerlo no es a través de una política sumisa y esquiva, que sólo agudiza el apetito de los políticos ambiciosos, sino más bien a través de una política ofensiva en toda la línea. No los dejaremos aislarnos: debemos aislarlos a ellos. Debemos responder a las iniciativas miserables y despreciables del gobierno de coalición haciendo comprender, incluso a los sectores más atrasados de las masas laboriosas, el significado completo de esta



alianza que se hace pasar públicamente como revolucionaria. A los métodos de las clases propietarias y de su apéndice menchevique-SR, ya sea sobre el problema del abastecimiento, la industria, la agricultura o la guerra, debemos oponer los métodos del proletariado. Únicamente de esta forma se puede aislar al liberalismo y asegurar el liderazgo y la influencia del proletariado revolucionario sobre las masas urbanas y rurales. Junto a la inevitable caída del presente gobierno vendrá la caída de los actuales líderes del soviet de delegados obreros y campesinos. La actual minoría del soviet tiene ahora la posibilidad de preservar la autoridad del soviet como representante de la revolución, y asegurar la continuación de sus funciones como poder central. Esto se volverá más claro cada día. La época de la “doble impotencia”, con un gobierno que no puede y un soviet que no se atreve, debe inevitablemente culminar en una crisis de una gravedad sin precedentes. Es nuestro deber tensar todas nuestras energías previendo esta crisis, de modo que la cuestión del poder pueda ser abordada en todas sus dimensiones.

# DEMOCRACIA, PACIFISMO E IMPERIALISMO

30 DE JUNIO DE 1917<sup>27</sup>

Nunca ha habido tantos pacifistas como en este momento, cuando la gente se está matando entre sí en todas las esquinas del planeta. Cada época no solo tiene su propia tecnología y formas políticas, también tiene su propio estilo de hipocresía. Hubo un tiempo en que los hombres se mataban unos a otros por la gran gloria de Cristo y el amor al prójimo. Ahora Cristo sólo es invocado por los gobiernos atrasados. Las naciones avanzadas se masacran entre sí en nombre del pacifismo. Wilson, en nombre de la Liga de Naciones y de una paz duradera lanzó a su país a la guerra. Kerensky y Tseretelli clamaron por una ofensiva para “acelerar el fin de la guerra”.

¿A esta época le falta su Juvenal<sup>28</sup>? Sin embargo nos vemos obligados a admitir que aun la más poderosa sátira parecería débil e insignificante en presencia de tan flagrante estupidez y cobardía, dos de los elementos liberados por la guerra actual.

El pacifismo surge de las mismas raíces históricas que la democracia. La burguesía hizo un esfuerzo gigantesco para racionalizar las relaciones humanas, es decir, para suplantarse una tradición ciega y estúpida por un sistema de razón crítica. Las restricciones gremiales a la industria, los privilegios de clase, el absolutismo monárquico: ésta era la herencia tradicional de la Edad Media. La democracia burguesa demandaba igualdad jurídica, libre competencia y métodos parlamentarios para dirigir los asuntos públicos. Naturalmente, aplicó su criterio racionalista en el

27. Este artículo fue publicado en Norteamérica, a principios de junio de 1917. Luego fue reproducido en *Vperiod*.

28. *Juvenal, Decio Junio* (fines del siglo I-comienzos del siglo II): poeta satírico latino.

campo de las relaciones internacionales. En este terreno se confrontó con la guerra, como método de resolver cuestiones pero que era la negación misma de toda “razón”. Por ello, comenzó a demostrar a los pueblos –a través del lenguaje de la poesía, la moral y la contabilidad– que era más beneficioso someterse a las condiciones de una paz eterna. Tales son las raíces lógicas del pacifismo burgués.

Desde su mismo nacimiento, el pacifismo se vio afectado, sin embargo, por un defecto fundamental, característico de la democracia burguesa: sus críticas sólo abordaban los acontecimientos políticos, sin atreverse a penetrar en las causas económicas. Con la idea de una paz eterna, fundada en acuerdos “razonables”, el capitalismo actuó más cruelmente aún que cuando estaba guiado por las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Racionalizando la técnica pero sin modificar la organización social de la propiedad, el capitalismo creó armas de destrucción que incluso no hubiera osado soñar la “bárbara” Edad Media.

El deterioro constante de las relaciones internacionales y el crecimiento incesante del militarismo minaron por completo las bases objetivas del pacifismo. Sin embargo, fue de estas mismas condiciones de donde el pacifismo tomó una nueva vida, que se diferencia de la primera como el rojo sangriento y morado de la puesta del sol difiere del rosado amanecer.

Las décadas precedentes a la actual guerra fue la época de lo que se llamó “la paz armada”. Durante todo este período, es verdad, se realizaron expediciones y campañas, pero sólo en las colonias. Desarrollándose en los territorios de pueblos débiles y atrasados, en África, Asia e Indonesia, estas guerras prepararon el camino para la presente guerra mundial. Pero, como no había guerras en Europa desde 1871, la pequeña burguesía se habituó a mirar el crecimiento del ejército como muestra de una garantía de paz. Los gobiernos capitalistas y los reyes, naturalmente, no tenían objeción alguna a esta interpretación “pacifista” del militarismo. Pero las causas de los conflictos mundiales se iban acumulando, preparando la explosión final.

Teórica y políticamente, el pacifismo se sostiene sobre las mismas bases que lo hace la teoría de la armonía de los intereses sociales. Los antagonismos entre las naciones capitalistas tienen las mismas raíces

económicas que los antagonismos entre las clases. Si se admite la posibilidad de resolver lentamente las contradicciones de clase, entonces se tendrá la misma opinión sobre el apaciguamiento y la regulación de las relaciones internacionales.

La pequeñoburguesía ha sido la fuente de la ideología democrática, con todas sus tradiciones e ilusiones. En la segunda mitad del siglo XIX, ésta sufrió una transformación interna completa, pero de ninguna manera abandonó la escena política. Al mismo tiempo que el desarrollo de la tecnología capitalista minaba inexorable su función económica, el derecho al sufragio general y el servicio militar obligatorio le daban a la pequeñoburguesía, gracias a su fortaleza numérica, una importancia política. El gran capital, en tanto y en cuanto no borraba a esta clase de la superficie terrestre, la subordinó a sus propios fines por medio del sistema de crédito. Sólo le restaba a los representantes políticos del gran capital subyugar para sus propósitos a la pequeñoburguesía, en la arena política, otorgándole un crédito ficticio a sus teorías y prejuicios. Es por esta razón que, en la década precedente a la guerra, vimos, lado a lado con los esfuerzos gigantescos de la política imperialista reaccionaria, un péfido florecimiento de la democracia burguesa junto al reformismo y al pacifismo. El capital sometió a la pequeñoburguesía utilizando los mismos prejuicios de esta clase.

Probablemente es en Francia donde se observa más claramente este proceso de dos caras. Francia es la tierra clásica del capital financiero, que se apoya en la pequeñoburguesía más conservadora del mundo, y numéricamente muy fuerte. Gracias a los préstamos extranjeros a las colonias y a la alianza de Francia con Rusia e Inglaterra, las esferas financieras de la Tercera República se encontraron involucradas en los intereses y conflictos de la política mundial. Y aun así, la pequeñoburguesía francesa es provinciana hasta la médula de los huesos. Siempre ha mostrado una aversión instintiva a la geografía y toda su vida ha temido la guerra como el mismo demonio aunque sea sólo por la razón de que, en la mayoría de los casos, tiene un solo hijo que va a heredar su negocio, junto con sus hipotecas inmobiliarias. Esta pequeñoburguesía envió al Parlamento a un radical que les prometió preservar la paz —por un lado, por medio de la Liga de las Naciones y el arbitraje

internacional y, por el otro, con la cooperación de los cosacos rusos, quienes deben tomar por el cuello al káiser alemán. Este diputado radical, un abogado de provincia, llegó a París con sus mejores intenciones pacifistas, pero también con una total ignorancia sobre la situación del Golfo Pérsico y de la necesidad del ferrocarril para Bagdad. Esta mayoría radical constituye un ministerio radical que se encuentra atado de pies y manos por todas las obligaciones diplomáticas y militares y los intereses financieros de la bolsa en Rusia, África y Asia. Sin dejar de pronunciar bellas frases pacifistas, el ministerio y el parlamento continuaron llevando una política mundial que involucró a Francia en la guerra.

El pacifismo inglés, así como el norteamericano, a pesar de las diferencias de formas sociales e ideológicas (o la ausencia de tales, como en Norteamérica), lleva adelante el mismo trabajo: tranquiliza a la pequeña y mediana burguesía que teme perder en los cataclismos mundiales sus últimos vestigios de independencia; adormece sus conciencias –por medio de ideas impotentes sobre el desarme, los derechos de los pueblos y los tribunales internacionales– sólo para entregarlos en cuerpo y alma, en el momento decisivo, al imperialismo, que ahora moviliza todo –la técnica, la iglesia, el arte, el pacifismo y el socialpatriotismo– para sus propios objetivos.

“Siempre nos hemos opuesto a la guerra: nuestros representantes, nuestro ministerio se ha opuesto a la guerra –dice el *citoyen* [ciudadano, en francés en el original] francés– por lo tanto, la guerra se nos ha impuesto a nosotros y, en el nombre de nuestros ideales pacifistas, debemos luchar hasta el final”. Y el líder de los pacifistas franceses, el Barón d’Estournelles de Constante, suscribe esta filosofía pacifista de una guerra imperialista con un pomposo *la guerre jusq’au bout* [La guerra hasta el final].

La Bolsa de Valores inglesa, en su prosecución de la guerra, necesita ante todo a los pacifistas del tipo de los Asquith (liberal)<sup>29</sup> y Lloyd George (demagogo radical). “Si esta gente entra en la guerra –dicen las masas inglesas– esto significa que la razón está de nuestro lado”. Así el

29. *Asquith, Herbert Henry* (1852-1928): liberal. Primer ministro británico de 1908 a 1916.

pacifismo ocupa una función responsable en la economía de guerra, del mismo modo que la propaganda intoxicadora y los préstamos gubernamentales.

Más evidente aún es la ayuda aportada por el pacifismo pequeñoburgués con respecto al imperialismo en los Estados Unidos. La verdadera política es allí dictada por los bancos y los trusts más que en ningún otro lado del mundo. Aun antes de la guerra, los Estados Unidos, debido al gigantesco desarrollo de su industria y su comercio exterior, avanzaban sistemáticamente en la dirección de una política mundial. La guerra europea imprimió a este desarrollo imperialista una velocidad febril. Mientras que personas bien intencionadas, como Kautsky\*, alimentaban la esperanza de que los horrores de la matanza europea pudieran inspirar a la burguesía norteamericana una profunda aversión por el militarismo, los eventos europeos ejercían su influencia no psicológica sino materialmente, conduciendo a un efecto opuesto. Las exportaciones norteamericanas, que en 1913 ascendían a 2.466 millones de dólares, aumentaron en 1916 a la increíble suma de 5.481 millones. La parte del león de estas exportaciones, por supuesto, fue adjudicada a las industrias de guerra. El repentino corte de las exportaciones a las naciones aliadas, después de la declaración de guerra submarina sin restricciones, no sólo significó la detención del flujo de ganancias gigantescas, sino que amenazaba con una crisis sin precedentes en toda la industria norteamericana, que estaba en pie de guerra. El capitalismo se dirigió al gobierno: "Tú has protegido el desarrollo de nuestra industria bajo la bandera del pacifismo y de la neutralidad", ahora debes garantizar nuestras ventas. "Si el poder no puede asegurar la libertad de los mares", es decir, la libertad de alimentarse de la sangre europea, puede procurar una nueva venta de los productos de la industria de guerra en la misma Norteamérica. Alimentando la guerra, se llegó a la necesidad de militarizar a los EEUU, *inmediatamente, arriesgando absolutamente todo*.

Era imposible que esto continuara sin alguna resistencia de las masas populares. Superar su insatisfacción desorganizada y llevarla a los canales de la cooperación patriótica con el gobierno se convirtió entonces en la primera gran tarea de la diplomacia interna de los EEUU durante el primer cuarto de la guerra.

La ironía de la historia quiso que el “pacifismo” oficial de Wilson y el pacifismo “opositor” de Bryan\*, fueran los principales instrumentos para realizar esta tarea: *la educación militarista de las masas*.

Bryan se apuró a dar una gran difusión a la natural aversión de los granjeros y el “hombre pequeño” hacia la política militarista, el servicio militar y el aumento de los impuestos.

Sin embargo, al mismo tiempo que enviaba toneladas de peticiones y de delegaciones a su colega en el gobierno, Bryan hizo todo lo que estaba en su poder para quebrar todo lo que este movimiento pudiera tener de revolucionario. “Si la guerra llega –telegrafió Bryan en ocasión de un mitin contra la guerra en Chicago, el último febrero– *todos apoyaremos al gobierno, por supuesto*; sin embargo, en este momento, nuestro deber sagrado es hacer todo lo que esté en nuestro poder para preservar a la nación de los horrores de la guerra”. Estas pocas palabras contienen todo el programa del pacifismo pequeñoburgués: “hacer todo lo que esté en nuestro poder contra la guerra” desvía la indignación popular, a través de mítines inofensivos, garantizándole a su vez al gobierno que no encontrará obstáculos, en caso de guerra, de parte de la oposición pacifista.

El pacifismo oficial no necesitaba otra cosa, ya que, encarnado por Wilson, dio al capitalismo belicista suficientes pruebas de su “capacidad de combate” imperialista. Basado en la declaración de Bryan, para lograr un pacto con su bulliciosa oposición, sólo necesitaba un medio para declarar la guerra. Es lo que hizo. Y Bryan se pasó con armas y bagajes al campo gubernamental. Y la pequeñoburguesía, así como también la amplia masa de trabajadores se dijeron a sí mismos: “Si nuestro gobierno, con un pacifista tan experimentado como Wilson a la cabeza, declara la guerra, y si incluso Bryan le apoya, entonces, debe ser una guerra correcta e inevitable...”. Se comprende entonces porqué el pacifismo “cuáquero” de los demagogos gubernamentales es tan estimado por la Bolsa militar-industrial.

Nuestro pacifismo menchevique y SR, a pesar de sus aparentes diferencias, juega exactamente el mismo rol. La resolución sobre la guerra, aprobada por la mayoría del Congreso de los Soviets de Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia, no sólo representa una concepción pacifista sino incluso imperialista. Plantea que la lucha por una pronta

conclusión de la guerra “es la tarea más importante de la democracia revolucionaria”. Pero todas estas premisas únicamente son planteadas para llegar a la siguiente conclusión: “hasta que los esfuerzos democráticos puedan poner fin a la guerra, la democracia revolucionaria rusa tiene el deber de cooperar activamente fortaleciendo el poder de lucha de nuestro ejército y su capacidad de actuar tanto defensiva como ofensivamente”.

De este modo el Congreso, de la misma manera que el gobierno provisional, se subordina a la voluntad de la diplomacia Aliada, la que ni quiere ni puede liquidar el carácter imperialista de la guerra. El Congreso hace depender a “las fuerzas internacionales de la democracia” de la acción de los socialpatriotas, quienes están íntimamente ligados a sus gobiernos imperialistas. Encerrándose voluntariamente en un círculo encantado, la mayoría del Congreso naturalmente llega a la conclusión práctica: *la ofensiva en el frente militar*. Este “pacifismo”, que solidifica y disciplina a la democracia pequeñoburguesa y la induce a apoyar una ofensiva recibe, sin dudar, la mejor bienvenida tanto de los imperialistas rusos como de los Aliados.

Dice Miliukov: “En nombre de nuestra fidelidad a nuestros Aliados y a los viejos tratados (diplomáticos) debemos hacer una ofensiva”. Dicen Kerensky y Tseretelli: “Debemos hacer una ofensiva, a pesar que los viejos tratados (diplomáticos) aún no han sido revisados”.

Los argumentos pueden ser distintos, pero la política es la misma. No podía ser de otra manera, ya que Kerensky y Tseretelli están indisolublemente atados al gobierno junto al partido de Miliukov. De hecho, tanto el pacifismo socialpatriótico de los Dan como el pacifismo “cuáquero” de un Wilson, están al servicio del imperialismo.

En tales circunstancias, la tarea principal de la diplomacia rusa no es hacer que la diplomacia Aliada revise los viejos tratados, sino hacer que la diplomacia Aliada piense que la Revolución Rusa está llena de esperanzas... y que se puede confiar en ella. El embajador ruso, Bajmetiev\*, en su discurso ante el Congreso de los EEUU del 10 de junio, caracterizó al gobierno provisional centralmente desde este punto de vista: “Todas estas circunstancias –dijo el embajador– demuestran que el poder y la importancia del gobierno provisional están creciendo día a día; que éste, cada vez más, se muestra capaz de combatir a los elementos de



desorden tanto si ellos provienen de la reacción como de la extrema izquierda. Actualmente, el gobierno provisional está determinado a dar los pasos más drásticos en esta dirección, recurriendo a la fuerza si es necesario, a pesar de su constante esfuerzo por una solución pacífica”.

No hay duda de que el “honor nacional” permanece absolutamente intacto cuando el embajador de una “democracia revolucionaria” persuade fervientemente al parlamento de la plutocracia norteamericana sobre la capacidad del gobierno ruso para verter la sangre de su proletariado en nombre del “orden”.

Al mismo tiempo que Bajmetiev, sombrero en mano, pronunciaba su despreciable discurso, Tseretelli y Kerensky declaraban “que era imposible prescindir de la fuerza armada en su lucha con la anarquía de izquierda”, y amenazaban con desarmar a los obreros de Petrogrado. Estas amenazas llegaron justo a tiempo; sirvieron como un fuerte argumento a favor de un Préstamo ruso en Wall Street. “Miren bien —podría decir Bajmetiev a Wilson— nuestro pacifismo revolucionario no difiere para nada del vuestro (que es bursátil), y si Uds. confían en Bryan, también deben confiar en Tseretelli”.

Sólo nos queda hacer una pregunta: ¿Cuánta carne y sangre rusa serán necesarias, tanto en el frente externo como en el interno, para asegurar el Préstamo ruso, el que, a su vez, debe garantizar nuestra fidelidad a la causa de los Aliados?

# EL LEVANTAMIENTO DE JULIO

VPERIOD, JULIO DE 1917

La sangre corrió por las calles de Petrogrado<sup>30</sup>. Un capítulo trágico se añadió a la Revolución Rusa. ¿Quién es el responsable? “Los bolcheviques”, dice la gente de la calle, repitiendo lo que le dicen sus periódicos. La suma total de estos trágicos sucesos, se resume, para la burguesía y los políticos oportunistas, en estas palabras: arrestar a los cabecillas y desarmar a las masas. Y el objetivo de esa acción es establecer el “orden revolucionario”. Los SR y los mencheviques están dispuestos a reestablecer el “orden”, deteniendo y desarmando a los bolcheviques. Sólo hay un problema: ¿qué tipo de orden y para quién?

La revolución despertó grandes esperanzas en las masas. Entre las masas de Petrogrado, que jugaron un rol dirigente en la revolución, esas esperanzas y expectativas fueron albergadas con un fervor excepcional. La tarea del partido socialdemócrata era transformar esas esperanzas y expectativas en programas políticos claramente definidos para canalizar la impaciencia revolucionaria de las masas hacia una acción política organizada. La revolución se vio confrontada con la cuestión del *poder*. Nosotros, así como la organización bolchevique<sup>31</sup>, éramos partidarios de entregar todo el poder al CC de los Consejos de Delegados de Obreros, Soldados

30. *Jornadas de Julio*: comenzaron con una crisis ministerial, cuando dimitieron los ministros del partido cadete el día 16. Las manifestaciones antigubernamentales espontáneas fueron reprimidas. Lvov dimitió el día 20 y Kerensky fue nombrado primer ministro. Se intensificó la persecución a los bolcheviques.

31. Trotsky era, en esa época, miembro de la Organización Interdepartamental de los socialdemócratas unidos (*mezhrayontsi* en ruso) que agrupaba en esa época a 4.000 miembros en Petrogrado y a 1.000 en las organizaciones militares y publicaba *Vperiod*. Esta organización se fusionó con los bolcheviques en julio de 1917. Entre sus miembros

y Campesinos. Las clases altas, y entre ellas debemos incluir a los SR y a los mencheviques, exhortaban a las masas a apoyar al gobierno de Miliukov-Guchkov. Hasta el último momento, es decir, hasta la dimisión de estos personajes –los más claramente imperialistas del primer gobierno provisional–, los dos partidos que hemos mencionado, permanecieron unidos con firmeza y en toda la línea al gobierno. Sólo después de la reorganización de este último, las masas descubrieron a través de sus propios periódicos que no se les había dicho toda la verdad, que habían sido engañadas. Se les dijo entonces que debían confiar en la nueva “coalición” gubernamental. La socialdemocracia revolucionaria predijo que el nuevo gobierno no se diferenciaría básicamente del viejo, que no daría ninguna concesión a la revolución y que traicionaría, una vez más, las esperanzas de las masas. Y eso fue lo que pasó. Después de dos meses de debilidad, de demanda de confianza, de exhortaciones verbales, el gobierno fue incapaz de disimular su posición, que consistía en embrollar todos los problemas. Se hizo evidente que las masas, una vez más –y en ese momento más cruelmente que nunca–, habían sido engañadas.

La impaciencia y la desconfianza de la mayoría de los obreros y soldados de Petrogrado crecían, no día a día sino hora a hora. Estos sentimientos, que eran alimentados por la guerra –que se prolongaba sin esperanza para todos los que participaban en ella–, por la desorganización económica, por la paralización de las ramas más importantes de la producción, encontraron una expresión política inmediata en la consigna: “¡Todo el poder a los soviets!”. La retirada de los cadetes y la demostración definitiva de la bancarrota interna del gobierno provisional convencieron aún más profundamente a las masas que estaban en lo correcto al oponerse a los líderes oficiales del soviets. Las vacilaciones de los SR y los mencheviques sólo agregaron más aceite al fuego. Las exigencias, las casi persecuciones, dirigidas a la guarnición de Petrogrado, a la que se demandaba comenzar una ofensiva, tuvieron el mismo efecto. Una explosión se volvió inevitable.

más destacados figuraban, junto a Trotsky, Lunacharsky, Volodarsky, Uritsky, Joffe, Manuilsky, Karajan, Riazanov, Pokrovsky y Uren. La fusión con los bolcheviques se “legalizó” en el VI Congreso de estos últimos, celebrado del 8 al 16 de agosto de 1917. El nombre de Trotsky estuvo entre los cuatro que recibieron el número más alto de votos para integrar el comité central del Congreso.

Todos los partidos, incluso los bolcheviques, hicieron todo para evitar que las masas realicen la demostración del 16 de julio; pero las masas se manifestaron y, además, con las armas en sus manos. Todos los agitadores, todos los representantes de distrito declararon en la tarde del 16 de julio que la manifestación del 17 de julio, dado que la cuestión del poder permanecía incierta, inevitablemente tendría lugar, y que ninguna medida podría detener al pueblo. Esa es la única razón por la cual el partido bolchevique, y con él nuestra organización, decidió no permanecer alejado y lavarse las manos por sus consecuencias, sino hacer todo lo que estaba a nuestro alcance para transformar la jornada del 17 de julio en una demostración pacífica. El llamamiento del 17 de julio no tiene otro significado. Era evidente que, dada la segura intervención de bandas contrarrevolucionarias, se producirían enfrentamientos sangrientos. Habría sido posible, es verdad, privar a las masas de toda dirección política, decapitarlas políticamente, negándose a dirigirlas, y abandonarlas a su suerte. Pero nosotros, siendo un partido de trabajadores, no podíamos ni queríamos adoptar la táctica de Poncio Pilatos: decidimos acompañar a las masas y unirnos a ellas, para introducir en su agitación elemental, el mayor grado de organización posible dadas las circunstancias, y reducir así al mínimo el número de probables víctimas. Los hechos son bien conocidos. La sangre ha corrido. Y ahora la prensa “influyente” de la burguesía, y otros periódicos a su servicio intentan cargar sobre nuestros hombros la total responsabilidad por las consecuencias: por la pobreza, el agotamiento, el desafecto y la rebeldía de las masas. Para lograr este fin, para completar su trabajo de movilización contrarrevolucionaria contra el partido del proletariado, canallas anónimos, semianónimos o ya bien conocidos, desparraman acusaciones de corrupción: la sangre se ha derramado por culpa de los bolcheviques, y los bolcheviques estaban actuando bajo las órdenes de Guillermo II<sup>32</sup>.

En la actualidad estamos atravesando un período de prueba. La firmeza de las masas, su sangre fría, la fidelidad de sus “amigos”, todas estas cosas están siendo puestas a prueba. Nosotros también estamos

32. *Guillermo II* (1859-1941): emperador de Alemania desde 1888 que abdicó en la revolución alemana de 1918.

sometidos a este test, y saldremos de él más fortalecidos, más unidos que de ninguna prueba anterior. La vida está con nosotros y peleando por nosotros. La nueva reconstrucción del poder, dictada por una situación implacable, y por la miserable timidez de los partidos en el poder, no cambiará ni se resolverá nada. Hace falta un cambio radical de todo el sistema. Necesitamos un poder revolucionario.

La política de Tseretelli-Kerensky apunta directamente a desarmar y debilitar el ala izquierda de la revolución. Si, con la ayuda de sus métodos, logran restablecer el “orden”, serán las primeras –después de nosotros, obviamente– víctimas de este “orden”. Pero no tendrán éxito. La contradicción es muy profunda, los problemas son muy grandes para ser resueltos con medidas policiales.

Después del período de prueba vendrá el del progreso y la victoria.



**PARTE III**



**¿QUÉ SIGUE?**

**DESPUÉS DE LOS DÍAS DE JULIO**





# ¿QUÉ SIGUE?<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

**LOUIS C. FRAINA**

OCTUBRE DE 1918

Los sucesos de agosto<sup>2</sup> demostraron que la reacción a la revolución había alcanzado la mayor profundidad y fuerza y que, detrás de la pantalla de la dictadura del “socialista” Kerensky, los cadetes e inclusive otras siniestras fuerzas de la burguesía imperialista, se preparaban para el golpe de Estado que aniquilaría a los soviets y a la revolución. El moderado Comité Ejecutivo de los Soviets de toda Rusia había aprobado al premier Kerensky, pero esto era insuficiente, ya que se necesitaba para los propósitos de Kerensky asegurar el mandato de “todas las clases”; y, en consecuencia, el gobierno convocó a una conferencia nacional que se reunió en Moscú el 26 de agosto. La Conferencia no fue sólo para “ensanchar la base” del gobierno provisional, fue también una expresión de la política bonapartista de Kerensky<sup>3</sup> (en un artículo en *Pravda* de ese momento, Zinoviev señaló que los cadetes al principio sospechaban de la Conferencia de Moscú considerándola parte de la política bonapartista de Kerensky,

1. Traducción inédita al español de Trotsky, L., *What Next?, after the July Days*, Ceilán, Young Socialist Publications, noviembre de 1967. El texto de Trotsky fue cotejado con *L'année 1917*, op. cit., pp. 45-116. Originalmente fue publicado como folleto en agosto-septiembre de 1917, al que Trotsky realizó un prefacio. Era una compilación de sus artículos del periódico *Proletarii*\*. En los mismos meses fueron publicados en *Pravda*. La primera traducción al inglés la realizó Louis Fraina para su libro *La revolución proletaria en Rusia*, del que tradujimos su introducción. Hemos conservado, en general, las anotaciones de Fraina y de las versiones celandesa y francesa.

2. *Sucesos de agosto*: se refiere a las Jornadas de Julio.

3. *Bonapartismo*: Engels define las “condiciones básicas del moderno bonapartismo: un equilibrio entre la burguesía y el proletariado, la autoridad gubernamental real reside en las manos de una especie de casta de oficiales del ejército y oficiales del Estado. La independencia de esta casta, que aparece ocupando una posición por fuera y, por así decirlo, por encima de la sociedad, le da al Estado la apariencia de independencia con

la política de una dictadura fusionando ambas caras en él mismo. Y éste era precisamente el propósito de la Conferencia, a pesar que los cadetes finalmente participaron). La composición de la Conferencia era abrumadoramente conservadora, reaccionaria y contrarrevolucionaria.

Los delegados a la Conferencia Nacional fueron cuidadosamente seleccionados, siendo excluidos naturalmente los bolcheviques. Las cuatro Dumas –y su carácter es claro, siendo expresiones de la tímida oposición legalmente permitida bajo el zar– estaban representadas por 188 miembros; los otros delegados incluían 100 representantes de los campesinos, 229 representantes de los soviets de delegados de los obreros y los soldados, 7 delegados de las municipalidades, 113 representantes de las organizaciones bancarias e industriales del capital, 313 representantes de las organizaciones cooperativas y 176 representantes de los sindicatos (estos son los datos ofrecidos en *El nacimiento de la democracia rusa* de A. J. Sack, NY, 1918, de cuya fuente también se toman los extractos de los discursos dados en la Conferencia, con la excepción de la última cita de Kerensky). Los delegados de los soviets eran moderados de los partidos menchevique y SR.

En la Conferencia se realizó un ataque concertado sobre los soviets y la democracia revolucionaria, a pesar que no llegó a una conclusión. Fue una ofensiva preliminar. Los representantes de los soviets estaban a la defensiva. Kerensky, en la apertura de la Conferencia, declaró:

“El gobierno provisional no los ha convocado para discutir las cuestiones de programa, o, aún menos, para permitir cualquier intento, venga de donde venga, de aprovecharse de la presente Conferencia o de la excepcionalmente difícil posición del Estado ruso o para alentar cualquier intento de minar el poder del gobierno provisional”.

relación a la sociedad” (*La cuestión de la vivienda*). Y nuevamente: “A modo de excepción, sin embargo, ocurren períodos en los que las clases en guerra llegan unas con las otras a un equilibrio tan similar que el poder del Estado, como supuesto mediador, necesita por un momento un cierto grado de independencia de ambos. Así fue la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, que mantenía el equilibrio entre la nobleza y la clase de los burgueses: así fue el Bonapartismo del primer y, aún, más del segundo imperio francés, que hizo jugar al proletariado contra la burguesía y a la burguesía contra el proletariado (*El origen de la familia y la propiedad privada*) [NdLF]. Ver también: Trotsky, “Fascismo y bonapartismo”, julio de 1934.

Pero la petición de Kerensky —porque a pesar de asumir la forma de un ultimátum, no era otra cosa que una petición— fue vana. Su discurso fue una suma de generalidades, ataques a derecha e izquierda, alternando con concesiones a ambas alas, y su afirmación: “Estamos determinados a que Rusia estará ubicada entre los Poderes Mundiales”, provocó bulliciosos aplausos.

El ministro de Finanzas Nekrasov\* atacó la perjudicial influencia de la revolución sobre las finanzas, declarando que el dinero que se gastaba por los Comités de Aprovisionamiento de comida y para incremento de salarios estaba arruinando al Estado y al país, y debería detenerse. El general Kornilov, comandante en jefe de los Ejércitos, enfatizó la desintegración del ejército y urgió a tomar medidas drásticas para restaurar la disciplina, estando entre esas medidas prácticamente la abolición de los comités de soldados. Atacó las medidas del gobierno provisional que introducían la democracia en el ejército, y concluyó con una amenaza encubierta de permitir una invasión al país para obligar a imponer las medidas necesarias.

“Si las medidas necesarias para el mejoramiento de la disciplina en el frente fueran el resultado de la devastación de Tarnopol y la pérdida de la Galicia y Bukovina, no debemos permitir que el orden en la retaguardia sea el resultado de la pérdida de Riga, y que el orden en los ferrocarriles sea restaurado al precio de la rendición de Moldavia y Besarabia al enemigo”.

El general de los cosacos, Kaledin\*, era aún más descarado que Kornilov, atacando en forma directa a los ministros socialistas, y sugiriendo las siguientes medidas:

1. El ejército debe mantenerse fuera de la política. Todas las reuniones y asambleas con sus antagonismos de partidos deben ser absolutamente prohibidas en el frente.

2. Todos los consejos y comités en el ejército deben ser abolidos tanto en el frente como detrás de líneas, excepto aquéllos de los regimientos, compañías, prisiones y otras unidades militares, y sus derechos y deberes deben ser estrictamente limitados al manejo de las cuestiones económicas de los soldados.

3. La Declaración de los Derechos de los soldados debe ser revisada y ampliada con una declaración de sus deberes.

4. La disciplina en el ejército debe restaurarse y fortalecerse con medidas más categóricas.

5. Para asegurar la capacidad de lucha del ejército, el frente y la retaguardia deben ser reconocidos como un todo, y todas las medidas requeridas para fortalecer la disciplina en el frente también deben aplicarse en la retaguardia.

6. Se deben restaurar los derechos disciplinarios de los oficiales superiores. (*Aplausos*)

7. Debe restaurarse la total autoridad de los líderes del ejército.

8. En esta terrible hora de grandes reveses en el frente y de la completa desintegración que surge de la paralización económica y política, el país puede salvarse de la ruina final sólo colocando el poder total en las manos de gente firme, experimentada y capacitada, no atada por estrechos programas partidarios o de grupo (*fuerte aplauso de la derecha*), no trabada por la necesidad de volver después de cada paso a buscar la aprobación o desaprobación de sus actos por los distintos comités y consejos (*impaciencia en la izquierda, aplausos en la derecha*) y que reconozca plenamente que la gente común toda y no partidos o grupos separados es la fuente del poder soberano en el Estado.

9. El gobierno central, así como el local, no debe tener piedad. Se debe poner freno inmediatamente y abruptamente a la usurpación del poder por los comités y Concejos centrales y locales”. (*Protestas vigorosas de la izquierda. Gritos de “¡Abajo con él!” “¡Contrarrevolucionario!” Aplauso entusiasta de la derecha*)

Cheidse, presidente del CC de los Soviets de toda Rusia, le respondió a Kaledin y defendió a los soviets, declarando que la democracia revolucionaria “ha colocado siempre los intereses del país y de la revolución por encima de los intereses de cada clase y grupo por separado... El espíritu creativo de la revolución, sólo se ha preservado gracias a las organizaciones revolucionarias, es decir, gracias a salvar al país de la disolución y la anarquía”. Pero la respuesta de Cheidse no era una respuesta al problema, ya que el *status quo* mismo era responsable de la situación reinante: el *status quo* tenía que ser destruido ya por la burguesía o por el proletariado revolucionario. Las medidas propuestas por el general Kaledin eran inevitables si se debía

restaurar el ejército, pero la introducción de esas medidas en las condiciones reinantes, hubieran necesariamente significado la abolición de los soviets como la fuerza activa de la revolución, la conversión del ejército en un instrumento contrarrevolucionario, y la dictadura de la burguesía. Los ataques al gobierno provisional enfatizaron que el fin de los soviets significaba también el fin del gobierno “liberal” de la burguesía proimperialista: el gobierno provisional mismo atacado por la Derecha. El lamento del anterior ministro de Guerra Guchkov de que el gobierno provisional estaba sin poder reveló claramente la situación: los soviets tenían el poder y el gobierno provisional sólo podría tener el poder con la destrucción de los soviets.

Se estaba orquestando la abolición de los soviets. Los cadetes desafiaron a estos últimos a tomar la responsabilidad total del gobierno o si no, a cesar en su función “consultiva”. Pero los mencheviques y los SR evadieron el desafío: ni dictadura del proletariado ni dictadura de la burguesía. Miliukov y Nabokov\* rehusaron participar en los ministerios, sintiendo que era necesario el aniquilamiento de los soviets primero.

La Conferencia de Moscú fue convocada como un llamado a la unidad nacional y para promover la unidad nacional: simplemente reveló la aguda desunión y los antagonismos intensos. No se logró nada práctico con la Conferencia, y el discurso final de Kerensky indicó la profundidad del fracaso:

“El gobierno no se lamenta de haber llamado a esta Conferencia, a pesar que no ha logrado resultados políticos, le ha dado la oportunidad a todos los ciudadanos rusos de decir abiertamente lo que piensan. Y eso es esencial para el Estado”.

# A MODO DE PREFACIO

LEÓN TROTSKY

AGOSTO-SEPTIEMBRE DE 1917

Desde la primera ofensiva del 1º de julio<sup>4</sup> en el frente externo, comienza un retroceso de la revolución en el frente interno. Este retroceso, encabezado por la democracia oficial, asumió, después de los eventos del 16-17 de julio, el carácter de pánico. En este momento, presenta de una apariencia más ordenada, pero, a pesar de todo, la fuga no ha cesado. La guerra devora la revolución frente a nuestros ojos. Y como los generales controlan la guerra, intentan tomar todo el poder real en sus propias manos.

¿Hasta dónde se llegará? Hacer un pronóstico requiere que nos preguntemos cuál es la naturaleza de las fuerzas que están involucradas en la lucha política..., o que están por rendirse sin combatir. Este el objeto de este estudio.

Los dos primeros capítulos fueron escritos antes de la Conferencia de Moscú. No los hemos modificado en nada. En nuestro intento de prever la función y consecuencias de la ceremonia de Moscú, procedimos, no de las afirmaciones de los líderes y de las declaracio-

4. *La ofensiva del 1º de julio*: Fue ordenada por Kerensky bajo presión de los aliados imperialistas de la Rusia zarista, quienes se negaban categóricamente a darle ayuda a Rusia si ésta no continuaba la guerra contra Alemania. El avance real comenzó sólo en el frente sudoccidental. Después de una cortina de fuego de artillería que duró dos días, las 31 divisiones pasaron al ataque, logrando victorias iniciales. El 19 de julio, los alemanes lanzaron su contraofensiva sobre Tarnopol, que cayó el 24. Galicia fue limpiada de tropas rusas, con 60.000 bajas. El frente ruso se disolvió entonces y como dijo Lenin, “los soldados votaron por la paz con sus pies”. El 3 de septiembre, Riga fue capturada y las islas fuera de la costa de Petrogrado estaban amenazadas. El general Brussilov, quien había comandado la ofensiva, fue reemplazado por Kornilov.

nes de prensa (parece que nunca los líderes y los periódicos han mentido tanto como ahora) sino de los intereses de clase y de las actividades políticas: este último método, que es recomendado por Marx, es infinitamente más seguro.

Aún después haber desarmado al Petrogrado revolucionario<sup>5</sup>, y reemplazado las banderas rojas por los estandartes cosacos, el gobierno provisional no se atrevió a enfurecer a los obreros poniéndoles frente a sus ojos una Conferencia que fuera calificada de gubernamental, ni que decir “antipopular”. Las “fuerzas vivas” fueron invitadas al piadoso y pacífico Moscú. Pero el proletariado de Moscú recibió a los huéspedes indeseables con una huelga de protesta y desprecio. Y, gracias a este apoyo, el proletariado de Petrogrado pudo respirar libremente.

Con su permiso, dedico este folleto a los camaradas obreros de Moscú.

5. El 18 de julio, por orden de Kerensky, las tropas contrarrevolucionarias y los oficiales cadetes tomaron Petrogrado, e inspeccionaron los barrios obreros para desarmarlos. Las tropas leales de la Fortaleza de Pedro y Pablo fueron desarmadas.

# I. ¿QUÉ HA SUCEDIDO?

*PROLETARIJ\** N° 1, 13 DE AGOSTO DE 1917

Nadie puede explicar satisfactoriamente por qué debe haber una Conferencia en Moscú. Lo que es más: todos aquellos que van a tomar parte en la Conferencia declaran (sinceramente o no), que ignoran la razón por la cuál fueron invitados a Moscú. Al mismo tiempo, casi todos se expresan desconfianza y desprecio cuando hablan de la Conferencia. Pero igualmente van. ¿Cuáles pueden ser las razones?

Si omitimos al proletariado, que ocupa una posición propia, los participantes en la Conferencia de Moscú se pueden dividir en tres grupos: los representantes de las clases capitalistas, las organizaciones pequeñoburguesas y el gobierno.

Las clases propietarias tienen su representación más acabada en el Partido Democrático Constitucional, los cadetes. Apoyándolos están los grandes terratenientes, las organizaciones del comercio, el capital industrial, las mafias financieras, las universidades. Cada uno de esos grupos tiene sus propios intereses y proyectos políticos. Sin embargo, el peligro común que los amenaza viene de las masas de obreros, campesinos y soldados, y este peligro lleva a las clases capitalistas a formar una única y vasta unión contrarrevolucionaria. Sin suspender sus intrigas y conspiraciones monárquicas, la corte, la burocracia y el Estado Mayor General, consideraron sin embargo que era absolutamente necesario en ese momento apoyar a los cadetes. Y los liberales burgueses, siempre echando miradas sospechosas hacia la camarilla monárquica, hoy le dan gran valor a su apoyo contra la revolución. De esta forma, el partido cadete se está transformando en un representante general de toda la variedad de intereses de la propiedad grande y pequeña. Todas las demandas de las clases poseedoras,



todas las extorsiones de los explotadores, están hoy amalgamadas en el cinismo capitalista y la insolencia imperialista de Miliukov. Su política es esperar sentado todos los pasos en falso del régimen revolucionario, todas sus fallas y fracasos, aprovechándose por el momento de la “colaboración” de los mencheviques, socialistas y socialrevolucionarios, para comprometerlos por su colaboración y a la espera que le llegue su turno. Y, detrás de la espalda de Miliukov, el zarista Gurko\* espera *su momento oportuno*.

La seudo democracia del tipo de los mencheviques y socialrevolucionarios descansa sobre las masas campesinas, la pequeñoburguesía de las ciudades y los obreros más atrasados. Es necesario destacar con respecto a esto que, cuanto más se desarrollan los hechos, se vuelve más claro que la fortaleza de la combinación reside en los socialrevolucionarios, mientras que los mencheviques son los inoperantes. Dirigidos por estos dos partidos, los soviets de obreros y soldados, que fueron elevados a una altura extraordinaria por las convulsiones cataclísmicas de las masas, están perdiendo rápidamente su importancia y retrocediendo al olvido. ¿Y por qué? Marx ha señalado que cuando la historia le da un fuerte golpe en la nariz a los filisteos, éstos nunca buscan la causa de su fracaso en su propia incapacidad, sino que invariablemente descubren la malicia o la intriga en algún otro. En un todo de acuerdo con esto, Tseretelli se apresura a ver en la “conspiración” del 16-18 de julio, como la “paja” que explica el miserable fracaso de toda su política. Cuando los socialrevolucionarios y mencheviques Lieber\*, Gotz\* y Voitinsky\* preservaron el orden frente a la “anarquía” (el cual, dicho sea de paso, no estaba siendo amenazado), estos caballeros creyeron firmemente que, como los gansos que salvaron al Capitolio<sup>6</sup>, ellos merecían una recompensa. Y cuando observaron que el desprecio de la burguesía hacia ellos aumentaba en proporción directa a su celo conciliador hacia el proletariado, se quedaron estupefactos. Tseretelli, el mismo Tseretelli que sabía tan bien jugar con los lugares comunes repetidos, vio su liquidación como revolucionario

6. *Los gansos y el Capitolio*: de acuerdo a la leyenda romana, los gansos sagrados en el Capitolio habían salvado a la fortaleza de un ataque nocturno sorpresivo.

por estar demasiado encumbrado. Estaba perfectamente claro: el Regimiento de Ametralladoras había “arruinado” la revolución (al rehusarse a obedecer la orden de Kerensky de marchar al frente excepto bajo ciertas condiciones y por participar en los eventos del 16-17 de julio).

Y si Tseretelli y su partido se encontraron en las filas de la contrarrevolución, de Polovtsev\* y los cadetes militares, ayudándolos a desarmar a los obreros en interés de la contrarrevolución, no se debió a la falla del juego político de Tseretelli, sino a la del Regimiento de Ametralladoras, al que los bolcheviques habían llevado por mal camino. ¡Tal es la filosofía de la historia profesada por los banqueros políticos de los filisteos!

En realidad, las Jornadas del 16, 17 y 18 de Julio se convirtieron en un punto de inflexión en el desarrollo de la revolución, porque expusieron la completa incapacidad de los partidos dirigentes de la democracia pequeñoburguesa para tomar el poder en sus manos. Después del miserable derrumbe del gobierno de coalición, se volvió evidente que no había otra alternativa que la toma del poder por los soviets. Pero los mencheviques y los socialrevolucionarios dudaron. Asumir el poder, razonaban, significaría una ruptura con los banqueros y diplomáticos: una política peligrosa. Y cuando, a pesar del oscuro presagio de los hechos del 16-18 de julio, los líderes del soviets continuaron corriendo detrás de Efimov, las clases propietarias no tardaron en comprender que los políticos del soviets estaban a su servicio, como el pequeño tendero está al servicio del banquero, expresándole su admiración. Y esto es lo que dio coraje a la contrarrevolución.

Toda la historia previa de la revolución reside en el llamado “doble poder”. Esta denominación, dada por los liberales es, a decir verdad, muy superficial. El asunto no se agota cuando se dice que al lado del gobierno estaba el soviets, que desarrollaba un considerable número de funciones gubernamentales, ya que los Dan y Tseretelli hicieron todo lo posible para aniquilar, “sin dolor” esta división de poder, cediéndole todo al gobierno. La verdad es que, detrás de los soviets y detrás del gobierno, había dos sistemas diferentes, cada uno de ellos descansando sobre diferentes intereses de clase.

Detrás de los soviets estaban las organizaciones obreras que estaban desplazando, en cada fábrica, a la autocracia de los capitalistas, y estableciendo un régimen republicano en la industria, el que era incompatible con la anarquía capitalista y demandaba un irrevocable control estatal de la producción. Para defender sus derechos de propiedad, los capitalistas buscaron ayuda en las altas esferas, cercanas al gobierno, lo empujaron cada vez con más energía contra los soviets y lo conminaron a aceptar la conclusión de que no poseía un aparato independiente, es decir, instrumentos de represión contra las masas trabajadoras. De aquí los lamentos por el “poder dual”.

Detrás del soviet, estaba la organización electoral en el Ejército, y toda la administración de la democracia de los soldados. El gobierno provisional, alineado con Lloyd George, Ribot y Wilson, reconocía las viejas obligaciones del zarismo y, procediendo con los viejos métodos de la diplomacia secreta, sólo podía chocar con la hostilidad activa del nuevo régimen del ejército. La oposición que llegaba desde arriba había perdido casi toda su eficacia en el mismo momento en que ganaba el soviet. De aquí las quejas por el “doble poder”, especialmente de parte del Estado Mayor General.

Finalmente, el soviet campesino también, a pesar del miserable oportunismo y el grosero chauvinismo de sus líderes, estaba sujeto a una creciente presión de la base, donde la confiscación de tierras estaba asumiendo una forma que se convirtió más amenazante cuanto más el gobierno se oponía a ella. Hasta qué grado este último estaba jugando el rol de un representante del gran capital se ilustra mejor por el hecho de que la última ordenanza policial de Tseretelli no difería en nada de las ordenanzas del príncipe Lvov. Y en todas partes de las provincias donde los comités de campesinos y soviets intentaran instalar un nuevo régimen agrario, se encontrarían involucrados en un agrio conflicto con la autoridad “revolucionaria” del gobierno provisional, que se transformaba cada vez más en un perro de guardia de la propiedad privada.

El posterior desarrollo de la revolución hacía necesario el paso de todo el poder a las manos del soviet, y el uso de este poder en interés de los obreros contra los dueños de la propiedad. Y la profundización de la lucha contra las clases capitalistas exige asignar el rol dirigente a la fracción

más decidida de las masas laboriosas, es decir, al proletariado industrial. Para introducir el control sobre la producción y distribución, el proletariado podía apelar a precedentes muy importantes en Europa occidental, particularmente al supuesto “socialismo de guerra” alemán. Pero como en Rusia este trabajo de organización sólo podía ser realizado sobre la base de una revolución agraria y bajo la dirección de un poder realmente revolucionario, el control de la producción y la progresiva organización de este poder necesariamente asumirían una dirección hostil a los intereses del capital. Cuando las clases poseedoras se esforzaban, a través del gobierno provisional, por establecer el gobierno de una república capitalista “fuerte”, el pasaje de todo el poder a los soviets, aunque no es para nada sinónimo de “socialismo”, habría en todo caso quebrado la oposición de la burguesía, y en alianza con las fuerzas productivas existentes y la situación en Europa occidental, habría impuesto una dirección y una transformación de la organización económica en función de los intereses de las masas trabajadoras. Arrojando las cadenas del poder capitalista, la revolución se transformaría en *permanente*, es decir, continua; habría utilizado su poder, no para perpetuar la ley de la explotación capitalista, sino por el contrario, para destruirla. Sus últimos logros en este campo habrían dependido de los éxitos de la revolución proletaria en Europa. Por otro lado, la revolución rusa podría dar un impulso mayor a la revolución en Europa occidental, cuanto más resolución y valor pusiera para derrotar a la oposición de su propia burguesía. Tal era y tal es la *sola y única perspectiva real* para el ulterior desarrollo de la revolución.

Pero, para los ideólogos filisteos, esta perspectiva era “utópica”. ¿Qué querían? Nunca han podido explicarlo. Tseretelli hablaba mucho acerca de la “democracia revolucionaria”, sin entender lo que esto significa realmente. Los socialrevolucionarios no eran lo únicos que tenían el hábito de navegar entre las olas de la fraseología democrática; también los mencheviques abandonaron su criterio de clase tan pronto como este criterio expuso claramente el carácter pequeñoburgués de su política. La regla de la “democracia revolucionaria” explica y justifica todo. Y cuando las Centurias Negras intentan dominar a los bolcheviques, lo hacen en nombre de una autoridad que es nada menos que la de la “democracia revolucionaria”. Pero no nos anticipemos.

Representando, como lo hizo, el poder de la burguesía o, mejor dicho, la neutralización del poder por medio de la coalición, la democracia socialrevolucionaria y menchevique, en realidad, descabezó la revolución. Por otro lado, defendiendo a los soviets como sus órganos, la democracia pequeñoburguesa, en realidad, impidió al gobierno crear un aparato administrativo en las provincias. El gobierno no sólo fue impotente para hacerlo bien, sino que también fue prácticamente impotente para hacerlo mal. Los soviets, llenos de planes ambiciosos, no fueron capaces de llevar a cabo ninguno de ellos. La república capitalista, implantada desde arriba, y la democracia obrera formada desde abajo, se paralizaron mutuamente. En donde chocaban, por lo tanto, surgían innumerables disputas. El ministro y los comisarios suprimieron el órgano de autogobierno revolucionario, los comandantes echaban pestes ante los comités del ejército, los soviets iban de un lado a otro entre las masas y el gobierno. Una crisis seguía a otra crisis, los ministros llegaban y se iban. El descontento entre las masas se incrementaba mientras que las medidas represivas de la autoridad se volvían más inoperantes e incoherentes. Vista desde arriba, toda la vida debería parecer un torrente hirviente de “anarquía”.

Era evidente que el tímido dualismo del gobierno de la “democracia” pequeñoburguesa llevaba en sí mismo a su bancarrota. Y cuanto más profundos se volvían los problemas de la revolución, más dolorosamente quedaba manifiesta esta bancarrota. Toda la estructura del Estado estaba de cabeza, o mejor dicho, sobre sus dos o tres cabezas. Un movimiento descuidado de parte de Miliukov, Kerensky o Tseretelli amenazaba con derrumbar todo el edificio. Y, día a día, la alternativa aparecía cada vez más inevitable: o el soviet asume el poder, o el gobierno capitalista barrerá al soviet. Era suficiente un golpe externo para destruir el equilibrio de toda la estructura. Este golpe externo a un sistema que ya estaba condenado desde dentro, tomó la forma de los eventos del 16-18 de julio. El “idilio” pequeñoburgués, construido sobre la unión “amigable” de dos sistemas que se excluyen mutuamente, recibió su golpe mortal. Y Tseretelli pudo escribir en sus memorias que su plan para la salvación de Rusia había sido sabotado por el Regimiento de Ametralladoras.

## II. ELEMENTOS DE BONAPARTISMO

PROLETARIJ N° 2, 15 DE AGOSTO DE 1917

Vuestro pequeño comerciante es un hombre de carácter sosegado; lo que teme, ante todo, es “correr riesgos”. Sin embargo, tiene al mismo tiempo una fértil imaginación: todo pequeño comerciante sueña con convertirse en un Rothschild<sup>7</sup>. Esta combinación de sobriedad anémica con una imaginación inútilmente turbulenta es la misma esencia de la política pequeñoburguesa. Sería erróneo pensar, como escribió Marx, que los representantes de la pequeñoburguesía son invariablemente pequeños comerciantes. Lejos de eso: por su nivel mental, ellos son muy superiores al despreciable filisteo. Sin embargo, “son representantes de las ideas de la pequeñoburguesía porque sus pensamientos no trascienden la esfera en la que desarrollan sus vidas, y por ello llegan, en teoría, a los mismos problemas y a las mismas soluciones a los que la pequeñoburguesía llega en la práctica” (Marx, K., *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*).

Sancho Panza es la encarnación de la más mediocre cobardía. Sin embargo, el romanticismo no le es para nada ajeno, de otra manera, nunca se hubiera convertido en el compañero de Don Quijote<sup>8</sup>. La cobardía de la política de la pequeñoburguesía, encuentra en su forma más enérgica en la persona de Dan. Tseretelli representa la fusión de esta cobardía con el romanticismo. Tseretelli le dijo a Martov\*: “¡Sólo un loco no le tiene miedo a nada!” La política filisteas bien intencionada, por otra parte, le tiene miedo a todo: teme causar la

7. *Rothschild*: nombre de una familia de banqueros internacionales.

8. *Sancho Panza y Don Quijote*: escudero y caballero, protagonistas de la sátira española clásica de Cervantes sobre el romanticismo medieval.

ira de sus acreedores, teme que los diplomáticos puedan tomar su “pacifismo” en serio, pero sobre todo le temen al poder. Así como “un loco no le tiene miedo a nada”, así la política de la pequeñoburguesía cree oportuno preservarse contra cualquier locura representando a la cobardía en todos los terrenos. Sin embargo, no abandonan sus esperanzas de convertirse en Rothschild: habiendo agregado dos o tres palabras en la nota diplomática de Terechenko, piensan que han hecho avanzar la paz; tienen la esperanza de infundir al príncipe Lvov su más leal mediación contra la guerra civil. Pero el gran pacificador pequeñoburgués concluye desarmando a los obreros, sin desarmar para nada a Polovtsev o Kaledin, es decir, a la contrarrevolución. Y cuando toda esta política se cae a pedazos al primer golpe serio, Tseretelli y Dan explican a todo aquel que quiera creerles, que la revolución se frustró, no por la incapacidad de la pequeñoburguesía para tomar todo el poder en sus manos, sino por la “insurrección” del Regimiento de Ametralladoras.

En el curso de muchos años de controversia con respecto al carácter de la Revolución Rusa, los mencheviques sostuvieron que los verdaderos portadores del poder revolucionario en Rusia eran los demócratas pequeñoburgueses. Siempre hemos señalado que la democracia pequeñoburguesa es incapaz de resolver este problema, y que el único poder que puede guiar a la revolución a su meta es el proletariado, tomando su fuerza de las masas del pueblo. Ahora, la historia ha querido que los mencheviques aparezcan como los representantes de la democracia pequeñoburguesa, de forma que ellos puedan, en persona, demostrar su completa incapacidad para lidiar con los problemas del poder, es decir, para asumir el rol dirigente en la revolución.

En el *Rabochaya Gazetta*\*, ese órgano del “marxismo” falsificado, mutilado y mutilador, se intenta endilgarnos la etiqueta de “Hombres del 16 de Julio”<sup>9</sup>. Tenemos todas las razones para afirmar que en el

9. El 16 de junio de 1907, la segunda Duma fue dispersada por el zar. Después de esto, los integrantes del ala derecha (cadetes, octubristas, etc.) fueron llamados “Los hombres del 16 de Junio”. Coincidentemente, el 16 de junio de 1917, los miembros de la cuarta Duma se encontraron en una conferencia para explorar la posibilidad de una nueva ofensiva y resolvieron demandársela al gobierno provisional [ver “A modo de prefacio”, nota 1]. Lenin la llamó “Una conferencia de toros salvajes” (ver su artículo del 22 de junio

movimiento del 16 de Julio todas nuestras simpatías estaban absolutamente del lado de los obreros y soldados, y no con los cadetes militares, los Polovtsev, Lieber, y los “aspirantes”<sup>10</sup>. Mereceríamos el desprecio si fuera de otra manera. Pero dejemos que los quebrados de la *Rabochaya Gazetta* no hagan ruido al invocar el 16 de julio, ya que ese fue el día de su autodestrucción política. La etiqueta “Hombres del 16 de Julio”, para emplear una metáfora muy confusa, puede tornárseles en contra como una espada de doble filo, ya que el 16 de julio las camarillas rapaces de la Rusia zarista realizaron un *coup d'état* [golpe de Estado] con el propósito de colocar toda la autoridad del Estado en sus manos. El 16 de julio de 1917, en el momento de la crisis más seria de la revolución, los demócratas pequeñoburgueses afirmaron sonoramente que eran incapaces de tomar el poder. Dándoles odiosamente la espalda a los obreros y soldados revolucionarios, que les demandaban el desempeño de su deber revolucionario más elemental, los “Hombres del 16 de Julio” hicieron una alianza con los “Hombres del 16 de junio”, con el objeto de controlar, desarmar y encarcelar a los obreros y soldados socialistas. La traición de la democracia pequeñoburguesa, su capitulación vergonzosa a la burguesía contrarrevolucionaria, esto es lo que impidió un cambio de poder, y no fue la primera vez en la historia de la revolución.

Bajo estas circunstancias se creó el último ministerio, que fue llamado “el gobierno de Kerensky”<sup>11</sup>. El irresoluto, impotente y

de 1917). El 16 de julio de 1917, los obreros y soldados se manifestaron al grito de “¡Todo el poder a los soviets!” y ese mismo día el ala derecha tomó la decisión de desarmar a los obreros y los soldados revolucionarios, decisión que fue llevada a cabo.

10. Los “aspirantes” eran una organización del servicio secreto creada por el gobernador militar de Petrogrado, el coronel Polovtsev, con la ayuda de V. Burtsev\* y G. Alexinsky\*. Anteriormente activaban en el movimiento contra el zarismo, pero que luego se pasaron, en el mismo curso de la revolución, a las filas de los moderados contrarrevolucionarios. El propósito de los “aspirantes” era destruir a los bolcheviques [NdLF].

11. El 15 de julio de 1917, los cadetes renunciaron al gobierno provisional por la cuestión de Ucrania. Kerensky remodeló su gabinete y el 4 de agosto se convirtió en premier. Tseretelli, ministro del Interior, fue el autor del infame edicto policial, bajo el cual se dieron las órdenes de arresto de Lenin, Trotsky y otros, ¡y fue él quien llamó a la nueva coalición “gobierno de salvación”! Fue proclamado como tal el 22 de julio. Sin embargo, la nueva coalición duró sólo dos semanas.



vacilante régimen de la democracia pequeñoburguesa, se transformó en una dictadura personal.

Bajo el nombre de “doble poder” se desarrollaba una lucha entre dos tendencias de clase irreconciliables: la república imperialista y la democracia de los obreros. Como la salida de esta lucha no se resolvía, se paralizó la revolución e inevitablemente produjo síntomas de “anarquía”. Dirigido por políticos que le tienen miedo a todo, el soviets no se atrevió a asumir el poder. Los representantes de las camarillas propietarias, es decir, el Partido cadete, *no podía aún* asumir el poder. Lo que se necesitaba era un gran conciliador, un mediador, un árbitro imparcial.

Ya a mediados de mayo, en una reunión del Soviet de Petrogrado, Kerensky había sido llamado “el punto justo del bonapartismo ruso”. Esta caracterización muestra, en un sólo golpe, que no es Kerensky lo que importa sino, más bien, su función histórica. Puede parecer un poco superficial declarar que Kerensky pertenece a la misma especie que el primer Bonaparte; por lo menos, no ha sido probado. Sin embargo, su popularidad parece ser algo más que un simple accidente. Kerensky parece estar más cercano a la mentalidad de los filisteos pan rusos. Defensor de prisioneros políticos, “socialrevolucionario” a la cabeza de los laboristas, radical no ligado a ninguna escuela socialista, Kerensky era el reflejo más completo posible de la primera fase de la revolución, su vaguedad “nacional”, el idealismo seductor de sus esperanzas y expectativas. Hablaba de tierra y libertad, de orden, de paz entre las naciones, de la defensa de la madre patria, del heroísmo de Liebknecht, decía que la Revolución Rusa asombraría al mundo con su grandeza de alma, siempre agitando un pañuelo de seda roja. El filisteo medio despabilado se extasiaba con estos discursos: le parecía como si él mismo estuviera hablando arriba del estrado. El ejército saludaba a Kerensky como a quien lo había liberado de Guchkov. Los campesinos escuchaban decir que era un laborista, un delegado de los mujiks. La extrema moderación de sus puntos de vista, detrás del radicalismo confuso de sus frases, era suficiente para atrapar a los liberales. Sólo los obreros más lúcidos se mantenían a distancia. Pero sus soviets se disolvían con éxito en una “democracia revolucionaria”.

Su ausencia de todo impedimento doctrinario le permitió a Kerensky ser el primero de los “socialistas” en entrar al gobierno burgués. Fue el primero en aplicar el nombre de “anarquía” a las crecientes e insistentes demandas sociales de las masas: ya en mayo había amenazado a los finlandeses con las más agudas represalias y emitido su altisonante frase acerca de “esclavos amotinados”, que fue como un bálsamo para los corazones de todos los propietarios damnificados. En este sentido, su popularidad pronto estuvo envuelta en una verdadera mezcla de contradicciones, reflejando así en forma apropiada la vaguedad del primer estadio de la revolución y el *impasse* total del segundo. Y cuando la historia tuvo que llenar la vacante de árbitro, no encontró a un hombre más apropiado que Kerensky.

La “sesión nocturna histórica”<sup>12</sup> en el Palacio de Invierno sólo fue una repetición de la humillación política que la democracia “revolucionaria” había preparado para la Conferencia de Moscú. En estas transacciones, todos los triunfos estaban en manos de los cadetes. Por su parte, la democracia socialrevolucionaria y menchevique, que triunfaba en todas las elecciones democráticas sin excepción, y que tenía un terror mortal por estos éxitos, ¡le suplica humildemente a los liberales privilegiados su colaboración con el gobierno! Como los cadetes no temieron, el 16 de julio, imponer el poder a los soviets, y como, por otro lado, los liberales no temían asumir todo el poder, era evidente que ellos eran los dueños de la situación.

Si Kerensky era la última palabra de la impotente hegemonía del soviets, para él era necesario ahora erguirse como la primera palabra de la liberación de esa hegemonía. Por ahora, empleamos a Kerensky, pero sólo bajo la condición de que corte el cordón umbilical que lo une al soviets: tal fue el ultimátum de la burguesía.

“Desdichadamente, el debate en el Palacio de Invierno fue una mera charla y poco interesante más allá de lo que se había convenido” —fue la queja de Dan en su informe al soviets.

12. La “histórica sesión nocturna” tuvo lugar en el Palacio de Invierno. Histórica sólo por la razón que el nuevo gobierno de coalición duró nada más que dos semanas...

Es difícil apreciar plenamente la profundidad de estas quejas de parte del parlamentarismo de la democracia “revolucionaria”, que abandonó el Palacio de Taurida<sup>13</sup> en la noche, detentando todavía el poder, y que volvió a la mañana siguiente, con las manos vacías. Los líderes de los socialrevolucionarios y los mencheviques respectivamente habían dejado su porción de poder a los pies de Kerensky. Los cadetes aceptaron este regalo graciosamente: en cualquier caso, ellos consideraban a Kerensky no como un gran árbitro imparcial sino como un agente intermediario. Tomar todo el poder en sus manos hubiera sido muy peligroso en vista de la inevitable resistencia revolucionaria de las masas. Era mucho más inteligente confiar, al por ahora “independiente” Kerensky, con la colaboración de los Avksentiev\*, Savinkov\* y otros moderados socialrevolucionarios, la tarea de abrir el camino a un gobierno puramente burgués, con la ayuda de un sistema de represión más salvaje.

Se formó el nuevo ministerio de coalición: “el gobierno de Kerensky”. A primera vista, no difería en nada del otro gobierno de coalición, que había colapsado tan indignamente el 16 de julio. Salió Shingariev, llegó Kokoshkin; salió Tseretelli, Avskentiev entró. Todas estas pérdidas de personal sólo enfatizaban el hecho de que ambos lados consideraban al gabinete simplemente como una pasarela. Pero mucho más importante era el cambio radical en el “significado” de los dos grupos. Anteriormente –al menos “en teoría”–, los ministros “socialistas” habían sido considerados los representantes de los soviets, controlados por los soviets; los ministros burgueses, actuaban como pantalla entre los Aliados y los capitalistas. Pero ahora, los ministros burgueses entraban, como grupo subordinado, en el personal del bloque abiertamente contrarrevolucionario de las clases poseedoras (el partido cadete, los líderes del comercio y de la industria, la Liga de los terratenientes, el comité provisional de la Duma, el círculo cosaco, el Estado Mayor General, la diplomacia Aliada) y los ministros “socialistas” servían simplemente como

13. *Palacio de Taurida*: construido por Potemkin en la época de Catalina II, situado entre los cuarteles y el barrio obrero, albergó a la Duma en el ala derecha. Cuando se formaron los soviets, se reunieron en el ala izquierda. En julio de 1917, los soviets se mudaron al Smolny, una escuela para las hijas de la nobleza.

pantalla contra las masas del pueblo. Frente al silencio del Comité Ejecutivo de los Soviets, Kerensky logró hacerse aplaudir al prometer que no iba a permitir la restauración de la monarquía. ¡Tan bajo habían caído los requerimientos de la democracia filisteá! Avskentiev llamó a todos “al sacrificio”, derramando discursos mitad kantianos, mitad evangélicos (su gran especialidad); y, como era propio de un idealista en el poder, en este imperativo categórico, él acarreaba constantemente a los cosacos y a los cadetes militares. Los diputados campesinos miraban sorprendidos hacia todos lados, observando que antes ellos tenían una posibilidad de sacar la tierra de los terratenientes, ahora algo les estaba quitando su influencia sobre el poder del Estado.

Los Estados Mayores contrarrevolucionarios suplantaban por doquier a los comités de soldados y, al mismo tiempo, los utilizaban ampliamente para reprimir a las masas: minaban así la autoridad de las organizaciones de los soldados y preparaban su caída. La contrarrevolución burguesa tenía a su disposición para este propósito a sus ministros “socialistas”, pero estos últimos arrastraban con ellos en su vertiginosa caída a los mismos soviets de los cuales ahora eran independientes, pero los que eran aún dependientes de los ministerios. Renunciado al poder, las organizaciones democráticas también deberían liquidar su autoridad. Así, todo estaría dispuesto para la llegada de Miliukov. Y detrás de él, el general Gurko esperaba su turno.

La Conferencia de Moscú adquiere toda su importancia en conexión con esta tendencia general del movimiento político en los círculos más altos.

En los últimos días, la actitud de los cadetes hacia la reunión no sólo carecía de entusiasmo sino que estaba llena de desconfianza. La hostilidad mal disimulada hacia la peregrinación a Moscú también era la actitud de *Dyelo Naroda\**, el órgano del partido representado en el gobierno por los Kerensky, Avskentiev, Savinkov, Chernov y Lebediev\*. “Si es necesario ir, iremos”, escribía *Rabochaya Gazetta* con un suspiro, como un loro al que el gato estaba arrastrando de la cola. Los discursos de los Ryabuchinski\*, Alexeiev, Kaledin, etc., y de la “banda de charlatanes en el poder”,

no eran para nada indicativos de su disposición a hacer el sacrificio de abrazarse con Avskentiev. Y finalmente el gobierno, dijeron los periódicos, no le otorgaba una importancia decisiva a la Conferencia de Moscú. *¿Cui prodest?*<sup>14</sup> ¿En interés de quién y para qué fue llamada esta Conferencia?

Era claro como la luz del día que estaba absolutamente dirigida contra los soviets. Estos últimos no *van* a la Conferencia, *se los arrastra* hacia allí tirados de una cuerda. El encuentro es necesario para las clases contrarrevolucionarias, para ayudarlas a sofocar definitivamente a los soviets. ¿Por qué, entonces, los órganos responsables de la burguesía toman tanta distancia con respecto a la Conferencia? Porque, ante todo, es necesario establecer la posición “por encima de las clases” del supremo árbitro imparcial. Miliukov teme que Kerensky pueda salir de la Conferencia con su posición demasiado afianzada y que, en consecuencia, las vacaciones políticas de Miliukov se prolonguen en forma desagradable. Es así como cada patriota defiende la patria a su manera.

Como consecuencia de la noche “histórica” en el Palacio de Invierno nació el régimen de Kerensky, de bonapartismo estudiantil (como el de segundo año de bachillerato). Pero la Conferencia de Moscú, por sus participantes y objetivos es, para decirlo alguna manera, una reproducción de esta noche histórica a la luz del día. Tseretelli está condenado una vez más a explicar a toda Rusia que el paso del poder a manos de la democracia revolucionaria sería una desgracia y la ruina de la revolución. Después de esta solemne declaración de su propia bancarrota, los representantes de la democracia revolucionaria tendrán el privilegio de escuchar una crítica atroz dirigida hacia ellos, previamente redactada por Rodzianko, Ryabuchinski, Miliukov, el general Alexeiev, y demás “fuerzas vivas” del país. Nuestra camarilla imperialista, a quien el gobierno asignara el lugar de honor en la Conferencia de Moscú, vendrá con el eslogan: “¡Se nos debería entregar todo el poder!” Los líderes de los soviets se verán cara a cara con los apetitos rapaces de las clases propietarias y con la amenaza del levantamiento de los mismos

14. *¿Cui prodest?* (latín): ¿Quién gana?

obreros y soldados a quienes Tseretelli desarmó con el lema: “¡Todo el poder a los soviets!”. En su calidad de presidente, Kerensky sólo podrá registrar la real existencia de un “desacuerdo” y llamar la atención de las “partes interesadas” al hecho de que no pueden continuar sin un árbitro imparcial. *Quod erat demonstrandum*<sup>15</sup>.

“Si yo estuviera en el Comité Ejecutivo Central del soviets –confesó el menchevique Bogdanov, en una reunión del Comité Ejecutivo del soviets– no hubiera llamado a esta reunión, ya que el gobierno no llegará con ella a los objetivos que se propone: el fortalecimiento y la ampliación de sus bases”. Debe realmente admitirse que estos adeptos a la *Realpolitik*<sup>16</sup> en verdad no saben las cosas que pasan con su activa cooperación. Después de la desintegración de la coalición del 16 de julio, el rechazo del soviets a asumir el poder *descartó* la posibilidad de creación de un gobierno sobre una amplia base. El gobierno de Kerensky, no ejerciendo control, es en su misma esencia un gobierno sin una base social. Fue construido conscientemente *entre* dos posibles bases: las masas trabajadoras y las clases imperialistas. Allí reside su bonapartismo. La Conferencia de Moscú tiene el propósito, una vez que los partidos democráticos y privilegiados hayan sido echados a un lado, de perpetuar la dictadura personal, la cual, por una política de aventurerismo irresponsable, minará todos los logros de la revolución.

Para esto es necesario tener una oposición tanto en la izquierda como en la derecha. Ellas se deberían contrabalancear una a la otra y las condiciones sociales deberían mantener este equilibrio. Pero esto es justamente lo que falta.

El antiguo zarismo había surgido de una lucha entre las clases en el medio de una sociedad libre; pero debajo de las facciones en lucha y su zar había una estable infraestructura de obreros. El nuevo zarismo buscó el apoyo necesario para su existencia en la inercia pasiva del campesinado; el principal instrumento del bonapartismo era un ejército bien disciplinado. Pero en nuestro país, ninguna de estas condiciones aún se ha realizado. Nuestra sociedad está impregnada de antagonismos abiertos, que han sido llevados a una extrema intensidad. La lucha entre los

15. *Quod Erat Demonstrandum* (QED) (latín): Que debía ser demostrado.

16. *Realpolitiker* (alemán): Política realista.

obreros y los capitalistas, entre los campesinos y los dueños de tierras, entre los soldados y el Estado Mayor, entre las nacionalidades oprimidas y el poder del Estado central, no dan a este último ningún elemento de estabilidad, a menos que el gobierno resuelva firmemente ligar su fortuna a una de las fuerzas en lucha. Hasta la finalización de la revolución agraria, los intentos de una dictadura “por encima de las clases” sólo pueden ser efímeros.

Miliukov, Rodzianko y Ryabuchinski quieren que el poder termine en sus manos, es decir, transformarse en una dictadura contrarrevolucionaria de los explotadores sobre los obreros, campesinos y soldados revolucionarios. Kerensky quiere asustar a la democracia por medio de una contrarrevolución, y asustar a la contrarrevolución por medio de la democracia y, entonces, asegurar la dictadura del poder personal, del que las masas no obtendrán nada. Pero él está haciendo cálculos sin su anfitrión. Las masas revolucionarias aún no han dicho su última palabra.

### III. EL EJÉRCITO EN LA REVOLUCIÓN

PROLETARIJ N° 7, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1917

La misma lucha se está dando, desde los primeros días de la revolución, en lo que concierne a la cuestión de la guerra y la paz: entre la democracia de los obreros y campesinos, que fue tomando forma desde abajo, y la república imperialista, que las clases propietarias estaban tratando de construir desde arriba.

Los generales ilustres se apresuraron a “reconocer” la república –al menos por el momento– esperando firmemente que la república los reconociera, y quizás aún extendiera, su generalato, eliminando a los *fainéants*<sup>17</sup>. Su revolución “nacional” significaba para ellos, una revolución palaciega para deponer a Nicolás y su Alix\* [zarina], pero que preservara integralmente la disciplina de clase y la jerarquía militar. Unos días antes, el telégrafo había anunciado que el “líder” griego Venizelos<sup>18</sup> ¡había declarado a Grecia “una república coronada por un rey”! Los Brussilov, Guchkov, Rodzianko y Miliukov, por el contrario, deseaban continuar con Rusia como una monarquía, pero sin el zar. Pero la evolución siguió por otros pasos más profundos. El levantamiento de marzo de los regimientos de Petrogrado<sup>19</sup> no fue el fruto de una conspiración: fue el resultado de un movimiento

17. *Faineants* (francés): holgazanes, vagos.

18. *Venizelos, Eleftherios* (1864-1936): Cretense. Líder de la rebelión antiturca. Premier de Grecia de 1910-1915. Desde 1915 estuvo en lucha con el rey Constantino. En junio de 1917, Constantino fue obligado a abdicar y Venizelos llevó a Grecia la guerra del lado de la Entente. Renunció en 1920 y tuvo un corto regreso en 1923.

19. *Levantamiento de marzo de los Regimientos de Petrogrado*: Desde el 8 de marzo (21 de marzo del antiguo calendario) en adelante, los regimientos de Petrogrado se sublevaron contra sus oficiales, pasándose del lado de los revolucionarios. Inclusive la guardia de palacio, escogida por el zar, lo abandonó.



generalizado de amotinamiento en todo el ejército y las masas del pueblo en general. Y el levantamiento de los obreros y soldados estaba dirigido no sólo contra un zarismo incompetente y en descomposición, incapaz de conducir una guerra una que él mismo había conjurado, sino contra la guerra misma. La profunda fractura, que la revolución provocó en la mente y en la conducta de los soldados, amenazaba no sólo directamente los objetivos imperialistas de la guerra, sino también al mismo instrumento de esos objetivos, es decir, al viejo ejército, construido sobre la teoría de órdenes jerárquicas y la obediencia ciega de las tropas.

Ahora los generales, coroneles, los políticos, los escribas burgueses despotrican y protestan contra la Orden N° 1<sup>20</sup>. En su opinión, ésta no fue el resultado de una agitación que se expandía por todo el ejército, sino por el contrario, la agitación era producida por la orden. En realidad, fue sólo ayer que los soldados todavía estaban obedeciendo órdenes, y hoy, que han dejado de hacerlo: ¿no está claro que ellos se han subordinado a alguna nueva "orden", que está registrada en los libros como la "N° 1"? Esta estupidez del Estado Mayor tiene lugar en la actualidad en los más amplios círculos burgueses desde un punto de vista objetivo e histórico.

La llamada desintegración del ejército encontró su expresión en la desobediencia de los soldados a sus superiores y en el rechazo a reconocer esta guerra como propia. Fue debido precisamente a estas circunstancias que Kerensky lanzó, en la cara del ejército que esta despertando, su frase "esclavos amotinados". Si la burguesía pensaba que era suficiente con sustituir a los Sujomlinov por los Guchkov, para atar el ejército de nuevo al carro del imperialismo, entonces Kerensky, en su filistea superficialidad y autocomplacencia, pensó que sería suficiente con sacar a Guchkov para hacer nuevamente del ejército una herramienta obediente del gobierno. ¡Éstas sí que eran ilusiones!

20. *Orden N° 1*: De fecha 14 de marzo de 1917, fue emitida por el Soviet de Petrogrado y ponía a todos los regimientos de Petrogrado bajo control de los soviets. Preveía la elección de representantes de los comités y de los soviets, la obligación del saludo militar fuera de servicio fue abolida y las órdenes del comité provisional de la Duma debían ser obedecidas sólo si no entraban en conflicto con las órdenes del soviet.

La revolución, desde el punto de vista de la psicología de las masas, es una aplicación del criterio de la razón a las tradiciones e instituciones heredadas. Todas las penurias, sufrimientos y humillaciones, que la guerra acarrea al pueblo y, en particular, al ejército, estaban coronadas y sancionadas por la voluntad del zar. Si en Petrogrado el zar mismo había sido depuesto, ¿qué iba a impedir a los soldados quitarse de encima la autocracia de estos oficiales que habían sido los más celosos y serviles defensores del zarismo? ¿Por qué los soldados no iban a cuestionar el sentido y objetivo de la guerra, cuando el mismo hombre del que antes había dependido la cuestión de la paz había sido depuesto?

El soviet de delegados de los obreros y soldados, llamó, en un manifiesto a comienzos de abril<sup>21</sup> dirigido a todos los pueblos de Europa, a pelear por una paz democrática. Esta fue la “Orden N° 1 en el terreno de política internacional. El manifiesto aparecía como una respuesta a la cuestión candente e inevitable: “¿Continuaremos peleando, y si así fuera, para qué? Los imperialistas hacían creer que, si no hubiera sido por este manifiesto, esta cuestión nunca se les hubiera ocurrido a los soldados, quienes habían despertado por el trueno de la revolución.

Miliukov previó que la revolución despertaría el espíritu de crítica e independencia en el ejército, y que consecuentemente constituiría una amenaza a los objetivos imperialistas de la guerra. Por eso, en la cuarta Duma, habló abiertamente contra la revolución. Y cuando ahora Miliukov protesta contra la “Orden”, el manifiesto y la Conferencia Socialista de Zimmerwald, diciendo que estas cosas envenenaron al ejército, es, por lo menos en cuanto a él, una mentira deliberada. Miliukov sabe muy bien que el principal “veneno” no está detrás de las “órdenes” del soviet, que son en todo caso bastante moderadas, sino que está en la revolución misma, que proporcionó a los sufrimientos de las masas una expresión en forma de protestas, demandas y abiertas demostraciones de fuerza.

21. *Manifiesto de abril de los soviets*: el 27 de marzo de 1917, el Soviet de Petrogrado adoptó un “Manifiesto a los Pueblos del Mundo” llamando a concluir la guerra, sin caracterizarla, sin embargo, como un conflicto imperialista.

El proceso de reconstrucción interna del ejército, y la orientación política de su masa de soldados, estallaron con una catástrofe feroz en el frente. La causa última de esta catástrofe es la contradicción entre la política imperialista, que hizo uso del gobierno provisional como su herramienta, y los deseos de las masas de una paz “justa” e inmediata. Una nueva disciplina y un entusiasmo genuino en el ejército sólo podrían surgir de la revolución misma, de una solución valiente a sus problemas internos y de una lucha resuelta contra los obstáculos externos. Si el pueblo y el ejército sentían y estaban convencidos que la revolución era su revolución, que el gobierno era su gobierno, que éste no se detendría ante la defensa de sus intereses contra los explotadores, que no perseguía objetivos externos de opresión ni conquista, que no estaba arrodillándose frente a los financistas “Aliados”, que estaba ofreciendo abiertamente a las naciones una paz inmediata sobre bases democráticas, entonces, las masas laboriosas y su ejército, se habrían encontrado, en estas circunstancias, inspiradas por una unidad indisoluble, y si la revolución alemana llegaba a tiempo para ayudarnos, el ejército ruso pelearía contra los Hohenzollern con el mismo entusiasmo que los obreros rusos mostraron al defender las conquistas del movimiento popular contra los ataques de la contrarrevolución.

Los imperialistas temían este camino como a la peste, y tenían razón. La política mezquina de la pequeñoburguesía no creía en este método mucho más que lo que el pequeño comerciante cree en la posibilidad de la expropiación de los bancos. Renunciando a todas las “utopías”, es decir, al posterior desarrollo de la revolución, los socialrevolucionarios y los mencheviques continuaron exactamente con la misma ruinosa doble política que traería la catástrofe.

Al soldado se le decía, y era verdad, que esta era, de ambos lados, una guerra imperialista, que el gobierno ruso estaba atado de pies y manos por los acuerdos financieros, diplomáticos y militares opuestos a los intereses de todos los pueblos; y luego agregaban: “Pero, por ahora, continua peleando sobre las bases de viejos tratados, mano a mano con los viejos aliados”. Pero el soldado bajo fuego “por ahora”, se encuentra con la muerte. Continuar haciendo este supremo sacrificio es posible sólo para el soldado que se ha

dejado llevar por el fuego del entusiasmo colectivo; pero este estado sólo se consigue a condición de una completa fe en la justicia de su causa. La revolución eliminó la concepción de “carne de cañón sagrada” que no reflexiona. Ni Kornilov, ni Kaledin pueden dar vuelta el curso de la historia y restaurar la disciplina del verdugo, aún temporalmente, sin represiones terribles, equivalentes a un período prolongado de caos sangriento. El ejército sólo puede ser eficaz en tiempos de guerra si se le dan nuevos objetivos, nuevos métodos, una nueva organización. Era necesario sacar todas las conclusiones de la revolución. El régimen irresoluto, ambiguo que el gobierno provisional, ayudado por los socialrevolucionarios y los mencheviques, ha preparado para el ejército, llevaba consigo los gérmenes de una catástrofe segura. El ejército había sido transformado según ciertos criterios y se le había dado la oportunidad para su crítica abierta. Se fijaron, entonces, nuevos objetivos, que manifiestamente no tolerarían la tensión de la crítica revolucionaria, y en el nombre de esos objetivos se demandó que el ejército, exhausto, hambriento y desprotegido como estaba, hiciera esfuerzos sobrehumanos. ¿Puede haber alguna duda del resultado, cuando recordamos, además, que algunos generales del Estado Mayor estaban trabajando conscientemente por una derrota rusa?

Pero el gobierno provisional se intoxicó a sí mismo con rimbombancia y palabras huecas. *Messieurs les ministres* consideraban a las masas de soldados, que estaban en un estado de profunda fermentación, como materia prima con la cual se podía hacer todo lo que se necesitara en interés de los imperialistas que habían paralizado a nuestro devastado e infeliz país. Kerensky les suplicaba. Amenazaba, se arrodillaba, pero no les daba a los soldados una respuesta a ninguno de sus problemas reales. Engañándose a sí mismo con una oratoria barata, se aseguró de antemano el apoyo del Congreso de los Soviets, donde prevalecía una democracia pequeñoburguesa altanera, a pesar de su “vigilancia”, y ordenó una ofensiva. Esto fue, en el sentido literal de la palabra, la “Orden N° 1” de la contrarrevolución rusa.

El 17 de junio, nosotros los internacionalistas, nos declaramos abiertamente en el Congreso de los Soviets, sobre el tema de la ofensiva que

estaba en camino. Junto a una crítica profunda, señalamos que, en el presente estado del ejército, una ofensiva era una aventura militar que amenazaba la existencia del ejército mismo. Lo que siguió demostró que sólo lo vimos demasiado claramente. El gobierno no había contemplado ni previsto nada. El partido gobernante de los socialrevolucionarios y los mencheviques se la había pasado lanzando denuncias contra nosotros en lugar de aprovechar nuestras sugerencias.

Naturalmente, como los bolcheviques habían predicho este desastre, la culpa cayó sobre... los bolcheviques. Detrás de la tragedia provocada por la ignorancia e irresponsabilidad estaba la cobardía en toda su miseria. Todos los responsables de nuestros destinos no tenían deber más urgente que encontrar un chivo expiatorio a quien culpar. Los discursos y artículos semioficiales de estos días permanecerán por siempre como monumentos a la estupidez humana.

El acoso a los bolcheviques puede, aún, confundir por un tiempo las mentes de la gente. Pero no puede eliminar ni de ninguna manera atenuar, la cuestión de la responsabilidad del gobierno. Fueran los bolcheviques culpables o no, ¿cómo es que el gobierno no previó nada? Parece que no tenía ni idea del mismísimo ejército que había enviado a combatir. Sin considerar por un momento si el ejército era capaz de entender una ofensiva, le ordenaron avanzar. Y los que estaban a la cabeza del gobierno no eran los bolcheviques. Cualquiera fueran los hechos con respecto a estos últimos, todo el peso de la responsabilidad de esta trágica aventura que fue la ofensiva recae sobre los hombros del gobierno de Kerensky, Tseretelli y Chernov.

Esta responsabilidad se incrementa por el hecho de que las voces de advertencia no sólo llegaron desde el campo de los internacionistas. El periódico imperialista *Novoye Vremya*<sup>\*</sup>, que tiene relaciones estrechas con el Estado Mayor reaccionario, hacía los siguientes comentarios, el 5 de agosto, sobre los preparativos para la ofensiva:

“El precavido Alexeiev, como no quería lanzar fuerzas sin preparación al asalto, como no deseaba arriesgarse, a cambio de resultados cuestionables, las ganancias ya logradas, fue reemplazado. La ilusión del éxito, el deseo de una paz pronta, impuesta a Alemania por los líderes de Petrogrado, condujeron a Brussilov a la cresta de la ola, y rápidamente lo sumergió cuando las olas se rompieron”.

Estas líneas elocuentes explican y confirman las afirmaciones confusas de *Riech*, en el momento de la renuncia de Alexeiev<sup>22</sup>, con respecto a la partida de este “estratega vigilante”, en cuyo lugar se coloca al “hombre de la caballería” que no sabe nada de reflexión. Al forzar una ofensiva, los cadetes se salvaron a tiempo de la acusación de tener una estrategia o política de caballería, y se prepararon para la ostentosa partida del ministerio del 15 de julio. Y los ministros “socialistas” explicaron con murmuraciones confidenciales al oído de la “democracia revolucionaria” que el cambio de jefe militar, que fue de hecho el resultado de la ofensiva, significaba la substitución del “verdadero demócrata” Brussilov por el “monárquico” Alexeiev. ¡Así se hace la historia!

Después de haber “lanzado fuerzas sin preparación al asalto” —para usar el lenguaje del *Novoye Vremya*— y habiendo chocado con sus terribles consecuencias, no había otra cosa que confiar a Dan, Lieber y otros caballeros patrióticos, la tarea de inaugurar un pogromo sistemático contra los bolcheviques. Esto forma parte de la misma “tarea constructiva” para la defensa nacional que tan bien se adapta a la medida de los “líderes” antes mencionados. En su esfuerzo por distanciarse de todos los vociferantes burgueses, los Dan y Lieber echaban chispas contra los “demagogos” que se propagandizaban entre las “masas ignorantes de soldados” eslóganes como “la publicación de los tratados secretos”, “ruptura total con los imperialistas”, etc. “Es así —confirmaban con desprecio los vociferantes burgueses— pero eso también se aplica a la Orden N° 1 y al manifiesto de abril, que por vuestra culpa circuló demagógicamente entre las masas ignorantes de los soldados”. Y cuando los Dan y Lieber, secando el sudor frío de sus frentes, hacían todo el esfuerzo para recordar los más elementales principios del pensamiento revolucionario para justificar sus pecados de juventud, descubrían con terror que sólo necesitaban repetir nuestras palabras. Y allí está el punto decisivo, porque nuestras consignas no contienen otra cosa que las consecuencias necesarias del desarrollo de la revolución, de la cual la Orden N° 1 y el manifiesto de abril son el primer hito.

22. El comandante en jefe Alexeiev fue reemplazado por Brussilov el 4 de junio de 1917.

Pero lo más notable en todo esto es que, a primera vista, a pesar de los resultados terroríficos de la ofensiva, los ministros “socialistas” continúan contabilizándolo como un haber de su cuenta, y, en sus conferencias con la burguesía, se refieren a la ofensiva como su gran contribución patriótica.

“Les pregunto –gritó Tseretelli en la Conferencia de Moscú– quién podría haber hecho avanzar más fácilmente a las fuerzas de la Rusia revolucionaria: el ministro de Guerra Guchkov o el ministro de Guerra Kerensky?” (*Gritos de “¡Bravo!” y aplausos*)

Tseretelli está así alardeando abiertamente del hecho de que Kerensky hace el mismísimo trabajo que Guchkov habría debido hacer, pero debido a que este último no tenía el crédito de democracia “revolucionaria” al que recurrir, se hizo demasiado difícil para él. Y la burguesía, a pesar de la catástrofe que iba a provocar con la ofensiva, reconoce alegremente los servicios de Kerensky.

“Sabemos y recordaremos –declaró el cadete Nabokov en la Conferencia de Moscú– que el gran estallido de entusiasmo en el ejército ruso dos meses atrás, el que en esos terribles días agregó una nueva gloriosa página a nuestra historia, fue inspirado por el hombre que ahora está a la cabeza del gobierno provisional. La historia nunca olvidará su servicio en este momento”.

Es consecuentemente bastante claro que la “página gloriosa” de la ofensiva del 1º de julio no tiene ninguna relación con la defensa nacional, ya que la eficacia militar de Rusia, como consecuencia de la ofensiva, simplemente había empeorado. Si la burguesía, sin embargo, habla de la ofensiva en términos de aprobación, es por la simple razón que el golpe cruel infligido a nuestro ejército como resultado de la política de Kerensky, creó condiciones favorables para la proliferación del pánico y para los planes contrarrevolucionarios. Todo el poder de la democracia de los socialrevolucionarios y mencheviques había sido ejercido para forzar una ofensiva, y ésta barrió completamente este régimen de contradicciones e insolvencia, que los líderes filisteos se habían esforzado en apoyar con toda su ingenuidad estrecha.

Tanto la ofensiva como la cuestión de la paz ahora son consideradas por la burguesía y sus generales desde el ángulo de la política

interna, es decir, del avance de la contrarrevolución. Esto fue claramente expresado en la Conferencia de Moscú por el general Kornilov. “En estos momentos no se puede conseguir la paz —dijo—, ni siquiera por la razón de que no estamos en posición para llevar a cabo una desmovilización. Primero debemos elevar el prestigio de los oficiales”. En el ejército se habían concentrado demasiadas personas armadas *por* el gobierno, y que tenían *hacia* el gobierno demandas demasiado radicales. Sólo la continuación de la guerra, sin importar las posibilidades de éxito, daría la posibilidad de “elevar el prestigio de los oficiales”, volver a ganar el control de las masas de soldados y asegurar una desmovilización de forma tal que no permitiera a los soldados amenazar los pilares de la propiedad y el gobierno imperialista. Y si en la persecución de este objetivo, se requiriera una paz por separado, la burguesía haría tal paz, sin inmutarse.

Desde el 1º de julio en adelante, la contrarrevolución avanza a grandes pasos, con absoluta confianza. Y no se detendrá hasta que no haya recibido un fuerte golpe.



## IV. ¿QUÉ SIGUE?

*PROLETARI* Nº 4, 17 DE AGOSTO DE 1917

Es casi seguro que el actual gobierno, la encarnación de una peligrosa y malévolamente incompetente, no aguantará el ataque de Moscú y sufrirá nuevos cambios. No es en vano que el general Kornilov explique que no hay que temer una nueva crisis de poder. Tal crisis, en estos momentos, puede ser rápidamente superada por un nuevo giro a la derecha. Si Kerensky obtendrá o no, bajo estas circunstancias, un grado adicional de independencia del control organizado de la democracia, la que será reemplazada por un “gobierno invisible” (y por lo tanto más real) de las camarillas imperialistas; si el nuevo gobierno mantendrá relaciones definidas con el Estado Mayor de las clases propietarias que será creado sin duda por la Conferencia de Moscú; cuál será el lugar de los bonapartistas “socialistas” en la combinación del nuevo gobierno; todas estas cuestiones son de importancia secundaria. Pero, incluso si el ataque burgués fuera repelido y la Conferencia de Moscú culminara en una nueva salida de los cadetes del gobierno, el poder usurpado de la “democracia revolucionaria” no sería de ninguna manera equivalente a un poder democrático-revolucionario real. Atado de pies y manos por sus obligaciones contra los obreros y soldados de reserva, los líderes oficiales del soviét estarían obligados a continuar su política de transacciones duales y oportunismo. Al dejar el ministerio, Konovalov simplemente pasó su misión a los hombros de Skobelev<sup>23</sup>. El ministerio Kerensky-Tseretelli, aún sin los cadetes, continuaría llevando a cabo un programa semicadete.

23. La renuncia de Konovalov como ministro de Comercio en el gobierno provisional del príncipe Lvov tuvo lugar el 31 de mayo de 1917.

La eliminación de los cadetes es una gota de agua en el mar; lo que se necesita es sangre y métodos nuevos.

La Conferencia de Moscú, en todo caso, cierra y resume la fase entera de la revolución en la cual el rol dirigente fue ejercitado por las tácticas socialrevolucionarias y mencheviques de cooperación con la burguesía, la que se basaba en la renuncia a los objetivos independientes de la revolución y su subordinación a la idea de una coalición con los enemigos de la revolución.

La Revolución Rusa es un producto directo de la guerra. Ésta le brindó el necesario instrumento de una organización a escala nacional: el ejército. El campesinado, la mayor parte de la población, en el momento de la revolución, había sido organizado a la fuerza. Los delegados soldados de los soviets llamaron al ejército a enviar sus representantes políticos, ante lo cual las masas campesinas automáticamente enviaron a los soviets a los intelectuales semiliberales, quienes tradujeron la indefinición de sus aspiraciones y deseos al lenguaje del oportunismo mezquino y chicanero más deleznable. La *intelligentsia* pequeñoburguesa, que es desde todos los puntos de vista dependiente de la gran burguesía, tomó la dirección del campesinado. Los soviets de representantes de los soldados campesinos obtuvieron una mayoría clara sobre los representantes de los obreros. La vanguardia del proletariado de Petrogrado fue declarada “masa ignorante”. La flor de la revolución se reveló en las personas de los mencheviques y socialrevolucionarios de febrero, de los intelectuales “provincianos”, apoyados en los campesinos. Sobre esta base se levantó, a través de elecciones a dos y tres niveles, el Comité Ejecutivo Central. El Soviet de Petrogrado, que en un primer período cumplió funciones de alcance nacional, estuvo desde el principio bajo la inmediata influencia de las masas revolucionarias. El CC, por el contrario, planeaba en las nubes de las alturas burocráticas revolucionarias, alejado de los soldados y obreros de Petrogrado, y hostil a ellos.

Es suficiente recordar que el CC consideró necesario convocar a las tropas del frente para sofocar las movilizaciones de Petrogrado, las que al momento de arribo de las tropas, ya habían sido detenidas por los mismos manifestantes. Los líderes filisteos cometieron un

suicidio político cuando vieron nada más que caos, anarquía y disturbio en la tendencia —que era el resultado natural de toda la orientación del país— a equiparar, a armar a la revolución con todo el aparato de la autoridad. Desarmando a los obreros y soldados de Petrogrado, los Tseretelli, Dan y Chernov, desarmaron a la vanguardia de la revolución e infligieron una herida irreparable a la influencia de su propio comité ejecutivo.

Ahora, confrontados con los embates de la contrarrevolución, estos políticos hablan de restablecer la autoridad y la importancia de los soviets. Su consigna del momento, consiste en parloteos sobre la organización de las masas alrededor de los soviets. Sin embargo, esta forma abstracta de plantear la cuestión, constituye un procedimiento profundamente reaccionario. Bajo un ostensible llamado a la organización intentan sortear la cuestión de los objetivos y métodos políticos de la lucha. El organizar a las masas en nombre de “elevar la autoridad” de los soviets es una empresa inútil y miserable. Las masas tenían confianza en los soviets, los seguían y los elevaron a una altura inmensa. Y el resultado que ellas pudieron constatar, es la rendición de los soviets frente a los peores enemigos de las masas. Sería infantil suponer que las masas podrían o querrían volver a comenzar un experimento histórico ya desechado. Para que las masas, habiendo perdido su confianza en el actual centro dominante de la democracia, no pierdan también su confianza en la revolución misma, deben ser provistas de un juicio crítico de todo el trabajo político previo realizado por la revolución, y esto equivale a una condena sin piedad a todos los “esfuerzos” de los líderes socialrevolucionarios y mencheviques.

Les diremos a las masas: ellos culpan por todo a los bolcheviques, pero ¿cómo es que no tuvieron poder para luchar contra los bolcheviques? De su lado no sólo estaba la mayoría de los soviets sino toda la autoridad del gobierno y, aún así, se las arreglaron para ser derrotados por una “conspiración” de parte de lo que ellos llaman una insignificante banda de bolcheviques.

Después de los hechos del 16-18 de julio, los socialrevolucionarios y los mencheviques en Petrogrado se debilitaron cada vez más, mientras que los bolcheviques se fortalecían. Lo mismo sucedió en

Moscú. Esto demuestra claramente el hecho de que, por su política, el bolchevismo da expresión a las reales demandas de la revolución en la medida que esta última avanza, mientras que la “mayoría” socialrevolucionaria y menchevique simplemente perpetúa el atraso e impotencia de ayer de las masas. Pero hoy, este inmovilismo está agotado: debe, por lo tanto, reforzarse con la más salvaje represión. Estas personas luchan contra la lógica inherente a la revolución y, por eso, los encontramos en el mismo campo que los enemigos de clase conscientes de la revolución. Y justamente por ello, tenemos el deber de debilitar la confianza hacia ellos, en nombre del día de la revolución, es decir, nuestro mañana.

La completa vacuidad de la frase: “fortalecer a los soviets” surge más claramente en las relaciones entre el Comité Ejecutivo Central y el Soviet de Petrogrado. En vista del hecho que este último, apoyado en la vanguardia de la clase obrera y de los soldados que pasaron de su lado, fue avanzando cada vez más resueltamente a la posición del socialismo revolucionario, *el Comité Ejecutivo Central minó sistemáticamente la autoridad e importancia del Soviet de Petrogrado*. No fue convocado por meses. De hecho, les sacaron su órgano, el *Izvestia*, en cuyas columnas los pensamientos y la vida del proletariado de Petrogrado no encontraban ninguna expresión. Cuando la enfurecida prensa burguesa difama y deshonra a los líderes del proletariado de Petrogrado, el *Izvestia* no escucha ni ve nada. Bajo estas circunstancias, ¿cuál puede ser el significado de la consigna “fortalecer a los soviets”? Sólo hay una respuesta posible: fortalecer el Soviet de Petrogrado *contra* el Comité Ejecutivo Central, que ha sido burocratizado y cuya composición continúan sin cambios. Debemos ganar para el Soviet de Petrogrado la completa independencia de organización, protección y funcionamiento político.

Esta es la cuestión más importante, y saldarla es el primer punto del orden del día. El Soviet de Petrogrado debe convertirse en el centro de una nueva movilización revolucionaria de las masas de obreros, soldados y campesinos, en una nueva lucha por el poder. Debemos apoyar con todas nuestras fuerzas la iniciativa de la Conferencia de comités de fábrica, de convocar a un *Congreso de Delegados Obreros de toda Rusia*. Para que el proletariado pueda ganar para su

actividad a las masas empobrecidas de soldados y campesinos, su política debe ser definitiva e inexorablemente opuesta a las tácticas del Comité Ejecutivo Central. De lo anterior debe quedar claro cuán impotente reaccionaria y utópica es la idea originada en *Novaya Zhin*\* con respecto a la unión entre nosotros y los mencheviques. Esto sólo se puede lograr si el proletariado como clase reestructura su organización central a escala nacional. Es imposible para nosotros predecir todos los giros y vueltas del camino de la historia. Como partido político, no se nos puede hacer responsable por el curso de la historia. Pero somos totalmente responsables frente a nuestra clase: capacitarla para llevar a cabo su misión a través de todos los desvíos del camino histórico, ese es nuestro deber político fundamental.

Las clases gobernantes, junto al “gobierno de salvación”, están haciendo todo lo que está a su alcance para llevar los problemas políticos de la revolución a la atención no sólo de los obreros, sino también del ejército y de las provincias, en la forma más aguda posible. Los socialrevolucionarios y los mencheviques han hecho y están haciendo todo lo que pueden para revelar ante las mayores secciones de la población trabajadora del país, la completa insolvencia de sus tácticas. Ahora incumbe a nuestro partido, a su energía, presteza e insistencia, sacar todas las conclusiones inexorables de la situación presente y, a la cabeza de las masas exhaustas y desheredadas, lanzar una firme batalla por su dictadura revolucionaria.

## V. EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN RUSA

PROLETARIJ N° 8, 22 DE AGOSTO DE 1917

Los escribas y políticos liberales y socialrevolucionarios-mencheviques están muy preocupados por la cuestión del significado social de la Revolución Rusa. ¿Es una revolución burguesa o algún otro tipo de revolución? A primera vista, esta teorización académica puede parecer un poco enigmática. Los liberales no tienen nada que ganar por revelar los intereses de clase detrás de “su” revolución. Y en cuanto a los “socialistas” pequeñoburgueses, como regla general, no hacen uso del análisis teórico en su actividad política, sino que prefieren usar el “sentido común”, que es simplemente otro nombre para la mediocridad y la falta de principios. El hecho es que la estimación de Miliukov-Dan, inspirada por Plejanov, en cuanto al carácter burgués de la Revolución Rusa, no contiene un solo grano de teoría. Ni *Yedintsvo*\*, ni *Riech*, ni *Dien*\*, ni la *Rabochaya Gazetta*, se toman el trabajo de formular qué se entiende por una revolución burguesa. La intención de sus maniobras es puramente práctica: demostrar el “derecho” de la revolución burguesa a asumir el poder. Incluso si los soviets representan a la mayoría de la población políticamente formada, aún a pesar que en todas las elecciones democráticas, en la ciudad y en el campo, los partidos capitalistas fueron ampliamente barridos, “como la revolución tiene un carácter burgués”, es necesario preservar los privilegios de la burguesía, y asignarle un rol en el gobierno que no merece de acuerdo con el alineamiento de los grupos políticos en el país. Si actuásemos de acuerdo con los principios del parlamentarismo democrático, es claro que el poder pertenece a los socialrevolucionarios, ya sea solos o en conjunción con los mencheviques. Pero como “nuestra revolución es una revolución

burguesa”, los principios de la democracia están suspendidos y los representantes de la abrumadora mayoría del pueblo reciben cinco asientos en el ministerio, mientras que los representantes de una insignificante minoría obtienen el doble. ¡Al diablo con la democracia! ¡Larga vida a la sociología de Plejanov!

“¿Supongo que ustedes querrían tener una revolución burguesa sin la burguesía?”, pregunta Plejanov, astutamente, invocando en su apoyo a la dialéctica y a Engels.

“¡Eso es! –interrumpe Miliukov– Nosotros los cadetes estaríamos dispuestos a renunciar al poder, que el pueblo, evidentemente, no desea entregarnos. Pero no podemos sustraernos frente a la ciencia”, refiriéndose al “marxismo” de Plejanov como su autoridad.

Ya que nuestra revolución es una revolución burguesa, explican Plejanov, Dan y Potresov\*, debemos hacer una coalición política entre los trabajadores y los explotadores. Y a la luz de esta sociología, el payasesco apretón de manos de Bublikov\* y Tseretelli se revela en toda su importancia histórica.

El problema es meramente éste: que el mismo carácter burgués de la revolución que ahora se toma como una justificación de la coalición entre los socialistas y los capitalistas, ha sido tomado durante un buen número de años por estos mismos mencheviques para llevarlos a conclusiones diametralmente opuestas.

Ya que, en una revolución burguesa, solían decir, el poder gubernamental no tiene otra función que salvaguardar la dominación de la burguesía, es claro que el socialismo no tiene nada que hacer con él, su lugar no es en el gobierno, sino en la oposición. Plejanov consideraba que los socialistas no podían *bajo ninguna circunstancia* tomar parte en un gobierno burgués, y atacó salvajemente a Kautsky, cuya resolución admitía, en este punto, algunas excepciones. “*Tempora legesque mutantur*”<sup>24</sup>, decían los caballeros del viejo régimen. Y parece ser el caso también para las “leyes” de la sociología de Plejanov.

No importa cuán contradictorias puedan ser las opiniones entre los mencheviques y su líder Plejanov, cuando se comparan sus declaraciones antes de la revolución con las actuales, un pensamiento único

24. *Tempora legesque mutantur* (latín): Los tiempos y las leyes cambian.

domina ambas fórmulas: no se puede hacer una revolución burguesa “sin la burguesía”. A primera vista, esta idea podría parecer axiomática. Pero es solamente una idiotez.

La historia de la humanidad no comenzó con la Conferencia de Moscú. Anteriormente, hubo revoluciones. A fines del siglo XVIII, tuvo lugar una revolución en Francia, que se llamó, no sin razón, la “Gran Revolución”. Fue una revolución burguesa. En una de sus fases, el poder cayó en manos de los jacobinos<sup>25</sup>, quienes tenían el apoyo de los *sans culottes*<sup>26</sup>, es decir, de los trabajadores semiproletarios de las ciudades, y quienes levantaron entre ellos y los girondinos<sup>27</sup> (el partido liberal de la burguesía, los cadetes de su tiempo), el rectángulo limpio de la guillotina. Sólo la dictadura de los jacobinos dio a la Revolución Francesa su importancia histórica, quien hizo de ella la “Gran Revolución”. Y sin embargo, esta dictadura se llevó a cabo, no sólo *sin* la burguesía, sino *contra* y a pesar de ella. Robespierre<sup>28</sup>, a quien no se le dio la oportunidad de familiarizarse con las ideas de Plejanov, derribó todas las leyes de la sociología, y, en lugar de estrechar manos con los girondinos, les cortó la cabeza. Fue cruel, sin ninguna duda. Pero esta crueldad no impidió que la Revolución Francesa se convirtiera en “Grande”, dentro de los límites de su carácter burgués. Marx, en cuyo nombre se cometen ahora tantos actos perniciosos en nuestro país, dijo que “todo el terror francés fue simplemente una manera *plebeya* de terminar con los enemigos de la burguesía” (Marx, K., ver *Correspondencia Selecta*). Y como esta burguesía tenía mucho miedo de estos métodos plebeyos para terminar con los enemigos del pueblo, los jacobinos no sólo privaron a la burguesía del poder, sino que aplicaron una regla a sangre y fuego con respecto a la burguesía, cada vez que ella intentaba detener o “moderar” el trabajo de los jacobinos. Queda

25. *Jacobinos*: dirigidos por Robespierre, fueron el grupo más radical de los revolucionarios franceses en la Gran Revolución.

26. *Sans culottes* (francés): literalmente, sin pantalones; el pueblo revolucionario de la Revolución Francesa.

27. *Girondinos*: diputados de la región Bordeaux, revolucionarios burgueses moderados que fueron derrocados por los jacobinos en junio de 1793.

[28. *Robespierre, Maximilien* (1758-1794): líder de los jacobinos en la Gran Revolución Francesa. Fue sentenciado a muerte y ejecutado.



claro entonces que los jacobinos llevaron a cabo una revolución burguesa sin la burguesía.

Refiriéndose a la Revolución Inglesa de 1648, Engels escribió: “para que la burguesía pudiera recoger todos los frutos maduros, era necesario que la revolución fuera más allá de sus objetivos, como fue el caso nuevamente en Francia en 1793 y en Alemania en 1848. Esta es, sin duda, *una de las leyes de la evolución de la sociedad burguesa*” (Engels, F., *Del socialismo utópico al científico*). Vemos que la ley de Engels es diametralmente opuesta a la ingeniosa estructura de Plejanov, que los mencheviques adoptaron y repiten en todos lados como si fuera marxismo.

Por supuesto, se puede objetar que los jacobinos mismos eran una burguesía, una pequeñoburguesía. Esto es absolutamente verdad. Pero ¿no es también el caso de la llamada “democracia revolucionaria” encabezada por los socialrevolucionarios y los mencheviques? Entre el partido de los cadetes, que representa a los propietarios más o menos grandes, y los socialrevolucionarios, no hubo, en ninguna de las elecciones llevadas a cabo en la ciudad o el campo, ningún partido intermedio. Sigue entonces con una certeza matemática que la pequeñoburguesía debe haber encontrado su representación política dentro de las filas de los socialrevolucionarios. Los mencheviques, cuya política no difiere un solo milímetro de la política de los socialrevolucionarios, reflejan los mismos intereses de clase. Esto no contradice el hecho que también son apoyados por una parte de los obreros más atrasados, más conservadores y privilegiados. ¿Por qué los socialrevolucionarios fueron incapaces de asumir el poder? ¿En qué sentido y por qué el carácter “burgués” de la Revolución Rusa (si asumimos que tal es su carácter) obligaba a los socialrevolucionarios y mencheviques a suplantarse los métodos plebeyos de los jacobinos por el procedimiento tan elevado de un acuerdo con la burguesía contrarrevolucionaria? Es evidente que la explicación debe ser buscada, no en el carácter “burgués” de la revolución, sino en el carácter miserable de nuestra democracia burguesa. En lugar de hacer que el poder en sus manos fuera el órgano para la realización de las demandas esenciales de la historia, nuestra fraudulenta democracia pasó con deferencia todo el poder real a la camarilla contrarrevolucionaria

y militar-imperialista. Incluso Tseretelli, en la Conferencia de Moscú, pudo vanagloriarse que los soviets no habían entregado su poder bajo presión, después de ser derrotados luego de una dura lucha, sino voluntariamente, como prueba de una política de autodisolución. La bondad del ternero, que extiende su cuello al cuchillo del carnicero, no es la cualidad que va a conquistar nuevos mundos.

La diferencia entre los terroristas de la Convención<sup>29</sup> y los capituladores de Moscú es la diferencia entre tigres y terneros: una diferencia de coraje. Pero esta diferencia no es fundamental. Sólo oculta una diferencia decisiva en el personal de la democracia misma. Los jacobinos estaban basados en clases de poca o ninguna propiedad, incluyendo también embriones de un proletariado que ya existía. En nuestro caso, la clase obrera industrial ha hecho su camino por fuera de la mal definida democracia para ocupar una posición en la historia donde ejerce una influencia de importancia fundamental. La democracia pequeñoburguesa fue perdiendo sus más valiosas cualidades revolucionarias a medida que esas cualidades se desarrollaban en el proletariado, el que se liberó del tutelaje de la pequeñoburguesía. Este fenómeno a su vez se debe al grado incomparable superior del desarrollo capitalista en Rusia comparado el de Francia de fines del siglo XVIII. El poder revolucionario del proletariado ruso, que no puede ser medido de ninguna manera por su importancia numérica, se basa en su inmenso poder productivo, que se hace más evidente que nunca en tiempos de guerra. La amenaza de una huelga ferroviaria nuevamente nos recuerda, en nuestros días, cómo todo el país depende del trabajo concentrado del proletariado. El partido pequeñoburgués-campesino, al inicio de la revolución, estuvo expuesto a un fuego cruzado entre los poderosos grupos formados por las clases imperialistas, por un lado, y el proletariado revolucionario e internacionalista, por otro. En su lucha por ejercer una influencia propia sobre los trabajadores, la pequeñoburguesía no dejó de vanagloriarse de su “talento para administrar el Estado”, de su “patriotismo”, y así

29. *Convención*: Asamblea Republicana de Francia en 1792, que derrocó a la monarquía.

cayó también en una dependencia servil de los grupos capitalistas contrarrevolucionarios. Simultáneamente, perdieron la posibilidad de liquidar el viejo barbarismo que impregnaba a aquellos sectores del pueblo que aún les seguían. La lucha de los socialrevolucionarios y los mencheviques por influenciar al proletariado cedía cada vez más el lugar a la lucha del partido proletario por obtener la dirección de las masas semiproletarias de las ciudades y aldeas. Debido a que “voluntariamente” cedieron su poder a las camarillas burguesas, los socialrevolucionarios y los mencheviques se vieron obligados a entregar la misión revolucionaria definitivamente al partido del proletariado. Esto solo es suficiente para mostrar que el intento de determinar las cuestiones tácticas fundamentales a través de una mera referencia al carácter “burgués” de nuestra revolución sólo puede lograr confundir las mentes de los obreros atrasados y engañar a los campesinos.

En la Revolución Francesa de 1848<sup>30</sup>, el proletariado ya hace esfuerzos heroicos por actuar de forma independiente. Pero no tiene aún ni una clara teoría revolucionaria ni una organización de clase reconocida. Su importancia en la producción es infinitamente menor que la actual función económica del proletariado ruso. Además, detrás de 1848 había otra gran revolución, que había resuelto la cuestión agraria a su manera, y esto encontró su expresión en el pronunciado aislamiento del proletariado, particularmente el de París, de las masas campesinas. Nuestra situación al respecto es inmensamente más favorable. Las hipotecas sobre la tierra, las obligaciones vejatorias de todo tipo y la opresión y rapaz explotación de la iglesia, confrontan a la revolución con cuestiones ineludibles, que demandan medidas valientes y sin compromisos. El “aislamiento” de nuestro partido de los socialrevolucionarios y mencheviques (inclusive un aislamiento extremo, aún por el método de cámaras únicas), de ninguna manera sería sinónimo de un aislamiento del proletariado de las masas oprimidas de la ciudad y el campo. Por el contrario, una aguda oposición de la política del proletariado revolucionario a

30. *Revolución Francesa de 1848*: en febrero, Luis Felipe y la monarquía fueron derrocados y se proclamó la Segunda República. En junio, el ala izquierda fue suprimida. Al final del año, Luis Napoleón fue elegido presidente.

la pérfida defección de los actuales líderes de los soviets, sólo puede traer una diferenciación saludable entre los millones campesinos, arrancar a los campesinos pobres de la influencia traidora de los poderosos mujiks socialrevolucionarios y convertir al proletariado socialista en el verdadero líder de la revolución popular, “plebeya”.

Finalmente, una mera referencia sin sentido al carácter burgués de la Revolución Rusa no nos dice absolutamente nada sobre el carácter *internacional* de su *entorno*. Y esto es un factor de primera importancia. La gran revolución jacobina se confrontó a una Europa monárquica, feudal, atrasada. El régimen jacobino cayó y dio paso al régimen bonapartista, bajo el peso del esfuerzo sobrehumano que debió ofrecer para subsistir contra las fuerzas unidas de la Edad Media. La Revolución Rusa, por el contrario, tiene frente a sí una Europa que se ha distanciado mucho de eso, habiendo llegado al grado más alto de desarrollo capitalista. La masacre actual demuestra que Europa ha llegado al punto de saturación capitalista, que no puede seguir viviendo y creciendo sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción. Este caos de sangre y ruina es la salvaje insurrección de las mudas y sombrías fuerzas de producción, es el motín del hierro y el acero contra la dominación de la ganancia, contra la esclavitud salarial, contra el miserable *impasse* de nuestras relaciones humanas. El capitalismo, preso entre las llamas de una guerra que él mismo desencadenó, grita desde las bocas de sus cañones a la humanidad: “¡O gano o los enterraré bajo mis ruinas cuando caiga!”.

Toda la evolución del pasado, los miles de años de historia humana, de lucha de clases, de acumulación cultural, se concentran ahora en el único problema de la revolución proletaria. No hay otra respuesta posible ni otra salida. Y ahí reside la tremenda fuerza de la Revolución Rusa. No es una revolución “nacional”, burguesa. Quien la conciba así, esta viviendo en el reino de las alucinaciones de los siglos XVIII y XIX. Nuestra patria en el tiempo, es el siglo XX. La suerte futura de la Revolución Rusa depende directamente del curso y el resultado de la guerra, es decir, de la evolución de las contradicciones de clase en Europa, a las que esta guerra imperialista da una naturaleza catastrófica.

Los Kerensky y Kornilov comenzaron muy pronto a usar el lenguaje de los dictadores rivales. Los Kaledin mostraron sus dientes demasiado rápido. El renegado Tseretelli tomó tempranamente la despreciable mano que le extendió la contrarrevolución. Pero la revolución recién ha dicho su primera palabra. Tiene todavía tremendas reservas en Europa occidental. En lugar del apretón de manos de los líderes de los gángsteres reaccionarios con los inútiles de la pequeñoburguesía, llegará el gran abrazo del proletariado ruso con el proletariado europeo.

## VI. TÁCTICAS INTERNACIONALES

PROLETARIJ N° 10, 24 DE AGOSTO DE 1917

Los agrupamientos políticos de clase en la Revolución Rusa han surgido con una claridad sin precedentes, pero la confusión que reina en el campo de nuestra ideología, tampoco tiene precedentes. El carácter atrasado del desarrollo histórico de Rusia permitió a la *intelligentsia* pequeñoburguesa adornarse con las plumas de pavo real de la más exquisita teoría socialista. Sin embargo, estas finas plumas no tienen otra función que cubrir su marchita desnudez. El hecho que los socialrevolucionarios y los mencheviques no asumieron el poder a comienzos de marzo, ni el 16 de mayo, ni el 16 de julio<sup>31</sup>, no tiene nada que ver con el carácter “burgués” de nuestra revolución ni con la imposibilidad de llevarla adelante “sin la burguesía”. Se debe al hecho que los “socialistas” pequeñoburgueses, completamente encorsetados en las mallas del imperialismo, no son aún capaces de hacer una décima parte del trabajo que los jacobinos realizaron un ciento veinticinco años atrás. Parlotean acerca de la defensa de la revolución y del país, pero esto no les impide rendirse a la reacción burguesa, una posición detrás de otra. La lucha por el poder, por lo tanto, se convierte en el primer y más importante problema de la clase obrera, y veremos a la revolución despojándose simultánea e integralmente de su vestimenta “nacional” y burguesa.

*O bien*, conoceremos un tremendo salto hacia atrás, en la dirección de un régimen imperialista fuerte, que culminará muy

31. La revolución comenzó el 8 de marzo (según el antiguo calendario) en Petrogrado. En mayo, tuvo lugar una crisis ministerial causada por la dimisión de Miliukov del día 15, que dio lugar a la formación del primer gobierno de coalición. Una nueva crisis se dio el 16 de julio, de la que surgió el segundo gobierno de coalición.

probablemente en una monarquía; entonces los soviets, los comités agrarios, las organizaciones de soldados y muchas otras cosas, se caerán a pedazos y los Kerensky y Tseretelli serán descartados. *O bien*, el proletariado, arrastrando detrás de sí a las masas semiproletarias y abandonando a sus líderes de ayer (en este caso, también los Kerensky y Tseretelli serán descartados), establecerá el régimen de la democracia obrera. Los posteriores éxitos del proletariado dependerán, primero y por sobre todo, de la revolución europea, particularmente de la alemana.

El internacionalismo no es para nosotros una noción abstracta, que existe sólo para ser traicionada a cada momento (eso es para Tseretelli y Chernov), sino un principio práctico profundo y directamente dominante. Para nosotros, los éxitos decisivos y permanentes son inconcebibles sin la revolución europea. No podemos por lo tanto comprar éxitos parciales al precio de procedimientos y combinaciones que puedan poner obstáculos en el camino del proletariado europeo. Sólo por esta razón, una oposición sin compromisos a los socialpatriotas es para nosotros la condición *sine qua non* para todo nuestro trabajo político.

“¡Camaradas del mundo entero –gritó uno de los oradores en el Congreso de toda Rusia de los soviets–, pospongan su revolución social por otros cincuenta años!” Inútil es decir que este bien intencionado consejo fue saludado con el aplauso autocomplaciente de los mencheviques y los socialrevolucionarios.

Es justamente en este punto, en la cuestión de su relación con la revolución social, que la diferencia entre las varias formas de utopismo oportunista pequeñoburgués, por un lado, y el socialismo proletario, por otro, se torna importante. Existen un buen número “internacionalistas” que explican la crisis de la [II] Internacional como una intoxicación chauvinista temporaria debido a la guerra, y quienes creen que, tarde o temprano, se volverá a la situación anterior, y que los viejos partidos políticos retomarán la vieja senda de la lucha de clases que perdieron de vista por el momento. ¡Esperanzas infantiles y ridículas! La guerra no es una catástrofe exterior: ella destruye el equilibrio de la sociedad capitalista por la sublevación de las fuerzas productivas que se desarrollan en esta sociedad, contra los límites

impuestos por las fronteras nacionales y las formas de la propiedad privada. O bien veremos convulsiones continuas de las fuerzas productivas, en la forma de guerras imperialistas recurrentes o bien, veremos una organización socialista de la producción: tal es la cuestión que la historia nos plantea.

De la misma manera, la crisis en la [II] Internacional no es un fenómeno externo o azaroso.

Los partidos socialistas de Europa se formaron en una época de relativo equilibrio capitalista y de adaptación reformista del proletariado al parlamentarismo y al mercado nacional. “Incluso en el partido socialdemócrata –escribía Engels en 1877– el socialismo pequeñoburgués tiene sus defensores. Incluso los miembros del partido socialdemócrata que reconocen los conceptos fundamentales del socialismo científico y la naturaleza práctica de la demanda de socialización de todos los medios de producción, declaran que la realización de esta demanda sólo es posible en un futuro remoto, cuya fecha precisa es prácticamente imposible de determinar” (Engels, F., Prefacio a *La cuestión de la vivienda*).

Gracias a la duración considerable del período “pacífico”, este socialismo pequeñoburgués se volvió realmente dominante en la vieja organización del proletariado. Sus limitaciones y su insolvencia asumieron las formas más chocantes, tan pronto como la acumulación pacífica de contradicciones dio paso a un tremendo cataclismo imperialista. No sólo los viejos gobiernos nacionales sino también los partidos socialistas burocratizados que habían crecido con ellos, mostraron que no están a la altura de las exigencias del progreso. Y todo esto, podría haber sido más o menos previsto.

“La tarea del partido socialista –escribimos doce años atrás– consistía y siempre consiste en revolucionar la conciencia de la clase obrera, como el desarrollo de capitalismo ha revolucionado las relaciones sociales. Pero esta labor de agitación y organización tiene sus dificultades internas. Los partidos socialistas europeos –particularmente el más poderoso de ellos, el alemán– ya han logrado un cierto conservadurismo, que se hace más fuerte donde las masas hayan abrazado más ampliamente el socialismo y donde la organización y disciplina de estas masas estén más avanzadas. En por ellos que la socialdemocracia, como una organización que expresa la experiencia política del proletariado, puede,



en un momento dado, ser un obstáculo inmediato en el camino de la lucha abierta entre los obreros y la reacción burguesa. En otras palabras, el conservadurismo propagandista socialista del partido proletario puede, en un momento dado, impedir la lucha directa del proletariado por el poder” (Trotsky, L., *Balance y perspectivas*, 1906). Pero, si los marxistas revolucionarios estaban lejos de ser fetichistas con respecto a los partidos de la II Internacional, nadie pudo prever que la destrucción de esas gigantes organizaciones sería tan cruel y catastrófica.

Los nuevos tiempos demandan nuevas organizaciones. Bajo el bautismo de fuego, ahora se crean partidos revolucionarios en todos lados. Los numerosos vástagos ideológico-políticos de la II Internacional no han existido, aparentemente, en vano. Pero están pasando por una purificación interna: generaciones enteras de filisteos “realistas” están siendo apartados, y las tendencias revolucionarias del marxismo son por primera vez reconocidas en toda su importancia política.

Dentro de cada país, la tarea no es apoyar a una organización que se ha sobrevivido a sí misma, sino reunir a los elementos revolucionarios genuinamente ofensivos del proletariado, a los que ya están en la lucha contra el imperialismo, logrando posiciones de avanzada. En el campo internacional, la tarea no es fusionarse y “conciliar” con los socialistas gubernamentales en conferencias diplomáticas (¡como la de Estocolmo!) sino asegurar la unión de los internacionalistas revolucionarios de todos los países y la búsqueda de un curso de acción común para la revolución social en cada país.

A decir verdad, los internacionalistas revolucionarios a la cabeza de la clase obrera en estos momentos constituyen, a través de Europa, una minoría insignificante. Pero nosotros los rusos debemos ser los últimos en asustarnos por esta situación. Sabemos con que rapidez, en momentos revolucionarios, la minoría se puede convertir en mayoría. Tan pronto como el descontento acumulado por la clase obrera haga estallar el caparazón de la disciplina gubernamental, el grupo de Liebknecht, Luxemburgo, Mehring\* y sus adherentes<sup>32</sup> asumirá en

32. Los elementos de izquierda, opuestos a la guerra, de la socialdemocracia alemana, bajo la dirección de Liebknecht, Luxemburgo y Mehring, constituyeron el 1º de enero de 1916, el “Grupo Internacional” que luego fue conocido como la “Liga Espartaco” y, el 1º de enero de 1919, se convirtió en el Partido Comunista alemán.

forma inmediata una posición dirigente a la cabeza de la clase obrera alemana. Sólo una política socialista revolucionaria puede justificar una división en la organización; pero, al mismo tiempo, hace tal división inevitable.

Los mencheviques internacionalistas, aquéllos que son de mentalidad parecida al camarada Martov, en oposición a nosotros, niegan el carácter socialista revolucionario de nuestra tarea política. Rusia, declaran en su plataforma, no está aún lista para el socialismo, y nuestra función está limitada necesariamente a la fundación de una república democrática burguesa. Toda su actitud está basada en el completo rechazo de los problemas internacionales del proletariado. Si Rusia estuviera sola en el mundo, el razonamiento de Martov sería correcto. Pero estamos comprometidos en la realización de una revolución mundial, en lucha contra el imperialismo mundial, con las tareas del proletariado mundial, que incluye al proletariado ruso. En lugar de explicar a los obreros que los destinos de Rusia están en estos momentos indisolublemente ligados con los de Europa, que el éxito del proletariado europeo nos asegurará una realización más rápida de una sociedad socialista, que por el contrario, una derrota del proletariado europeo nos llevará nuevamente bajo la dictadura imperialista y la monarquía, y que terminará por reducirnos al estado de una mera colonia de Inglaterra y EEUU; en lugar de subordinar todas nuestras tácticas a los objetivos generales y a los del proletariado europeo, el camarada Martov considera a la Revolución Rusa desde el punto de vista nacionalista estrecho y reduce la tarea de la revolución a la de crear una república democrática burguesa. Esta formulación de la cuestión es fundamentalmente falsa, porque sobre ella planea la amenaza del nacionalismo estrecho que llevó a la caída de la II Internacional.

Al limitarse, en la práctica, a una perspectiva nacional, el camarada Martov se reserva la posibilidad de vivir en el mismo campo con los socialpatriotas. Espera, junto a Dan y Tseretelli, salir indemne de la "epidemia" del nacionalismo, ya que este último desaparecerá con la guerra, e intenta volver, junto a ellos, a los canales "normales" de la lucha de clases. Martov está atado a los socialpatriotas, no por una mera y vacía tradición partidaria, sino

por una actitud oportunista profunda sobre la revolución social, ya que como la considera un objetivo remoto, no tiene nada que ver con la formulación de los problemas actuales. Y esto es lo que nos separa de ellos.

La lucha por tomar el poder no es, para nosotros, simplemente la próxima etapa de una revolución democrática nacional. No, es la realización de nuestra tarea internacional, la conquista de una de las más importantes posiciones en todo el frente de la batalla contra el imperialismo mundial. Y es este punto de vista el que determina nuestra relación con la así llamada cuestión de la defensa de la patria. Un cambio temporal del frente hacia un lado u otro no puede detener ni cambiar nuestra lucha, pues ella está dirigida contra las mismas bases del capitalismo, que parece estar consagrado a la destrucción imperialista mutua de los pueblos de todas las naciones.

¡Revolución permanente o masacre permanente! ¡Esa es la lucha en la que está en juego el futuro de la humanidad!



## **PARTE IV**



## **OTROS ESCRITOS Y DISCURSOS**



# “A SANGRE Y FUEGO”<sup>1</sup>

PROLETARIJ N° 5, 31 DE AGOSTO DE 1917

“Cualquier persona inteligente (o cualquier tonto) sabe que para salvar a Rusia es esencial una lucha sin piedad contra la anarquía de la izquierda y la contrarrevolución de la derecha”. Esta es la esencia del programa de *Izvestia*, *Dyelo Naroda*, *Rabochaya Gazetta*... El discurso “histórico” de Kerensky en la “histórica” Conferencia de Estado, vino a ser una variación sobre el mismo tema. “A sangre y fuego contra la anarquía de la izquierda, con la contrarrevolución de la derecha”.

Esto suena muy bien, en cualquier caso simétrico. Pero ¿tiene sentido? Cuando hablan de contrarrevolución, no tienen en mente ciertas actitudes o acciones esporádicas al azar, sino intereses de clase particulares, incompatibles con asegurar y desarrollar la revolución. Son los terratenientes y el capital imperialista los que apoyan la contrarrevolución. ¿Qué clases están apoyando la anarquía?

El alcalde de Moscú, el sr. Rudnyev, contestó muy claramente. Dio la bienvenida a la Conferencia de Estado en nombre de “toda” la población de Moscú (menos esos elementos anárquicos que habían organizado una huelga general de protesta en Moscú). Pero ¿quiénes organizaron la huelga? Los sindicatos de Moscú. Contra los deseos del gobierno, las autoridades militares de Moscú y la mayoría social-revolucionaria-menchevique en el Soviet de Delegados de Soldados y Obreros de Moscú, los sindicatos declararon y realizaron una huelga general contra el intento tramposo del gobierno de formar un parlamento contrarrevolucionario en Moscú. Los sindicatos son las más puras, menos adulteradas, organizaciones del proletariado, es decir,

1. Esta serie de artículos y discursos son traducciones inéditas al español de las versiones publicadas en el MIA inglés y francés. El “Discurso en la Conferencia Democrática”, fue agregado como anexo al folleto *¿Qué sigue?*, op. cit., pp. 44-48 y traducido al francés en *L'année 1917*, op. cit., pp. 107-116, de los cuáles hemos realizado la traducción para esta publicación.

de esa clase que por su labor y sin regatear esfuerzos crea el poder y la riqueza de Moscú. Y son estos sindicatos los que unifican a la flor de la clase obrera (la fuerza fundamental de la economía hoy día); son estos sindicatos a los que el alcalde socialrevolucionario de Moscú ha llamado elementos anárquicos. Y es contra estos obreros conscientes, disciplinados que el fuego de la violencia del gobierno tendrá que dirigirse.

¿No vemos lo mismo en Petrogrado? Los comités de fábrica no son organizaciones políticas. No son creados en reuniones pequeñas. La masa de obreros designa a aquellos que, localmente, en la vida de todos los días, han probado su determinación, eficacia y devoción a los intereses obreros. Y por supuesto los comités de fábrica, como se ha demostrado una vez más en la última conferencia, están constituidos en su enorme mayoría por bolcheviques. En los sindicatos de Petrogrado el trabajo práctico diario, así como el liderazgo ideológico, reside totalmente en los bolcheviques. En la sección obrera del Soviet de Petrogrado, los bolcheviques constituyen una aplastante mayoría. Así que eso es lo que significa la “anarquía”. En ese punto, Kerensky está de acuerdo con Miliukov, Tseretelli está con los hijos de Suvorin, Dan con el servicio de seguridad. De esta forma “la anarquía” es la representación organizada del proletariado de Petrogrado. Y es contra esta organización de clase de los obreros avanzados que Kerensky, con sus Avksentiev, Bernatsky, Prokopovich, Skoveiev y otro Saltykov promete, de ahora en adelante, enfrentar a sangre y fuego.

Sería imperdonable, sin embargo, creerle a los líderes de la pequeño-burguesía cuando prometen luchar contra la derecha y la izquierda con igual determinación. Eso no está sucediendo y no puede suceder. A pesar de su fortaleza numérica, la pequeño-burguesía como clase es económica y políticamente débil. Carece en extremo de coordinación, es económicamente dependiente, políticamente inestable. La democracia pequeño-burguesa no está en posición de embarcarse en una lucha simultánea con dos fuerzas tan poderosas como el proletariado revolucionario y la burguesía contrarrevolucionaria. Toda la experiencia histórica lo prueba. Para una lucha política seria, la actual pequeño-burguesía de las ciudades y del país, no sólo necesita un aliado sino también una dirección. Cuando entra en la pelea contra la “anarquía”, en la persona



del proletariado organizado, la “democracia” de Kerensky y Tseretelli, no importa lo que hayan dicho, inexorablemente cae bajo la dirección de la burguesía imperialista. Es por ello que los ataques a la derecha se quedan en la etapa de planificación, y son reemplazados por reverencias humildes a la derecha.

El gobierno provisional ha clausurado *Pravda* y aproximadamente otros diez periódicos bolcheviques que eran los órganos guía del proletariado avanzado. El ataque de Avksentiev a la derecha fue el cierre de *Narodnaya (Malenkaya) Gazetta*. Pero ¿era *Narodnaya Gazetta* el órgano guía de la burguesía contrarrevolucionaria? No, sólo era el órgano clandestino de esos cerdos de las Centurias Negras. El rol jugado por *Pravda* para la clase obrera revolucionaria era jugado entre la burguesía imperialista por el periódico *Riech*; pero ¿no está claro que el sólo pensar en cerrar el *Riech* hace que estos galantes dignatarios del poder tiemblen de terror? El CC del Partido Cadete es sin duda –aún a los ojos de los socialrevolucionarios y los mencheviques– el cuartel de la contrarrevolución burguesa. Sin embargo, los representantes de estos cuarteles siguen en su oficina, mientras que los representantes reconocidos de la dirigencia proletaria están fuera de la ley. Esto es lo que muestra la lucha en los dos frentes de los socialrevolucionarios y mencheviques en la actualidad.

Pero volvamos por un minuto a la huelga de Moscú. *Rabochaya Gazetta*, el órgano más lastimoso, que intenta reconciliar a Marx con Avksentiev, publica su diatriba usual contra los huelguistas, que están destruyendo el poder de la “democracia revolucionaria”. Aquí encontramos “traición”, “la puñalada por la espalda” y “anarquía”. Pero sabemos ya que el supremo poder destruido por el proletariado de Moscú es el poder de la democracia revolucionaria menos el proletariado organizado, o sea, el poder de la pequeñoburguesía. Así, *Rabochaya* (¡!) *Gazetta*<sup>2</sup> considera criminales a los obreros por rehusarse a subordinar su propia lucha de clases en todas sus manifestaciones a los deseos de la sección no proletaria del Soviet de Moscú. La supremacía de la pequeñoburguesía sobre el proletariado es elevada a principio supremo de los socialdemócratas. Por lograr una

2. “Rabochaya” en ruso significa “obreros”.

coalición con la burguesía imperialista Tseretelli y su partido están preparados a hacer concesiones y humillaciones monstruosas; sin embargo, la coalición del proletariado con la pequeñoburguesía se reduce para ellos al simple rechazo por parte del proletariado a su independencia de clase. En otras palabras: los líderes de las clases medias bajas demandan de los obreros la misma actitud hacia la pequeñoburguesía que ellos mismos tienen hacia los representantes del capital.

La política independiente de la clase obrera, es de hecho oponerse al imperialismo con su internacionalismo —es decir, la “anarquía” hostil a las clases ricas a lo largo de todo el mundo—, independientemente de la forma de organización estatal detrás de la cual se esconden los intereses del capital. Al mismo tiempo, Avksentiev, cuya sabiduría no impresionó a nadie en la Conferencia de Moscú es, sin embargo, considerado lo suficientemente inteligente como para destrozarse la prensa obrera y encarcelar a los bolcheviques por medio de un “procedimiento extrajudicial”. Al mismo tiempo, Kerensky ejercita su bota de hierro sobre los partidos del proletariado —detrás de ellos cojean los Tseretelli, Cheidse, Dan—, mientras rocían con el agua sagrada del menchevismo a la represión de dictadores descontrolados y que divulgan las repugnantes calumnias sobre que el proletariado organizado está sembrando la anarquía en el país y en el frente. Pero la retribución política no tarda en llegar. Al mismo tiempo que Tseretelli, a quien los cortesanos mencheviques llamaron la conciencia de la revolución, se disculpa humildemente en Moscú en nombre de la democracia, la que —dice él— por su juventud e inexperiencia se embarcó demasiado tarde en una campaña de destrucción contra los bolcheviques; al mismo tiempo, que Tseretelli recoge el aplauso de los enemigos más declarados del pueblo en Petrogrado; incluso los obreros mencheviques están eliminando a Tseretelli de su lista de candidatos a la Duma de la ciudad.

La retribución no tarda en llegar. Detenido, perseguido, difamado, nuestro partido nunca ha crecido tan rápido como últimamente. Y este proceso no tardará en extenderse de la capital a las provincias, de las ciudades al país y al ejército. Los campesinos pueden ver y oír que son las mismas autoridades, por las mismas razones, las que están aplastando los comités agrarios y están persiguiendo a los bolcheviques. Los

soldados pueden observar el salvaje griterío dirigido a los bolcheviques y, al mismo tiempo, sentir el lazo contrarrevolucionario tornándose más apretado alrededor de sus cuellos. Todas las masas trabajadoras del país aprenderán de sus nuevas experiencias a unir sus destinos al destino de nuestro partido. Sin dejar un minuto de ser la organización de clase del proletariado, sino, por el contrario, cumpliendo totalmente este rol, sólo ahora, nuestro partido se convertirá bajo el fuego de la represión en verdadero dirigente, en el apoyo y la esperanza de todas las masas oprimidas, destrozadas, decepcionadas y perseguidas.

## DISCURSO EN LA CONFERENCIA DEMOCRÁTICA<sup>3</sup>

¡Camaradas y ciudadanos! No queremos escuchar buenos consejos, queremos un informe. Incluso Peschekonov\*, en lugar de un informe, leyó una suerte de poema en prosa sobre las ventajas de la coalición. Dijo que los ministros cadetes en el gobierno de coalición no se habían involucrado (¡a Dios gracias!) en ningún sabotaje. Ellos sólo se sentaron y esperaron diciendo: “Veremos simplemente cómo vosotros, socialistas, se traicionan entre ustedes”. Yo he dicho que es sabotaje —viniendo de parte de un partido político, un partido capitalista, un partido con mucha influencia—, entrar al gobierno en uno de los momentos más críticos de la historia, sólo para poder observar desde dentro cómo los representantes de la democracia se traicionan entre sí, mientras, desde fuera, el mismo partido ayuda a Kornilov. El ciudadano Peschekonov prometió explicarme la diferencia entre sabotaje y política, pero se olvidó de cumplir su promesa. Otro ministro de otro partido (un cadete), sacó algunas conclusiones de sus experiencias como ministro, pero en un sentido político más preciso. Me refiero a Koloshkin\*, quien justificó su renuncia diciendo que los extraordinarios poderes otorgados a Kerensky, relegaban a los otros ministros a una posición de meros ejecutores de las órdenes del ministro presidente y que, en lo que se refiere a él, no estaba dispuesto a aceptar esta situación.

Les digo francamente que, leyendo estas palabras, me sentí tentado de aplaudir a nuestro enemigo Koloshkin. Él habló aquí con dignidad política y humana. Tenemos, en la actualidad, grandes diferencias de opinión con respecto al ministerio de coalición

3. Este discurso originalmente fue publicado en *Izvestia* del 20 de septiembre de 1917.

renunciante así como sobre el futuro ministerio<sup>4</sup>. Pero, les pregunto, ¿tenemos alguna diferencia de opinión sobre el gobierno actual, el que habla en nombre de Rusia? No he escuchado aquí ningún orador que haya reclamado el poco envidiable honor de defender a este monstruo de cinco cabezas que es el Directorio o a su presidente, Kerensky. (*Desorden, aplausos y protestas a la voz de “¡Larga vida a Kerensky!”*)

Ustedes quizás recuerden cómo, desde esta misma tribuna, otro antiguo ministro, Tseretelli, habló de su propia experiencia como hombre diplomático y de gran visión. Dijo que era el mismo pueblo quien debía ser culpado, ya que había elevado a un individuo a tal altura que no podía más que decepcionarlo. Tseretelli no nombró a este individuo pero todos ustedes me creerán cuando digo que no se estaba refiriendo a Terechenko.

Kerensky respondió, en el discurso que dio aquí, a nuestros comentarios sobre la pena de muerte<sup>5</sup> diciendo: “Ustedes pueden condenarme si alguna vez firmo una pena de muerte”.

Si la pena de muerte, la misma que Kerensky abolió antiguamente, era necesaria, entonces, pregunto: ¿cómo puede Kerensky decirle a la Conferencia Democrática que jamás utilizará la pena de muerte? Y si nos dice que él cree posible comprometerse a no utilizar la pena de muerte contra el pueblo, entonces yo digo que, hablando así de ella, ha hecho de la introducción de la pena de muerte algo insignificante salvo por el hecho que es casi criminal. (*Gritos: “¡Es verdad!”*)

Este hecho refleja la completa degradación de la actual república rusa. Esta república no es reconocida ni como representación nacional ni como gobierno responsable. Y si todos nosotros –que nos diferenciamos en tantas cuestiones–, estamos de acuerdo en un punto, es en este: que es indigno de un gran pueblo –y aún más de un pueblo que ha hecho una gran revolución–, tolerar que el poder se

4. El 6 de agosto fue disuelto el segundo gobierno de coalición, creado 15 días antes. Luego se formó la tercera coalición, la que gobernó hasta la insurrección de Octubre.

5. La pena capital, abolida el 25 de marzo, fue restablecida por el gobierno provisional el 25 de julio de 1917 para los delitos militares.

concentre en las manos de una persona y que esa persona no sea responsable ante el pueblo. (*Aplauso*)

Camaradas, si muchos oradores se han referido al hecho de que en el actual periodo la carga del poder es pesada y tiránica, y si ellos aconsejan a la joven e inexperta democracia rusa que no cargue con este peso sobre sus espaldas, entonces les pregunto: ¿qué se puede decir entonces si recae en una sola persona quien, en todo caso, no ha mostrado ningún talento particular tanto como dirigente del ejército como legislador? (*Gritos de: “Esto es suficiente!” y “Continúa”*)

Camaradas, lamento mucho que el punto de vista que ahora se expresa con tanta energía en estos gritos de protesta no haya encontrado hasta ahora una expresión articulada desde esta tribuna. (*Desorden y aplausos*)

Ningún orador ha subido a esta tribuna para decirnos: “¿Por qué se pelean por la vieja coalición?, ¿por qué discuten por la futura coalición? ¡Uds. tienen a Alexander Kerensky y eso debe ser suficiente para ustedes!” Nadie lo ha dicho. (*Estas palabras de Trotsky levantaron una nueva tormenta de protestas. “Permaneceré en silencio hasta que se restablezca el orden en esta sala”, declaró Trotsky con voz firme y decidida. El presidente de la Conferencia logró restablecer el orden*)

Nuestro partido jamás responsabilizó al régimen actual por la mala voluntad de tal o cual persona. En mayo, cuando hablé en el Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, dije: “Son ustedes, los partidos en pugna, quienes crearon un régimen en el cual la persona que carga con la mayor responsabilidad se verá obligada, independientemente de sus deseos, a transformarse en el futuro Bonaparte ruso” (*desorden y gritos: “¡Mentiras!”*, “*¡Demagogia!*”). Camaradas, no hay demagogia aquí, pues lo que se dice simplemente es que ciertas circunstancias políticas engendran inevitablemente una tendencia hacia un régimen autocrático.

¿Cuáles son esas circunstancias? Mencionémoslas de la siguiente manera: en la sociedad moderna se desarrolla una lucha profunda y encarnizada. Aquí en Rusia, en el período de la revolución en que las masas emergen de las profundidades, toman por primera vez conciencia de ellas mismas como clase —una clase cruelmente herida durante siglos de opresión— y, cuando, por primera vez, se conciben

como sujetos políticos, como personas con derechos políticos, como una clase que comienza a atacar los fundamentos de la propiedad privada, en estos momentos, la lucha de clases asume una de las formas más intensas y apasionadas. La democracia –lo que podemos llamar democracia– es la expresión política de estas masas trabajadoras, de los obreros, de los campesinos y los soldados. La burocracia y la nobleza defienden los derechos de la propiedad privada. La lucha entre estos dos partidos, camaradas, es ahora inevitable, porque la revolución ha liberado, en palabras de las clases poseedoras, a las capas más bajas del pueblo. La lucha entre estos dos partidos, tome la forma que tome, se está intensificando, y evoluciona siguiendo su curso natural de desarrollo, al que no pueden resistir ninguna elocuencia y ningún programa.

Ahora que las fuerzas motrices de la revolución se revelan en forma separada, un gobierno de coalición significa ya sea el estadio final de la estupidez política (lo que no puede durar), o el grado más alto de fraude de parte de las clases poseedoras. Éstas intentan privar a las masas de la dirección, seduciendo a los mejores y más influyentes líderes para tenderles una trampa con el objetivo de, o bien abandonar a las masas (o, como ellos dicen, los “elementos liberados”) a sus propios medios, o bien ahogarlas en su propia sangre.

¡Camaradas! Los partidarios de la coalición dicen que un gobierno puramente capitalista es imposible. ¿Por qué es imposible? El populista Minor ha planteado que un ministerio socialista sería tan breve y tan estéril como un gobierno de coalición. Este no es un cumplido ni para el ministerio de coalición ni para un ministerio socialista. Les pregunto: ¿por qué no podría dejarse el gobierno enteramente en manos de los capitalistas? Nos dicen que eso es imposible. Camaradas, Tseretelli sostuvo, muy correctamente, que esto provocaría una guerra civil. Quiere decir que las relaciones entre las masas y las clases poseedoras son tan tensas que, si las clases poseedoras toman el gobierno, estarían dando la señal de comienzo de la guerra civil. Tan agudas, tan tensas, y tan fuertes son las contradicciones entre las clases. ¡Y esto es completamente independiente de las intenciones de los bolcheviques!

En este momento de interregno histórico, en que las clases poseedoras no pueden tomar completamente el poder y cuando los órga-

nos del pueblo tampoco se atreven a tomarlo, es en el que la idea de un árbitro, un dictador, un Bonaparte, un Napoleón, nace. Ésta es la razón por la cual Kerensky ha podido ocupar la posición que ahora tiene. La debilidad y la indecisión de la democracia revolucionaria son las que han creado la posición de Kerensky. (*Aplausos*)

Si, una vez más, ustedes repiten el experimento de una coalición cuando ésta está perimida, cuando los cadetes han entrado en la coalición dos veces y la han abandonado dos veces<sup>6</sup> –y sobre esto, camaradas, hay que destacar que su objetivo en ambos casos fue el mismo, tanto en las entradas como en las salidas, es decir, sabotear el trabajo del gobierno revolucionario– cuando ustedes han presenciado el *affaire* [asunto] Kornilov, ustedes no estarían más que invitando a los cadetes –estoy firmemente convencido–, a repetir el viejo experimento.

Ciertamente, se ha dicho que no se puede acusar a todo el Partido Cadete de participar en la rebelión de Kornilov. Si no estoy equivocado, fue el camarada Znamensky quien nos dijo (y no por primera vez) a los bolcheviques: “Uds. protestaron cuando hicimos responsable al conjunto de vuestro partido por el movimiento del 18 de julio. No repitan entonces el error que cometimos algunos de nosotros, haciendo responsables a todos los cadetes por la rebelión de Kornilov”. Esta comparación, es en mi opinión un poco inadecuada, ya que si se acusó a los bolcheviques (con o sin razón, esa es otra cuestión) de iniciar, o incluso de provocar, el movimiento del 16 al 18 de julio, no fue para invitarlos a entrar al gobierno sino para invitarlos a entrar a la prisión de Kresty<sup>7</sup>. (*Risas*)

Esa, camaradas, es una pequeña diferencia que incluso el ciudadano Zarudny\*, espero, no negará. Les decimos: si ustedes quieren enviar a prisión a los cadetes por la rebelión de Kornilov, entonces

6. La primera dimisión de los cadetes fue la de Miliukov, el 15 de mayo. La segunda dimisión fue la de cinco ministros cadetes del primer gobierno de coalición, los días 15 y 16 de julio. Los cadetes se reintegrarán con Nekrosov (como primer ministro adjunto y ministro de Finanzas), a la nueva coalición formada por Kerensky el 6 de agosto.

7. *Prisión de Kresty*: en Petrogrado, fue construida en 1893, siguiendo el modelo americano; allí se podía alojar a más de mil prisioneros. Trotsky ocupó una celda en esta prisión desde su arresto, el 21 de julio, hasta el 4 de septiembre de 1917.



no lo hagan sin reflexionar, y examinen el caso de cada cadete uno por uno y bajo todos los ángulos. (*Risas y gritos de "¡Bravo!"*)

Pero, camaradas, si ustedes invitan a un partido a entrar al gobierno, digamos, por ejemplo, como una paradoja (y sólo como una paradoja) al Partido Bolchevique... (*Risas*). Perfecto. Si ustedes quieren un ministerio cuyo tarea consista en desarmar a los obreros, alejar a la guarnición revolucionaria o movilizar al Tercer Cuerpo de Caballería, entonces les diría que los bolcheviques, quienes están total o parcialmente ligados al movimiento del 16 al 18 de julio, son en su conjunto, como partido, totalmente ineptos para la tarea de desarmar a Petrogrado, su guarnición y sus obreros (*Risas*). Pues, camaradas, aunque durante el 16 al 18 de julio no llamamos a los obreros a las calles, todas nuestras simpatías estaban del lado de los soldados y obreros que luego fueron desarmados y dispersados; estábamos totalmente de acuerdo con sus demandas, odiábamos lo que ellos odiaban, amábamos lo que ellos amaban...

(*"Ustedes detuvieron a Chernov"*, gritó una voz del salón. El orador respondió)<sup>8</sup>. Si no me equivoco, Chernov está aquí, y puede confirmar (*Chernov asintió con su cabeza en señal de acuerdo*) que la violencia que recibió no fue realizada por los manifestantes sino por un pequeño grupo de personas visiblemente criminales, a cuyo líder encontré nuevamente, como preso común, en la prisión de Kresty.

Pero, camaradas, ese no es el punto. Si se trataba sólo del Partido Cadete y su entrada al gobierno, el hecho de que uno u otro miembro de este partido se oculte detrás de la escena junto a Kornilov; de que Maklakov\* estaba al teléfono cuando Saviknov negociaba con Kornilov; de que Rodichev\* haya ido al distrito del Don para cerrar un acuerdo político con Kaledin; todo estos hechos son poco importantes. Pero, lo que es importante, es que toda la prensa capitalista de todos los países hizo propaganda de las mentiras, opiniones, sentimientos y deseos de la clase capitalista. Por eso digo que nos es imposible considerar la cuestión de una coalición.

Víctor Chernov es, por supuesto, muy optimista y dice: "Esperemos". Pero la cuestión del poder, ante todo, es una cuestión *actual*.

8. *Chernov*, ex ministro socialrevolucionario del gobierno de coalición, se salvó de ser linchado en la manifestación del 3 de julio de 1917 gracias a la intervención personal de Trotsky.

Chernov afirma, basando sus afirmaciones en la teoría marxista (el marxismo de Lieber y Dan, convertido ahora –ironía de la historia–, en un arma adaptada a los requerimientos de los socialrevolucionarios): “Debemos esperar, quizá un nuevo partido democrático nazca de la revolución”. Yo personalmente he aprendido del marxismo que, cuando los obreros entran en escena como una fuerza independiente, cada paso que dan, lejos de fortalecer la democracia burguesa, la debilita, liberando a la masa de los trabajadores de la influencia capitalista.

Se ha sugerido que deberíamos esperar el renacimiento y fortalecimiento de la democracia capitalista y, entonces, formar un frente único con ella. Allí está el mayor de los engaños. No queremos, camaradas, basar nuestras esperanzas en la idea que la democracia burguesa, bajo la forma que ella revistió en la sociedad capitalista, pueda ser revivida entre nosotros.

(El camarada Trotsky lee la declaración de la fracción bolchevique. Durante su lectura, los gritos: “¿Por qué? ¿por qué?”, estallaban en el lado derecho de la sala, en referencia a las cláusulas sobre la necesidad inmediata de armar a los trabajadores. El orador responde a los gritos con la siguiente intervención)

Primero, porque esto creará un verdadero bastión contra la contrarrevolución, frente a un renovado y más potente Kornilov; después, porque si se estableciese una dictadura real de la democracia revolucionaria, si este nuevo gobierno propusiese una paz honorable y este ofrecimiento fuera rechazado, entonces afirmo, en el nombre del partido y de las masas trabajadoras que siguen a este partido, que los trabajadores en armas de Petrogrado y de toda Rusia defenderán al país de la revolución contra los ejércitos imperialistas con un heroísmo sin precedentes en la historia de Rusia. *(Las últimas palabras de Trotsky son ahogadas por una tormenta de aplausos)*

# EL ROL DE LOS MENCHEVIQUES Y LOS SOCIALREVOLUCIONARIOS EN LA CONFERENCIA DEMOCRÁTICA

4 DE OCTUBRE DE 1917<sup>9</sup>

¡Comaradas! Confieso que me sorprenden las razones por las que los mencheviques y los socialrevolucionarios quieren rechazar la consigna: “¡Todo el poder a los soviets!” (*Interrupción: “¡la consigna viene de Alemania!”*)

No, camaradas, esta consigna no viene de Alemania, pero esta interrupción es un eco del espionaje. (*Risas, vivos aplausos*)

¡Rechacen, camaradas, estas razones! ¿No les hacen acordar a las razones que daban los reaccionarios antes de la revolución, contra el sufragio universal? “¿Cómo podemos –decían– darle el derecho al voto a las masas miserables, que no saben ni leer ni escribir?” “¿Cómo podemos –dice actualmente el camarada Kaplan– dada la ignorancia de nuestros campesinos y de muchos soldados, exigir que se le entregue el poder a los soviets?”

Hacen entonces exactamente la misma objeción contra nuestra consigna. Es verdad, el poder nunca estuvo en nuestras manos. Dicen que no tenemos “experiencia”, que probablemente, al principio, cometeremos errores... Poco a poco, aprenderemos a administrar el país. Pero, si no tomamos el poder ahora, seguiremos sin tener ninguna experiencia. ¡Denle el poder al pueblo, y aprenderá a servirse de él!

¿Por qué entre los SR y los mencheviques, ninguno protestó, cuando se introdujo entre nosotros el sufragio universal?

Camaradas, en las elecciones de las administraciones comunales y de los soviets, todas las voces se pronuncian a favor nuestro, bolcheviques y

9. Discurso pronunciado por Trotsky en el Soviet de Petrogrado. Publicado en el MIA francés, donde se cita como fuente *Correspondance Internationale* N° 104, 7mo. año.

a favor de los SR, con cuya ala izquierda siempre nos hemos entendido mejor. Lo mismo ocurre en las otras elecciones. Así el pueblo confía el poder a los partidos socialistas. ¿Debemos resignar el poder a la burguesía, como se le propuso a la “Conferencia Democrática”? Esto sería una desconfianza criminal en nuestras propias fuerzas.

Entre nosotros, los socialistas de los diferentes partidos no se diferencian enormemente unos de otros por su programa; las diferencias están en la manera de hacer realidad ese programa. Sin embargo, los programas no existen más que para que se los lleve adelante en la mayor medida posible. Esta es también nuestra tarea. ¿Si resignamos el poder a manos de la burguesía, de qué servirán los programas?

Dicen que, en nuestro esfuerzo por poner en práctica lo más posible nuestro programa, nos aislamos. Sí, nos aislamos de todos aquellos que buscan un compromiso con la burguesía. Pero de ninguna manera nos aislamos de las masas populares. Tenemos la mayoría en todas las organizaciones revolucionarias, mientras que los mencheviques se alejan cada vez más de las masas.

Tseretelli, por ejemplo, ha abandonado nuestro soviét, y, enseguida, tuvo que apoyarse en el Comité Central Ejecutivo, que es mucho menos activo que el soviét, porque había sido elegido al congreso de los soviets de provincia, entonces de espíritu atrasado.

Sin embargo, incluso en el comité central ejecutivo la proposición de Tseretelli, de hacer una coalición con los cadetes, cayó de manera lamentable, y ahora, él comienza a apoyarse más en los cooperativistas, en las administraciones municipales y en los zemstvos. Va cada vez más a la derecha y se aleja cada vez más de las masas.

Dicen que en la “Conferencia Democrática”, no hay más que cuatro cadetes... Sí, camaradas, cuatro cadetes declarados; pero decenas de cadetes que esconden su verdadero rostro ideológico.

Los cooperativistas dicen que fueron elegidos por millones de personas. Es verdad. Pero fueron elegidos para hacer el trabajo cooperativo y no para hacer política. Es justamente por eso que tampoco representan la fisonomía política de sus electores. Para la política, se han elegido los soviets, y cada uno sabe como es la mayoría en ellos.

Camaradas, hemos derrocado la autocracia, porque no queremos tolerar que el poder esté en manos de una sola persona, y a espaldas

nuestras, se pretende restablecer este estado de cosas. La “Conferencia Democrática”, según la resolución de Tseretelli, sólo debe “colaborar” con Kerensky por el establecimiento del poder. También allí se dice que el gobierno deberá reconocer al Preparlamento<sup>10</sup>. La “conferencia” no fue convocada con el fin de que el poder reconozca al pueblo revolucionario, sino con el fin de que el pueblo revolucionario reconozca al poder.

Hay que examinar de cerca tal argumentación, porque ella puede tirar abajo a toda la revolución rusa.

Hemos protestado, porque queremos un poder que sea responsable ante nosotros. También debe ser creado por nosotros. Este es el resultado de una situación extraordinaria. Tseretelli confesó ser el autor de la resolución y nos ha pedido que votemos a favor de su resolución.

Hemos abandonado la “Conferencia Democrática”, no porque Tseretelli nos haya herido, sino porque quiso hacer creer que nosotros íbamos a votar su resolución. Si lo hubiéramos hecho, deberían echarnos a escobazos de todos lados. Creemos necesario declarar de la manera más enérgica que no podemos votar por el poder que nos ha sido propuesto, porque se trata del poder revolucionario, de la suerte de toda la revolución. Estamos resueltos a defender estrictamente los intereses del pueblo revolucionario, porque esa es para nosotros la tarea más elevada.

Dicen que nosotros, bolcheviques, queremos tener todo el poder en nuestras manos... ¿Que tiene esto de extraordinario? No hay un solo partido que no se esfuerce por tomar el poder. ¿Qué es entonces un partido? Es un grupo de personas que se esfuerzan por tomar el poder para tener la posibilidad de hacer realidad su programa. Un partido que no quiere el poder no merece llamarse un partido. Si es correcto que la mayoría de los soviets no quiere el poder, sin dudas es porque los soviets todavía no han depurado bastante sus filas. (*Aplausos*) Es necesario hacer esta depuración enseguida.

10. *Preparlamento*: La Conferencia Democrática designó de su seno un consejo de la república (Preparlamento), que debía cumplir las funciones, hasta la Asamblea Constituyente, de órgano representativo de la república. Los bolcheviques se retiraron del Preparlamento.

El camarada Broïdo<sup>11</sup> nos acusa de querer tomar el poder y abandonarnos “a la mano de Dios”, de entregarnos al azar. “Nunca hubo entre nosotros poder de los soviets” –dice; ¿vamos a hacernos lo bastante grandes?

Efectivamente, nunca hubo entre nosotros poder de los soviets, pero, hasta el 28 de febrero, tampoco había república. ¿Hemos cometido un error?

Hemos probado el gobierno de coalición, y está claro que, sean cuales fueran las dudas que subsistan sobre el valor del gobierno unitario, estamos convencidos que el gobierno de coalición no vale nada.

Luego, este camarada Broïdo dice que toda la democracia se ha reunido en Moscú... ¿Verdaderamente estaba toda? Sin embargo, no había ningún bolchevique en la Conferencia de Estado de Moscú. Por eso 600.000 obreros de Moscú fueron a la huelga; protestaban contra esta conferencia, y los señores delegados tuvieron que ir a pie de la estación al Gran Teatro... (*Risas*) ¿Quién nos es más cercano y más querido? ¿Los señores delegados o los obreros de Moscú?

Nosotros preferimos unirnos a los obreros.

Tseretelli, al contrario prefirió unirse a los cooperativistas, a los zemstvos, etc. Se ha retirado del soviet proletario, y, por el camino del Comité Central Ejecutivo, marcha cada vez más a la derecha. Ahora le tiende la mano a Bublikov.

Tal es la línea de Tseretelli: del proletariado a la burguesía liberal. Esta lo ha aislado completamente de las capas de las que él salió.

Sólo el partido que plantea claramente las cuestiones, sólo ese partido puede unir a toda la democracia revolucionaria. No tememos aislarnos de las capas superiores, tememos aislarnos del proletariado.

¡Rechazamos todo compromiso! Es solamente así como podremos vencer a nuestros enemigos, establecer la libertad de nuestro pueblo. (*Aplausos prolongados*)

11. *Broïdo*: militante menchevique.

# EL PROGRAMA DE PAZ DE LA REVOLUCIÓN

NOVIEMBRE DE 1917<sup>12</sup>

El 5 de noviembre, en este edificio, hablé a una reunión popular en la que se discutía la cuestión de un Congreso de toda Rusia, y todas las voces se levantaron a favor del poder del soviét. El problema que ha estado planteado más enfáticamente ante el pueblo, en los ocho meses de revolución, es la cuestión de la guerra y la paz. Sostuvimos que, sólo un poder basado en la autoridad directa del pueblo podría poner fin a la matanza. Sostuvimos que los tratados secretos debían ser publicados, y declaramos que el pueblo ruso, no habiendo suscripto esos tratados, no podía atarse a llevar a cabo las conquistas que allí se acordaron. Nuestros enemigos contestaron que eso era demagogia. Nunca se atreverían a hacerlo si estuvieran en el poder —decían—, porque entonces los Aliados se opondrían. Pero planteamos que la salvación de Rusia estaba en la paz. Señalamos que el carácter prolongado de la guerra estaba destruyendo la revolución, estaba agotando y destruyendo el país y que cuanto más peleáramos más esclavos estaríamos, de forma que al final sólo nos restaría elegir un amo.

Deseamos vivir y desarrollarnos como una nación libre: pero, para poder consumir la paz, tuvimos que derrocar el poder de la burguesía, y de Kerensky. Nos dijeron que nos quedaríamos sin apoyo. Pero el 7 de noviembre [25 de octubre], el local del Soviet de Petrogrado tomó la iniciativa así como la responsabilidad, y con la ayuda de la guarnición y los obreros lograron dar el golpe de Estado, se presentaron ante el Congreso de los Soviets y en la sesión dijeron: “El viejo

12. Este artículo formaba parte de la compilación *La revolución proletaria en Rusia* de L. Fraina y fue publicado como folleto por Lanka Samasamaja Publications, en Ceilán, en mayo de 1956.

poder en el país está quebrado, no hay autoridad en ningún lugar y nos vemos obligados a tomar el poder en nuestras propias manos”. Hemos dicho que, la primera obligación transferida al nuevo poder es ofrecerse a dialogar por la paz en todos los frentes, para la conclusión de una paz sin anexiones o indemnizaciones sobre la base de la autodeterminación de los pueblos, es decir, cada pueblo a través de elecciones populares, debe decir por sí mismo la palabra decisiva: ¿Desean entrar en una confederación con su Estado soberano actual, tener completa autonomía en él o desean separarse de él y tener total independencia?

Debemos poner freno a la condición en la que el fuerte puede, por uso de las armas, obligar al débil a asumir las condiciones de vida que el fuerte quiera: cada pueblo, grande o pequeño, debe ser el amo de su propio destino. Ahora, este es el programa no de un partido, no de un soviét, sino de todo el pueblo, con excepción del partido depredador que se atreve a llamarse el Partido de la Libertad Popular pero que es en realidad un enemigo de la libertad popular, que lucha en contra de la paz con toda su fuerza. Con la excepción de este partido, todo el pueblo ruso ha declarado que no tolerará el uso de la fuerza. Y este es el espíritu en el que emitimos nuestro decreto de paz.

El día en que sancionamos este decreto, los cosacos de Krasnov se rebelaron, y amenazaron peligrosamente la propia existencia del poder soviético. Sin embargo, ni bien fueron derrotados y el poder del soviét fortalecido, nuestro primer acto fue ir a los poderes alemán y Aliado, simultáneamente, con una propuesta de diálogo de paz en todos los frentes. Nuestros enemigos, los cadetes y sus apéndices, dijeron que Alemania nos ignoraría, pero resultó ser de otra manera, y ya tenemos la aceptación de Alemania y Austria-Hungría para dialogar por la paz, y paz preliminar en los términos de la fórmula del soviét. Incluso antes que eso, tan pronto como conseguimos las llaves de la maleta de la correspondencia diplomática secreta, publicamos los tratados secretos, cumpliendo así con la obligación que asumimos hacia el pueblo cuando todavía éramos un insignificante partido de oposición. Dijimos entonces, y decimos ahora, que un pueblo no puede derramar su sangre y la de sus hermanos por tratados que ellos



mismos no firmaron, que nunca leyeron o inclusive vieron. A estas palabras mías, los adherentes de la coalición dieron respuesta: “No nos hable así; este no es el Circo Moderno”<sup>13</sup>. Y yo les respondí que sólo tengo una lengua, la de un socialista, y que hablaré en esta misma lengua al país y a ustedes, a los Aliados y a los alemanes.

A los adherentes de la coalición, que tenían alma de liebres, les parecía que publicar los tratados secretos era equivalente a forzar a Inglaterra y Francia a declararnos la guerra. Pero no entendían que sus círculos gobernantes durante toda la guerra habían estado diciéndole al pueblo que el enemigo cruel y traicionero es Alemania y que Rusia es una tierra noble, y que es imposible enseñarles en 24 horas lo opuesto. Al publicar los tratados secretos nos hemos ganado la enemistad de las clases gobernantes en esos países, pero hemos ganado a sus pueblos para nuestro apoyo. No haremos una paz diplomática; será una paz del pueblo, una paz del soldado, una paz real. Y el resultado de nuestra política abierta fue claro: Judson se presentó en el Instituto Smolny y declaró, en nombre de Norteamérica, que la protesta del personal de Dujonin contra nuestro nuevo poder fue una interpretación errónea, y que Norteamérica no tiene intención de interferir en los asuntos internos de Rusia y que, consecuentemente, la cuestión norteamericana ya está resuelta.

Pero hay otro conflicto que aún no está solucionado. Debo hablar de él. Porque gracias a su lucha por la paz, el gobierno inglés ha arrestado y tiene detenido en un campo de concentración a George Chicherin<sup>14</sup>, que ha dedicado su fortuna y su conocimiento a los pueblos de Rusia, Inglaterra, Alemania y Francia, y al valiente agitador de los obreros ingleses, el emigrante Petroy. Me he comunicado por escrito con la embajada inglesa, diciendo que Rusia está permitiendo ahora la presencia dentro de sus fronteras de muchos ricos ingleses que están involucrados en conspiraciones contrarrevolucionarias con la burguesía rusa y que, por lo tanto, tenemos pocas ganas de permitir que ciudadanos rusos sean puestos en cárceles inglesas; que consecuentemente, todos aquellos contra los que no haya cargos criminales

13. *Circo Moderno*: Largo hall para reuniones de masas en Petrogrado donde este discurso particular de Trotsky fue dado [NdLF].

14. Chicherin fue liberado y posteriormente se convirtió en comisario de Asuntos Exteriores del gobierno soviético [NdLF].

deberían ser liberados ya mismo. De no cumplirse con este pedido, esto significará que nos negaremos a darle pasaportes a los sujetos ingleses que deseen abandonar Rusia. El poder del soviets del pueblo es responsable por el bienestar de todo el pueblo; dondequiera que estén sus ciudadanos, les daremos protección. Si Kerensky habló con los Aliados como un dependiente a su jefe, nosotros estamos preparados para demostrar que sólo conviviremos con ellos en términos de igualdad. Hemos dicho más de una vez que cualquiera que desee contar con el apoyo y la amistad del pueblo ruso libre e independiente, debe aproximársele con respeto a ellos y a su dignidad humana.

Tan pronto como los soviets se encontraron con el poder en sus manos, propusimos parlamentos de paz en el nombre del pueblo ruso. Teníamos el derecho de hablar en el nombre del pueblo, ya que todo lo que proponíamos, así como todo el programa de los comisarios del pueblo<sup>15</sup>, consiste en doctrinas y propuestas votadas y aprobadas en cientos y miles de soviets, fábricas y trabajos, es decir, por todo el pueblo. Nuestra delegación hablará un lenguaje valiente y abierto: ¿Acuerdan con mantener una conferencia de paz inmediata en todos los frentes? Y si dicen que sí, les pediremos que inviten a sus gobiernos y aliados a que envíen sus delegados. Nuestra segunda pregunta será: ¿Dicen que quieren concluir la paz sobre bases democráticas? Si nos vemos forzados a concluir solos la paz, declaramos a Alemania que es inadmisibile sacar sus tropas del frente ruso hacia otro frente porque estamos haciendo una paz honorable y no podemos permitir que Inglaterra y Francia sean destruidas por esta razón.

La diplomacia secreta no será tolerada ni un momento durante las negociaciones. Nuestros panfletos y nuestro servicio de radio mantendrán a todas las naciones informadas de cada propuesta que hagamos, y de las respuestas que obtengan de Alemania. Nos sentaremos como si estuviéramos en una casa de cristal, y los soldados alemanes, a través de miles de periódicos que les distribuiremos en Alemania, estarán informados de cada paso que demos y de cada respuesta alemana.

15. *Comisarios del pueblo*: El II Congreso de los Soviets de toda Rusia creó y eligió el primer consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*) para administrar a toda la nación.

Decimos que Lituania y Curlandia deben decidir la cuestión por sí mismas, con quiénes unirán fuerzas, y que Alemania debe, no en palabras sino en los hechos, prestar atención a la libre expresión del deseo de los pueblos. Y si, después de estas francas y honorables declaraciones, el káiser rechaza hacer la paz, si los bancos y bolsas que se benefician de la guerra destruyen nuestra paz, las naciones verán cuál es el lado correcto y saldremos fortalecidos, en cambio, el káiser y los financistas se debilitarán. No nos sentiremos como los derrotados sino como los victoriosos de la paz, pues sus victorias no son menos renombradas que la guerra. Una nación que ha asumido el poder después de haber expulsado a sus enemigos, tal nación es victoriosa. No conocemos otros intereses que aquellos del pueblo, pero estos intereses son idénticos a los intereses del pueblo de todas las naciones.

Declaramos guerra a la guerra. Los zares temían la conclusión de la paz. Nosotros tememos que el pueblo pedirá una respuesta por todos los grandes sacrificios que hizo y toda la sangre que derramó. Alemania, al acordar negociaciones de paz, está prestando atención al deseo de su pueblo. Sabe que éste quiere que responda y que, si no responde, la Revolución Rusa se convertirá en un aliado del pueblo alemán. Francia e Inglaterra deberían venir a la discusión sobre la conclusión de la paz, pero si no lo hacen, sus propios pueblos, que conocerán el curso de las negociaciones, los sacarán a los golpes. Los representantes rusos en la mesa de la paz se transformarán en demandantes; los pueblos se sentarán a juzgar a sus gobernantes. Nuestra experiencia sobre cómo han tratado los gobernantes a sus pueblos en los cuarenta meses de la guerra, no ha sido en vano. “¡En vuestro nombre –diremos a nuestros hermanos–, entiendan que cuando llegue el momento de dar vuelta vuestra fuerza revolucionaria contra vuestra burguesía, ningún soldado ruso disparará!” Esta promesa la haremos en vuestro nombre y la mantendremos.



**ANEXO**





# LECCIONES DE OCTUBRE<sup>1</sup>

KISLOVODSK, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1924

## DEBEMOS ESTUDIAR LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

Aunque la suerte nos ha acompañado en la Revolución de Octubre, no ocurrió lo mismo con nuestra literatura. Todavía no poseemos una sola obra que ofrezca un cuadro general de la revolución y que haga resaltar sus momentos más culminantes desde el punto de vista político y organizativo. Más aún, hasta el presente no se han editado los materiales que caracterizan las diferentes fases preparatorias de la revolución y la revolución misma. Publicamos muchos documentos y materiales sobre la historia de la revolución y del partido antes y después de Octubre; pero, se le consagra mucha menos atención al propio Octubre. Llevada a cabo la insurrección, parece que hemos decidido no que ya no hay que repetirla. Se podría decir que no esperamos del estudio de Octubre, de las condiciones de su preparación inmediata, de su realización y de las primeras semanas de su consolidación, una utilidad directa para las tareas urgentes de la organización ulterior.

No obstante una apreciación así, aun siendo en parte inconsciente, es profundamente errónea y denota, además, cierto carácter de estrechez nacionalista. En caso de que no tengamos que repetir la experiencia de la Revolución de Octubre, ello no significa que esta experiencia no deba servirnos de enseñanza. Constituímos una fracción de la Internacional, mientras el proletariado de los demás países ha de resolver aún su problema de Octubre. Y en el transcurso del año pasado, hemos tenido pruebas hartamente convincentes de que los

1. Trotsky escribió este prólogo para la recopilación de sus escritos correspondientes al primer año de la revolución, publicados como libro en 1924 bajo el nombre *1917*. Tomado de Trotsky, L., *La teoría de la revolución permanente*, "Lecciones de Octubre", 2da. ed., Bs. As., CEIP, 2005, pp. 199-250, con diversas correcciones cotejadas con la versión francesa.

partidos comunistas más avanzados de occidente no sólo no han sabido asimilar nuestra experiencia, sino que ni siquiera la conocen desde el punto de vista de los hechos.

Claro está que cabe la observación de que es imposible estudiar Octubre e incluso editar los materiales referentes al caso sin volver a poner sobre el tapete las antiguas divergencias; pero resultaría demasiado mísera semejante manera de abordar la cuestión. Evidentemente, los desacuerdos de 1917 eran muy profundos y estaban muy lejos de ser fortuitos; pero resultaría demasiado mezquino tratar de convertirlos ahora en un arma de combate contra los que se equivocaron entonces. Con todo, resultaría aún más inadmisibles que, por consideraciones de orden personal, calláramos acerca de los problemas capitales de la Revolución de Octubre, que revisten importancia internacional.

El año pasado [1923, NdE], sufrimos dos penosas derrotas en Bulgaria. Primero, por fatalistas consideraciones doctrinales, el Partido Comunista Búlgaro desperdició el momento excepcionalmente propicio para una acción revolucionaria (el levantamiento de los campesinos después del golpe de fuerza de junio de Zankov). Luego, intentando reparar su error, se lanzó a la insurrección de septiembre sin haber preparado las premisas políticas y organizativas. La revolución búlgara tenía que servir de introducción a la revolución alemana. Por desgracia, esta deplorable introducción ha tenido un desarrollo todavía peor en Alemania<sup>2</sup>. Durante el segundo semestre del año observamos en este país una clásica demostración de la manera en que puede desaprovecharse una situación revolucionaria excepcional y de importancia histórica mundial.

Tampoco las experiencias búlgara y alemana han sido objeto de una apreciación lo bastante completa y concreta. El autor de estas líneas dio el mismo año un esquema del desarrollo de los acontecimientos alemanes (véanse en el opúsculo *Oriente y occidente* los

2. En 1923, luego de la ocupación del Ruhr, estalló una situación revolucionaria en Alemania. Las condiciones estaban maduras para una insurrección, sin embargo el Partido Comunista alemán demostró ser incapaz de desempeñar el papel que le correspondía, organizando y dirigiendo la insurrección. El temor a repetir el error "putchista" de 1921 paralizó al partido. La revolución fue derrotada. Tras su recuperación, la burguesía alemana pasó a la ofensiva.



capítulos titulados “En un viraje” y “La etapa por la que atravesamos”). Los sucesos posteriores han confirmado enteramente dicho esquema. Nadie, al menos, ha tratado de dar otra explicación. Pero no basta con un esquema; necesitamos un cuadro completo del desarrollo de los acontecimientos del año en Alemania, con apoyo de todos los hechos, un cuadro que esclarezca las causas de esta penosa derrota.

Es difícil, no obstante, pensar en un análisis de los acontecimientos de Bulgaria y Alemania cuando aún no hemos trazado un cuadro político de la Revolución de Octubre. Todavía no nos hemos dado exacta cuenta de lo que hemos hecho y de cómo lo hemos hecho. Después de Octubre, parecía que los acontecimientos se desarrollarían en Europa por sí solos y con tal rapidez que no nos dejarían siquiera tiempo para asimilar teóricamente las lecciones de entonces. Pero ha quedado demostrado que, sin un partido capaz de dirigir la revolución proletaria, ésta se torna imposible. El proletariado no puede apoderarse del poder a través de una insurrección espontánea. Aun en un país tan culto y tan desarrollado desde el punto de vista industrial como Alemania, la insurrección espontánea de los trabajadores en noviembre de 1918 no hizo sino transmitir el poder a manos de la burguesía. Una clase explotadora se encuentra capacitada para arrebatar el poder a otra clase explotadora apoyándose en sus riquezas, en su “cultura”, en sus innumerables ligazones con el viejo aparato estatal. Sin embargo, cuando se trata del proletariado, no hay nada capaz de reemplazar al partido. El verdadero período de organización de los partidos comunistas empezó a mediados de 1921 (“lucha por las masas”, “frente único”, etc.)<sup>3</sup>. Entonces, las tareas de Octubre quedan relegadas a segundo plano, así como su

3. El III Congreso de la Internacional Comunista se reunió en junio de 1921. Como resultado de su profunda discusión sobre la “acción de marzo” del Partido Comunista alemán, el Congreso adoptó finalmente la consigna “Hacia el poder a través de la previa conquista de las masas”, echando las bases para una política de frente único. Esta posición se adoptó con el apoyo de Lenin y Trotsky, contra los elementos ultraizquierdistas y putchistas del Congreso. La estrategia orientadora de la acción de marzo de 1921 en Alemania, era conocida como “teoría de la ofensiva”, con la idea central de “electrizar” a las masas pasivas mediante la acción de una minoría insurrecta. Esta “teoría” condujo al fracaso de la revolución.

estudio. El año pasado ha vuelto a enfrentarnos con las tareas de la revolución proletaria. Ya es hora de reunir todos los documentos, de editar todos los materiales y de proceder a su estudio.

Sabemos con certeza que cualquier pueblo, cualquier clase y hasta cualquier partido se instruyen principalmente por experiencia propia; pero ello no significa en modo alguno que la experiencia de los demás países, clases y partidos tenga poca importancia. Sin el estudio de la gran Revolución Francesa, de la Revolución de 1848 y de la Comuna de París, jamás hubiéramos llevado a cabo la Revolución de Octubre, aun mediando la experiencia de 1905. En efecto, hicimos esta experiencia apoyándonos en las enseñanzas de las revoluciones anteriores y continuando su línea histórica. Se invirtió todo el período de la contrarrevolución en el estudio de las lecciones de 1905; pero para el estudio de la revolución victoriosa de 1917 no hemos realizado la décima parte del trabajo que realizamos para la primera. Y eso que no vivimos en un período de reacción ni en la emigración. Muy al contrario, las fuerzas y los medios de que disponemos en la actualidad no se pueden comparar con los de aquellos penosos años. Hay que poner en el orden del día, en el partido y en toda la Internacional, el estudio de la Revolución de Octubre. Es preciso que todo nuestro partido y, en particular, las juventudes, estudien minuciosamente esta experiencia, que ha brindado una verificación incontestable de nuestro pasado y nos abrió una gran puerta al futuro. La lección alemana del año pasado no sólo es un serio llamado de atención, sino también una amenazadora advertencia.

Se puede, en verdad, decir que un conocimiento más concienzudo del desarrollo de la Revolución de Octubre no habría sido una garantía de triunfo para nuestro partido alemán. Ciertamente que el estudio aislado de la Revolución de Octubre es insuficiente para darnos la victoria en los demás países; pero a veces existen situaciones con todas las premisas de la revolución, salvo una dirección resuelta y clarividente del partido, basada en la comprensión de las leyes y métodos de la revolución misma. Ésta era, precisamente, la situación en Alemania el año pasado, y puede repetirse en otros países.

Ahora bien, para el estudio de las leyes y métodos de la revolución proletaria, no hay hasta hoy ninguna fuente más importante que

nuestra experiencia de Octubre. Los dirigentes de los partidos comunistas europeos que no hicieran un estudio crítico (con todos sus pormenores) de la historia de aquella revolución, se asemejarían al caudillo que, conforme se preparase para nuevas guerras, no estudiara la experiencia estratégica, táctica y técnica de la última guerra imperialista. Un caudillo así condenaría a la derrota a sus ejércitos.

El partido es el instrumento esencial de la revolución proletaria. Nuestra experiencia de un año (febrero de 1917-febrero de 1918) y las complementarias de Finlandia, Hungría, Bulgaria, Italia y Alemania, casi nos permiten enunciar como ley inevitable la crisis dentro del partido cuando se pasa del trabajo de preparación revolucionaria a la lucha directa por el poder.

En general, las crisis dentro del partido surgen a cada viraje importante, como preludeo o consecuencia suya. La razón de ello estriba en que cada período del desarrollo del partido tiene sus características especiales y reclama determinados hábitos y métodos, dimanando de ahí el origen directo de choques y crisis. “Sucede harto a menudo –escribía Lenin en julio de 1917– que, a un viraje brusco de la historia, los mismos partidos avanzados no puedan, por un tiempo más o menos largo, adaptarse a la nueva situación, y repitan consignas eficaces ayer que carecen hoy de sentido, tanto más ‘súbitamente’ cuanto más súbito haya sido el viraje histórico”. De donde se deduce un peligro: si el viraje ha sido demasiado brusco o inesperado, y si el período anterior ha acumulado con exceso elementos de inercia y de conservadurismo en los órganos dirigentes del partido, éste se muestra incapaz de ejercer la dirección en el momento más grave, para el cual se había preparado durante varios años o decenios. Lo corroe la crisis y el movimiento se efectúa sin finalidad, predestinado a la derrota.

Un partido revolucionario está sometido a la presión de diferentes fuerzas políticas. En cada período de su desarrollo elabora los medios de resistirlas y rechazarlas. En los virajes tácticos, que comportan reagrupamientos y roces interiores, disminuye su fuerza de resistencia. De ahí la posibilidad constante, para las agrupaciones internas de los partidos, engendradas por la necesidad del viraje táctico, de desarrollarse considerablemente y de llegar a ser una base de diferentes tendencias de clase. En resumen, un partido desvinculado de las tareas históricas

de su clase se convierte o corre el riesgo de convertirse en un instrumento indirecto de las demás.

Si la observación que acabamos de hacer es justa respecto a cada viraje táctico importante, con mayor razón lo será respecto a los grandes virajes estratégicos. Entendemos por táctica en política –por analogía con la ciencia bélica–, el arte de conducir las operaciones aisladas; por estrategia, el arte de vencer, es decir, de apoderarse del mando. Antes de la guerra, en la época de la II Internacional, no hacíamos estas distinciones; nos limitábamos al concepto de la táctica socialdemócrata. Nuestra actitud no era azarosa. La socialdemocracia tenía una táctica parlamentaria, sindical, municipal, cooperativa, etc. En la época de la II Internacional no se planteaba la cuestión de la combinación de todas las fuerzas y recursos, de todas las armas para obtener la victoria sobre el enemigo, porque aquella no se asignaba prácticamente la misión de luchar por el poder. La Revolución de 1905, después de un largo intervalo, renovó las cuestiones esenciales, las cuestiones estratégicas de la lucha proletaria. De este modo aseguró inmensas ventajas a los revolucionarios socialdemócratas rusos, es decir, a los bolcheviques.

La gran época de la estrategia revolucionaria comienza en 1917, primero en Rusia y después en toda Europa. Es evidente que la estrategia no impide la táctica. Las cuestiones del movimiento sindical, de la actividad parlamentaria, etc., no desaparecen de nuestro campo visual, sino que adquieren una nueva importancia, como métodos subordinados de la lucha combinada por el poder. La táctica se subordina a la estrategia.

Si los virajes tácticos engendran habitualmente en el partido roces interiores, con mayor razón los virajes estratégicos deben de provocar trastornos mucho más profundos. Y el viraje más brusco es aquel en que el partido del proletariado pasa de la preparación, de la propaganda, de la organización y de la agitación a la lucha directa por el poder, a la insurrección armada contra la burguesía. Todo lo que dentro del partido hay de irresoluto, escéptico, conciliador, capitulante, se yergue contra la insurrección, busca la oposición de fórmulas teóricas y las encuentra prontas en sus adversarios de ayer, los oportunistas. Más adelante vamos a observar varias veces este fenómeno.

En el período de Febrero a Octubre, al efectuar un largo trabajo de agitación y de organización entre las masas, el partido hizo un examen

último, una selección final de sus armas, antes de la batalla decisiva. En Octubre, y después, se comprobó la importancia de tales armas en una operación de vasta envergadura. Ocuparse ahora de apreciar los diferentes puntos de vista sobre la revolución en general y sobre la Revolución Rusa, en particular, pasando por alto la experiencia de 1917, supondría entregarse a una escolástica estéril en vez de emprender un análisis marxista de la política. Sería igual a actuar como individuos que discutieran las ventajas de los diversos métodos de natación, negándose obstinadamente a mirar el río donde los nadadores los aplican. No hay mejor prueba de los puntos de vista revolucionarios que la aplicación de ellos durante la revolución, así como el método de natación se comprueba mejor cuando el nadador se arroja al agua.

#### “LA DICTADURA DEMOCRÁTICA DE OBREROS Y CAMPESINOS”: EN FEBRERO Y EN OCTUBRE

Con su desarrollo y su resultado, la Revolución de Octubre asestó un golpe formidable a la parodia escolástica del marxismo que se había extendido considerablemente en los medios socialdemócratas rusos, comenzando por el Grupo de Emancipación del Trabajo<sup>4</sup>, que había encontrado su más completa expresión en los mencheviques. Este seudomarxismo consistía esencialmente en transformar el pensamiento condicional y limitado de Marx –“los países adelantados muestran a los atrasados la imagen de su desarrollo futuro”– en una ley absoluta, suprahistórica, sobre la que se esforzaba en basar la táctica del partido de la clase obrera. Con esa teoría, mientras no hubieran dado el ejemplo y creado de algún modo un “precedente” los países más desarrollados desde el punto de vista económico, se descartaba, naturalmente, la cuestión de la lucha del proletariado ruso por el poder.

No cabe duda de que todo país atrasado encuentra *algunos* rasgos de su porvenir en la historia de los países adelantados; pero esto no sería

4. *Grupo de Emancipación del Trabajo*: fue fundado por Plejanov juntamente con Axelrod, Zasulich, Deutsch e Ignatov, exiliados rusos en Suiza, después de su ruptura con el “populismo” en 1883. Fue la primera organización socialdemócrata rusa con carácter de tal y fue disuelta cuando se fundó el Partido Socialdemócrata Ruso (POSDR).

una repetición general del desarrollo de los acontecimientos. Por el contrario, cuanto mayor carácter mundial revista la economía capitalista, mayor carácter especial adquirirá la evolución de los países atrasados, donde los elementos retardatarios se combinan con los elementos más modernos del capitalismo.

En el prefacio de *La guerra campesina* escribía Engels: “En determinada etapa –que no llega necesariamente en todas partes al mismo tiempo o en un grado idéntico de desarrollo– la burguesía empieza a notar que su compañero, el proletariado, la supera”. La evolución histórica obligó a la burguesía rusa a hacer esta comprobación más pronto y de un modo más completo que a cualquier otra. Ya a principios de 1905 Lenin había expresado el carácter especial de la Revolución Rusa en la fórmula “dictadura democrática de obreros y campesinos”. Por sí misma, y así lo demostró el curso ulterior de los acontecimientos, esta fórmula no podía tener importancia sino como etapa hacia la dictadura socialista del proletariado con el apoyo de los campesinos.

Enteramente revolucionario y profundamente dinámico, el planteamiento de la cuestión por Lenin era radicalmente opuesto al esquema menchevique, según el cual Rusia sólo podía pretender repetir la historia de los pueblos avanzados, con la burguesía en el poder y la socialdemocracia en la oposición. No obstante, ciertos círculos de nuestro partido no acentuaban en la fórmula de Lenin la palabra “dictadura”, sino la palabra “democrática” para oponerla a la palabra “socialista”. Eso significaba que para Rusia, país atrasado, sólo se podía concebir la revolución democrática. La revolución socialista debía comenzar en occidente y sólo podíamos encauzarnos en la corriente del socialismo siguiendo a Inglaterra, Francia y Alemania. Pero este punto de vista derivaba de modo inevitable en menchevismo, y esto fue lo que apareció claramente en 1917, cuando se plantearon las tareas de la revolución no como cuestiones de pronóstico, sino como cuestiones de acción.

En las condiciones de la revolución, querer realizar la democracia total *contra* el socialismo –considerado como prematuro– equivalía, políticamente, a cambiar la posición proletaria por la posición de la pequeñoburguesía, convirtiéndose en el ala izquierda de la revolución nacional.

Considerada en sí misma, la Revolución de Febrero era esencialmente burguesa, pero había llegado demasiado tarde y no poseía por sí misma ningún elemento de estabilidad. Desgarrada por contradicciones que se manifestaron desde un principio en la dualidad de poderes, debía transformarse o bien en introducción directa a la revolución proletaria —lo cual aconteció— o bien, bajo un régimen de oligarquía burguesa, en el abandono de Rusia a su transformación en Estado semicolonial.

Por consiguiente, se podía considerar al período consecutivo a la Revolución de Febrero, ya sea como un período de consolidación, desarrollo o perfección de la revolución democrática, o como un período preparatorio de la revolución proletaria. Adoptaban el primer punto de vista, además de los mencheviques y SR, cierto número de dirigentes bolcheviques, quienes se distinguían de aquellos, empero, por el empeño que ponían en arrojar a Rusia a la izquierda de la revolución democrática. Sin embargo, el fundamento de su método era el mismo: consistía en “ejercer presión” sobre la burguesía dirigente, “presión” que no se saliese del molde del régimen democrático-burgués. Si hubiera triunfado esta política, el desarrollo de la revolución se habría efectuado fuera de nuestro partido y, a la postre, hubiéramos tenido una insurrección de las masas obreras y campesinas no dirigidas por el partido, o sea Jornadas de Julio en gran escala, una verdadera catástrofe. Es evidente que la consecuencia inmediata de esta catástrofe hubiera sido la destrucción del partido. Ello demuestra lo profundo de las divergencias que existían entonces.

La influencia de los mencheviques y SR durante el primer período de la revolución no era, por supuesto, fortuita: representaba la fuerte proporción de la pequeñoburguesía y ante todo de las masas campesinas en la población rusa, amén de la falta de madurez de la revolución. Precisamente este estado prematuro, en las condiciones especiales creadas por la guerra, dejó a los revolucionarios de la pequeñoburguesía —defensores de los derechos históricos de ésta en el poder— la posibilidad de dirigir al pueblo, al menos en apariencia.

Pero ello no significa que la Revolución Rusa debiera haber seguido el derrotero que en realidad siguió de Febrero a Octubre de 1917. Este no derivaba sólo de las relaciones de clase, sino también de condiciones temporarias creadas por la guerra. Gracias a ella, los campesinos se

hallaron organizados y equipados en un ejército de millones de hombres. Antes que el proletariado tuviera tiempo de organizar bajo su bandera a las masas rurales, conduciéndolas tras de sí, los revolucionarios de la pequeñoburguesía habían encontrado un apoyo natural en el ejército campesino sublevado contra la guerra. Ellos presionaron con todo el peso de este ejército innumerable, del que dependía directamente todo, sobre el proletariado y, al principio, lo arrastraron tras de sí.

La marcha de la revolución hubiera podido ser diferente sobre las mismas bases de clase, según lo demuestran mejor que nada los acontecimientos que precedieron a la guerra. En julio de 1914, Petrogrado fue sacudido por huelgas revolucionarias que, inclusive, suscitaron combates en la calle. Es indudable que la dirección de este movimiento pertenecía a la organización clandestina y a la prensa legal de nuestro partido. El bolchevismo consolidaba su influencia en la lucha directa contra los liquidadores y los partidos de la pequeñoburguesía en general. El desarrollo del movimiento hubiera motivado en primer lugar el crecimiento del partido bolchevique: si se hubieran instituido los soviets de diputados obreros en 1914, probablemente habrían sido bolcheviques desde el principio. El despertar del campo se hubiera efectuado bajo la dirección de los soviets urbanos, dirigidos por los bolcheviques. Esto no quiere decir necesariamente que los SR hubieran perdido inmediatamente toda la influencia que allí tenían. Según todas las probabilidades, se habría franqueado la primera etapa de la revolución proletaria bajo la bandera de los narodniki<sup>5</sup>. Pero estos últimos se habrían visto forzados a poner a la vanguardia a su ala izquierda, para estar en contacto con los soviets bolcheviques de las ciudades. Igualmente, en este caso, el resultado directo de la insurrección hubiera dependido, ante todo, del estado de ánimo y de la conducta del ejército, que estaba ligado a los campesinos.

Es imposible, y además inútil, tratar de adivinar ahora si el movimiento de 1914-1915 habría acarreado la victoria en caso de que no hubiera estallado la guerra. Pero hay muchos indicios para suponer que si la revolución victoriosa se hubiera desarrollado en el sentido que iniciaron los sucesos de julio de 1914, el derrocamiento del zarismo habría

5. *Narodnikis* (populistas): nombre ruso con el que se designaba a los SR.



ocasionado el advenimiento al poder de los soviets obreros revolucionarios quienes, al principio, por mediación de los narodniki de izquierda, hubieran atraído a su órbita a las masas campesinas.

La guerra interrumpió el movimiento revolucionario que había empezado a desarrollarse, lo aplazó y después lo aceleró por demás. En la forma de un ejército de varios millones de hombres la guerra creó una base excepcional, tanto política como organizativa, para los partidos de la pequeñoburguesía. Efectivamente, resulta difícil convertir al campesinado en base de organización, incluso cuando sea revolucionario. Los partidos de la pequeñoburguesía se imponían al proletariado y lo encerraban en las redes del *defensismo*<sup>6</sup>, apoyándose en la organización del ejército.

Es por ello que, desde un principio, Lenin combatió con encarnizamiento la vieja consigna de “dictadura democrática de obreros y campesinos”, que, dadas las nuevas condiciones, significaba la transformación del partido bolchevique en el ala izquierda del bloque defensista. Para Lenin, la tarea principal estribaba en sacar del pantano defensista a la vanguardia proletaria. Sólo con esta condición, el proletariado podría, en la etapa siguiente, llegar a ser el centro de reagrupamiento de las masas trabajadoras del campo.

Pero, ¿qué actitud era menester adoptar frente a la revolución democrática o, dicho con más exactitud, frente a la dictadura democrática de obreros y campesinos? Lenin increpa vigorosamente a los “viejos bolcheviques” que han desempeñado ya varias veces –dice– un triste papel en la historia de nuestro partido repitiendo sin inteligencia una fórmula “aprendida” en vez de “estudiar” las particularidades de la nueva situación real. “No hay que apegarse a las viejas fórmulas –añade–, sino a la nueva realidad. ¿Abarca esta realidad la fórmula “viejo-bolchevique” de Kamenev\* relativa a que no ha terminado la revolución democráticoburguesa? No; semejante fórmula es anticuada. Carece de valor y está muerta. Vanos serán los esfuerzos que se intenten para resucitarla”.

Es verdad que Lenin señaló ocasionalmente que los soviets de los diputados obreros, soldados y campesinos en el primer período

6. *Defensismo*: consistía en continuar la guerra con el argumento que el ejército alemán seguía bajo las órdenes del káiser.

de la Revolución de Febrero, encarnaron *hasta cierto punto* la dictadura democráticorevolucionaria de obreros y campesinos. Así fue en la medida en que tales soviets ejercieron el poder. Pero, según ha replicado el propio Lenin en muchas ocasiones, los soviets del período de Febrero ejercían sólo un semipoder; sostenían el poder de la burguesía, no sin mantenerla a raya con el peso de una semioposición. Precisamente es esta situación equívoca la que les permitía no salirse del marco de la coalición democrática de obreros, campesinos y soldados.

Aunque muy distante todavía de la dictadura, esta coalición propendía a ella conforme se apoyaba, antes que en relaciones estatales regularizadas, en la fuerza armada y en la alianza revolucionaria. La inestabilidad de los soviets conciliadores residía en el carácter democrático de tal coalición de obreros, campesinos y soldados, que ejercían un semipoder. Les quedaba la alternativa de ver disminuir su papel hasta la extinción o de tomar verdaderamente el poder en sus manos. Pero no podían asumirlo como coalición de obreros y campesinos representados por diferentes partidos, sino como dictadura del proletariado dirigida por un partido único que condujera a las masas campesinas tras de sí, empezando por las capas semi-proletarias.

En otros términos, la coalición democrática de obreros y campesinos sólo podía considerarse una forma preliminar del ascenso al poder, una tendencia, pero no un hecho. La conquista del poder debía romper la envoltura democrática, imponer a la mayoría de los campesinos la necesidad de seguir a los obreros, permitir que el proletariado realizara su dictadura de clase y, por razón idéntica, poner al orden del día, paralela a la democratización radical de las relaciones sociales, la injerencia socialista del Estado obrero en los derechos de la sociedad capitalista. Continuar, en estas condiciones, ateniéndose a la fórmula de la "dictadura democrática" equivalía, en realidad, a renunciar al poder y a arrinconar la revolución en un callejón sin salida.

La principal cuestión en litigio, a cuyo derredor giraban las demás, era la de si se debía luchar por el poder y asumirlo, o no. Eso basta para demostrar que no estábamos en presencia de aparentes

divergencias episódicas, sino al frente de dos tendencias de principio. Una de ellas era proletaria y conducía a la revolución mundial; la otra era democrática, de la pequeñoburguesía, y comportaba en último término la subordinación de la política proletaria a las necesidades de la sociedad burguesa en su proceso de reforma. Estas dos tendencias chocaron violentamente en todas las cuestiones del año 1917, por poco importantes que fuesen. La época revolucionaria, es decir, el momento de poner en actividad el caudal acumulado por el partido, debía motivar inevitablemente algunos desacuerdos del mismo género. En mayor o menor escala, ambas tendencias se manifestarán aún muchas veces en todos los países, durante los períodos revolucionarios, con las diferencias motivadas por cada situación. Si por “bolchevismo” se entiende una educación, un temple, una organización de la vanguardia proletaria capaz de tomar el poder por la fuerza; si por “socialdemocracia” se entiende el reformismo y la oposición dentro del marco de la sociedad burguesa, así como la adaptación a la legalidad de ésta, o sea la educación de las masas en la idea de la inmutabilidad del Estado burgués; está claro que, la lucha entre las tendencias socialdemócratas y el bolchevismo—incluso en un partido comunista, que no surge completamente armado de la forja de la historia—, debe manifestarse de la manera más clara y abierta en el período revolucionario, cuando se plantea directamente la cuestión del poder.

Hasta el 4 de abril, es decir después de que Lenin llegó a Petrogrado, no se planteó ante el partido el problema de la conquista del poder. Pero, aun a partir de este momento, la línea del partido no tiene un carácter continuo, indiscutible para todos. A pesar de las decisiones de la Conferencia de Abril de 1917<sup>7</sup>, durante todo el período preparatorio, se manifiesta una resistencia tan sorda como declarada hacia la vía revolucionaria.

El estudio del desarrollo de las divergencias entre Febrero y la consolidación de la Revolución de Octubre, no sólo ofrece un interés teórico excepcional, sino también una importancia práctica inconmensurable.

7. La *Conferencia Panrusa de Abril* de los bolcheviques se celebró en Petrogrado del 24 al 29 de abril.

En 1910, Lenin había calificado de “anticipatorios” los desacuerdos que se habían manifestado en el II Congreso de 1903. Conviene seguir estos desacuerdos desde su origen o sea desde 1903 y aun desde el “economismo”<sup>8</sup>. Pero este estudio carecería de sentido si no fuera completo y no comprendiera, asimismo, el período en que las divergencias fueron sometidas a la prueba decisiva de Octubre.

En estas páginas no podemos proceder a un examen profundo de todas los estadios de dicha lucha. Pero creemos necesario llenar parcialmente el inadmisibles vacío que existe en nuestra literatura respecto al período más importante del desarrollo de nuestro partido.

Como hemos dicho ya, el núcleo de las citadas divergencias es la cuestión del poder. Sobre este extremo se basa el criterio que permite determinar el carácter de un partido revolucionario y de un partido no revolucionario.

En el período que estudiamos se formula y resuelve la cuestión de la guerra en estrecha conexión con la del poder. Examinaremos ambas por orden cronológico: la posición del partido y de su prensa en el período inmediato al derrocamiento del zarismo, antes de la llegada de Lenin; la lucha en torno a las tesis de Lenin, la Conferencia de Abril, las consecuencias de las Jornadas de Julio, la sublevación de Kornilov, la Conferencia Democrática y el Preparlamento, la insurrección armada y la toma del poder (septiembre-octubre), el gobierno “homogéneo” socialista.

Creemos que el estudio de estas divergencias nos permitirá deducir conclusiones de considerable importancia para los demás partidos de la Internacional Comunista.

## LA LUCHA CONTRA LA GUERRA Y EL DEFENSISMO

En febrero de 1917 el derrocamiento del zarismo constituía, sin duda, un salto gigantesco hacia adelante. Pero, considerada en sí misma y no como un paso hacia Octubre, la Revolución de Febrero

8. *Economismo*: variante rusa de sindicalismo. Sostenía que la lucha por reivindicaciones económicas era suficiente para desarrollar espontáneamente el movimiento de masas, su conciencia política y una dirección activa.

significaba únicamente una aproximación de Rusia al tipo de república burguesa que existe, por ejemplo, en Francia. Claro que los partidos revolucionarios de la pequeñoburguesía no la consideraron una revolución burguesa; pero tampoco la estimaron como una etapa de la revolución socialista, considerándola una adquisición “democrática” que tenía por sí misma un valor independiente. Sobre esta premisa fundaron la ideología del defensismo revolucionario. No defendían la dominación de tal o cual clase, sino la “revolución” y la “democracia”. Dentro de nuestro partido, inclusive, la Revolución de Febrero ocasionó al principio una mudanza notable de las perspectivas revolucionarias. En marzo, *Pravda*<sup>9</sup> se hallaba más cerca del defensismo “revolucionario” que de la posición de Lenin.

“Cuando dos ejércitos están frente a frente —decía un artículo— sería la política más absurda la que propusiera a uno de ellos rendir las armas y regresar a sus hogares. No sería ésta una política de paz, sino de esclavitud, que rechazaría con indignación un pueblo libre. No, el pueblo se mantendrá en su puesto con firmeza y devolverá balazo por balazo, proyectil por proyectil”. (“Ninguna diplomacia secreta”, *Pravda* N° 9, 15 de marzo de 1917). Nótese que aquí no se trata de las clases dominantes u oprimidas, sino del pueblo libre; no son las clases las que luchan por el poder, sino el pueblo libre que está “en su puesto”. Tanto las ideas como la manera de formularlas son puramente defensistas. En el mismo artículo leemos: “Nuestra consigna no es la desorganización del ejército revolucionario o que se revoluciona, ni la vacua divisa de ‘¡Abajo la guerra!’ Nuestra consigna es: presión (!) sobre el gobierno provisional para forzarle a que intente resueltamente, ante la democracia del mundo (!), obligar (!) a todos los países beligerantes el comienzo inmediato de negociaciones respecto a la manera de terminar la guerra mundial. Hasta entonces cada uno (!) permanecerá en su puesto de combate”.

Este programa de presión sobre el gobierno imperialista para obligarlo a seguir un camino de paz era el de Kautsky y Ledebur en Alemania, Longuet en Francia, Mac Donald en Inglaterra; pero no el del bolchevismo. En su artículo, la redacción no se contenta con aprobar el

9. *Pravda* reapareció en marzo de 1917 pero Lenin tomó la dirección en sus manos a partir del 5 de abril.

famoso manifiesto del Soviet de Petrogrado: “A los pueblos del mundo entero” –manifiesto impregnado del espíritu del defensismo “revolucionario”–; se solidariza con las resoluciones francamente defensistas adoptadas en dos mítines de Petrogrado y de las cuales declara: “Si las democracias alemana y austriaca no oyen nuestra voz –es decir, la voz del gobierno provisional y del sôviet conciliador [LT]–, defenderemos nuestra patria hasta verter la última gota de nuestra sangre”.

El artículo al que aludimos no supone una excepción, sino que expresa con exactitud la posición de *Pravda* hasta que regresó Lenin a Rusia. Así, en otro artículo “Sobre la guerra” (*Pravda* N° 10, 16 de marzo de 1917), que contiene, sin embargo, algunas observaciones críticas acerca del manifiesto a los pueblos, encontramos la siguiente declaración: “No se puede por menos de aclamar el llamamiento de ayer, con el que el Soviet de Petrogrado de Diputados Obreros y Soldados invita a los pueblos del mundo entero a forzar a sus gobiernos para que cese la carnicería”. ¿Cómo hallar una salida a la guerra? El mismo artículo responde: “La salida consiste en una presión sobre el gobierno provisional con el fin de hacerle declarar que accede a iniciar inmediatamente negociaciones de paz”.

Podríamos dar buen acopio de citas análogas de carácter defensivo y conciliador más o menos disfrazado. En este momento, Lenin, que no había conseguido aún escapar de Zurich, se pronunciaba vigorosamente, en sus *Cartas desde lejos*<sup>10</sup>, contra toda sombra de concesión a defensistas y conciliadores. “Es inadmisibles, absolutamente inadmisibles –escribía el 8 de marzo–, disimularse y disimular al pueblo que este gobierno quiere la continuación de la guerra imperialista, que es el agente del capital inglés, que persigue la restauración de la monarquía y la consolidación de la dominación de los terratenientes, así como la de los capitalistas”. Después, el 12 de marzo, insiste: “Pedir que este gobierno concluya una paz democrática equivale a predicar virtud al explotador

10. Lenin escribió las *Cartas desde lejos* desde Suiza, entre el 2 y el 8 de abril. Única-mente la primera de la serie llegó a Petrogrado para ser publicada en los números 14 y 15 de *Pravda* (“La primera etapa de la primera revolución”). Las restantes aparecieron por primera vez en 1924, en el número 2 de las *Obras Completas* (edición rusa). La quinta (“Problemas de la organización proletaria revolucionaria del Estado”), comenzada el 8 de abril, día de la partida de Suiza, nunca fue terminada por Lenin.

de un burdel”. Mientras *Pravda* exhorta a ejercer presión sobre el gobierno provisional para obligarlo a intervenir en pro de la paz ante “la democracia del mundo”, Lenin escribe:

“Dirigirse al gobierno Guchkov-Miliukov para proponerle concluir cuanto antes una paz honrosa, democrática, es actuar como un buen pope de aldea que propusiera a los terratenientes y a los mercaderes vivir según la ley de Dios, amar a su prójimo y brindar la mejilla derecha cuando se les abofetee la izquierda”.

El 4 de abril, al día siguiente de llegar a Petrogrado, Lenin se manifestó resueltamente contra la posición de *Pravda* en la cuestión de la guerra y la paz: “No se debe otorgar apoyo alguno –escribía– al gobierno provisional; hay que explicar la mentira de todas sus promesas, en particular la que concierne a la renuncia a las anexiones. Es menester desenmascarar a este gobierno en vez de pedirle (reivindicación sólo apropiada para provocar ilusiones) que ‘cese’ de ser imperialista”. Huelga añadir cómo Lenin califica de “famoso” y “confuso” el llamamiento de los conciliadores del 14 de marzo, acogido de tan favorable modo por *Pravda*. Constituye una hipocresía imponderable invitar a los demás pueblos a romper con sus banqueros y crear simultáneamente un gobierno de coalición con ellos. “Los hombres del centro –dice Lenin en su proyecto de bases– juran que son marxistas e internacionalistas que quieren la paz, así como toda suerte de presiones sobre su gobierno con el objetivo de que ‘manifieste la voluntad pacifista del pueblo’”.

¿Pero acaso –se podría objetar desde luego– un partido revolucionario renuncia a ejercer presión sobre la burguesía y su gobierno? Evidentemente, no. La presión sobre el gobierno burgués es el camino de las reformas. Un partido marxista revolucionario no renuncia a ellas, aunque éstas se refieran a cuestiones secundarias y no a cuestiones esenciales. No se puede obtener el poder por medio de reformas ni se puede, por medio de una presión, forzar a la burguesía a cambiar su política en una cuestión de la que depende su suerte. Precisamente por no haber dado lugar a una presión reformista, la guerra creó una situación revolucionaria. Era necesario seguir a la burguesía hasta el fin o sublevar a las masas contra ella para arrancarle el poder. En el primer caso, podrían obtenerse ciertas concesiones de política interior, a condición de apoyar sin reservas la política exterior del imperialismo. Por eso el reformismo

socialista se transformó abiertamente en socialimperialismo desde el principio de la guerra. Por eso se vieron obligados los elementos revolucionarios verdaderos a crear una nueva Internacional.

El punto de vista de *Pravda* no era proletario-revolucionario, sino demócrata-defensista, aunque equívoco en su defensismo. “Hemos derrocado el zarismo –se decía–, y ejercemos una presión sobre el gobierno democrático. Este debe proponer la paz a los pueblos. Si la democracia alemana no puede pesar sobre su gobierno, defenderemos nuestra ‘patria’ hasta verter la última gota de nuestra sangre”. La realización de la paz no se había planteado como tarea exclusiva de la clase obrera –tarea que debía llevarse a cabo por encima de la cabeza del gobierno provisional burgués–, porque la conquista del poder por el proletariado no se había planteado como tarea revolucionaria práctica. Sin embargo, ambas cosas eran inseparables.

## LA CONFERENCIA DE ABRIL

Para muchos dirigentes del partido, el discurso de Lenin en la estación de Finlandia sobre el carácter socialista de la Revolución Rusa, estalló como una bomba. La polémica entre él y los partidarios del “perfeccionamiento de la revolución democrática”, se inició desde el primer día.

La demostración armada de abril<sup>11</sup>, en la cual resonó, la consigna de “¡Abajo el gobierno provisional!”, daría ocasión a un conflicto agudo. A ciertos representantes del ala derecha les sirvió de pretexto para acusar de blanquismo a Lenin. Se decía que no cabría derribar al gobierno provisional, apoyado entonces por la mayoría del soviet,

11. Una demostración armada espontánea de 25 a 30.000 soldados apoyados por obreros, salieron a la calle con la consigna de “Que renuncie Miliukov”, responsable de la prolongación de la guerra. El 21 de abril, el Comité de Petrogrado de los bolcheviques llamó a la realización de otra demostración. El Comité Central de los cadetes llamó a su vez a sus partidarios a “unirse alrededor del gobierno provisional y apoyarlo”. Los elementos burgueses patrioterros chocaron con los obreros y se produjeron escaramuzas sangrientas.



sino torciendo la voluntad de la mayor parte de los trabajadores. Formalmente, el reproche podía no parecer desprovisto de fundamento. En realidad, la política de Lenin en abril, no delataba ni sombra de blanquismo. Para él, toda la cuestión se reducía a saber en qué medida los soviets continuaban reflejando el estado de ánimo verdadero de las masas y a determinar si el partido no se engañaba al orientarse por ellos. La manifestación de abril, que había sido “más izquierdista” de lo que convenía, implicaba un reconocimiento destinado a comprobar el estado de ánimo de las masas, así como las relaciones entre estas últimas y la mayoría del soviet, demostrando la necesidad de un largo trabajo preparatorio. A principios de mayo, Lenin reprobó en tono severo la conducta de los marineros de Kronstadt, quienes, movidos por su ímpetu, se habían excedido y habían declarado no reconocer el gobierno provisional.

De muy diferente manera abordaban la cuestión los adversarios de la lucha por el poder. En la Conferencia de Abril del partido, Kamenev exponía sus quejas: “En el número 19 de *Pravda*, unos camaradas –evidentemente se trata de Lenin [LT]– proponían una resolución sobre el derrocamiento del gobierno provisional, resolución impresa antes de la última crisis; pero la han rechazado luego por ser susceptible de introducir la desorganización y aventurada. Bien se ve que los camaradas en cuestión se habían enterado de algo durante esa crisis. La resolución propuesta –es decir, la resolución propuesta por Lenin en la Conferencia [LT]– reitera esta falta”.

Resulta significativa en alto grado semejante manera de plantear la cuestión. Una vez efectuado el reconocimiento, Lenin retiró la consigna de un derrocamiento inmediato del gobierno provisional; pero la retiró temporalmente, por unas semanas o por unos meses, según la mayor o menor rapidez con que creciera la indignación de las masas contra los conciliadores. Por su parte, la oposición consideraba errónea tal consigna. La demora provisional de Lenin no comportaba ninguna modificación de su línea de conducta. Lenin no se basaba en el hecho de que todavía no estuviera terminada la revolución democrática, sino sólo en el de que la masa aún era incapaz de derribar al gobierno provisional y que se requería cuanto antes hacerla capaz de abatirlo.

Toda la Conferencia de Abril del partido se consagró a la siguiente cuestión esencial: “¿Vamos a la conquista del poder para realizar la revolución socialista, o ayudamos a perfeccionar la revolución democrática?” Por desgracia, todavía permanece sin publicar la reseña de esa conferencia. Sin embargo, quizás no haya en la historia de nuestro partido un congreso que tuviera una importancia tan grande y tan directa para la suerte de nuestra revolución.

Lucha irreductible contra el defensismo y los defensistas, conquista de la mayoría en los soviets, derrocamiento del gobierno provisional por mediación de los soviets, política revolucionaria de paz, programa de revolución socialista en el interior y de revolución internacional en el exterior: ese era el programa de Lenin. Como se sabe, la oposición propugnaba el perfeccionamiento de la revolución democrática por medio de una presión sobre el gobierno provisional, debiendo permanecer los soviets como órganos de “control” cerca del poder burgués. De lo que se desprende una actitud más conciliadora con respecto al defensismo.

En la Conferencia de Abril uno de los adversarios de Lenin argumentó así: “Hablamos de los soviets de diputados obreros y soldados como de centros organizadores de nuestras fuerzas y del poder (...) Por sí solo su nombre indica que constituyen un bloque de fuerzas pertenecientes a la pequeñoburguesía y al proletariado, para quienes se impone la necesidad de rematar las tareas democráticoburguesas. Si hubiera terminado la revolución democráticoburguesa, no podría existir este bloque (...) y contra él orientaría el proletariado la lucha revolucionaria (...) Sin perjuicio de lo anterior, reconocemos a esos soviets la calidad de centros de organización de nuestras fuerzas (...). Así, pues, aún no está acabada la revolución burguesa, que no ha dado todo su rendimiento, y debemos reconocer que, si estuviera terminada por completo, pasaría el poder a manos del proletariado” (Discurso de Kamenev).

La inconsistencia de este razonamiento es evidente: efectivamente, la revolución no “terminará por completo” en tanto que el poder no pase a otras manos. El autor del discurso precitado, ignora el verdadero eje de la revolución, no deduce las tareas del partido del agrupamiento real de las fuerzas de clase, sino de una definición formal

de la revolución considerada burguesa o democráticoburguesa. Según él, es menester formar bloque con la pequeñoburguesía y controlar el poder burgués en tanto que no esté perfeccionada la revolución burguesa. Ello implica un esquema de claro sentido menchevique. Al limitar desde el punto de vista doctrinal las tareas de la revolución con el apelativo de ésta —revolución “burguesa”—, había de llegarse fatalmente a la política de presionar al gobierno provisional, a la reivindicación de un programa de paz sin anexiones, etc. ¡Por perfeccionamiento de la revolución democrática se sobreentendía la realización de una serie de reformas por mediación de la Asamblea Constituyente, donde el partido bolchevique desempeñaría el papel de ala izquierda!

Así, la consigna de “Todo el poder a los soviets”, perdía su verdadero contenido. Esto fue lo que en la Conferencia de Abril declaró Noguín\*, más lógico que sus camaradas de oposición: “En el curso evolutivo desaparecen las atribuciones más importantes de los soviets, y una serie de sus funciones administrativas se transmite a los municipios, a los zemstvos, etc. Consideremos el desarrollo ulterior de la organización estatal. No podemos negar que habrá una Asamblea Constituyente y, en consecuencia, un parlamento. De ahí resulta que, progresivamente, se irá descargando de sus principales funciones a los soviets; pero ello no quiere decir que terminen su existencia de una manera vergonzosa. Se limitarán a transmitir sus funciones. No será con soviets del tipo actual con los que llegue a realizarse entre nosotros la república comunal”.

Por último, un tercer opositor abordó la cuestión desde el punto de vista de la madurez de Rusia para el socialismo: “Al enarbolar la consigna de la revolución proletaria, ¿podemos contar con el apoyo de las masas? No, porque Rusia es el país de Europa donde más domina la pequeñoburguesía. Si el partido adopta la plataforma de la revolución socialista, se transformará en un círculo de propagandistas. Debe desencadenarse la revolución desde occidente... ¿Dónde saldrá el sol de la revolución socialista? Dado el estado de cosas que reina entre nosotros, dada la preponderancia de la pequeñoburguesía, estimo que no nos incumbe tomar la iniciativa de esa revolución. No disponemos de las fuerzas necesarias para ello,

además de faltarnos las condiciones objetivas. En occidente se plantea la cuestión de la revolución socialista casi de la misma forma que, para nosotros, se plantea el derrocamiento del zarismo”.

No todos los adversarios de Lenin sacaban en la Conferencia de Abril las mismas conclusiones que Noguín; pero todos, por la lógica de las circunstancias, se vieron obligados a aceptarlas unos meses más tarde, en vísperas de Octubre. Dirigir la revolución proletaria o circunscribirse al papel de oposición en el parlamento burgués, suponía la alternativa a la cual se hallaba reducido nuestro partido. La segunda posición era menchevique, o dicho más exactamente, era la posición que no tuvieron más remedio que adoptar los mencheviques después de la Revolución de Febrero.

En efecto, durante años, los líderes mencheviques habían afirmado que la revolución futura sería burguesa, que el gobierno de una revolución burguesa no podía llevar a cabo sino las aspiraciones de la burguesía, que la socialdemocracia no podía asumir las tareas de la democracia burguesa y debería, “sin dejar de impulsar a la burguesía hacia la izquierda”, confinarse a un papel de oposición. En particular, Martinov\* no se había cansado de desarrollar este tema. Con la Revolución de Febrero los mencheviques se encontraron en el gobierno. De su posición de *principios* no conservaron más que la tesis relativa a que el proletariado no debía adueñarse del poder. Así, pues, aquellos bolcheviques que condenaban al ministerialismo menchevique, mientras se alzaban contra la toma del poder por el proletariado, se atrincheraban de hecho en las posiciones prerrevolucionarias de los mencheviques.

La revolución provocó desplazamientos políticos en dos sentidos: los reaccionarios se hicieron cadetes y los cadetes, republicanos (desplazamiento hacia la izquierda); los SR y los mencheviques se hicieron partido burgués dirigente (desplazamiento hacia la derecha). Por procedimientos de este tipo, la sociedad burguesa intentaba crear una nueva armazón para su poder estatal, su estabilidad y su orden.

Pero, mientras los mencheviques abandonaban su socialismo formal por la democracia vulgar, la derecha de los bolcheviques se pasaba al socialismo formal, o sea, a la posición que ocuparan los mencheviques en la víspera.

En la cuestión de la guerra se produjo el mismo reagrupamiento. Con excepción de algunos doctrinarios, la burguesía —que, por cierto, ya casi no esperaba la victoria militar— adoptó la fórmula de “ni anexiones ni indemnizaciones”. Los mencheviques y los SR zimmerwaldianos, que habían criticado a los socialistas franceses porque defendían su patria republicana burguesa, se convirtieron en defensores no bien se sintieron en una república burguesa: de la posición internacionalista pasiva se pasaban al patriotismo activo. Al propio tiempo, la derecha bolchevique se deslizó al internacionalismo pasivo de “presión” sobre el gobierno provisional, en vistas a una paz democrática “sin anexiones ni indemnizaciones”. De tal manera, la fórmula de la dictadura democrática de obreros y campesinos se disloca teórica y políticamente en la Conferencia de Abril y suscita dos puntos de vista opuestos: el democrático, enmascarado con restricciones socialistas formales, y el socialista revolucionario, el punto de vista auténticamente bolchevique y leninista.

#### LAS JORNADAS DE JULIO, LA SUBLEVACIÓN DE KORNILOV, LA CONFERENCIA DEMOCRÁTICA Y EL PREPARLAMENTO

Las decisiones de la Conferencia de Abril proporcionaron al partido una base justa; pero no liquidaron las divergencias que se evidenciaban en lo alto de la dirección. Por el contrario, durante el curso de los acontecimientos, estas divergencias iban a revestir formas todavía más concretas y a alcanzar su máxima agudeza en el momento más grave de la revolución: en las Jornadas de Octubre.

La tentativa de organizar una demostración el 10 de junio, tentativa sugerida por Lenin, fue condenada por aquellos bolcheviques que habían desaprobado el carácter de la manifestación de abril. La demostración del 10 de junio no tuvo lugar, pues la prohibió el Congreso de los Soviets. Pero el 18 de junio se tomó el partido su desquite: la manifestación general de Petrogrado, organizada con arreglo a la iniciativa (bastante imprudente por cierto) de los conciliadores, se efectuó casi en su totalidad siguiendo las consignas bolcheviques. Sin embargo, el gobierno insistió en seguir su camino y emprendió una

ofensiva estúpida en el frente. Era el momento decisivo. Lenin puso al partido en guardia contra las imprudencias y, el 21 de junio, escribía en *Pravda*: “Camaradas, en la hora actual un acto demostrativo no sería racional. Nos vemos obligados ahora a pasar por una etapa completamente nueva de nuestra revolución”. Pero vinieron las jornadas que marcaron un momento importante en el camino de la revolución y el desarrollo de las divergencias dentro del partido.

En aquellas jornadas la presión espontánea de las masas petersburguesas desempeñó un papel decisivo. Pero es indudable que Lenin se preguntaba entonces si no habría llegado el momento, si el estado de ánimo de las masas no había sobrepasado la superestructura soviética y si, hipnotizados por la legalidad soviética, no corríamos el riesgo de retrasarnos con respecto a las masas y apartarnos de ellas. Es probable que durante las Jornadas de Julio tuvieran lugar algunas operaciones puramente militares por iniciativa de camaradas sinceramente persuadidos de no estar en desacuerdo con la apreciación que de la situación hiciera Lenin. Más tarde, el propio Lenin diría: “En julio cometimos bastantes tonterías”. En realidad, también esta vez, se redujo el asunto a un reconocimiento, aunque de mayor envergadura, y a una etapa más avanzada del movimiento.

Tuvimos que batirnos en retirada. Al prepararse para la insurrección y para la toma del poder, Lenin y el partido sólo vieron en la intervención de julio, un episodio donde habíamos pagado bastante caro el profundo reconocimiento efectuado entre las fuerzas enemigas, pero que no podría hacer desviar la línea general de nuestra acción. Por el contrario, los camaradas hostiles a la política de tomar el poder verían en el episodio una aventura perjudicial. Reforzaron su movilización los elementos del ala derecha, y su crítica se volvió más categórica. Por consiguiente, cambió el tono de la réplica, escribiendo Lenin: “Todas esas lamentaciones, todas esas reflexiones que tienden a probar cómo no habría convenido intervenir, provienen de renegados, si emanan de bolcheviques, o son manifestaciones del pavor y la confusión peculiares a los pequeñoburgueses”. El calificativo de renegados pronunciado en ese momento proyectaba una luz trágica sobre las divergencias dentro del partido. En lo sucesivo se repetiría con más frecuencia cada vez.

La actitud oportunista en la cuestión del poder y de la guerra prede-terminaba, evidentemente, una actitud análoga respecto a la Internacional. Los derechistas intentaron hacer participar al partido en la Conferencia de Estocolmo de los socialpatriotas. El 16 de agosto, escribió Lenin: “El discurso de Kamenev en el Consejo Central Ejecutivo del 6 de agosto, con motivo de la Conferencia de Estocolmo, sólo puede ser reprobado por los bolcheviques fieles a su partido y a sus principios”. Más adelante, con relación a una frase en la que se decía que empezaba a ondear sobre Estocolmo la bandera revolucionaria, Lenin escribía: “Es una declamación hueca en el espíritu de Chernov y Tseretelli, una mentira indignante. No es la bandera revolucionaria, sino la bandera de las transacciones, de los acuerdos, de la amnistía de los socialimperialistas, de las negociaciones de los banqueros para el reparto de los territorios anexados la que empieza a ondear sobre Estocolmo”.

La vía que llevaba a Estocolmo conducía, realmente, a la II Internacional, lo mismo que la participación en el Preparlamento llevaba a la república burguesa. Lenin optó por el boicot a la Conferencia de Estocolmo, como más tarde optó por el boicot al Preparlamento. En el mayor encono de la lucha, ni por un instante olvidó la tarea de la creación de una nueva Internacional, de una Internacional Comunista.

El 10 de abril, ya interviene para pedir el cambio de nombre del partido. Véase cómo aprecia las objeciones que se le hacen: “Esos son argumentos de la rutina, de la torpeza, de la pasividad”. E insiste: “Ha llegado la hora de quitarnos nuestra camisa sucia, de ponernos ropa limpia”. Sin embargo, fue tan fuerte la resistencia en las esferas dirigentes, que hubo que guardar un año para que el partido se decidiera a cambiar de nombre, a volver a las tradiciones de Marx y Engels. He aquí un episodio característico de la actuación de Lenin durante todo el año 1917. En el giro más brusco de la historia, no deja de llevar adelante dentro del partido, una lucha encarnizada contra el pasado en nombre del futuro. Y la resistencia de ayer que enarbola el estandarte de la tradición alcanza, por momentos, una agudeza extrema.

La sublevación de Kornilov, que produjo un cambio sensible a favor nuestro, atenuó temporalmente los desacuerdos aunque no los hizo desaparecer. En un momento dado, se manifestó en el ala derecha una tendencia de aproximación al partido y a la mayoría soviética en

el marco de la defensa de la revolución y, en cierto modo, de la patria. A principios de septiembre, reacciona Lenin en su carta al Comité Central [CC]: “Abrigo la convicción profunda de que admitir el punto de vista de la defensa nacional, o como hacen algunos bolcheviques, llegar a formar bloque con los SR, a sostener al gobierno provisional, supone el error más craso al propio tiempo que da prueba de una falta absoluta de principios. No nos convertiremos en defensores ‘hasta después’ de la toma del poder por el proletariado...”. Más adelante añade: “Ni siquiera ahora debemos apoyar al gobierno de Kerensky. Sería faltar a los principios. ‘¿Acaso no hay que combatir a Kornilov?’, se nos objetará. Claro que sí; pero, entre combatir a Kornilov y apoyar a Kerensky, media una diferencia, existe un límite, y este límite lo franquean algunos bolcheviques, cayendo en el ‘conciliacionismo’, dejándose arrastrar por el torrente de los acontecimientos”.

La Conferencia Democrática y el Preparlamento al cual dio origen, marcaron una nueva fase en el desarrollo de las divergencias. Mencheviques y SR procuraban atar a los bolcheviques con la legalidad soviética y transformar a ésta de manera indolora en legalidad parlamentaria burguesa. La derecha bolchevique simpatizaba con semejante táctica. Hemos visto cómo se figuraban los derechistas el desarrollo de la revolución: los soviets entregarían progresivamente sus funciones a las instituciones calificadas (municipios, zemstvos, sindicatos) y, al fin, vendría la Asamblea Constituyente, y por eso mismo ellos saldrían de la escena política. La vía del Preparlamento debía encaminar el pensamiento político de las masas hacia la Asamblea Constituyente, coronación de la revolución democrática. Pero entonces los bolcheviques tenían mayoría en los soviets de Petrogrado y Moscú, y aumentaba diariamente nuestra influencia en el ejército. Ya no se trataba de pronósticos ni de perspectivas; se trataba de la elección del camino por el cual iba a ser necesario avanzar sin demora.

La conducta de los partidos conciliadores en la Conferencia Democrática fue de una bajeza despreciable. Sin embargo, nuestra propuesta de abandonar ostensiblemente esta Conferencia, donde corríamos el riesgo de hundirnos, se estrellaba contra una resistencia categórica de los elementos de derecha, que aún influían mucho en la dirección de nuestro partido. Las colisiones sobre esta cuestión prolongaron la



lucha sobre la cuestión del boicot al Preparlamento. El 24 de septiembre, o sea, después de la Conferencia Democrática, escribía Lenin: “Los bolcheviques Debían irse de allí en señal de protesta a fin de no caer en la trampa de la Conferencia, que procura desviar la atención popular de las cuestiones serias”.

A pesar de su campo restringido, los debates dentro de la fracción bolchevique en la Conferencia Democrática sobre la cuestión del boicot al Preparlamento, tuvieron excepcional importancia. En realidad, la tendencia más amplia de los derechistas era encauzar el partido por la vía del “perfeccionamiento de la revolución democrática”. Probablemente, no se hizo reseña taquigráfica de estos debates; de cualquier modo, hasta el presente, que yo sepa, no se ha podido encontrar una sola nota del secretario. Al redactar esta recopilación, he descubierto entre mis papeles algunos materiales, extremadamente limitados, sobre este tema. Kamenev desarrolló el argumento que, más tarde, con una forma más violenta y más clara, se expuso en la carta de él y Zinoviev a los organismos del partido (11 de octubre). Fue Noguín quien planteó la cuestión con mayor lógica. El boicot del Preparlamento, decía, constituye, en sustancia, un llamamiento a la insurrección, es decir, a la repetición de las Jornadas de Julio. Nadie osaría entorpecer la misma institución por el único motivo de ostentar el nombre del Preparlamento.

El concepto esencial de los derechistas era que la revolución llevaba inevitablemente de los soviets al parlamentarismo burgués, que el Preparlamento representaba una etapa natural de este camino, que no había razón para negarnos a participar en él, desde el momento en que nos disponíamos a sentarnos en los escaños de izquierda del parlamento. Convenía, a su entender, perfeccionar la revolución democrática. Pero ¿cómo prepararse para ella? Por la escuela del parlamentarismo burgués, pues los países avanzados implican para los países retardatarios la imagen de su desarrollo futuro. Se concebía el derrocamiento del zarismo de acuerdo a un criterio revolucionario, como en realidad se había producido; pero la conquista del poder por el proletariado se concebía de acuerdo a un criterio parlamentario, sobre las bases de la democracia acabada. Entre la revolución burguesa y la revolución proletaria habrían de transcurrir largos años de régimen democrático. La lucha por la participación en el Preparlamento era una lucha por la

“europeización” del movimiento obrero, por su canalización lo más rápida posible en el cauce de la “lucha” democrática “por el poder”, es decir, en el cauce de la socialdemocracia. Nuestra fracción en la Conferencia Democrática contaba con más de cien miembros y en nada se distinguía, sobre todo en aquella época, de un congreso del partido. Una amplia mitad de esta fracción se pronunció por la participación en el Preparlamento. Ya de por sí, este solo hecho era suficiente para suscitar serias inquietudes y, en efecto, a partir de ese momento, Lenin no dejó de dar la voz de alarma.

En los días de la Conferencia Democrática, Lenin escribía: “Por nuestra parte, implicaría una falta grave, una manifestación de cretinismo parlamentario sin igual, comportarnos respecto a la Conferencia Democrática como respecto a un parlamento. Porque, aun cuando se proclamara al parlamento soberano de la revolución, no decidiría nada. La decisión reside fuera de ella, en los barrios obreros de Petrogrado y Moscú”. Ésta era la opinión de Lenin sobre la participación en el Parlamento que demuestran sus numerosas declaraciones y, en particular, su carta del 29 de septiembre al CC, donde habla de “culpas indignantes de los bolcheviques, como la vergonzosa decisión de participar en el Preparlamento”. Para él esta decisión suponía la manifestación de las ilusiones democráticas y de los errores de los pequeñoburgueses contra las que no había cesado de combatir desarrollando y perfeccionando, en el transcurso de esa lucha, toda su concepción de la revolución proletaria.

No era cierto que debiesen mediar largos años entre la revolución burguesa y la revolución proletaria; no era cierto que la escuela del parlamentarismo constituyese la única o la principal escuela preparatoria para la conquista del poder; no era cierto que la vía que llevaba al poder tuviera que pasar necesariamente por la democracia burguesa. Se trataba de abstracciones inconsistentes, de esquemas doctrinarios, cuyo resultado se reducía únicamente a encadenar la vanguardia, a hacer de ella, por mediación del mecanismo estatal “democrático”, la oposición, la sombra política de la burguesía; se trataba de manifestaciones de la socialdemocracia. Era menester no dirigir la política del proletariado según los esquemas escolásticos, sino siguiendo la corriente real de la lucha de clases. No convenía ir al Preparlamento, sino organizar la insurrección y

arrancar el poder al adversario. Lo demás vendría por añadidura. Incluso Lenin proponía convocar un congreso extraordinario del partido, cuya plataforma fuera el boicot al Preparlamento. Desde entonces, todos sus artículos y cartas desarrollan la idea de que no se debía pasar por el Preparlamento y ponerse a remolque de los conciliadores, sino echarse a la calle con el objetivo de comenzar la lucha por el poder.

## EN VÍSPERAS DE LA INSURRECCIÓN

No hubo necesidad de reunir un congreso extraordinario. La presión de Lenin logró el necesario desplazamiento de las fuerzas hacia la izquierda en el CC, así como en la fracción del Preparlamento, de donde salieron los bolcheviques el 10 de octubre.

En Petrogrado, se promovió el conflicto del soviét con el gobierno por la cuestión del envío al frente de las unidades de la guarnición que simpatizaban con el bolchevismo. El 16 de octubre, se creó el Comité Militar Revolucionario, órgano soviético legal de la insurrección. La derecha del partido se esforzaba por frenar el curso de los acontecimientos. Entraba en una fase decisiva la lucha de tendencias dentro del partido, y de clases dentro del país. En la carta “Sobre el momento presente”, firmada por Kamenev y Zinoviev, es donde mejor se esclarece y argumenta la posición de la derecha. Escrita el 11 de octubre, dos semanas antes de la insurrección y enviada a los principales organismos del partido, esta carta se alza categóricamente contra la decisión del CC en lo que concierne a la insurrección armada.

Poniendo en guardia al partido contra la subestimación de las fuerzas del enemigo, subestimando, en realidad, monstruosamente a las fuerzas de la revolución, y negando hasta la existencia del estado de ánimo combativo entre las masas, los autores del documento (¡dos semanas antes del 25 de octubre!) declaraban: “Estamos profundamente convencidos que proclamar en este momento la insurrección armada no sólo es jugar la suerte de nuestro partido, sino también la de la Revolución Rusa e internacional”. ¿Pero qué habría que hacer si no se decidiera la insurrección y la toma del poder? La carta responde con bastante claridad a esta pregunta. “Por mediación del ejército y de los obreros,

tenemos un revólver apoyado contra la sien de la burguesía”, que, bajo esta amenaza, no podría impedir la convocatoria de la Asamblea Constituyente. “Nuestro partido dispone de las mayores probabilidades en las elecciones de la Asamblea Constituyente (...). Aumenta la influencia del bolchevismo (...). Con una táctica justa, podremos obtener, por lo menos, la tercera parte de los mandatos en la Asamblea Constituyente”. Así, pues, según esta carta, el partido debía desempeñar el papel de oposición “influyente” en la Asamblea Constituyente burguesa. Este concepto socialdemócrata se hallaba atenuado hasta cierto punto por las consideraciones siguientes: “No podrán abolirse los soviets, que se han tornado un elemento constitutivo de nuestra vida... Sólo sobre los soviets podrá apoyarse la Asamblea Constituyente en su trabajo revolucionario. La Asamblea Constituyente y los soviets componen el tipo combinado de instituciones estatales hacia el cual nos orientamos”. Anotemos un hecho curioso que caracteriza bien la línea general de los derechistas. Año y medio más tarde, en Alemania, Rudolf Hilferding —quien también luchaba contra la toma del poder por el proletariado—, adoptó la teoría del poder estatal “combinado”, que aliara la Asamblea Constituyente con los soviets. No sospechaba entonces el oportunista austroalemán que cometía un plagio. La carta “Sobre el momento presente” niega que tuviéramos ya de nuestra parte a la mayoría del pueblo en Rusia, sólo tiene en cuenta la mayoría puramente parlamentaria. “En Rusia —dice— tenemos de nuestra parte la mayoría de los obreros y una fracción importante de los soldados; pero es dudoso todo lo demás. Por ejemplo, estamos persuadidos que, si se efectúan las elecciones de la Asamblea Constituyente, la mayoría de los campesinos votará por los SR. ¿Se trata de un fenómeno fortuito?”.

Esta manera de plantear la cuestión comporta un error radical. No se comprende que la masa campesina puede tener intereses revolucionarios poderosos y un deseo intenso de satisfacerlos, pero no puede tener una posición política independiente. En suma, ha de votar por la burguesía al dar sus votos a los SR, o ha de alistarse de manera activa con el proletariado. Pues bien, de nuestra política dependía la realización de una u otra de estas dos eventualidades. Si fuéramos al Preparlamento para desempeñar el papel de oposición en la Asamblea Constituyente, dejaríamos con ello, casi de modo automático, a los campesinos en la

situación de tener que buscar la satisfacción de sus intereses por medio de la Asamblea Constituyente, o sea por medio de su mayoría y no de la oposición. En cambio, la toma del poder por el proletariado creaba inmediatamente el marco revolucionario para la lucha de los campesinos contra los terratenientes y los funcionarios.

Para emplear nuestras expresiones corrientes diré que en esta carta hay, al mismo tiempo, una “subestimación” y una “sobreestimación” de la masa campesina: subestimación de sus posibilidades revolucionarias (bajo la dirección del proletariado) y sobreestimación de su independencia política. Esta doble falta dimana, a su vez, de una subestimación de la fuerza proletaria y de su partido, o sea de un concepto socialdemócrata del proletariado. No hay en ello nada que sorprenda. Todos los matices del oportunismo se fundan, en última instancia, en una apreciación irracional de las fuerzas revolucionarias y de las posibilidades del proletariado.

Al combatir la idea de la toma del poder, los autores de la carta procuran asustar al partido con las perspectivas de la guerra revolucionaria. “No nos sostiene la masa de soldados por la consigna de la guerra, sino por la consigna de la paz... Si, después de tomar el poder, necesitaríamos, dada la situación mundial, llevar adelante una guerra revolucionaria, la masa de soldados se alejaría de nosotros. Claro que con nosotros permanecería el elemento selecto de los soldados jóvenes; pero la masa nos abandonaría”. Esta argumentación es de lo más instructiva. En ella se hallan las razones fundamentales que militaron más tarde en favor de la conclusión de la paz de Brest Litovsk<sup>12</sup>, pero en este caso, están dirigidas contra la toma del poder. No cabe duda que la posición adoptada en esta carta favorecía especialmente a sus autores y a los partidarios de la aceptación de la paz de Brest. Sólo nos queda por repetir aquí lo que hemos dicho más arriba: que no es la capitulación temporaria de Brest,

12. *La paz de Brest Litovsk* (1918): puso fin a la guerra entre la Rusia revolucionaria y la Alemania imperialista. Rusia debió conceder grandes indemnizaciones y abandonar gran parte de su territorio. Trotsky aprovechó las negociaciones, demorándolas todo lo posible, para desarrollar las posiciones revolucionarias y permitir al proletariado alemán que saliera de los vapores creados por la guerra. En las circunstancias por las que atravesaba Rusia, señaló Lenin, era imposible llevar adelante una guerra revolucionaria. La revolución necesitaba un período de paz para consolidarse y crear sus propias fuerzas armadas.

por sí misma, lo que caracteriza el genio político de Lenin, sino la alianza de Octubre y Brest. Esto es lo que no hay que olvidar.

La clase obrera lucha y madura con la conciencia de que su adversario es más fuerte que ella. Es lo que se observa continuamente en la vida cotidiana. El adversario tiene la riqueza, el poder estatal, todos los medios de presión ideológica y todos los instrumentos de represión. Forma parte integrante de la vida y de la actividad de un partido revolucionario, en época preparatoria, la costumbre de pensar que el enemigo nos aventaja en fuerza. Además, las consecuencias de los actos imprudentes o prematuros a los que pueda dejarse llevar el partido, le recuerdan de modo brutal, a cada instante, la fuerza de su enemigo. Pero llega un momento en que este hábito de considerar más poderoso al adversario se convierte en el principal obstáculo para la victoria. Hasta cierto punto, se disimula hoy la debilidad de la burguesía a la sombra de su fuerza de ayer. “¡Subestimáis las fuerzas del enemigo!” He aquí en lo que coinciden todos los elementos hostiles a la insurrección armada. “Todos aquellos que no quieran sencillamente disertar acerca de la insurrección –escribían los derechistas dos semanas antes de la victoria– deben hacer pesar fríamente las distintas probabilidades. Y nosotros consideramos un deber decir que, sobre todo en el momento presente, sería más perjudicial subestimar las fuerzas del adversario y sobrestimar las fuerzas propias. Las del enemigo son mayores de lo que parecen. Petrogrado decidirá el resultado de la lucha. Pero en Petrogrado han acumulado fuerzas considerables los enemigos del partido proletario: 5.000 “junkers” muy bien armados y organizados a la perfección, que saben batirse y lo desean con ardor; amén de ellos, el Estado Mayor, los destacamentos de choque, los cosacos, una fracción importante de la guarnición y, por último, gran parte de la artillería, dispuesta en abanico alrededor de la capital. Además, casi es seguro que nuestros adversarios intentarán, con la ayuda del Consejo Central Ejecutivo, traer tropas del frente” (“Sobre el momento presente”).

En la guerra civil, por supuesto, cuando no se trata sencillamente de contar los batallones, sino de evaluar su grado de conciencia, nunca es posible llegar a una exactitud perfecta. El propio Lenin estimaba que el enemigo tendría fuerzas importantes en Petrogrado, y proponía empezar la insurrección en Moscú, donde, según él, debería realizarse

sin efusión de sangre. Son inevitables faltas parciales de este género en el dominio de la previsión, aun dentro de las condiciones más propicias, y siempre resulta más racional afrontar la hipérbole menos grata. Pero lo que por el momento nos interesa es el hecho de la formidable sobreestimación de las fuerzas del enemigo, la deformación completa de todas las proporciones, cuando el enemigo no disponía, en realidad, de ninguna fuerza armada.

Como lo ha demostrado la experiencia en Alemania, esta cuestión tiene una importancia inmensa. Mientras la consigna de la insurrección era principalmente, si no exclusivamente, un medio de agitación para los dirigentes del Partido Comunista Alemán, éstos no pensaban en las fuerzas armadas del enemigo (Reichswehr, destacamentos fascistas, policía). Se les antojaba que el flujo revolucionario que crecía sin cesar, por sí solo, resolvería la cuestión militar. Pero cuando se encontraron situados de manera directa frente al problema, los mismos camaradas que en cierto modo habían considerado inexistente la fuerza armada del enemigo, incurrieron de golpe en el otro extremo: comenzaron a aceptar de buena fe cuantas cifras se les suministraban acerca de las fuerzas armadas de la burguesía, las sumaron con cuidado a las fuerzas de la Reichswehr y de la policía, redondearon el total hasta llegar a más de medio millón, y así se encontraron con que ante ellos tenían un ejército compacto, armado hasta los dientes, suficiente para paralizar sus esfuerzos.

Es indudable que las fuerzas de la contrarrevolución alemana eran más considerables y, en cualquier caso, estaban mejor organizadas y preparadas que las de nuestros kornilovianos y semikornilovianos; pero, asimismo, las fuerzas activas de la revolución alemana eran diferentes de las nuestras. El proletariado alemán representa la mayoría aplastante de la población. Entre nosotros, al menos en la etapa inicial, la cuestión era decidida en Petrogrado y Moscú. En Alemania, la insurrección habría tenido rápidamente una decena de poderosos centros proletarios. Si hubieran pensado en eso los dirigentes del PCA, las fuerzas armadas del enemigo les habrían parecido mucho menos imponentes que en sus evaluaciones estadísticas, desmesuradamente infladas. En todo caso, es necesario rechazar categóricamente las evaluaciones tendenciosas que se han hecho y se continúan haciendo después del fracaso de octubre en Alemania con el objetivo de justificar la política que llevó a este fracaso.

En este caso, nuestro ejemplo ruso tiene una importancia excepcional: dos semanas antes de nuestra victoria sin efusión de sangre en Petrogrado –victoria que lo mismo podíamos conseguir dos semanas atrás–, políticos expertos del partido veían erguirse contra nosotros una multitud de enemigos: los junkers que sabían y deseaban batirse, los batallones de choque, los cosacos, una parte considerable de la guarnición, la artillería dispuesta en abanico alrededor de la capital, las tropas traídas del frente. En realidad no había nada, nada en absoluto. Supongamos ahora, por un instante, que los adversarios de la insurrección hubieran tenido supremacía en el partido y el CC. Entonces, si Lenin no hubiera apelado al partido contra el CC –lo cual se disponía a hacer y que habría hecho seguramente con éxito–, la revolución habría estado condenada a la ruina. Pero no todos los partidos tendrán a disposición suya un Lenin cuando se encuentren frente a un caso análogo. No es difícil figurarse cómo se habría escrito la historia si hubiera triunfado en el CC la tendencia a eludir la batalla. Sin duda, los historiadores oficiales hubiesen representado la situación de modo que mostrara hasta qué punto la insurrección en octubre de 1917 habría sido una verdadera locura, sirviendo al lector estadísticas fantásticas sobre el número de junkers, cosacos, destacamentos de choque, artillería “dispuesta en abanico” y cuerpos de ejército procedentes del frente. Al no verificar su fuerza durante la insurrección, estas fuerzas habrían parecido mucho más amenazantes de lo que en realidad eran. ¡He aquí la lección que conviene incrustar a fondo en la conciencia de cada revolucionario!

La presión insistente, continua, incansable de Lenin sobre el CC, en los meses de septiembre y octubre, obedecía al temor de que dejáramos pasar el momento. “¡Bah! Así aumentará nuestra influencia” –contestaban los derechistas–. ¿Quién tenía razón? ¿Y qué significa dejar pasar el momento? Abordamos ahora la cuestión en que la apreciación bolchevique activa, estratégica, de las vías y los métodos de la revolución, se choca más claramente con la apreciación socialdemócrata, menchevique, impregnada de fatalismo. ¿Qué significa dejar pasar el momento? Evidentemente, la situación más favorable para la insurrección es cuando más nos favorece la correlación de fuerzas. Huelga especificar que se trata aquí de la correlación de fuerzas en el dominio de la conciencia, es decir, de la superestructura política, y no de la base que se puede



considerar más o menos constante para toda la época de la revolución. Sobre una sola y misma base económica, con la misma diferenciación de clases de la sociedad, la correlación de fuerzas varía según el estado de ánimo de las masas proletarias, el derrumbamiento de sus ilusiones, la experiencia política acumulada, el quebrantamiento de la confianza de las clases y grupos intermedios en el poder estatal o el debilitamiento de la confianza que en sí mismo tenga el citado poder. En tiempos de revolución estos procesos se efectúan con rapidez. Todo el arte de la táctica consiste en aprovechar el momento en que la combinación de condiciones sea más propicia. La insurrección de Kornilov había preparado en definitiva estas condiciones. Las masas, que perdieron confianza en los partidos de la mayoría soviética, habían visto con sus propios ojos el peligro de la contrarrevolución. Consideraban que ya le correspondía a los bolcheviques el turno de buscar una salida para la situación. No podrían durar mucho la disgregación del poder estatal ni la afluencia espontánea de confianza impaciente y exigente de las masas a los bolcheviques. La crisis debía resolverse de una manera u otra.

“¡Ahora o nunca!” –repetía Lenin. A lo que replicaban los derechistas: “Es un profundo error histórico plantear la cuestión del paso del poder a las manos del partido proletario con el dilema de ‘ahora o nunca’. Porque el partido del proletariado aumentará, y su programa se tornará cada vez más claro para masas cada vez más numerosas(...). Tomando la iniciativa de la insurrección en las circunstancias actuales, podría interrumpir su serie de éxitos(...) Os ponemos en guardia contra esta política funesta” (“Sobre el momento presente”).

Este optimismo fatalista exige un estudio atento. No tiene nada de nacional, ni menos aún de individual. Sin ir más lejos, el año pasado observamos en Alemania la misma tendencia. En el fondo son la irresolución e incluso la incapacidad de acción las que se disimulan tras este fatalismo expectante; pero se enmascaran con un pronóstico consolador, arguyendo que nos volvemos cada vez más influyentes, que nuestra fuerza aumentará con el tiempo. ¡Craso error! La fuerza de un partido revolucionario sólo crece hasta un momento dado, después del cual puede declinar. Ante la pasividad del partido, las esperanzas de las masas ceden el puesto a la desilusión y, entre tanto, el enemigo se repone de su pánico y saca ventaja de esta desilusión. Hemos asistido a un cambio de

este tipo en Alemania en octubre de 1923. Tampoco en Rusia estuvimos muy lejos de semejante cambio, en otoño de 1917. Para que se llevase a cabo, quizás habría bastado dejar pasar aún algunas semanas. Lenin tenía razón: “¡Ahora o nunca!”.

“Pero —decían los adversarios de la insurrección, formulando así su último y capital argumento— la cuestión decisiva está: ¿el estado de ánimo de los obreros y soldados de la capital llega a tal extremo que éstos ya no ven salvación más que en la batalla de las calles, que ellos la quieren a culaquier precio? No existe tal estado de ánimo... La existencia de un estado de ánimo combativo que incitara a salir a las calles a las masas de la población pobre de la capital, sería una garantía de que, si estas masas tomaran la iniciativa de la intervención, arrastrarían consigo a organismos más considerables e importantes (sindicato de ferroviarios, de correos y telégrafos, etc.), en los cuales la influencia de nuestro partido es débil. Pero, como este estado de ánimo ni siquiera existe en las fábricas y los cuarteles, tomarlo como base para edificar planes sería un engaño” (“Sobre el momento presente”).

Estas líneas, escritas el 11 de octubre, adquieren una importancia de actualidad excepcional si se recuerda que, para explicar la retirada sin combate del año pasado, también los camaradas alemanes que dirigían el partido alegaron la razón de que las masas no querían batirse. Pero es necesario comprender que, en general, está mejor asegurada la insurrección victoriosa cuando las masas ya son lo bastante expertas como para no lanzarse irracionalmente a la batalla y esperan, exigen una dirección combativa, resuelta e inteligente. En octubre de 1917, las masas obreras —o al menos su sector dirigente—, instruidas por la intervención de abril, las Jornadas de Julio y la sublevación de Kornilov, comprendían perfectamente que ya no se trataba de protestas espontáneas parciales ni de reconocimientos, sino de la insurrección decisiva para la toma del poder. Por ende, su estado de ánimo se había vuelto más reconcentrado, más crítico, más razonado.

El tránsito de la espontaneidad confiada y llena de ilusiones a una conciencia más crítica, engendra inevitablemente una crisis revolucionaria. Esta crisis progresiva en el estado de ánimo de las masas sólo puede ser superada por una política apropiada del partido, es decir, ante todo, por su deseo y su verdadera capacidad de dirigir la insurrección

del proletariado. Por el contrario, un partido que durante largo tiempo haya llevado adelante una agitación revolucionaria, arrancando poco a poco al proletariado de la influencia de los conciliadores, y que cuando es llevado a la cima de los acontecimientos por la confianza de las masas, si comienza a titubear, buscar subterfugios, tergiversar y dar rodeos, provoca en ellas la decepción y la desorganización, pierde la revolución. En cambio, se asegura la posibilidad de alegar, luego del fracaso, la falta de actividad de las masas. Hacia ese camino empujaba a nuestro organismo la carta “Sobre el momento presente”. Por fortuna, el partido, bajo la dirección de Lenin, liquidó con una actitud resuelta tal estado de ánimo en las esferas dirigentes, y sólo merced a ello fue capaz de llevar la revolución al triunfo.

## LAS SEMANAS DECISIVAS DE LA INSURRECCIÓN

Ahora que hemos caracterizado la esencia de las cuestiones políticas ligadas a la preparación de la Revolución de Octubre, y que hemos intentado esclarecer el sentido profundo de las divergencias en nuestro partido, nos resta examinar brevemente los momentos más importantes de la lucha que dentro del mismo se produjo en el transcurso de las últimas semanas, de las semanas decisivas.

La decisión de proceder a la insurrección armada fue adoptada por el CC, con fecha 10 de octubre. El 11 se envió a los principales organismos del partido la carta “Sobre el momento presente”. El 18, o sea una semana antes de la revolución, Kamenev publicó otra carta en *Novaya Zhin*. “No sólo Zinoviev y yo –decía–, sino una serie de camaradas, estimamos que sería un acto inadmisibles, funesto para el proletariado y la revolución, tomar la iniciativa de la insurrección armada en el momento presente, con la correlación actual de fuerzas, independientemente del Congreso de los Soviets y días antes de su convocatoria”. (*Novaya Zhin*, 18 de octubre de 1917). El 25 de octubre, estaba conquistado el poder y constituido en San Petersburgo el gobierno soviético.

El 4 de noviembre, varios militantes eminentes presentaron su renuncia al CC y del Consejo de Comisarios del Pueblo, exigiendo la

creación de un gobierno de coalición reclutado entre los partidos de los soviets. “Si no —escribían— habrá que resignarse a la permanencia de un gobierno puramente bolchevique a través del ejercicio del terror político”. Y añadían, en otro documento de la misma fecha: “No podemos asumir la responsabilidad por la política funesta practicada por el CC contra la voluntad de una parte inmensa del proletariado y de los soldados, que desean que cese lo más pronto posible la efusión de sangre entre las diferentes fracciones de la democracia. Por eso presentamos nuestra renuncia como miembros del CC, para tener derecho a exponer sinceramente nuestra opinión a la masa de obreros y soldados, y a exhortarlos a suscribir nuestra divisa: ¡Viva un gobierno de los partidos soviéticos! ¡Acuerdo inmediato sobre esta base!” (“La Insurrección de Octubre”, Archivos de la Revolución, 1917)

De este modo, quienes combatieron la insurrección armada y la conquista del poder como una aventura, intervinieron, después de la victoria de la insurrección, para hacer restituir el poder a los partidos a los que se los arrebató el proletariado. ¿Por qué razón el partido bolchevique victorioso deberá devolver el poder —ya que de una restitución del poder se trataba— a los mencheviques y a los SR? La oposición respondía: “Consideramos necesaria la creación de este gobierno para prevenir toda efusión de sangre ulterior, el hambre amenazadora, el aplastamiento de la revolución por los partidarios de Kaledin; para garantizar la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha fijada y la realización efectiva del programa de paz adoptado por el Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia”. En otros términos, se trataba de llegar a través de la puerta soviética al camino que llevaba al parlamentarismo burgués. Después de haberse negado la revolución a pasar por el Preparlamento y de haberse afianzado merced a Octubre, se imponía la tarea de salvarla de la dictadura, según la oposición, canalizándola en el régimen burgués con el concurso de los mencheviques y de los SR. No se trataba, ni más ni menos, que de la liquidación de Octubre. Evidentemente, en estas condiciones, no había para qué hablar de un acuerdo.

Al día siguiente, 5 de noviembre, apareció una carta donde se reflejaba la misma tendencia: “No puedo callar, en nombre de la disciplina del partido, cuando, en contra del buen sentido y a despecho de la

situación, unos marxistas no quieren tener en cuenta las condiciones efectivas que nos dictan imperiosamente el acuerdo con todos los partidos socialistas... No puedo, en nombre de la disciplina del partido, entregarme al culto del personalismo, hacer depender de la participación anterior de tal o cual persona en el ministerio un acuerdo político con todos los partidos socialistas, acuerdo que consolidaría nuestras reivindicaciones fundamentales, y prolongar así, aunque no sea más que por un instante, la efusión de sangre”. (*Rabochaya Gazetta*, 5 de noviembre de 1917). El autor de esta carta, Lozovsky<sup>13</sup>, concluye proclamando la necesidad de luchar por el congreso del partido, a fin de decidir “si el Partido Obrero Socialdemócrata ruso de los bolcheviques seguirá siendo el partido marxista de la clase obrera o si se comprometerá definitivamente con una salida que no tenga nada en común con el marxismo revolucionario”.

En efecto, la situación parecía desesperada. No sólo la burguesía y los propietarios rurales; no sólo la “democracia revolucionaria”, en cuyas manos se hallaban todavía numerosos organismos (comité panruso de ferroviarios, comités de soldados, funcionarios, etc.), sino también los militantes más influyentes de nuestro propio partido, miembros del CC y del Consejo de Comisarios del Pueblo, condenaban públicamente la tentativa del partido de permanecer en el poder para realizar su programa. A simple vista, la situación podía parecer desesperada. Aceptar las reivindicaciones de la oposición era liquidar Octubre. Pero entonces no valía la pena haber llevado a cabo la revolución. Sólo quedaba algo por hacer: seguir adelante, contando con la voluntad revolucionaria de las masas.

El 7 de octubre, *Pravda* publicó una declaración categórica del CC, escrita por Lenin, respirando entusiasmo revolucionario y encerrando fórmulas claras, sencillas, indiscutibles, con destino a la masa del partido. Este llamamiento dispuso definitivamente todas las

13. Lozovsky, Salomón (Dridzo) (1878-1952): obrero bolchevique. En 1909 se une a la fracción de los conciliadores; milita en el movimiento obrero francés hasta 1917. Apoya la coalición con los mencheviques y funda el Partido Socialista Obrero. Como dirigente de obreros textiles, preside una acción sindical de la oposición. Se reintegra en 1919. Preside la Internacional Sindical Roja en 1921-1937. Vicecomisario de Asuntos Exteriores. En 1944 es jefe del Buró de Información. Es depurado en 1949 y “rehabilitado” en 1956.

dudas sobre la política ulterior del partido y de su CC: “¡Vergüenza para todos los hombres de poca fe, para cuantos dudan, para cuantos se han dejado asustar por la burguesía o por los clamores de sus auxiliares directos o indirectos! No hay ni sombra de vacilación en las masas de obreros y soldados petersburgueses, moscovitas y demás. Como un solo hombre, nuestro partido monta la guardia alrededor del poder soviético, vela por los intereses de todos los trabajadores, y, en primer lugar, de los obreros y campesinos pobres”. (*Pravda*, 20 de noviembre de 1917).

La crisis más aguda del partido estaba dominada. Sin embargo, aún no cesaba la lucha intestina, que continuaba desarrollándose en la misma línea; pero cada vez disminuía más su importancia política.

Encontramos un testimonio extremadamente interesante en un informe presentado por Uritsky<sup>14</sup> a la sesión de nuestro comité en Petrogrado, el 12 de diciembre, respecto a la convocatoria de la Asamblea Constituyente: “Las divergencias dentro de nuestro partido no son nuevas. Siguen la misma corriente iniciada anteriormente en la cuestión de la insurrección. Ahora, ciertos camaradas consideran a la Asamblea Constituyente como una coronación de la revolución. Razonan como pequeñoburgueses, piden que no cometamos faltas de tacto, etc., y no quieren que los miembros bolcheviques de la Asamblea tengan control sobre su convocatoria, su relación de fuerzas, etc. Estiman las cosas desde un punto de vista meramente formal; no comprenden que tener este control nos permite ver lo que ocurre alrededor de la Constituyente, y, en consecuencia, determinar nuestra actitud respecto a ella... Luchamos ahora por los intereses del proletariado y de los campesinos pobres; pero algunos camaradas consideran que hacemos una revolución burguesa, que debe ser coronada por la Asamblea Constituyente”.

14. *Uritsky, Moisei* (1873-1918): siendo socialdemócrata, es deportado entre 1897 y 1902 en Siberia, entrando allí en contacto con Trotsky de quien se hace muy amigo. Presidente del Soviet de Krasnoiarsk durante la Revolución de 1905. Colaborador de Trotsky en el *Pravda* vienes y, más tarde, uno de los dirigentes de la Organización Interdepartamental. Bolchevique en julio de 1917. Miembro del CC en agosto de 1917, miembro del Comité Militar Revolucionario. Suplente del CC en 1918, jefe de la Cheka en Petrogrado, asesinado en agosto del mismo año por un terrorista SR.

La disolución de ésta última marcó el fin de una etapa importante en la historia de Rusia y de nuestro partido. Después de superar las resistencias internas, el partido del proletariado no sólo se apoderaba del poder, sino que lo conservaba.

## LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE Y LA “LEGALIDAD” SOVIÉTICA

En septiembre, por los días de la Conferencia Democrática, Lenin exigía la insurrección inmediata. “Para tratar la insurrección como marxistas, es decir, como un arte —escribía—, debemos al mismo tiempo y sin perder un minuto, organizar un Estado Mayor de los destacamentos insurreccionales, repartir nuestras fuerzas, enviar los regimientos fieles a los puntos más importantes, cercar el teatro Alejandra, ocupar la fortaleza de Pedro y Pablo, detener al Gran Estado Mayor y al gobierno, enviar contra los cadetes militares y la ‘División Salvaje’ destacamentos prontos a sacrificarse hasta el último hombre antes que dejar penetrar al enemigo en los sitios céntricos de la ciudad; debemos movilizar a los obreros armados, convocarlos a la batalla suprema, ocupar simultáneamente el telégrafo y el teléfono, instalar nuestro Estado Mayor Insurrecto en la estación telefónica central, ponerlo en comunicación por teléfono con todas las fábricas, con todos los regimientos, con todos los puntos donde se desarrolla la lucha armada, etc. Claro que todo esto es sólo aproximativo; pero quise demostrar cómo, en el momento actual, no se podría permanecer fiel al marxismo y a la revolución sin tratar a la insurrección como un arte”.

Esta manera de juzgar las cosas suponía la preparación y la ejecución del movimiento insurreccional por mediación del partido y bajo su dirección, debiendo luego sancionarse la victoria por el Congreso de los Soviets. El CC no aceptó esta propuesta. La insurrección fue canalizada hacia la vía soviética y ligada al II Congreso de los Soviets. Esta divergencia exige una explicación especial; entrará entonces, naturalmente, no en el marco de una cuestión de principios, sino de una mera cuestión técnica, aunque de gran importancia práctica.

Ya hemos dicho cuánto temía Lenin dejar pasar el momento de la insurrección. Ante los titubeos que se manifestaban por parte de las

eminencias del partido, le parecía que la agitación que ligaba formalmente la insurrección a la convocatoria del II Congreso de los Soviets era un retraso inadmisibles, una concesión a la irresolución y a los irresolutos, una pérdida de tiempo, un verdadero crimen. A partir de fines de septiembre, reitera muchas veces este pensamiento.

“Existe en el CC y entre los dirigentes del partido –escribe el 29 de septiembre– una tendencia, una corriente a favor de la espera del Congreso de los Soviets y contra la toma inmediata del poder, contra la insurrección inmediata. Es menester combatir esta tendencia, esta corriente”. A comienzos de octubre, escribe aún: “Esperar es un crimen; aguardar al Congreso de los Soviets es un formalismo infantil y absurdo, una traición a la revolución”. En sus tesis para la Conferencia de Petrogrado del 8 de octubre, aduce: “Hay que luchar contra las ilusiones constitucionalistas y las esperanzas en el Congreso de los Soviets; hay que renunciar a la intención de aguardar, cueste lo que cueste, a ese Congreso”. Finalmente, el 24 de octubre, escribe: “Claro está que cualquier retraso en la insurrección equivale ahora a la muerte”. Y más adelante: “La historia no perdonará un retraso a los revolucionarios que puedan vencer hoy (y vencerán, seguramente), arriesgando perderlo todo por aguardar hasta mañana”.

Todas estas cartas, donde cada frase estaba forjada sobre el yunque de la revolución, presentan un interés excepcional para caracterizar a Lenin y apreciar el momento. Las inspira el sentimiento de la indignación contra la actitud fatalista, expectante, socialdemócrata, menchevique, hacia la revolución que era considerada como una especie de película sin fin. Si en general el tiempo es un factor importante de la política, su importancia se centuplica en la época de guerra y de revolución. No es seguro que se pueda hacer mañana lo que puede hacerse hoy. Hoy es posible sublevarse, derribar al enemigo, tomar el poder, mañana quizá sea imposible. Pero tomar el poder supone modificar el curso de la historia. ¿Es posible que tamaño acontecimiento deba depender de un intervalo de 24 horas? Claro que sí. Cuando se trata de la insurrección armada, los acontecimientos no se miden por el kilómetro de la política, sino por el metro de la guerra. Dejar pasar algunas semanas, algunos días, a veces un solo día sin más, equivale, en ciertas condiciones, a la rendición de la revolución,



a la capitulación. Sin las presiones, las críticas y las desconfianzas revolucionarias de Lenin, probablemente, el partido no habría corregido su línea en el momento decisivo, porque la resistencia era muy fuerte en las altas esferas, y en la guerra civil, como en la guerra en general, el Estado Mayor siempre desempeña un gran rol.

Pero, al mismo tiempo, es evidente que la preparación de la insurrección bajo la cobertura de la preparación del II Congreso de los Soviets y la consigna de la defensa de este Congreso, nos conferirían ventajas inestimables. Desde que en el Soviet de Petrogrado anulamos la orden de Kerensky con relación al envío de dos tercios de la guarnición al frente, nos hallábamos de hecho en estado de insurrección armada. Lenin, que a la sazón se encontraba fuera de Petrogrado, no apreció esta realidad en toda su trascendencia. Por lo que recuerdo, no habló de ella en sus cartas de entonces. Sin embargo, ya estaba prede-terminado el final de la insurrección del 25 de octubre, al menos en sus tres cuartas partes, desde el instante en que nos opusimos al alejamiento de la guarnición de Petrogrado, creamos el Comité Militar Revolucionario (7 de octubre), nombramos comisarios nuestros en todas las unidades e instituciones militares y, con ello, aislamos por completo al Estado Mayor de la circunscripción militar de la capital y el gobierno. En resumen, así teníamos una insurrección armada —aunque sin efusión de sangre— de los regimientos de Petrogrado contra el gobierno provisional, bajo la dirección del Comité Militar Revolucionario y con la consigna de preparar la defensa del II Congreso de los Soviets, que debía resolver la cuestión del poder.

Si Lenin aconsejó que la insurrección comenzara en Moscú, donde, según él, triunfaría sin efusión de sangre, fue porque, en su retiro, no tenía posibilidad de darse cuenta del cambio radical que se había producido no sólo en el estado de ánimo, sino también en las relaciones orgánicas, en toda la jerarquía militar, después de la sublevación “pacífica” de la guarnición de la capital a mediados de octubre. Desde que los batallones, por orden del Comité Militar Revolucionario, se negaron a salir de la ciudad, teníamos en la capital una insurrección victoriosa, apenas velada por los últimos jirones del Estado democrático burgués. La insurrección del 25 de octubre revistió un simple carácter complementario. Por eso fue tan indolora.

En Moscú, por el contrario, la lucha fue mucho más larga y sangrienta, aunque el poder del Consejo de Comisarios del Pueblo ya estuviese instaurado en Petrogrado. Es evidente que, si la insurrección hubiera comenzado en Moscú antes del golpe de fuerza de Petrogrado, habría durado más tiempo, y su éxito sería muy dudoso. Porque un fracaso en Moscú suscitaría en Petrogrado una grave repercusión. Por supuesto, aún con el plan de Lenin, la victoria no era imposible; pero el curso que siguieron los acontecimientos resultó mucho más económico, mucho más ventajoso y deparó una victoria más completa.

Aprovechamos la coyuntura de hacer coincidir, de modo más o menos exacto, la toma del poder con el momento de la convocatoria del II Congreso de los Soviets, únicamente porque la insurrección armada “silenciosa”, casi “legal” —al menos en Petrogrado—, ya era un hecho consumado en sus tres cuartas, sino en sus nueve décimas partes. Esta insurrección era “legal” en el sentido que surgió de las condiciones “normales” de la dualidad de poderes. Muchas veces, el Soviet de Petrogrado, incluso cuando estaba en manos de los conciliadores, llegó a controlar o modificar las decisiones del gobierno. Era una manera de conciliar completamente con la constitución del régimen que la historia conocía con el nombre de “kerenskismo”.

Cuando los bolcheviques obtuvimos la mayoría en el Soviet de Petrogrado, no hicimos más que continuar y acentuar los métodos de la dualidad del poder. Nos encargamos de controlar y revisar la orden de envío de la guarnición al frente. Así cubrimos con las tradiciones y los procedimientos de la dualidad de poder a la insurrección efectiva de la guarnición de Petrogrado. Más aún, uniendo en nuestra agitación la cuestión del poder y la convocatoria del II Congreso de los Soviets, desarrollamos y profundizamos las tradiciones de esa dualidad de poder y preparamos el marco de la legalidad soviética para la insurrección bolchevique en toda Rusia.

No arrullábamos a las masas con ilusiones constitucionalistas soviéticas, porque, tras la consigna de la lucha por el II Congreso, ganábamos para nuestra causa y agrupábamos las fuerzas del ejército revolucionario. A la vez conseguimos, en mucha mayor escala de lo que esperábamos, atraer a nuestros enemigos los conciliadores a la trampa de la legalidad

soviética. Políticamente, siempre es peligroso valerse de astucias, sobre todo en época de revolución, pues resulta difícil engañar al enemigo y se corre riesgo de inducir a error a las masas que os sigan. Si nuestra “astucia” prosperó por completo, fue porque no era una invención artificial de estrategia ingenioso y deseoso de evitar la guerra civil, sino porque se desprendía por sí sola de la descomposición del régimen conciliador y de sus contradicciones flagrantes. El gobierno provisional quería desembarazarse de la guarnición. Los soldados no querían ir al frente. A este sentimiento natural le dimos una expresión política, un móvil revolucionario, una cobertura “legal”. Con ello nos aseguramos la unanimidad en el seno de la guarnición y ligamos estrechamente esta última a los obreros de Petrogrado. Nuestros enemigos, en cambio, dada su situación desesperada y su estado de confusión, se inclinaban a darle crédito a esta legalidad. Querían ser engañados, y les suministramos ampliamente la ocasión.

Entre nosotros y los conciliadores se desarrollaba una lucha por la legalidad soviética. Para las masas, los soviets eran la fuente del poder. De ellos habían salido Kerensky, Tseretelli, Skobelev. Pero también estábamos nosotros, estrechamente ligados a los mismos por nuestra consigna fundamental de “Todo el poder a los soviets”. La burguesía derivaba su filiación de la Duma del Imperio. Los conciliadores tomaban la suya de los soviets; pero pretendían reducir el papel de éstos a la nada. De ellos procedíamos también nosotros, aunque para transmitirles el poder. No querían romper con sus lazos con los conciliadores, de modo que se apresuraron a tender un puente entre la legalidad soviética y el parlamentarismo. A este efecto, convocaron la Conferencia Democrática y crearon el Preparlamento. La participación de los soviets en el Preparlamento sancionaba, de alguna manera, su acción. Los conciliadores trataban de embaucar a la revolución con el señuelo de la legalidad soviética para canalizarla hacia el parlamentarismo burgués.

Pero nosotros también teníamos interés en utilizar la legalidad soviética. Al final de la Conferencia Democrática arrancamos a los conciliadores su consentimiento para la convocatoria del II Congreso de los Soviets. Este Congreso los puso en un apuro extremo. Porque no podían oponerse a su convocatoria sin romper con la

legalidad soviética. Por otra parte, se daban cuenta perfectamente que, en virtud de su composición, este Congreso no les prometía nada bueno. Así, nosotros apelábamos con ello encarecidamente a este congreso como al dueño de los destinos del país, y en toda nuestra propaganda invitábamos a apoyarlo y protegerlo contra los ataques inevitables de la contrarrevolución. Si los conciliadores nos atraparon en la legalidad soviética por medio del Preparlamento procedente de los soviets, nosotros, a su vez, los atrapamos en esta misma legalidad soviética por medio del II Congreso de los Soviets. Una cosa era organizar una insurrección armada con la consigna de la conquista del poder por el partido; pero, prepararla y luego realizarla, invocando la necesidad de defender los derechos del Congreso de los Soviets, era otra cosa.

De manera que, queriendo hacer coincidir la toma del poder con el II Congreso de los Soviets, no abrigábamos ni por asomo la cándida esperanza de que este Congreso pudiese resolver por sí mismo la cuestión del poder. Éramos completamente ajenos al fetichismo de la forma soviética. Para conquistar el poder, llevábamos activamente el trabajo necesario en el terreno de la política, de la organización, de la técnica militar. Pero encubríamos legalmente este trabajo al remitirnos al próximo Congreso, como a quien debía decidir la cuestión del poder. Mientras emprendíamos la ofensiva en toda la línea, simulábamos defendernos. Por el contrario, si el gobierno provisional hubiera querido defenderse en serio, habría tenido que prohibir la convocatoria del Congreso de los Soviets y, así, brindar al adversario el pretexto de la insurrección armada, pretexto que le era más ventajoso. No sólo colocábamos al gobierno provisional en una situación política desventajosa, sino que adormecíamos su desconfianza. Los ministros creían seriamente que para nosotros se trataba del parlamentarismo soviético, de un nuevo Congreso donde se adoptaría una nueva resolución sobre el poder, a la manera de las resoluciones de los Soviets de Petrogrado y Moscú, después de lo cual, remitiéndose al Preparlamento y a la próxima Asamblea Constituyente, nos dejarían en ridículo. Ese era el pensamiento de los pequeñoburgueses más razonables, y de ello tenemos una prueba incontestable en el testimonio de Kerensky.

Cuenta éste en sus recuerdos la discusión tempestuosa que, en la noche del 24 al 25 de octubre, tuvo con Dan y otros respecto a la insurrección que estaba ya en plena ejecución:

“Primero, Dan me declaró –dice– que ellos estaban mucho mejor informados que yo, quien exageraba los acontecimientos bajo la influencia de las comunicaciones de mi ‘Estado Mayor reaccionario’. Luego me aseguró que la resolución de la mayoría del soviet, resolución desagradable ‘para el amor propio del gobierno’, contribuiría indiscutiblemente a un cambio favorable del estado de ánimo de las masas; que ya se dejaba sentir su efecto, y que ahora ‘disminuiría con rapidez’ la influencia de la propaganda bolchevique”.

“Por otra parte, según él, los bolcheviques, en sus negociaciones con los líderes de la mayoría soviética, se habían declarado dispuestos a ‘someterse a la voluntad de la mayoría de los soviet’ y a tomar ‘desde mañana’ todas las medidas para sofocar la insurrección, que ‘había estallado contra su deseo, y sin su aprobación’. Dan concluyó insistiendo en que ‘desde mañana’ (¡siempre mañana!) los bolcheviques licenciarían a su Estado Mayor militar, y me declaró que todas las medidas que yo había tomado para reprimir la insurrección sólo servían para ‘exasperar’ a las masas, y que, con mi ‘intromisión’, no hacía más que ‘impedir a los representantes de la mayoría de los soviet triunfar en sus negociaciones con los bolcheviques sobre la liquidación de la insurrección’”.

“Pues bien, en el momento en que Dan me hacía esta notable comunicación, los destacamentos armados de la guardia roja ocupaban sucesivamente los edificios gubernamentales. Y casi inmediatamente después de la salida de Dan y sus compañeros del Palacio de Invierno, el ministro de Cultos, Kartachev –que regresaba de la sesión del gobierno provisional–, fue detenido en la Millionnaya y conducido al Instituto Smolny, adonde había vuelto Dan para proseguir sus entrevistas con los bolcheviques. Hay que reconocer que éstos obraron entonces con una gran energía y una habilidad consumada. Mientras la insurrección estaba en su apogeo y por toda la ciudad operaban las ‘tropas rojas’, algunos líderes bolcheviques, especialmente afectos a esta tarea, se esforzaban, no sin éxito, en engañar a los representantes de la democracia revolucionaria. Estos redomados se pasaron toda la noche discutiendo sin tregua las diferentes fórmulas que, al decir de ellos, debían servir de base

para una reconciliación y para liquidar la insurrección. Con este método de las 'negociaciones' los bolcheviques ganaron un tiempo en extremo precioso para su causa. Las fuerzas combativas de los SR y de los mencheviques no se movilizaron a tiempo. ¡Es lo que se trataba de demostrar!" (A. Kerensky, "Desde lejos").

¡Esto es lo que se trataba de demostrar, efectivamente!. Como se ve, los conciliadores se dejaron atrapar por completo en la trampa de la legalidad soviética. En cambio, es falsa la suposición de Kerensky, según la cual unos bolcheviques especialmente encargados de esta misión inducían al error a mencheviques y SR respecto a la liquidación próxima de la insurrección. En realidad, tomaron parte en las negociaciones aquellos bolcheviques que de veras querían liquidar la insurrección y constituir un gobierno socialista sobre la base de un acuerdo entre los partidos. Pero, objetivamente, esos parlamentarios prestaron a la insurrección un buen servicio alimentando con sus ilusiones las del enemigo. Aún así, no pudieron prestar este servicio a la revolución sino porque, a despecho de sus consejos y advertencias, el partido efectuaba y remataba la insurrección con una energía infatigable.

Para el éxito de esta amplia maniobra envolvente, se requería un concurso excepcional de circunstancias grandes y pequeñas. Ante todo, hacía falta un ejército que ya no quisiera batirse. Todo el desarrollo de la revolución, particularmente en el primer período (de Febrero a Octubre inclusive), habría tenido un aspecto completamente diferente si, en el momento de la revolución, hubiéramos tenido un ejército campesino de varios millones de hombres vencidos y descontentos. Sólo en estas condiciones era posible realizar de modo satisfactorio con la guarnición de Petrogrado la experiencia que predeterminaba la victoria de Octubre. No convendría erigir en ley esta combinación especial de una insurrección tranquila, casi inadvertida, con la defensa de la legalidad soviética contra los kornilovianos. Por el contrario, puede afirmarse con certeza que nunca se repetirá semejante experiencia en ninguna parte bajo la misma forma. Pero es necesario estudiarla con cuidado, porque su estudio ensanchará el horizonte de cada revolucionario, develándole la diversidad de métodos y medios susceptibles de ponerse en práctica, a condición de asignarse un

móvil claro, de tener una idea precisa de la situación y el propósito de empeñar la lucha hasta el final.

En Moscú la insurrección fue más prolongada y causó más víctimas. Lo explica, hasta cierto punto, el hecho de que la guarnición de la ciudad no hubiera sufrido una preparación revolucionaria como la guarnición de Petrogrado con el envío de batallones al frente.

En Petrogrado, repetimos, se efectuó la insurrección armada en dos veces: por la primera quincena de octubre, cuando los regimientos se negaron a cumplir la orden del comandante en jefe, sometién dose a la decisión del soviét, que respondía por completo a su estado de ánimo, y el 25 de octubre, cuando ya no se requería más que una pequeña insurrección complementaria para abatir al gobierno de Febrero.

En Moscú se hizo de una sola vez. He aquí, probablemente, la razón principal de que se dilatara. Pero había otra: cierta irresolución por parte de la dirección. En varias ocasiones, se pasó de las operaciones militares a las negociaciones, para volver luego a la lucha armada. Si por lo general resultan perjudiciales en política los titubeos de la dirección (titubeos que las tropas sienten muy a fondo), durante una insurrección se tornan un peligro mortal. En ese momento, la clase dominante ya ha perdido confianza en sus propias fuerzas pero, aún, tiene en sus manos el aparato gubernamental. La clase revolucionaria tiene como tarea la conquista del aparato estatal pero, para eso, tiene que confiar en sus propias fuerzas. Desde el momento en que el partido empuja a los trabajadores por la vía de la insurrección, debe extraer de su acto todas las consecuencias necesarias. *À la guerre comme à la guerre* [La guerra es la guerra]. Bajo sus condiciones, más que en ninguna otra parte, no se pueden tolerar las vacilaciones y las demoras. Todos los plazos son cortos. Al perder el tiempo, aunque no sea más que por unas horas, se le devuelve a las clases dirigentes algo de confianza en sí mismas y se le quita a los insurrectos una parte de su seguridad, pues esta confianza, esta seguridad, determina la correlación de fuerzas que decide el resultado de la insurrección. Es bajo este aspecto que conviene estudiar paso a paso la marcha de las operaciones militares en Moscú en su combinación con la dirección política.

Sería extremadamente importante señalar aún algunos puntos donde se desarrolló la guerra civil en condiciones especiales (cuando se complicaba, por ejemplo, con el elemento nacional). La naturaleza de un estudio así, basado en un examen minucioso de los hechos, enriquecería de manera considerable nuestro concepto del mecanismo de la guerra civil y, por ende, facilitaría la elaboración de ciertos métodos, reglas y procedimientos con un carácter lo suficientemente general para que se pudiera introducirlos en una especie de estatuto de la guerra civil.

La guerra civil estaba predeterminada en provincia, en gran medida, por su resultado en Petrogrado, aunque se extendiera su duración en Moscú. La Revolución de Febrero había deteriorado notablemente al antiguo aparato, y el gobierno provisional que lo había heredado era incapaz de renovarlo y consolidarlo. Así, pues, entre Febrero y Octubre, el aparato estatal sólo funcionaba por inercia burocrática. Las provincias estaban habituadas a sumarse a Petrogrado: lo habían hecho en Febrero y de nuevo lo hicieron en Octubre. Nuestra gran ventaja era que preparábamos el derrocamiento de un régimen que aún no había tenido tiempo de formarse. La extrema inestabilidad y la falta de confianza en sí mismo del aparato estatal de Febrero, facilitaron de modo singular nuestro trabajo, manteniendo la firmeza de las masas revolucionarias y del partido mismo.

En Alemania y Austria hubo, después del 9 de noviembre de 1918, una situación similar. Pero allí la socialdemocracia tapó las brechas del aparato estatal y contribuyó al establecimiento del régimen burgués republicano que ni aún ahora puede considerarse un modelo de estabilidad, pero que, a pesar de todo, cuenta ya seis años de existencia. En cuanto a los demás países capitalistas, no tendrán esta ventaja, es decir, esta proximidad de la revolución burguesa y la revolución proletaria. Hace largo tiempo que han llevado a cabo su Revolución de Febrero. Claro que en Inglaterra todavía quedan bastantes supervivencias feudales, pero no hay allí probabilidades de una revolución burguesa. En cuanto el proletariado inglés tome el poder, con el primer escobazo, desembarazará al país de monarquía, lores, etc. La revolución proletaria en



occidente tendrá que vérselas con un Estado burgués enteramente formado. No quiere ello decir, empero, que tenga que vérselas con un aparato estable, porque la misma posibilidad de la insurrección proletaria presupone una disgregación bastante avanzada del Estado capitalista. Si entre nosotros, la Revolución de Octubre fue una lucha contra un aparato estatal que después de Febrero aún no había tenido tiempo de formarse, en otros países la insurrección tendrá contra ella un aparato estatal en estado de dislocación progresiva.

Como regla general, conforme hemos dicho en el IV Congreso de la Internacional Comunista<sup>15</sup>, cabe suponer que la resistencia de la burguesía en los antiguos países capitalistas sea mucho más fuerte que entre nosotros, y que el proletariado obtendrá con mayor dificultad la victoria. En cambio, la conquista del poder le asegurará una situación mucho más firme, mucho más estable que la nuestra al día siguiente de Octubre. Entre nosotros, la guerra civil no se desarrolló verdaderamente hasta después de la toma del poder por el proletariado en los principales centros urbanos e industriales, y duró los tres primeros años de existencia del poder soviético. Hay muchas razones para que al proletariado en Europa central y occidental le cueste más trabajo apoderarse del poder pero, después de conquistarlo, tendrá las manos mucho más libres que nosotros.

Evidentemente, estas conjeturas sólo pueden tener un carácter condicional. El desenlace de los acontecimientos dependerá, en gran parte, del orden en que se produzca la revolución en los diferentes países de Europa, de las posibilidades de intervención militar, de la fuerza económica y militar de la Unión Soviética en ese momento. De cualquier modo, la eventualidad muy probable de que la conquista del poder se choque en Europa y América con una resistencia

15. El *IV Congreso de la IC* fue el último congreso leninista de la Comintern, en 1922. El informe del comité ejecutivo de la IC fue presentado por Zinoviev. Lenin, Zetkin y Bela Kun informaron sobre los cinco primeros años de la Revolución Rusa y las perspectivas de la revolución mundial. El informe sobre la NEP fue dado por Trotsky. Los problemas del frente único y la formación de gobiernos obreros fueron las cuestiones tácticas más importantes que se discutieron. Las situaciones internas de varios partidos recibieron particular atención.

mucho más seria, mucho más encarnizada y reflexiva de las clases dominantes que la opuesta entre nosotros, nos obliga a considerar a la insurrección armada y a la guerra civil como un arte en general.

## NUEVAMENTE, SOBRE LOS SOVIETS Y EL PARTIDO EN LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

En nuestro país, tanto en 1905 como en 1917, los soviets de diputados obreros surgieron del movimiento mismo como su forma de organización natural a un determinado nivel de lucha. Pero los partidos jóvenes europeos que han aceptado más o menos los soviets como “doctrina”, como “principio”, estarán siempre expuestos al peligro de un concepto fetichista de los mismos en el sentido de factores autónomos de la revolución. Porque, a pesar de la inmensa ventaja que ofrecen como organismo de lucha por el poder, es perfectamente posible que se desarrolle la insurrección sobre la base de otra forma organizativa (comités de fábricas, sindicatos) y que no surjan los soviets como órgano del poder sino en el momento de la insurrección o aún después de la victoria.

Desde este punto de vista, resulta muy instructiva la lucha que emprendió Lenin contra el fetichismo sovieta luego de las Jornadas de Julio. Como en julio se tornaron los soviets, dirigidos por SR y mencheviques, en organismos que impulsaban francamente a los soldados a la ofensiva y perseguían a los bolcheviques, podía y debía buscarse otros caminos al movimiento revolucionario de las masas obreras. Lenin señalaba a los comités de fábricas como organismos de la lucha por el poder (ver, por ejemplo, las memorias de Orjonikije\*). Es muy probable que el movimiento hubiera seguido esta línea de conducta sin la sublevación de Kornilov, la que obligó a los soviets conciliadores a defenderse por sí mismos y permitió a los bolcheviques insuflarles nuevamente el espíritu revolucionario, ligándolos estrechamente a las masas por intermedio de su izquierda, es decir, de los bolcheviques.

Esta cuestión, como lo demostró la reciente experiencia de Alemania, tiene una importancia internacional inmensa. En este país se crearon varias veces soviets como órganos de la insurrección, del poder... sin poder. El resultado fue que, en 1923, el movimiento

de las masas proletarias y semiproletarias comenzó a agruparse alrededor de los comités de fábricas, que en el fondo cumplían las mismas funciones que las que se nos imponían a nosotros en los soviets en el período anterior a la lucha directa por el poder. Sin embargo, en agosto y septiembre, algunos camaradas propusieron que en Alemania procediéramos inmediatamente a la creación de soviets. Tras largos y ardientes debates se rechazó su propuesta, y con razón. Como los comités de fábricas ya se habían convertido en puntos efectivos de concentración de las masas revolucionarias, los soviets habrían desempeñado en el período preparatorio un papel paralelo al de estos comités y sólo habrían sido una forma vacía de contenido. Así, pues, no habrían hecho más que desviar el pensamiento de las tareas materiales de la insurrección (ejército, policía, Centurias, ferrocarriles, etcétera) para volver a fijarlo en una forma de organización autónoma.

Por otra parte, la creación de soviets como tales, antes de la insurrección, habría sido como una proclamación de guerra no seguida de efecto. El gobierno, que estaba obligado a tolerar los comités de fábricas porque reunían en torno suyo a masas considerables, habría condenado a los primeros soviets como a un órgano oficial que intentaba conquistar el poder. Los comunistas se habrían visto obligados a defender los soviets como organización. La lucha decisiva no tendría entonces por objetivo la conquista o la defensa de posiciones materiales, ni se desenvolvería en el momento elegido por nosotros, en el momento en que la insurrección dimanara necesariamente del movimiento de las masas; sino que estallaría por causa de una forma de organización, a causa de los soviets, en el momento elegido por el enemigo.

Ahora bien, es evidente que todo el trabajo preparatorio de la insurrección podía subordinarse con total éxito a la forma de organización de los comités de fábricas, que ya habían tenido tiempo de convertirse en organismos de masas, y que continuaban aumentando y fortaleciéndose, a la vez que dejaban al partido en libertad para fijar la fecha de la insurrección. No cabe duda que, en cierta etapa, deberían surgir los soviets. Pero es dudoso que, dadas las condiciones que acabamos de indicar, hubieran surgido en el fragor de la lucha como órganos directos de la insurrección, pues

podría resultar de ello, en el momento crítico, una dualidad de dirección revolucionaria. Dice un proverbio inglés que no conviene cambiar de caballo cuando se cruza un torrente. Es posible que, después de la victoria, en las principales ciudades hubieran empezado a aparecer soviets en todos los puntos del país. En todo caso, la insurrección victoriosa provocaría necesariamente la creación de ellos como órganos del poder.

No hay que olvidar que los soviets ya habían surgido entre nosotros durante la etapa “democrática” de la revolución, que por ello tenían una suerte de legalidad, que los habíamos heredado luego nosotros, y que los habíamos utilizado. No ocurrirá lo mismo en las revoluciones proletarias de occidente. Allí, en la mayoría de los casos, se crearán soviets a instancia de los comunistas y, por consiguiente, serán órganos directos de la insurrección proletaria. Claro que no es imposible que se acentúe por demás la desorganización del aparato estatal burgués antes de que el proletariado pueda apoderarse del poder, lo cual permitiría crear soviets como órganos declarados de la preparación de la insurrección. Pero hay pocas probabilidades que esta eventualidad constituya la regla general. En el caso más frecuente, no se llegará a crearlos sino en los últimos días, como órganos directos de la masa pronta a insurreccionarse. Finalmente, es muy posible igualmente, que los soviets surjan después del momento crítico de la insurrección y aún después de su victoria, como órganos del nuevo poder. Es necesario tener siempre presente todas estas eventualidades para no caer en el fetichismo organizativo ni transformar a los soviets de forma flexible y vital de lucha en “principio” de organización, introducido desde fuera en el movimiento, entorpeciendo su desarrollo regular.

Hace poco se ha declarado en nuestra prensa que no sabíamos por qué puerta entraría la revolución proletaria en Inglaterra: será por el Partido Comunista o por los sindicatos, es imposible decirlo. Esta manera de plantear la cuestión, con miras de envergadura histórica, es radicalmente falsa y muy peligrosa, porque enturbia la principal lección de los últimos años. Si no hubo allí una revolución victoriosa al final de la guerra es porque faltaba un partido, evidencia que se aplica a Europa entera. Podría comprobarse

la justeza de esto siguiendo paso a paso el movimiento revolucionario en diferentes países.

Con relación a Alemania, está claro que la revolución en 1918 y en 1919 habría podido triunfar, si la masa hubiera estado dirigida por el partido como era debido. En 1917, el ejemplo de Finlandia nos mostró cómo se desarrollaba allí el movimiento revolucionario en condiciones excepcionalmente favorables, bajo la cobertura y con la ayuda militar directa de la Rusia revolucionaria. Pero la mayoría de la dirección del partido finlandés era socialdemócrata, e hizo fracasar la revolución. De la experiencia de Hungría no se desprende con menos claridad una lección idéntica. En este país, no conquistaron el poder los comunistas, aliados con los socialdemócratas de izquierda, sino que lo recibieron de manos de la burguesía espantada. La Revolución Húngara, victoriosa sin batalla y sin victoria, se encontró desde el inicio privada de una dirección combativa. El partido comunista se fusionó con el partido socialdemócrata, demostrando así que no era comunista de verdad y que, por lo tanto, a pesar del espíritu combativo de los proletarios húngaros, era incapaz de conservar el poder que había obtenido tan fácilmente. La revolución proletaria no puede triunfar sin el partido, contra el partido o por un sucedáneo de éste. Ésta es la principal enseñanza de los diez últimos años.

Los sindicatos ingleses pueden, en verdad, convertirse en una palanca poderosa de la revolución proletaria; pueden, por ejemplo, en ciertas condiciones y durante cierto período, reemplazar a los mismos soviets obreros. Pero no lo conseguirán sin el apoyo de un partido comunista, ni mucho menos contra él, y estarán imposibilitados de desempeñar este rol hasta que en su seno prepondere la influencia comunista. Harto cara hemos pagado la lección sobre el rol y la importancia del partido en la revolución proletaria como para no retenerla integralmente.

En las revoluciones burguesas la conciencia, la preparación y el método, han desempeñado un papel mucho menor que el que están llamadas a desempeñar y ya desempeñan en las revoluciones del proletariado. La fuerza motriz de la revolución burguesa también era la masa, pero mucho menos consciente y organizada que

ahora. Su dirección estaba en manos de las diferentes fracciones de la burguesía, que disponía de la riqueza, de la instrucción y de la organización (municipios, universidades, prensa, etc.). La monarquía burocrática se defendía empíricamente, obraba al azar. La burguesía elegía el momento propicio para echar todo su peso social en el platillo de la balanza y apoderarse del poder, explotando el movimiento de las masas populares.

Pero en la revolución proletaria, el proletariado no sólo es la principal fuerza combativa, sino que también, dentro mismo de su vanguardia, es la fuerza dirigente. Su partido es el único que puede desempeñar en la revolución proletaria el papel que desempeñaban en la revolución burguesa la potencia de la burguesía, su instrucción, sus municipios y universidades. Resulta tanto más importante este papel cuanto que se ha acrecentado de manera formidable la conciencia de clase de su enemigo. A lo largo de los siglos de su dominación la burguesía ha elaborado una escuela política incomparablemente superior a la de la antigua monarquía burocrática. Si el parlamentarismo ha constituido para el proletariado, hasta cierto punto, una escuela preparatoria de la revolución, ha sido aún más para la burguesía una escuela de estrategia contrarrevolucionaria. Basta para demostrarlo el hecho que fue a través del parlamentarismo que la burguesía educó a la socialdemocracia, que es ahora la más potente defensora de la propiedad privada. Como han enseñado las primeras experiencias, la época de la revolución social en Europa será una época de batallas, no ya implacables, sino razonadas, mucho más razonadas que las nuestras de 1917.

Por ello debemos abordar, de manera completamente distinta que como se lo hace ahora, las cuestiones de la guerra civil y, en particular, de la insurrección. A la zaga de Lenin, repetimos con frecuencia las palabras de Marx: "La insurrección es un arte". Pero, este pensamiento es una frase vacía si no estudiamos los elementos esenciales del arte de la guerra civil sobre la base de la vasta experiencia acumulada durante estos años. Hay que confesar a las claras que nuestra indiferencia por los problemas relativos a la insurrección armada testimonia la fuerza considerable que todavía conserva entre nosotros la tradición socialdemócrata. El partido que considere de modo superficial las cuestiones

de la guerra civil, con la esperanza de que todo se arreglará por sí solo en el momento necesario, seguramente fracasará. Se impone estudiar colectivamente y asimilar la experiencia de las batallas proletarias de 1917.

La ya esbozada historia de las agrupaciones del partido en 1917 representa asimismo una parte esencial de la experiencia de la guerra civil y tiene una importancia directa para la política de la Internacional Comunista. Hemos dicho, y lo repetimos, que el estudio de nuestras divergencias en ningún caso puede ni debe ser considerado un arma dirigida contra los camaradas que entonces practicaron una política errónea. Pero, por otra parte, sería inadmisible tachar en la historia del partido su capítulo más importante, únicamente porque a la sazón no marchaban todos sus componentes de acuerdo con la revolución del proletariado. El partido puede y debe conocer *todo* su pasado para apreciarlo como sea conveniente y poner cada cosa en su lugar. La tradición de un partido revolucionario, no se compone de reticencias sino de claridad crítica.

La historia le confirió a nuestro partido incomparables ventajas revolucionarias. He aquí, en conjunto, lo que le ha dado un temple excepcional, una clarividencia superior, una envergadura revolucionaria sin igual: sus tradiciones de la lucha heroica contra el zarismo; sus hábitos y procedimientos revolucionarios ligados a las condiciones de la actividad clandestina; su elaboración teórica de la experiencia revolucionaria de toda la humanidad; su pugna contra el menchevismo, contra la corriente de los narodniki, contra el conciliacionismo; su experiencia de la Revolución de 1905; su elaboración teórica de esta experiencia durante los años de la contrarrevolución; su examen de los problemas del movimiento obrero internacional desde el punto de vista de las lecciones de 1905. Y sin embargo, aún dentro de este partido tan bien preparado, o mejor dicho, en sus esferas dirigentes, al llegar el momento de la acción decisiva, se formó un grupo de viejos bolcheviques, revolucionarios expertos, que se opuso a la revolución proletaria, y que, durante el período más crítico de la revolución —de febrero de 1917 a febrero de 1918— adoptó en todas las cuestiones esenciales una postura socialdemócrata.

Para preservar al partido y a la revolución de las consecuencias funestas de este estado de cosas, se requirió la influencia excepcional de Lenin. Esto es lo que no se puede olvidar, si queremos que en nuestra escuela aprendan algo los partidos comunistas de los demás países. La cuestión de la selección del personal dirigente reviste una importancia excepcional para los partidos de Europa occidental. Así lo enseña, entre otras, la experiencia de la debacle de octubre de 1923 en Alemania. Pero esta selección debe efectuarse sobre el principio de la *acción revolucionaria*...

En Alemania hemos tenido bastantes ocasiones de experimentar la valía de los dirigentes del partido en el momento de las luchas directas. Sin esta prueba, no hay elementos de juicio seguros. Durante el transcurso de estos últimos años, Francia ha tenido muchas menos convulsiones revolucionarias, incluso limitadas. Sin embargo ha tenido algunas ligeras explosiones de guerra civil cuando el comité directivo del partido y los dirigentes sindicales debían reaccionar en cuestiones urgentes e importantes como, por ejemplo, el mitin sangriento del 11 de enero de 1924. El estudio atento de episodios de este género nos suministra datos inestimables que permiten apreciar las buenas cualidades de la dirección del partido, la conducta de sus jefes y de sus diferentes órganos. Irremisiblemente, no tomar en cuenta estos datos para la selección de los hombres llevaría a la derrota, porque es imposible la victoria de la revolución proletaria sin una dirección perspicaz, resuelta y valerosa.

Todo partido, aún el más revolucionario, elabora inevitablemente su conservadurismo organizativo. De no hacerlo, carecería de la estabilidad necesaria. Pero, en este caso, todo es cuestión de grados. En un partido revolucionario, debe combinarse la dosis necesaria de conservadurismo con la ausencia total de rutina, la flexibilidad de orientación y la audacia en la acción. Estas cualidades se comprueban mejor en los virajes históricos. Hemos visto antes como Lenin decía que, cuando sobrevénía un cambio brusco de situación y, por lo tanto, de tareas, los partidos, aun los más revolucionarios, continuaban a menudo en su posición anterior y de ahí que se tornaran o amenazaran en tornarse un freno para el desarrollo revolucionario. El conservadurismo del partido, así como su iniciativa revolucionaria, encuentran su expresión más concentrada en



los órganos dirigentes. Pues bien, los partidos comunistas europeos todavía tienen que efectuar su viraje más brusco, aquel por el cual pasarán del trabajo preparatorio a la toma del poder. Este viraje es el que exige más cualidades, impone más responsabilidades y resulta más peligroso. Desperdiciar el momento oportuno implica para el partido el mayor desastre que pueda sufrir.

Considerada a la luz de nuestra propia experiencia, las batallas de los últimos años en Europa, y principalmente en Alemania, nos enseña que hay dos categorías de jefes propensos a hacer retroceder al partido en el momento en que se necesita dar el mayor salto adelante. Unos tienden a ver más que nada las dificultades, los obstáculos, y a apreciar cada situación con la idea preconcebida, inconsciente a veces, de esquivar la acción. En ellos, el marxismo se vuelve un método que sirve para establecer la imposibilidad de la acción revolucionaria. Los mencheviques rusos representaban los ejemplares más característicos de este tipo de jefes. Pero este tipo no se limita al menchevismo y, en el momento más crítico, se manifiesta incluso dentro del partido más revolucionario entre los militantes que ocupan los más altos puestos. Los representantes de la otra categoría son agitadores superficiales. No ven los obstáculos mientras no tropiezan de frente con ellos. Cuando llega el momento de la acción decisiva, transforman inevitablemente en impotencia y pesimismo su costumbre de eludir las dificultades reales haciendo malabarismos con las palabras.

Para el primer tipo, para el revolucionario mezquino que se contenta con ínfimas ganancias, las dificultades de la conquista del poder no constituyen sino la acumulación y la multiplicación de todas las que están habituados a hallar en su camino. Para el segundo tipo, para el optimista superficial, siempre surgen repentinamente las dificultades de la acción revolucionaria. En el período preparatorio, estos dos hombres tienen una conducta diferente: uno parece un escéptico con quien es imposible contar firmemente desde el punto de vista revolucionario; por el contrario, el otro puede semejar un revolucionario ardoroso. Pero en el momento decisivo, ambos van tomados de la mano para erguirse contra la insurrección. Sin embargo, todo el trabajo preparatorio sólo tiene valor en la medida en que capacita al partido, y sobre todo a sus órganos dirigentes, para determinar el momento de la insurrección y

dirigirla. Porque la tarea del partido comunista consiste en la toma del poder con objeto de proceder a la reconstrucción de la sociedad.

En estos tiempos se ha hablado y escrito con frecuencia respecto a la necesidad de “bolchevizar” la Internacional Comunista. Se trata, en efecto, de una tarea urgente, indispensable, cuya proclamada necesidad se hace sentir de modo más imperioso aún después de las terribles lecciones que el año pasado nos diera en Bulgaria y en Alemania. El bolchevismo no es una doctrina, o no es sólo una doctrina, sino un sistema de educación revolucionaria para llevar a cabo la revolución proletaria. ¿Qué significa bolchevizar los partidos comunistas? Significa educarlos y seleccionar en su seno un equipo dirigente, de modo que no flaqueen al llegar el momento de su Revolución de Octubre. “Esto es todo Hegel, la sabiduría de los libros y el significado de toda filosofía...”.

## DOS PALABRAS ACERCA DE ESTE LIBRO

La primera fase de la revolución “democrática” abarca desde Febrero a la crisis de abril y su solución del 6 de mayo, con la creación de un gobierno de coalición en el que participaban los mencheviques y los narodniki. El autor de la presente obra, no tomó parte en los acontecimientos de esta primera fase, porque no llegó a Petrogrado hasta el 5 de mayo, en vísperas de la constitución del gobierno de coalición. En los artículos escritos desde Norteamérica se pone en evidencia la primera etapa de la revolución y sus perspectivas. Creo que, en lo esencial, concuerdan con el análisis que de ella ha dado Lenin en sus *Cartas desde lejos*.

Desde el día de mi llegada a Petrogrado, trabajé de completo acuerdo con el CC de los bolcheviques. Huelga añadir que apoyé de lleno la teoría de Lenin sobre la conquista del poder por el proletariado. Con respecto al campesinado, no hubo la menor divergencia de opiniones con Lenin, quien terminaba entonces la primera etapa de su lucha contra los bolcheviques de la derecha, que ostentaban la consigna de la “dictadura democrática de obreros y campesinos”. Hasta mi adhesión formal al partido, tomé parte en la elaboración de una serie de decisiones y documentos del mismo. El único motivo que me indujo a

retrasar tres meses mi adhesión, fue el deseo de acelerar la fusión de los bolcheviques con los mejores elementos de la Organización Interdepartamental, y en general, con los internacionalistas revolucionarios. Propugné esta política con el entero asentimiento de Lenin.

Al redactar esta obra me ha saltado a la vista cierta frase de un artículo mío de entonces a favor de la unificación, frase con la que señalaba, en materia organizativa, “el estrecho espíritu de círculo” de los bolcheviques. Claro que algunos pensadores tan profundos como Sorin no dejarán de relacionar directamente esta frase con las divergencias de opiniones acerca del párrafo I del estatuto. No siento la necesidad de entablar una discusión sobre el particular ahora que de palabra y de hecho he reconocido mis magnas culpas en materia organizativa. Pero el lector menos prevenido se explicará de manera mucho más sencilla y directa, por las condiciones concretas del momento, lo que la expresión tenga de precipitada. Todavía los obreros interdepartamentales conservaban una desconfianza muy grande respecto a la política organizadora del Comité de Petrogrado. En mi artículo repliqué lo siguiente: “Aún existe el espíritu de círculo, herencia del pasado; pero, para que disminuya, los interdepartamentales deben dejar de llevar una existencia aislada, apartada”.

Mi “propuesta” puramente polémica, al I Congreso de los Soviets, de formar un gobierno con una docena de Peschekonov, fue interpretada —creo que por Sujanov— como la manifestación de una inclinación personal y, al mismo tiempo, como una táctica distinta de la de Lenin. Eso es un absurdo, sin duda.

Al exigir nuestro partido que tomaran el poder los soviets dirigidos por los mencheviques y los SR, “exigía” con ello un ministerio compuesto de individuos como Peschekonov. En resumen, no había ninguna diferencia fundamental entre Peschekonov, Chernov y Dan; todos podían servir igualmente para facilitar la transmisión del poder de la burguesía al proletariado. Quizás aquél conociera un poco mejor la estadística y diese la impresión de un hombre algo más práctico que Tseretelli o Chernov. Una docena de Peschekonov equivalía a un gobierno compuesto de representantes ordinarios de la pequeñoburguesía democrática en vez de la coalición.

Cuando las masas petersburguesas, dirigidas por nuestro partido, adoptaron la consigna de “¡Abajo los diez ministros capitalistas!”,

exigían de modo tácito que ocupasen el lugar de éstos los mencheviques y los narodniki. “Apelad a los cadetes y tomad el poder, señores demócratas burgueses; poned en el gobierno a doce Peschekonov, y os prometemos desalojaros de vuestros puestos lo más ‘pacíficamente’ posible en cuanto suene la hora. Y no ha de tardar en sonar”. No cabe hablar entonces de una línea de conducta especial. Mi línea de conducta era la que había formulado Lenin en tantas ocasiones...

Considero necesario subrayar la advertencia hecha por el camarada Lentsner, editor de este volumen. Como él mismo lo señala, la mayoría de los discursos contenidos en este volumen fueron tomados no de versiones taquigráficas sino de informes suministrados por periodistas de la prensa conciliadora, semiignorantes y semimaliciosos. Un rápido examen de varios documentos de esta clase me hizo rechazar la decisión de corregirlos y complementarlos. Que permanezcan tal cual están. Son también, a su manera, documentos de la época, aunque emanados “de la otra parte”.

Este volumen no hubiera aparecido sin la competente y cuidadosa labor del camarada Lentsner –que recopiló también las notas– y de sus colaboradores, camaradas Heller, Krijanovsky, Rovensky e I. Rumer.

Aprovecho la oportunidad para expresarles mi gratitud; como así también para destacar el enorme trabajo de preparación de este volumen así como de otros libros, realizado por mi más estrecho colaborador, M. S. Glazman<sup>16</sup>. Termino estas líneas con el más profundo sentimiento de pesar ante la trágica desaparición de este magnífico camarada, hombre y trabajador.

16. M. S. *Glazman* fue expulsado del Partido Comunista bajo falsas acusaciones, suicidándose posteriormente.

## PERIÓDICOS

*Dien* (Día): diario de Petrogrado. Originalmente un periódico liberal burgués fundado en 1912 con el apoyo de los bancos. En 1917 era de los liquidadores mencheviques, editado por A. Potresov. Prohibido el 8 de noviembre de 1917.

*Dyelo Naroda* (La Causa del Pueblo): diario de Petrogrado. Órgano de los SR de centro (grupo Chernov). Marzo de 1917-junio de 1918.

*Izvestia* (Boletín Diario): publicado desde el 13 de marzo de 1917 por el Soviet de Petrogrado. Después de Octubre, órgano oficial del gobierno soviético.

*L'Entente*: periódico conservador-reaccionario de Petrogrado en lengua francesa.

*Novoye Vremya* (Nuevos Tiempos): influyente diario reaccionario publicado en Petrogrado 1876-1917.

*Novaya Zhin* (Nueva Vida): diario de los mencheviques internacionales de abril de 1917 a julio de 1918. Editado por Maxim Gorki, Martov y otros. Vaciló entre el socialpacifismo y la revolución.

*Novy Mir* (El Nuevo Mundo): periódico de la federación rusa del Partido Socialista norteamericano, con sede en Nueva York. En él escribió Trotsky durante su estadía en esa ciudad, junto a Bujarin, Volodarski y Chudnovski.

*Pravda* (La Verdad): órgano del CC del Partido Bolchevique publicado desde el 22 de abril de 1912. Prohibido sucesivas veces. Desde el 18 de marzo de 1917, diario. Prohibido el 28 de julio por Kerensky.

*Proletarii*: reemplazó al prohibido *Pravda* en agosto-septiembre (el primer número salió el 26 de agosto).

*Rabochaya Gazetta* (Gaceta de los obreros): diario menchevique de Petrogrado, del 26 de marzo al 13 de diciembre de 1917.

*Riech* (La Palabra): órgano central de los cadetes. Diario entre 1906-1917. Dirigido por Miliukov. Prohibido el 8 de noviembre de 1917.

*Vperiod* (¡Adelante!): primer número ilegal en 1915. Reapareció en junio-agosto de 1917 como el periódico de la Organización Interdepartamental (8 números). El noveno salió, como periódico bolchevique, en septiembre de 1917, después de la unificación. Luego suspendido por decisión del CC del Partido Bolchevique.

*Vyeji*: periódico monárquico contrarrevolucionario dirigido por Struve.

*Yedintsvo* (Unidad): periódico antibolchevique de Plejanov. Publicado en marzo-noviembre de 1917 en Petrogrado. Fue suspendido en enero de 1918 por falta de suscriptores.

## NOTAS BIOGRÁFICAS

**Alexeiev, Mijail Vasilevich** (1857-1918): general zarista. Jefe del Estado Mayor bajo Nicolás II, 1915-1917. Comandante en jefe bajo el gobierno provisional de 1917. Echado por Kerensky, el 4 de junio de 1917. Fundador del contrarrevolucionario Ejército Voluntario en 1918.

**Alexinsky, Grigory Alexeievich** (1879-?): bolchevique moscovita en los comienzos. Miembro socialdemócrata en la 2da. Duma de 1907. “Otzovista” después de la Revolución de 1905. Socialchauvinista en la guerra. Se unió al grupo Yedinstvo de Plejanov durante la revolución. Contrarrevolucionario después de julio de 1917. Autor de falsificaciones contra Lenin acusándolo de agente alemán. En la emigración desde abril de 1918 se unió a la organización contrarrevolucionaria del general Wrangel.

**Avksentiev, Nikolai Dmitrievich** (1878-1943): viejo dirigente del ala izquierda de los SR. Miembro del comité ejecutivo y el soviét de 1905. Un socialchauvinista en la guerra. Ministro del Interior bajo Kerensky, en agosto-septiembre de 1917. Presidente del Soviet de toda Rusia de Diputados Campesinos de la Conferencia Democrática y del Preparlamento. En el Directorio de Ufa, expulsado de Siberia por los Blancos. Emigró en 1919.

**Bajmetiev, Boris Alexander** (1880-1951): ingeniero, miembro del comité de Industrias de Guerra en 1914-1915. Ministro diputado del Comercio y la Industria bajo Lvov. Embajador en Washington en 1917. Vivió luego de Octubre en EEUU.

**Bogdanov, B. O.** (1884-1919): liquidador menchevique. Miembro del comité de Industrias de Guerra junto a Gvozdiev. Miembro del comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado, del buró y el comité de defensa. Representante del soviets en el comité de la Duma.

**Briand, Aristide** (1862-1932): socialista francés. Excluido en 1906 del Partido Socialista por haber aceptado un cargo en el gabinete de Clemenceau. Varias veces primer ministro después de 1910.

**Brussilov, Alexei Alexeievich** (1853-1926): general zarista. Dirigió la invasión de Galicia 1915-1917. Comandante en jefe bajo el gobierno provisional en junio-julio de 1917, reemplazando a Alexeiev. Comandó la ofensiva de julio. Reemplazado por Kornilov. Se unió al Ejército Rojo en 1920. Se retiró en 1924.

**Bryan, William Jennings** (1860-1925): jurista. Miembro demócrata del Congreso de EEUU a partir de 1890. Secretario de Estado pacifista bajo Wilson en 1913.

**Bublikov, A. A.** (1875-?): ingeniero. Miembro de la 4ta. Duma. Después de Febrero de 1917 en el comité provisional de la Duma del Estado. Miembro del Soviet de Petrogrado. Participó en la Conferencia de Estado en Moscú.

**Burtsev, Vladimir Lvovich** (1862-1936): antibolchevique. Emigró en 1917. Más tarde se unió a Wrangel.

**Cheidse, Nikolai Semenovich** (1864-1926): menchevique georgiano. Miembro de las 3ra. y 4ta. Dumas. Centrista durante la guerra. Miembro del comité provisional de la Duma. Primer presidente del Soviet de Petrogrado en 1917. Presidente del CC de los Soviets de toda Rusia. Presidente Asamblea Constituyente de Georgia en 1918. Emigrado en 1921. Se suicidó en 1926.

**Chernov, Victor Mijailovich** (1876-1952): fundador y dirigente de los socialrevolucionarios. Participó como ala centro en la Conferencia



de Zimmerwald. Ministro de Agricultura en 1917, durante el primer gobierno de coalición. Presidente de la Asamblea Constituyente de 1918. Ayudó a los contrarrevolucionarios checoslovacos. Encabezó el Directorio de Ufa. Emigró en 1921.

**Dan, Fedor Ilich** (1871-1947): médico. Miembro de la Liga por la Emancipación y del Grupo Iskra. Se unió a los mencheviques, asociándose con Lieber. Detenido y movilizado en 1914. Activo en los soviets de 1917, en la presidencia del Soviet de Petrogrado. Arrestado en 1921 y expulsado de la Unión Soviética en 1922. Murió en EEUU.

**Fedorovna, Alexandra (Alix)** (1872-1918): princesa de Hesse-Darmstadt, nieta de la reina Victoria de Inglaterra. Se convirtió en zarina en 1894 por casamiento con el zar Nicolás II. En sus últimos años se involucró en los escándalos de Rasputín. Ejecutada con su marido y familia en 1918.

**Gotz, Abraham Raphailovich** (1882-1937): líder SR en el Soviet de Petrogrado. Se opuso a la Revolución de Octubre y combatió a los soviets hasta 1920. Condenado a muerte en 1920, liberado, más tarde mantenido en cautiverio y fusilado en 1937.

**Guchkov, Alexander Ivanovich** (1862-1936): terrateniente e industrial moscovita. Fundador y líder de los “octubristas” en 1905. Presidente de la 3ra. Duma. Ministro de Guerra y Marina en marzo-mayo de 1917. Contrarrevolucionario. Emigró a Berlín.

**Gurko, Vasili Iosifovich** (1864-1937): general zarista. Peleó en la guerra ruso-japonesa y bajo Rennenkampf en la Primera Guerra Mundial. Jefe de Estado Mayor en 1916-1917. Comandante del frente rumano en 1917. Monárquico contrarrevolucionario y líder de las Centurias Negras. Echado por Kerensky en mayo de 1917. Emigró a Inglaterra.

**Henderson, Arthur** (1863-1935): secretario del Partido Laborista inglés. Miembro del gobierno bajo Asquith y Lloyd George.

Presidente de la Conferencia de desarme durante la Primera Guerra Mundial. Llegó a Rusia en 1917, para presionar por la continuación de la guerra.

**Kaledin, Alexei Maximovich** (1861-1918): general zarista, Comandante del VIII Ejército. Despedido en mayo de 1917. Elegido atamán de los cosacos del Don. Dirigió ejércitos contrarrevolucionarios. Se suicidó en febrero de 1918.

**Kamenev, Lev** (1883-1936): bolchevique. Director de *Pravda* y de la fracción bolchevique de la Duma en 1914. En 1917, miembro del CC, año en que se opuso inicialmente a las Tesis de Abril y a la insurrección de Octubre. Presidente del Soviet de Moscú en 1918. Luego de la muerte de Lenin se alió con Stalin y Zinoviev contra Trotsky hasta finales de 1925. En 1926, él y Zinoviev se unieron con Trotsky para formar la Oposición Unificada. Expulsado del Partido en diciembre de 1927, capituló. En 1932 vuelve a ser expulsado. Condenado a muerte y ejecutado en el primer Juicio de Moscú.

**Kautsky, Karl** (1854-1938): dirigente y teórico de la socialdemocracia alemana y fundador de la II Internacional. Enfrentó las posiciones revisionistas de Bernstein en la década de 1890. Giró hacia posiciones reformistas años después. Frente a la Primera Guerra Mundial, adoptó una posición primero pacifista y luego, socialchauvinista. En 1917 fundó, junto a Hilferding y Otto Bauer, el Partido Socialdemócrata Independiente, oponiéndose abiertamente a la Revolución de Octubre y la dictadura del proletariado, abogando por la vía parlamentaria. En 1922 regresó al Partido Socialdemócrata.

**Kerensky, Alexander Fedorovich** (1881-1971): socialrevolucionario. Líder trudoviki (laborista) en la 4ta. Duma. Vicepresidente del Soviet de Petrogrado. Ministro de Justicia, en febrero-mayo de 1917 bajo Lvov. Ministro de Guerra y Marina en mayo-septiembre de 1917. Premier del gobierno provisional del 20 de julio al 7 de noviembre de 1917. Después de la toma del poder de los bolcheviques dejó Petrogrado. Vivió en EEUU.

**Kolchak, Alexander Vasilevich** (1873-1920): almirante. Jefe de las flotas del Mar Negro y el Mar Blanco durante la Primera Guerra Mundial. Organizó en Siberia el ejército blanco contra la revolución. Fue capturado y ejecutado.

**Koloshkin, Fedor Fedorovich** (1871-1918): cadete. Profesor de derecho constitucional en la Universidad de Moscú. Ministro de Kerensky, en agosto-septiembre de 1917. Arrestado y encarcelado por los bolcheviques en noviembre de 1917. Ejecutado por marineros.

**Konovalev, Alexander Ivanovich** (1875-1948): industrial, magnate textil. Líder del “bloque progresista” en la 4a. Duma. Ministro de Comercio e Industria entre marzo-junio y octubre-noviembre de 1917. Arrestado en el Palacio de Invierno el 7 de noviembre de 1917. Emigrado.

**Kornilov, Lavr Georgevich** (1870-1918): cosaco siberiano. Comandante del frente sudoccidental en 1917. Reemplazó a Brussilov como comandante en jefe bajo el gobierno provisional, en julio de 1917. Arrestado el 14 de septiembre, después del intento de levantamiento contrarrevolucionario del 7-12 de septiembre. Escapó más tarde y dirigió el Ejército Voluntario. Muerto en acción el 18 de abril de 1918.

**Lebediev, V. L.** (?-?): SR. Ministro adjunto de Kerensky para Asuntos Militares y Navales en la coalición de julio. Diputado a la Asamblea Constituyente. Se alineó al Ejército Voluntario en 1918.

**Lieber, M.I. (Mijail Isakovich Goldman)** (1880-1937): líder del Bund judío. Varias veces exilado. Más tarde se unió a los mencheviques y fue colaborador de Dan. Como miembro del comité ejecutivo central de los soviets, favoreció la coalición antibolchevique. Fusilado en 1937.

**Liebkecht, Karl** (1871-1919): socialdemócrata del ala izquierda. Miembro del Reichstag alemán y del Landtag prusiano. Antimilitarista. Fue el primero en oponerse a los créditos de guerra en el Reichstag en 1914. Reclutado durante la guerra, enviado a prisión por actividad antiguerra de mayo de 1916 a noviembre de 1918.

Líder del “Grupo Internacional” y la “Liga Espartaco”. Miembro fundador del Partido Comunista Alemán (KPD). Uno de los líderes del levantamiento de Berlín de 1919. Asesinado el 15 de enero de 1919 junto a Rosa Luxemburgo.

**Lloyd George, David** (1863-1945): diputado liberal galés desde 1890. Canciller de 1908-1915. Ministro de Suministros 1915-1916. Secretario de Estado para la Guerra en 1916. Primer ministro 1916-1922. Coautor del Tratado de Versalles e intervencionista activo antisoviético.

**Lvov, George Eugenievich** (1861-1925): príncipe ruso y terrateniente. Miembro de la 1ra. Duma. Primer ministro del primer gobierno provisional en marzo-julio 1917. Emigró en 1918.

**Maklakov, V. A.** (1869-1970): terrateniente moscovita e importante abogado. Cadete de derecha. Miembro de las 2da., 3ra. y 4ta. Dumas. Embajador del gobierno provisional en París. Emigrado.

**Martinov, Alexei** (1865-1935): socialdemócrata en 1899. Líder de los “economistas”, polemiza con Lenin y el equipo de *Iskra*. Uno de los portavoces de los “liquidadores”. Internacionalista durante la guerra. Se mantiene completamente al margen durante la guerra civil, se afilia al PCUS en 1925. Permanecerá hasta su muerte en el aparato de la Comintern.

**Martov, L. (Yulii Ossipovich Tsederbaum)** (1873-1923): uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa y, en los primeros años, un colaborador cercano a Lenin. Más tarde dirigente de izquierda de los mencheviques. Zimmerwaldista. Se opuso a los bolcheviques en la revolución. Emigró a Berlín en 1920. Miembro de la Internacional de Viena.

**Mehring, Franz** (1846-1919): historiador y erudito alemán. Socialdemócrata de izquierda. Miembro dirigente del “Grupo Internacional” y de la “Liga Espartaco”.

**Miliukov, Pavel Nikolaievich** (1859-1943): profesor de historia en la Universidad de Moscú. Líder cadete. Miembro de las 3ra. y 4ta. Dumas. Ministro de Asuntos Exteriores del gobierno provisional en marzo-mayo de 1917. Antibolchevique, inspiró numerosas tentativas contrarrevolucionarias. Emigró a París.

**Nabokov, Vladimir Dimitrievich** (1860-1922): jurista cadete. Miembro de la 1ra. Duma. Delegado a la Conferencia de Estado de Moscú. Miembro del Presidium del Preparlamento. Secretario ejecutivo del gobierno provisional. Ministro de Justicia en el gobierno contrarrevolucionario de Crimea. Asesinado en Berlín por reaccionarios rusos en un atentado contra la vida de Miliukov.

**Nekrasov, Nikolai Visarionovich** (1879-1940): cadete. Profesor del Instituto de Tecnología Tomsk. Miembro de las 3ra. y 4ta. Dumas. Ministro de Comunicaciones en marzo-julio de 1917. Ministro de Finanzas en agosto-septiembre de 1917. Permaneció en Rusia después de la revolución y trabajó para el gobierno soviético.

**Noguin, Víctor** (1878-1924): obrero textil, bolchevique en 1903. Uno de los pioneros de la red de *Iskra*. Adversario de las Tesis de Abril y luego partidario de un gobierno de coalición. Comisario del pueblo para la Industria y el Comercio, votó en el Ejecutivo contra los bolcheviques.

**Orjonikije, Grigori** (1886-1937): bolchevique. Uno de los principales organizadores y dirigentes de la fracción stalinista. Dirigió en 1922 la “rusificación” de Georgia, por lo que Lenin pide su expulsión (que no se llevó a cabo). Fue jefe de la Comisión Central de Control en 1926 y responsable de las acusaciones contra la Oposición Unificada. Comisario de la industria pesada en 1928. Se suicidó.

**Peschekonov, A. V.** (1867-1934): narodniki. Líder de los “Socialistas del Pueblo” (cadetes de izquierda). Ministro de Insumos en el gobierno provisional de la coalición. Expulsado de Rusia por actividad contrarrevolucionaria.

**Plejanov, George Valentinovich** (1856-1918): fundador del marxismo ruso. Emigrado desde 1883. Editó el *Iskra* y *Zarya*. Durante la revolución se opuso a los bolcheviques. Editó *Yedintsvo* y encabezó el Grupo del mismo nombre. Murió en Finlandia.

**Polovtsev, P.** (?-?): coronel, más tarde general. Gobernador militar de Petrogrado durante el gobierno provisional. Aplastó el levantamiento de julio.

**Potresov, Alexander Nikolaievich** (1869-1934): fundador de la socialdemocracia rusa. Miembro del Grupo Iskra. Menchevique de derecha en 1917 y activo antibolchevique en la guerra civil. Emigró a París en 1922.

**Ribot, Alexander** (1842-1923): republicano moderado francés. Diputado desde 1878. Primer ministro francés en marzo-septiembre 1917.

**Rodichev, Fedor Izmailovich** (1854-1933): terrateniente, líder de la oposición liberal en los zemstvos. Fundador del partido cadete. Diputado en las cuatro Dumas. En 1917, Comisario del gobierno provisional en Finlandia.

**Rodzianko, Mijail Vladimirovich** (1859-1924): terrateniente, chambelán de Nicolás II, octubreista. Presidente de la 4ta. Duma. Miembro del comité Provisional de la Duma en 1917. Emigró después de Octubre.

**Ryabuchinski, Pavel Pavlovich** (1871-1924): magnate textil multimillonario. Cadete. Miembro del “bloque progresista” en la Duma. Apoyó a Kornilov.

**Savinkov, Boris Victorovich (V. Ropshin)** (1879-1925): escritor. Miembro de la Organización de Combate Socialrevolucionaria. Involucrado en el asesinato del conde Plehve y el gran duque Sergei. Voluntario en el ejército francés durante la guerra. Ministro asistente de Guerra con Kerensky. Antibolchevique en 1918-1921. Sentenciado a 10 años bajo los bolcheviques. Se suicidó en 1925.

**Scheidemann, Philipp** (1865-1937): socialdemócrata alemán de derecha. En 1918, subsecretario del Estado en el gobierno del príncipe Bade. En 1919, primer canciller de la república alemana.

**Shingariiev, Alexei Ivanovich** (1869-1918): líder cadete. Miembro de las 2da., 3ra. y 4ta. Dumas. Ministro de Finanzas en marzo-mayo de 1917. Ministro de Agricultura en mayo-julio 1917 en el gabinete Lvov. Renunció el 15 de julio de 1917. Arrestado y encarcelado por los bolcheviques en noviembre de 1917. Asesinado por marineros en 1918.

**Skobelev, Mijail Ivanovich** (1885-1939): menchevique. Miembro de la 4ta. Duma Vicepresidente del Soviet de Petrogrado y miembro del comité ejecutivo. Ministro de Trabajo en el gobierno provisional en mayo-septiembre de 1917. Se unió al Partido Comunista en 1922.

**Sujomlinov, Vladimir Alexandrovich** (1848-1926): ministro de Guerra bajo Nicolás II en 1909-1914. Sospechado de ser pro alemán, fue echado en junio de 1915 y sentenciado a prisión por vida. Escapó al exterior después de Octubre.

**Terechenko, Mijail Ivanovich** (1888-1959): financista y magnate del azúcar. Ministro de Finanzas en marzo-mayo 1917; de Asuntos Exteriores en mayo-noviembre de 1917. Primer ministro asociado con Kerensky desde el 18 de septiembre. Emigrado.

**Tseretelli, Irakli Georgevich** (1882-1959): menchevique georgiano. Miembro de la 2da. Duma. Exilado a Siberia por el zar. Miembro del comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado de 1917. Ministro de Correos en marzo-agosto de 1917; de Interior, en julio-agosto 1917. Miembro del gobierno republicano georgiano. Miembro del comité ejecutivo de la II Internacional. Emigrado.

**Voitinsky, Vladimir Savelevich** (1887-1960): bolchevique. Se unió a los mencheviques después de la Conferencia de Abril de 1917. Comisario militar del gobierno provisional para el frente

norte. Después de Octubre, miembro del gobierno menchevique georgiano. En la emigración, profesor de economía en la Universidad John Hopkins, EEUU.

**Wilson, Theodore Woodrow** (1856-1924): presidente demócrata de los EEUU de 1913-1921. Decidió la entrada de EEUU en la Primera Guerra Mundial. Después de Octubre, fue uno de los organizadores de la intervención militar contra la Rusia soviética.

**Zarudny, A. S.** (1863-1934): abogado de Petrogrado. Ministro de Justicia en la coalición de julio del gobierno provisional. Emitió las órdenes para el arresto de Lenin, Trotsky, Kamenev y Zinoviev.

**Zinoviev, Grigori Evseievich** (1883-1936): bolchevique. Miembro del CC. Presidente del Soviet de Petrogrado de 1919-1926. Presidente del comité ejecutivo de la III Internacional. Formó primero parte de la “troika” junto a Stalin y Kamenev y luego, de la Oposición Unificada. Expulsado del partido en 1927. Capituló a Stalin. Expulsado nuevamente en 1934. Condenado y ejecutado en el primer Juicio de Moscú.



# CRONOLOGÍA

**Viejo  
calendario**

*Febrero*

**Nuevo  
calendario**

*Marzo*

Trotsky en Nueva York: escribe una serie de artículos sobre las fuerzas de clase y las perspectivas de la revolución rusa.

Lenin en Berna (Suiza): escribe *Cartas desde lejos*.

23

8

“Jornada de la obrera”: se inicia la insurrección en Petrogrado.

25

10

Huelga general en Petrogrado. Inicio de las elecciones del soviét.

27

12

Dimisión de los ministros zaristas. Constitución, en el Palacio de Taurida, del Soviet de Petrogrado (Cheidse presidente, Kerensky vicepresidente). Constitución del Comité Ejecutivo provisional de la Duma (Rodzianko presidente).

28

13

Acuerdo de la Duma-Soviet sobre la formación de un gobierno provisional. Lvov es primer ministro, Miliukov al Ministerio de Asuntos Exteriores.

Formación del Soviet de Moscú; movimientos en las principales ciudades de provincia.

*Marzo*

2

15

Abdicación del zar Nicolás II. Kerensky, ministro de Justicia en el gobierno provisional. Orden (*prikaz*) N° 1 del Soviet de Petrogrado (sobre el ejército).

5

18

El gobierno provisional proclama una amnistía general.

7

20

Arresto de la familia imperial.

11

24

El gobierno provisional es reconocido por Francia, Italia e Inglaterra.

12

25

Abolición de la pena de muerte.

15

28

Manifiesto “A los pueblos del mundo entero”, adoptado por unanimidad por el Soviet de Petrogrado, por una paz sin anexiones ni indemnizaciones.

15	28	Stalin y Kamenev, a su vuelta de la deportación, dirigen la redacción del <i>Pravda</i> : claro viraje a la derecha, apoyo al gobierno provisional.
	<i>Abril</i>	
23	5	Funerales de las víctimas de la Revolución de Febrero: 800.000 manifestantes.
<i>Abril</i>		
3	16	Llegada de Lenin a Petrogrado.
4	17	Lenin sostiene, frente a la sección bolchevique del soviét, las “Tesis de Abril”. Está completamente aislado.
8	21	<i>Pravda</i> : “El esquema general del camarada Lenin (...) nos parece inaceptable”.
	<i>Mayo</i>	
29	3	Publicación del “memorándum Miliukov” a los Aliados.
22	5	Manifestaciones por la paz: las Jornadas de Abril.
24-29	7-12	Conferencia panrusa del Partido Bolchevique (primer congreso legal del partido en Rusia): 150 delegados representan a 79.000 miembros. Alineamiento con las tesis de Lenin (71 votos contra 38 y 8 abstenciones).
26	9	Manifiesto del gobierno provisional: ampliar el gobierno a las “fuerzas vivas” del país.
<i>Mayo</i>		
2-3	15-16	Dimisión de Miliukov. Es reemplazado por Terechenko.
5	18	Llegada de Trotsky a Petrogrado. Formación del primer gobierno de coalición (cadetes-socialistas). Lvov sigue como primer ministro; 6 ministros socialistas: Kerensky (Guerra), Chernov (Agricultura), Tseretelli (Correo), Skobelev (Trabajo).
10	23	Encuentro del Partido Bolchevique y la Organización Interdepartamental para discutir sobre la fusión.
18	31	Dimisión de Konovalov (cadete), ministro de Comercio e Industria, en desacuerdo con Skobelev (menchevique), ministro de Trabajo.

	<i>Junio</i>		
22	4		El comandante en jefe Alexeyev es reemplazado por Brussilov.
	<i>Junio</i>		
	3	16 (al 17 de julio)	I Congreso de los Soviets de toda Rusia: 820 delegados + 268 votos consultivos (285 SR, 248 mencheviques, 105 bolcheviques, 20 interdepartamentales).
	9	22	<i>Pravda</i> llama a manifestarse contra el gobierno de coalición: la manifestación es prohibida por el comité ejecutivo del Congreso de los Soviets. Los bolcheviques repiten el llamado.
	<i>Julio</i>		
18	1		Inicio de la ofensiva rusa en el frente sudoccidental. Manifestación convocada por la mayoría del soviets, que favorece a los bolcheviques.
	<i>Julio</i>		
	2	15	El gobierno ordena al Regimiento de Ametralladoras de Petrogrado partir hacia el frente: ellos rechazan la orden, demandan la publicación de los tratados secretos, preparan una manifestación.
3-5		16-18	Jornadas de Julio: manifestación armada llevada adelante por los marineros de Kronstadt ("Abajo los 10 ministros capitalitas", "Todo el poder a los soviets"). Kerensky convoca a tropas confiables (los cosacos) a Petrogrado, quienes desarman a los barrios obreros. Ola de represión antibolchevique: <i>Pravda</i> prohibido, la imprenta destruida, campaña contra los bolcheviques como "agentes alemanes", 20 órdenes de arresto contra Lenin, Zinoviev, Kamenev y Kollontai (acusados de "alta traición").
	6	19	Fracaso completo de la ofensiva rusa: caída de Tarnopol.
	7	29	Dimite el príncipe Lvov, es reemplazado por Kerensky.
	8	21	Ministerio Kerensky: el segundo gobierno de coalición.
	9	22	El comité ejecutivo del soviets otorga plenos poderes al gobierno. Kerensky lo bautiza "gobierno de salvación".

- |    |                   |  |
|----|-------------------|--|
| 10 | 23                | Carta abierta de Trotsky al gobierno provisional: proclama su acuerdo con los bolcheviques.  |
| 12 | 25                | El Comité Ejecutivo de los Soviets adopta (¡con 300 votos en contra!) una resolución que acusa a Lenin y Zinoviev de haber recibido dinero alemán.   |
|    | <i>Agosto</i>     |  |
| 20 | 1                 | Kerensky nombra a Kornilok comandante en jefe (reemplazando a Brussilov).  |
| 22 | 3                 | Nueva crisis ministerial: dimisión de Chernov (Agricultura).   |
| 24 | 5                 | Trotsky y Lunacharsky son detenidos. Trotsky es encarcelado en Kresty.   |
| 26 | 7                 | Tercer gobierno de coalición: mayoría socialista con participación de los cadetes (5 ministerios).   |
| 27 | 8-9               | VI Congreso del Partido Bolchevique (285 delegados sobre 240.000 miembros). Fusión con la Organización Interdepartamental.   |
|    | <i>Agosto</i>     |  |
| 12 | 25                | Apertura en Moscú de la Conferencia de Estado. 2.500 delegados de las Dumas (del Estado y municipales), zemstvos, del ejército, de los soviets (bolcheviques excluidos).<br>Huelga general en Moscú el día de la apertura, convocada por los bolcheviques. |
|    | <i>Septiembre</i> |  |
| 19 | 1                 | Ofensiva alemana sobre el frente norte.  |
| 21 | 3                 | Caída de Riga.   |
| 23 | 5                 | Tentativa de golpe de Estado de Kornilov: hace marchar sus tropas a Petrogrado y exige ser nombrado presidente de un “gobierno de defensa nacional” con Kerensky como vicepresidente.  |
| 26 | 8                 | Lvov transmite a Kerensky el ultimátum de Kornilov: se proclama la ley marcial y la dimisión del gobierno. Kerensky hace detener a Lvov y debe admitir a los bolcheviques en la lucha contra Kornilov.   |

*Septiembre*

- |    |                      |  |
|----|----------------------|--|
| 1  | 14                   | Arresto de Kornilov y de otros generales, como Denikin. "Directorio de los 5". Rusia es proclamada república.  |
| 4  | 17                   | Trotsky es liberado bajo fianza.   |
| 9  | 22                   | En el Soviet de Petrogrado, Trotsky hace votar una moción de desconfianza hacia el presidente del soviet (Kerensky): los bolcheviques son mayoría por primera vez. |
| 13 | 26                   | Cartas de Lenin al CC del Partido Bolchevique: es necesario preparar la insurrección.  |
| 14 | 27 (al 5 de octubre) | Conferencia Democrática panrusa en Petrogrado.   |

*Octubre*

- |    |   |   |
|----|---|---|
| 25 | 7 | Kerensky forma un nuevo gobierno (4 ministros cadetes). |
| 26 | 8 | Trotsky es electo presidente del Soviet de Petrogrado.  |

*Octubre*

- |    |    |  |
|----|----|--|
| 3  | 16 | Lenin sale de Finlandia para Petrogrado.   |
| 4  | 17 | El gobierno es transferido de Petrogrado a Moscú.  |
| 7  | 20 | Apertura del Preparlamento (555 miembros, mayoría menchevique + SR). Trotsky toma la palabra en nombre de los bolcheviques: "No tenemos nada en común con este gobierno traidor al pueblo ni con este consejo cómplice de la contrarrevolución". |
| 9  | 22 | El Comité Ejecutivo del Soviet crea el Comité Militar Revolucionario, el que prepara la insurrección.  |
| 10 | 23 | El CC del Partido Bolchevique decide la insurrección por 10 votos contra 2 (Zinoviev, Kamenev). Elección del primer Buró político del Partido Bolchevique: Bubnov, Kamenev, Lenin, Sokolnikov, Stalin, Trotsky, Zinoviev.                        |
| 13 | 26 | Trotsky obliga al comité ejecutivo del soviet (menchevique) a convocar al II Congreso panruso de los soviets (se decide la insurrección para el día de su reunión).  |

*Noviembre*

- 23            5            El gobierno ordena al crucero Aurora abandonar el Neva: la orden es rechazada.
- 24            6            El gobierno prohíbe el *Pravda* y los *Izvestia*: el comité militar reabre las imprentas.
- 25            7            Toma del Palacio de Invierno (residencia del gobierno). Reaparece Lenin en el Soviet de Petrogrado. Apertura del II Congreso de los Soviets (675 delegados, 343 bolcheviques). Nuevo realineamiento de las tropas gubernamentales. Los mencheviques y los SR abandonan el Congreso, que ratifica la insurrección en el “Llamado a los obreros, soldados y campesinos de Rusia”.

*Noviembre*

- 2            8            Formación del Consejo de Comisarios del Pueblo.

## Ediciones del IPS-CEIP

### Otras publicaciones

Trotsky, León, *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición* (compilación), 1999.

—————, *Escritos 1929-1940*, edición digitalizada, 2000.

—————, *Escritos filosóficos* (compilación), 2004.

—————, *Guerra y revolución. Una visión alternativa de la Segunda Guerra Mundial*, 2004.

—————, *La teoría de la revolución permanente* (compilación), 2da. ed., 2005.

—————, *Cómo hicimos la Revolución Rusa*, 2005.

—————, *1905*, 2006.

—————, *Cómo se armó la revolución. Escritos Militares*, 2006.

—————, *Escritos Latinoamericanos* (compilación), 3ra. ed., 2007.

Trotsky, L., Rous, J., Casanova, M., *La victoria era posible*, 2006.

Fryer, P., Broué, P., Nagy, B., *Hungría del '56. Revoluciones obreras contra el stalinismo*, 2006.

Impreso en octubre de 2007  
en imprenta Artes Gráficas Candil  
Ing. José Estevez 2184  
Buenos Aires, Argentina